



VOLVER

a respirar



BEATRIZ SAIZ



Volver a Respirar
Beatriz Saiz



Índice

[Voler a respirar](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte](#)

[1 Con una caída empezó todo](#)

[2 ¿Por qué ella?](#)

[3 Un ligero roce y pequeñas confesiones](#)

[4 No puede suceder](#)

[5 El primer amor y la primera decepción](#)

[6 Ese detalle que perdurará años](#)

[7 Demasiado tarde](#)

[8 ¿Por qué no ser amigos?](#)

[9 ¿La vida es de color rosa?](#)

[Segunda parte](#)

[10 A pesar de todo, la vida sigue igual](#)

[11 Un donut de azúcar y un batido de chocolate](#)

[12 Más que palabras, yo no te olvido](#)

[13 ¡Tierra, trágame!](#)

[14 Hablemos de un pasado que no se puede arreglar y de dolor](#)

[15 Sabías que íbamos acabar juntos](#)

[16 La primera y ansiada cita](#)

[17 Y ahora... ¿qué pasa?](#)

[18 Qué duro es pasar página](#)

[19 Nunca me acostumbraré a perderte](#)

[20 Borrón y cuenta nueva](#)

[21 The power of love](#)

[22 ¿Te he dicho ya que te amo?](#)

[23 Noticias inesperadas](#)

[24 Tardes negras](#)

[Tercera parte](#)

[25 Muchas dudas, secretos y resentimiento](#)

[26 Dilemas](#)

[27 Grandes e importantes decisiones](#)

[28 Toda la verdad](#)

[29 Ese pequeño detalle...](#)

[30 Bellos y duros recuerdos](#)

[31 Una carta y una caja de donuts](#)

[32 Bonito final](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Lucca llega a York con dieciséis años, junto a una madre que no lo quiere y un padre que lo ama pero que no puede estar con él. En su camino se cruza una adorable niña de ojos azules, pelo rubio y piel blanquecina que le hace sentir cosas que no consigue explicar. Tras mucho esfuerzo, Lucca se da cuenta que no puede alejarse de Sandra, y pasa a su lado el mejor año de su vida. Pero los miedos de Lucca son mayores y acaba huyendo lejos de ella.

Sandra llega a Italia con mucho rencor y dolor por culpa del abandono de Lucca, pero cuando lo vuelve a ver, todo se esfuma. Le cuesta mucho resistirse a sus encantos, aunque lo intenta. Por otra parte y sin previo aviso, Lorenzo aparece en la vida de Sandra, haciéndole sentir cosas que creía olvidadas. Pero... ¿Y Lucca? ¿Podrá Sandra olvidarse del que creía su verdadero amor gracias a un atractivo Volver a respirar?

Primera edición en digital: mayo 2018

Título Original: Volver a respirar

©Beatriz Saiz 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©[sborisov](#) ©[avgustino](#)

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-07-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*Para Samuel, por confiar en mí.
Y a ti, por enseñarme a luchar, aunque eso signifique perder. Te echo de
menos.*

Hazlo. Trabaja duro en ello. Pero hazlo.
Tobías Wolff.

PRIMERA PARTE

*Uno está enamorado cuando se da cuenta de que otra persona es única.
(Jorge Luis Borges)*

1

Con una caída empezó todo

AÑO 2007

York, Inglaterra.

Sandra salió de casa con su bicicleta como hacía cada mañana, le encantaba ir al instituto de esa manera. Podría esperar a que la recogiera el autobús, pero eso implicaría relacionarse con el resto de los alumnos y le daba cierto pánico tener que hacerlo. No por nada, sino porque ella misma no se sentía cómoda. Era una niña retraída, tenía gafas y ortodoncia, y creía que no encajaba con nadie. Solo contaba con su mejor amiga desde la guardería, Gabriela, y ambas preferían ir caminando o en bici, antes que subirse al autobús del colegio.

Estaba tan sumida en sus pensamientos, más bien no dejaba de pensar en el chico nuevo que la tenía loca perdida, que no se fijó en el clavo que había en el camino, cogiéndolo de lleno y picándole la rueda delantera. Fue de imprevisto, cayendo de lado con la bicicleta encima de ella.

“¿Qué más me puede pasar?”, pensó mirando al cielo.

Justo detrás de ella, iba uno de los chicos más populares del instituto, se llamaba Lucca Palermo, y era ni más ni menos que el chico del que estaba enamorada, el que ocupaba sus pensamientos las veinticuatro horas del día y por culpa de esa obsesión por él, se había dado un buen golpe.

—¿Te encuentras bien? —sonaba preocupado, pero Sandra dudaba si creerlo o no. ¿Cómo iba a estar preocupado por ella? Imposible.

Cuando alzó la vista y lo vio, se le secó la boca. Estaba a su lado y le

ayudaba a levantar la bicicleta que tenía encima. Era alto, moreno de piel, con los ojos más verdes que Sandra hubiera visto, se podía reflejar en ellos, y su pelo rubio oscuro le rozaba los hombros. Iba vestido con unos vaqueros azules, una blusa negra de Pearl Jam y unas conversees también negras. Ella soñaba con que algún día se casaría con ese chico.

Le tendió la mano para alzarla del suelo, pero ella lo rechazó, no quería su ayuda y, con todas sus fuerzas de voluntad, le dio un golpe seco para apartar su mano y se levantó sola. Realmente no sabía por qué se comportaba así con él, no le había hecho nada, pero cuando lo tenía a su lado no sabía cómo actuar y por eso se ponía a la defensiva. Una actitud totalmente infantil, pero no podía controlarlo.

—¿Por qué quieres ayudarme? —dijo con un nudo en la garganta. La caída le había dolido, se había hecho daño en la rodilla y en la mano con la que intentó parar el golpe y los ojos le escocían de las ganas que tenía de llorar—. ¿Pretendes burlarte de mí? —Después de todas las veces que había soñado con él, de cuánto había deseado que le hablara, eso era lo único que se le ocurrió decir.

—No voy a burlarme de ti. —Ella bufó para darle a entender que no le creía y él puso una de sus sonrisas adorables. Sandra creyó morir, esa sonrisa iba dirigida únicamente a ella—. Te lo digo de verdad, ¿estás bien? —volvió a preguntar.

—Sí, gracias —respondió tajante.

Sandra se fijó en que tenía los ojos fijos en uno de los libros que se le habían caído, era su favorito y estaba dedicado a los monumentos más conocidos de Italia, a ella le encantaría poder visitarlos algún día. A pesar de su corta edad tenía planeado su futuro, estudiaría historia del arte, acabaría sus estudios en Italia y quizás algún museo importante la contratase y pudiera vivir rodeada de valiosas antigüedades para siempre.

Él la miró con esa sonrisa implacable mientras le decía:

—¿Te digo una cosa? —Se quedó callado a la espera de una respuesta, al ver que no decía nada continuó—: El David de Miguel Ángel es más impresionante de cerca que en las fotos, no le hacen

justicia.

—¿Tú cómo puedes saber eso? —preguntó impresionada—. No te interesa nada más que pavonearte por el instituto y por la vida como si fueras superior al resto —contestó ella con chulería.

Él soltó una sonora carcajada, haciendo que el corazón de Sandra latiera desbocado, ella decidió que a partir de ahora ese iba a ser su sonido preferido.

—¿De verdad piensas eso de mí? —preguntó totalmente serio. En sus ojos había una pizca de tristeza, aunque Sandra no pudo descifrarlo—. Bueno, llegamos tarde —dijo él apresurando a que se moviera, sin dejar que ella le diera una respuesta.

—Pero ¿y mi bici? No puedo dejarla aquí, me la podrían robar —preguntó asustada.

—La dejaremos aquí con el candado y a la vuelta te ayudaré a llevarla a casa. Venga, no quiero que mi madre reciba otra llamada del colegio porque no voy a clases.

Comenzaron a caminar juntos, en sintonía, uno al lado del otro. No decían nada y, a pesar de ello, se sentían realmente bien al lado del otro.

Al llegar al instituto el resto de alumnos los miraron extrañados, el matón de Lucca de diecisiete años, iba acompañado de una niña de quince que bebía los vientos por él.

—Van a burlarse de ti —dijo Sandra mirándolo a los ojos.

—¿Por qué crees que van a burlarse de mí? —preguntó confuso—. ¿Crees que los demás se ríen de ti? —preguntó más extrañado que antes.

—Sí —respondió cabizbaja.

—Estás equivocada, nadie lo hace. ¿Por eso siempre vas sola? —Sandra volvió a asentir con la cabeza—. Ya no tienes por qué estar sola —dijo sin que ella pudiera entender a qué se refería—. Nos vemos aquí a las dos, ¿de acuerdo? —No esperó a que Sandra contestase y se perdió entre las enormes puertas del instituto.

Siempre ansiaba que la campana que marcaba el final de las clases sonara, odiaba el instituto, como la mayoría de los jóvenes en realidad, pero hoy era distinto, quería salir para volver a verlo. Apenas se enteraba

de las clases de matemáticas, no sacaba bien los cálculos por mucho que lo intentara, no prestaba atención a los profesores y lo único que hacía era mirar el reloj que estaba en el centro de la clase, marcando las horas. Quería caminar de nuevo junto a Lucca Palermo, le daba igual si hablaban o no, se conformaba con volver a estar a su lado, para ella eso fue lo mejor de ese día.

Cuando al fin sonó la campana, Sandra, sin perder mucho tiempo, cogió todas sus cosas y salió disparada de su pupitre para volver a reunirse con él, pero su amiga Gabriela la frenó.

—¿A dónde vas tan rápido? Espérame para ir juntas a casa —le dijo su amiga.

—Hoy no va a poder ser, dejé la bicicleta a mitad de camino y tengo que ir a buscarla. —La cabeza de Sandra iba más rápido que sus palabras, estaba desesperada por irse del aula.

—Te acompaño —insistió Gabriela.

—No —dijo tajante—. Nos vemos mañana. —Y corrió lo más rápido que pudo.

Lucca estaba apoyado en una pared, al lado de la salida del instituto, con los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre su pecho y una de sus piernas también se apoyaba en la pared. Parecía buscar el poco sol que había con la cara, como si eso le reconfortara, y en cuanto notó la presencia de Sandra abrió los ojos de golpe.

—¿Preparada? —le preguntó con esa sonrisa que hacía temblar el cuerpo de Sandra.

—Sí, vamos. —logró decir ella, con un millar de mariposas volando por su estómago.

Antes de regresar al lugar donde habían dejado la bicicleta, hicieron una parada en una tienda de deportes cercana para comprar una cámara nueva. Ella agradeció en silencio que Lucca supiera lo que había que hacer, porque si dependiera de Sandra, no hubiera podido cambiar la cámara de la rueda.

Una vez que la arregló, la acompañó a casa y se despidió de ella con un beso en la cara. Sandra entró en su casa y se acariciaba la mejilla

besada por Lucca, como si de esa forma pudiera sentir el beso de nuevo, y supo que esa noche no iba a poder dormir. Solo era una niña, pero tenía el presentimiento de que él era su destino.

A la mañana siguiente no cogió la bicicleta, prefirió ir caminando, y rezaba a los dioses que conocía para que se volviera a encontrar con él. No tuvo suerte, fue a Gabriela a la que se encontró.

—Buenos días, amiga —dijo—. ¿Dónde fuiste ayer con tanta prisa?

—Había pinchado una rueda y Lucca me ayudó a cambiarla —respondió a trompicones.

—¿Te refieres al cañón del alumno nuevo?

—Al mismo —dijo Sandra más feliz que nunca. Recordó la manera en la que se despidió y sintió de nuevo ese pellizco de felicidad. Aunque, si era sincera consigo misma, le habría encantado que fuera uno de esos besos de película, pero de momento se conformaría con el que le dio anoche.

Llegaron al instituto entre risas, hablando sobre quién era el chico más guapo y lo que harían por tener una cita con él. Ganó Lucca por goleada, por lo menos para Sandra así era, aunque su amiga creyera que era Travis.

—Gabriela, voy a la taquilla a coger los libros, nos vemos en clase.

—Te guardaré el sitio, como siempre.

Al cerrar su taquilla se lo encontró de nuevo y el corazón de Sandra decidió agujerearle el cuerpo de lo rápido que latía. Estaba apoyado de lado, con sus brazos cruzados sobre su pecho y su ya característica sonrisa. Esa que se metía en el interior de Sandra y conseguía que un millar de mariposas volaran por su cuerpo. Tenía una camiseta con el logo de Nirvana en amarillo, unos pantalones de chándal grises, y unas playeras Saucony de amarillo chillón, para ella no podía estar más guapo.

Esa mañana, Sandra se había arreglado más de la cuenta. Aprovechó que no iba a usar la bicicleta y se puso su vestido preferido. Era de un tono turquesa, con pequeñas margaritas de distintos colores, y ella creía que le quedaba genial con su tono de piel. Se colocó una horquilla en un

lado del pelo, el resto lo dejó suelto y llevaba unas bailarinas del mismo color del vestido.

Al verle tan cerca, sus nervios se dispararon. «*¿Me dirá lo guapa que estoy?*», pensó a la vez que cogía un mechón de pelo entre sus dedos. No ocurrió, y no pudo evitar decepcionarse.

—Te estuve esperando en tu casa para venir juntos.

—¿Qué? —logró decir.

—Pensé en venir juntos hasta aquí, como hicimos ayer —respondió él.

—No lo sabía, normalmente vengo con la bicicleta, pero hoy me acompañó mi amiga —intentó explicarle.

—Pues por tu culpa me muero de hambre, ni desayuné para irte a buscar.

—Yo...

—Todo el mundo a clases, como tardéis más tiempo llamaremos a vuestros padres —interrumpió uno de los profesores.

—Te veo en la salida —dijo Lucca guiñándole un ojo a Sandra que estuvo al borde del infarto.

Entró en la clase como si estuviera en una nube y la sonrisa no se le iba del rostro. Al igual que el día anterior, estaba ansiosa porque el reloj, que señalaba las ocho de la mañana, marcara de nuevo las dos y, así, volver a su casa acompañada de Lucca.

«*¿Por qué yo?* —decía una impertinente voz en su cabeza—. *No soy muy agraciada, tengo gafas y ortodoncia. Además, hasta hace dos días parecía que no existía para él. ¿Qué ha cambiado? ¿Y si esto es una pesada broma?*».

Los terribles pensamientos persistieron en su cabeza hasta la hora del descanso. Se debían a sus terribles inseguridades, lo sabía, pero no podía evitar creer que no era lo suficientemente guapa o simpática para nadie y mucho menos para él. Debía de cambiar eso, todos los días se lo repetía a sí misma, pero no lo conseguía.

Estaba sentada en las escaleras de camino al patio del instituto, frente a su amiga Gabriela. A ninguna de las dos les gustaba juntarse con el resto de los alumnos, preferían estar solas y hablar de sus cosas como

buenas amigas que eran. Lo que más les gustaba era comentar el último libro que habían leído o la última película que habían visto. En cuanto a los libros, a Sandra le apasionaban los que estaban relacionados con el arte, aunque también era fan de la lectura romántica.

—¿Por qué no estáis en el patio como el resto de los alumnos?
—Sandra no podía creerse que estuviera hablándole de nuevo, en dos días habían conversado más que en meses. «*Cuánto agradezco haberme caído*», pensó.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó Gabriela, cortando de golpe sus pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—Desde que llegaste aquí has hecho como que no existíamos, apenas nos mirabas y mucho menos nos dirigías la palabra y, ahora, por arte de magia, eres educado y te preocupas por Sandra. No entiendo nada.

—Vosotras tampoco hacéis nada para que el resto de las personas os hablen. Siempre andáis juntas, os separáis del grupo y nunca os apuntáis a ninguna quedada. No creo que la culpa sea mía, más bien de vosotras, ¿a qué le teméis? No somos malos, te lo prometo —dijo con esa sonrisa que tan embobada dejaba a Sandra.

—Preferimos estar solas —respondió Gabriela tras varios segundos de silencio.

—En ese caso, no molesto más.

Lucca se encontraba casi al final de las escaleras, cuando Sandra recordó algo y corrió tras él. Al alcanzarlo, le cogió de la mano y sintió una fuerte corriente eléctrica recorrer su cuerpo que le hizo apartar su mano de golpe.

—Toma —le dijo dándole su donut y su batido de chocolate—. No desayunaste, ¿verdad?

—Cómetelo tú, no pasa nada.

—En serio, cógelos, yo pude comer algo antes de salir de mi casa.

—Muchas gracias, Sandra. —Se acercó a ella y volvió a darle un beso, esta vez más cerca de la comisura de sus labios.

Después de unas cuantas clases más, en las que de nuevo Sandra no se enteró de nada, la campana sonó y el corazón de ella se encogió. Salió del aula desesperada mirando cada rincón, en busca de Lucca, como fuera una broma no se lo iba a perdonar nunca. Gabriela iba al lado de ella, sin parar de hablar, pero Sandra no le hacía ni caso, solo estaba pendiente de encontrarlo.

Hacía dos días, tenía ganas de salir del instituto y olvidarse del mundo hasta el día siguiente, ahora quería salir por razones distintas. Quería disfrutar de ese mundo y, a poder ser, que él le enseñara qué era lo que se perdía por estar viviendo oculta. La sensación de decepción volvió a ella al ver cómo Lucca se marchaba con el equipo de rugby, animadoras incluidas.

—Esto es absurdo —dijo en voz alta, sin darse cuenta.

—¿El qué? —preguntó Gabriela.

—Que me encapriche por uno de los chicos más guapo del instituto. Está claro que él puede tener a otras mucho mejores que yo —respondió al ver cómo una increíble chica pelirroja, más alta que Sandra y de mayor edad, le cogía de la mano sin dejar de sonreírle—. La odio.

—¿Y si me quedo contigo esta noche, escuchamos música y vemos películas?

—Hecho.

Nada más llegar a casa de Sandra pusieron la canción, *“Love is a Battlefield”* de Pat Benatar. Cantaron y bailaron como locas y al terminar se tumbaron en el sofá, exhaustas. «¿Quién mejor que yo para saber que el amor es un campo de batalla?», pensó Sandra acostada aún en el sofá, sin dejar de imaginarse a Lucca Palermo. «Si él quiere a esa chica pelirroja, perfecto, ya no pienso dirigirle la palabra».

¿Por que ella?

Lucca caminaba al lado de esa niña que parecía un ángel. Era rubia, ojos azules y la piel más blanca que haya podido ver. Durante tres días ella no había dejado de evitarle, así que esa mañana, y sin poder aguantarlo más, apareció en la puerta de su casa para ir juntos al instituto.

Desde que aterrizó en Londres, intentó por todos los medios alejarse de ella, no por lo que ella imaginaba, al contrario, Sandra despertó unos extraños sentimientos en él. Se sintió atraído por ella en cuanto sus ojos se encontraron, pero es que, además, tenía el extraño deseo de querer estar a su lado y protegerla.

La primera vez que la vio, llevaba puesta una blusa de Batman, unos vaqueros y unas converses negras. El pelo le caía como una cascada dorada por debajo de sus hombros. Nada del otro mundo y, aun así, a Lucca le atrajo más de la cuenta. Entonces hizo lo que mejor se le daba, hacer que no existía.

El día que presenció cómo se cayó con su bicicleta, no pudo resistir la dulce tentación de acercarse a ella para ayudarla. A medida que hablaba con Sandra fue aún peor, solo eso conseguía que Lucca quisiera pasar más tiempo a su lado. Notaba una sensación de paz y una calidez desconocida para él. Sacudió la cabeza y alejó esos pensamientos de su mente, era imposible que se sintiera tan atraído por alguien a quien apenas conocía.

Sandra había estado callada, demasiado para ser ella, y él no sabía qué más hacer para que le hablara. Era extraño, porque solo con caminar junto a ella estaba cómodo, pero se negaba a conformarse con eso. Quería conocer más de ella, saber si esa atracción irrefrenable que sentía era sincera o producto de su traicionera cabeza, y saber si después de que

ambos supieran más del otro la química disminuía o aumentaba.

—¿Vas a estar mucho más tiempo sin hablarme? —pregunté con la mejor de mis sonrisas, esperaba derribar un poco sus murallas.

—¿No prefieres hablar con tu novia? —soltó ella.

—¿Qué novia?

—Perdón, tienes tantas que no sabes ni a cuál me refiero —respondió con desdén.

—Sandra, para —pedí, agarrándole de la mano—. ¿Me puedes decir qué narices te pasa? —pregunté impotente por no saber a qué se refería.

—Llevas tres días que no te has separado de una guapa pelirroja. No dejáis de hacer manitas y sonriéndoos sin parar, y yo otra vez vuelvo a ser un cero a la izquierda. Me has dado de lado y no vas a tardar mucho en hacer que no existo, como hacías antes.

—Has sido tú la que me has dado de lado. Te espero para acompañarte a casa y nada, te voy a buscar al aula y nada. Hoy has venido conmigo porque he hecho guardia para que no huyeras de mí, si no te habrías escapado de nuevo. —Me miró con cara de enfado, con sus cejas juntas, los brazos cruzados y sin sonrisa a la vista. Su mirada observaba algo tras de mí y, cuando me quise dar cuenta, había huido de nuevo e iba al encuentro de su amiga Gabriela—. Sandra, espera —le grité demasiado tarde.

Terminaron las clases y la esperé en la puerta del instituto, pero tal y como había ocurrido durante estos tres días, Sandra ya se había marchado. De camino a mi casa, estuve pensando en ella sin poder evitarlo. Era indudablemente guapa, aunque ella no se le creyera, y eso la hacía más guapa aún. Y el poco tiempo que había pasado con ella me había valido para saber que era dulce, alegre, simpática y no paraba de reír.

Como si la hubiera invocado con mis pensamientos, encontré a Sandra sentada en un banco con la cabeza gacha, seguro que estaba ojeando alguno de esos libros de arte que tanto le gustaban. Delante de ella, había un amplio campo verdoso con varias personas que hacían deporte o paseaban con sus mascotas. Sandra estaba tan concentrada,

que no se dio cuenta que me había sentado a su lado. Iba vestida igual que el día que la conocí, salvo que esta vez llevaba el pelo recogido en un moño y las gafas eran rojas, al igual que sus playeras. Me quedé unos minutos sin decir nada, con mi mirada deambulando por todas partes, solo nosotros y el silencio. Yo sintiendo su presencia y ella ignorándome.

—No tengo novia —dije, ella dio un salto en el banco al no esperarme.

—Me da igual. —Me miró de reojo y continuó con el libro.

—Es verdad que ella quiere estar conmigo, pero yo con ella no.

«*Quiero estar a tu lado*», pensé.

—No quiero saber nada de tu vida.

—Yo diría que sí, estás celosa. —Eso consiguió captar su atención. Levantó la vista del libro y me miró con los ojos entrecerrados y sus labios fruncidos. Volvía a estar enfadada. Me preparé mentalmente para una buena dosis de Sandra, pero me equivoqué. Cerró el libro de un golpe, se levantó cogiendo su mochila del suelo y se dispuso a marcharse con su bicicleta. Al pasar a mi lado la agarré de su mano derecha, tiré de ella y la senté en mis rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo sin parar de moverse—. ¡Suéltame! —gritó.

—Sandra, escúchame —le rogué—. No quiero que sigas sin hablarme por una tontería.

—¡Basta! —gritó de nuevo, consiguiendo apartarse de mí—. Seguro que tú y esa chica no paráis de reiros de mí por lo desesperada que estoy por gustarte. ¿Es eso? ¿Te acercas a mí, me agradas, y después os desternilláis a mi costa? —Hice ademán de hablar, pero me cortó al momento—. No quiero saberlo. No te acerques a mí, ni hables más conmigo. Se acabó ser el hazmerreír del instituto, ser esa pobre niña que es un blanco fácil —dijo señalándose de arriba abajo. Yo me quedé mirando, sin saber qué decir. Ella cogió su bicicleta y volvió a desaparecer.

Estuve un rato más sentado en el banco, con la vista al frente y sin ver nada, pensando en lo que me dijo, e intentaba buscar una razón a la

obsesión que tenía de que el resto se burlaba de ella cuando no era así. Me había comportado como un capullo ignorándola, y era normal que ahora dudase de mí. ¿Por qué leches quería estar cerca de ella? Ni yo mismo sabía dar respuesta a esa pregunta, simplemente la necesitaba.

Cogí mi mochila, me levanté para marcharme y tropecé con el libro que Sandra leía a mi lado. «*Mi excusa perfecta*», me dije. Me agaché a cogerlo y sonreí al ver que se trataba nada más y nada menos que de *Orgullo y Perjuicio*. No me sorprendió comprobar que alguien como ella, que amaba tanto el arte, leyera esa gran obra.

Deambulé un largo tiempo por las calles, sin ganas de llegar a mi casa. Me acerqué hasta una tienda de CDS, Blue Ray, videojuegos, etc., y decidí entrar con una idea en la cabeza para que Sandra me perdonase.

En mi casa, fui directamente a la cocina para hacerme un sándwich, ni siquiera me lo comí allí, me lo puse en una servilleta y subí hasta mi cuarto donde eché la llave para que nadie entrara. No quería hablar con mi madre, hacía tiempo que no hablábamos, y tampoco quería que entrase en mi cuarto, era el único sitio donde podía estar tranquilo y me gustaría que siguiese siendo así.

El despertador sonó a las seis de la mañana y, al contrario de lo que me ocurría en otras ocasiones, esta vez no me costó levantarme, tenía un objetivo en mente y debía conseguirlo. Ese día, Sandra iba a volver a mi lado, porque era incapaz de aguantar otro día más sin ser su amigo. Quería que me hablara y me sonriera como había estado haciendo hasta ahora, y que me esperara en la salida del instituto para ir juntos a casa mientras me contaba cómo le había ido el día. Había estado mucho tiempo haciendo el imbécil, iba siendo hora de enmendar mi error.

Aparecí en casa de Sandra a las siete de la mañana y me felicité a mí mismo mentalmente porque sabía que estaba aún dentro y no podía huir por mucho que lo intentara. Me senté en el escalón de su porche a esperarla con un nudo en la garganta a causa de los nervios.

—¿Qué haces aquí? —dijo, cogiéndome totalmente desprevenido. Me levanté del escalón y me giré para mirarla. Sonreí al ver cómo iba vestida. La blusa era blanca de estilo nadadora con la cara de una de las

tortugas ninjas, unos pantalones de chándal negros y, como siempre, las playeras y gafas del mismo color, esta vez eran verdes. El pelo lo llevaba suelto, rozándole sus hombros desnudos, y yo no podía apartar mis ojos de ella. Hermosa era quedarse corto. Mis manos empezaron a sudar, y me sentí incómodo al pensar en el ridículo que estaba haciendo.

—Ayer te dejaste esto en el parque —respondí con mi mano estirada para alcanzarle el libro.

—Gracias, ya lo daba por perdido —dijo.

—Te compré un detalle para que me perdones. —Me fijé que dudaba y me miraba extrañada—. Tenías razón en lo que me dijiste, y he pensado que lo mejor será que empecemos de nuevo, ¿te parece? —Seguía manteniendo la mano en el aire, ella no sabía si cogerlo o no. Su mirada se iba alternando de mí al regalo—. Sandra, por favor —supliqué. Terminó por rendirse y cogió el paquete, nuestras manos se rozaron y un fuerte cosquilleo recorrió mi cuerpo.

Se sentó en el escalón que yo ocupaba hacía unos segundos, con una sonrisa de oreja a oreja y a mí se me hinchó el pecho de satisfacción, me agradaba ser la causa de esa sonrisa.

—Estoy nerviosa —dijo empezando a abrir el paquete—. ¿De qué se trata?

—Las sorpresas no se dicen, de todas formas, solo es un detalle.

—¿Qué más da eso? Lo que importa es que al verlo te acordaste de mí y por eso lo compraste. Te lo confieso, me encantan los regalos.

—Ya veo —dije sin poder parar de reír. «*Lo confieso, me encanta verte así. Te compraré regalos todos los días si vas a dedicarme esas sonrisas y miradas de alegría otra vez*», pensé.

Al abrir el paquete se quedó mirándome con la boca abierta de par en par. No decía nada, solo me miraba, y tuve la sensación de haber cometido un grave error. Los nervios se volvieron apoderar de mi cuerpo y mi garganta se cerró de golpe.

—No te gusta —dije cabizbajo, con la mirada fija en la punta de mis playeras.

—¿Gustarme? —preguntó—. Me encanta —gritó. Dio un salto desde

donde estaba hasta mis brazos y pude reaccionar justo a tiempo para evitar caernos. Le devolví el abrazo, reteniéndola más tiempo del necesario, y me perdí en el aroma de su pelo. No quería que se separara de mí—. ¿La ves conmigo? —preguntó. Yo fruncí la nariz como si algo me oliera mal—. ¿Qué pasa? —Su cara estaba frente a la mía, muy cerca.

—¿Me vas a hacer tragar toda la serie de Orgullo y Perjuicio? —pregunté como si fuera lo peor que me podría pasar en la vida. Deseaba pasar más tiempo con ella y si la única manera era viendo la serie, eso haría. Y pensándolo bien, los dos solos viendo la serie tampoco pintaba tan mal.

—Por favor —dijo haciendo un mohín infantil. Moví la cabeza asintiendo y ella me volvió abrazar, sorprendiéndome al depositar un beso en mi mejilla—. ¿Te viene bien esta tarde? Ahora que la tengo no quiero tardar mucho en verla.

—Perfecto. Salimos de clases y venimos aquí juntos para verla —respondí—. ¿Nos movemos?, se nos va a hacer supertarde.

Ella no paraba de sonreír y mi corazón no dejaba de latir a toda prisa cada vez que me miraba. Nos separamos para ir cada uno a nuestra respectiva aula y creí echarla de menos a cada momento, pero debía ser confusión, nada más.

Sonó la campana anunciando el descanso y salí a toda prisa para reunirme con ella. La encontré en las escaleras junto a su amiga, fui bajando poco a poco con intención de sentarme con ellas, pero mis amigos me interceptaron por el camino y me impidieron llegar a mi destino.

—Palermo —gritó Travis desde lo alto de la escalera—. No hemos parado de buscarte. El míster ha puesto entrenamiento esta tarde.

—Imposible, tengo cosas que hacer.

—No es una pregunta, Lucca, tenemos que ir por narices —explicó John, otro miembro del equipo de rugby del instituto.

—Dile que estoy enfermo.

—No digas tonterías, te necesitamos en el equipo y lo sabes, cancela lo que sea que ibas a hacer y vete al jodido entrenamiento si no quieres

que te parta la cara.

—¿Tú y cuántos más? —dije riéndome ante el atrevimiento de Travis.

—El equipo entero como nos hagas perder el partido del viernes —respondió él, totalmente serio.

—Está bien, ahí estaré.

Sin siquiera darme la vuelta, pude notar su mirada taladrando mi nuca. Habíamos quedado para ver la serie y volvía a dejarla tirada. El recreo terminó y a mitad de la escalera frené sus pasos para poder explicarle lo que ocurría.

—Sandra —dije, agarrando su mano para evitar que continuara subiendo—. El entrenador...

—No te preocupes —me interrumpió sin mirarme a la cara—. Lo entiendo.

—Estás enfadada, se te nota.

—No es verdad.

—Vamos, Sandra, no trates de mentirme —dije—. ¿Puedes entender que tenga entrenamiento?

—Lucca, si crees que el entrenamiento va a librarte de ver la serie conmigo estás muy equivocado —respondió con una de esas sonrisas que hacían iluminar sus ojos—. No pasa nada, te lo prometo.

—¿Seguro? —Estaba dudoso con ese cambio de actitud. En un primer momento parecía que iba a matarme.

—Que sí, pesado —dijo entre risas.

Sin pensármelo dos veces y con los demás pendientes de nosotros agaché mi cabeza para darle un beso en la mejilla. Siendo sincero conmigo mismo, cada vez me acercaba más a sus labios, no podía evitarlo, era demasiado apetecible para no hacerlo, ella me dedicó su preciosa sonrisa y se marchó a su aula.

Al llegar a la altura de Travis, me miró con una ceja levantada a modo de interrogatorio, pero intenté ignorarlo. Pasé a su lado y seguí de largo, sin decirle nada.

—¿Qué te traes con ella? —preguntó al llegar a mi altura.

—Nada.

—Claro —dijo riéndose—. Muy sincera la respuesta.

—Métete en lo tuyo.

Un ligero roce y pequeñas confesiones

No pude evitar sentirme decepcionada al saber que esa tarde no la iba a pasar con Lucca. Estaba ansiosa por estar más tiempo con él, poder aclarar los sentimientos, y saber hacia dónde nos iba a llevar esta nueva amistad. Acabé pasando la tarde con Gabriela que no paró de hablar de lo atractivo que le pareció hoy Travis.

—Sandra, ¿me estás escuchando?

—Sí —respondí sin añadir nada más porque no sabía de qué hablaba.

—Eres una mentirosa, ni siquiera me estás mirando. ¿Se puede saber en qué piensas?

—Hablaste del chico más guapo del instituto y mi mente se fue con él.

—La verdad que ha tenido un gesto muy bonito contigo al regalarte la serie de tu libro favorito. Yo en tu lugar tampoco me haría caso.

—De todas formas, es difícil seguirte el ritmo cuando hablas tanto y tan rápido —dije burlándome de ella.

—¿Te he comentado alguna vez que cuando quieres eres mala? —preguntó riéndose.

—Alguna que otra vez —respondí riéndome con ella.

Estuvimos toda la tarde en el jardín trasero de mi casa, sin parar de comer y de reír. Cuando Gabriela se fue, estaba agotadísima, así que me duché y me metí directa en la cama. Mi último pensamiento se lo dediqué a él, a Lucca Palermo.

A la mañana siguiente, me levanté con el ánimo renovado, bajé corriendo a la cocina y me preparé el desayuno, siempre amanecía hambrienta. Regresé a mi habitación cuando terminé y me puse una de

mis canciones preferidas a todo volumen. Mis padres trabajaban los sábados, así que no molestaría a nadie. Abrí una de las ventanas del cuarto para airearla y me puse a cantar "*Hit me with your best shot*" de Pat Benatar.

Cogí el peine y lo utilicé de micrófono sin dejar de moverme por el cuarto, saltaba en la cama y movía la cabeza de un lado a otro. Estaba tan concentrada en mi labor como cantante, que no me percaté de que alguien me observaba por la ventana.

Me coloqué de rodillas en la cama e hice el solo de guitarra, giré la cabeza hacia la izquierda, señalé con el dedo índice hacia la ventana y me quedó paralizada. Allí se encontraba el causante de mi buen humor y a quien le había dedicado la canción en secreto.

—Vaya, Sandra, así que te di con mi mejor disparo, no tenía ni idea. —Estaba apoyado con sus dos manos en el marco de la ventana y con esa maldita, a la vez que adorable, sonrisa.

—¿Se puede saber cómo has llegado hasta aquí? —Me acerqué a él nerviosa, esperando que no lo notara, y comprobé que estaba subido en la escalinata de madera que colocó mi padre para llenarla de flores—. Ya le dije que era una mala idea poner eso —dije más para mí que para él—. Encima debajo de mi ventana, para que cualquiera pueda acosarme. —Lucca no debió pillar la indirecta, o le importó un pimiento, porque entró en mi habitación y se sentó en el banco que presidía a la ventana. Era mi lugar favorito para leer y, ahora, lo sería más todavía. Verlo en mi cuarto tan tranquilo, como si fuera la cosa más natural del mundo, me gustaba y asustaba a la vez.

—En mi defensa he de decir que no he parado de tocar el timbre, pero como para escucharlo. Entre lo alto que tenías la música y tu chirriante voz, debía ser imposible. —Se estaba metiendo conmigo, pero parecía haber cariño en su voz, y a mí no me molestaba. Tengo una voz horrorosa y bastante había hecho el pobre con escucharla.

—¿Has venido hasta mi casa para burlarte de mí? —dije haciéndome la ofendida. Era imposible que se creyera que estaba molesta porque la sonrisa no se iba de mi rostro.

—Como castigo podemos ver la serie completa.

—¿Ahora? Mejor por la tarde, mira —dije señalando al cielo—. Hace un día precioso. Vamos a dar una vuelta.

—Sí, señor —gritó poniéndose de pie y haciendo el gesto militar—. Por cierto, Sandra, ¿hasta para dormir llevas a los superhéroes? —dijo señalando mi pijama de Wonder Woman. Me puse más roja que un tomate de la vergüenza, por la manera en que lo dijo dio la sensación de que le desagradaba esa afición mía por los cómics. No era de leerlos, debía reconocerlo, pero me encantaba la ropa y fijo llevaba algo de ellos puesto.

—Yo... —No sabía qué decir por culpa de los nervios.

—No te crítico, Sandra —comenzó a hablar—. Me gusta. Es una parte de tu personalidad y algo que te caracteriza. Mira, yo... —dijo, señalándose las playeras con el logo de Linkin Park— siempre tengo puesto algo de los grupos de música que me gustan. Además, si te sirve de consuelo, mis calzoncillos son de Superman.

Ante ese comentario, me quedé con la boca abierta, los ojos parecían a punto de salirse de las cuencas y, si antes estaba roja, ahora mi tono se acercaba más al morado. Al ver mi reacción no paró de reírse, debí parecerle infantil, pero no estaba acostumbrada a los comentarios desenfadados de Lucca.

—Prepárate, Sandra, tanto para salir como para aguantarme.

Abrí el armario para coger lo que tenía pensado ponerme y corrí directa al cuarto de baño a darme una ducha. Me coloqué la blusa de Superman que pillé en su honor, unos leggins negros, con mis playeras y gafas de color rojo. Vestí mis orejas con unas dormilonas plateadas y me recogí el pelo en un moño desenfadado. Esperaba haberme puesto lo suficientemente guapa como para gustarle un poco.

Al salir del baño, Lucca ya no estaba en mi cuarto, lo busqué por toda la casa hasta que lo encontré acostado en el jardín trasero, con sus manos colocadas bajo su nuca y sus piernas estaban una encima de la otra. Nunca había estado más guapo, con el sol acariciando su rostro, estaba tan relajado y atractivo, que parecía irreal.

Me tumbé a su lado en el césped, sin dejar de mirarlo, él parecía estar pensando en algo porque sus labios se movían sin pronunciar nada. Lo contemplé durante unos segundos más y no pude controlar mis estúpidas ganas de rozar sus labios con los míos, apenas duró, fue más bien una caricia, pero él se apartó como si le hubiera quemado.

—No vuelvas hacer eso —dijo, levantándose rápidamente. Parecía enfadado por lo que hice, aunque yo no podía arrepentirme de ello. Solo había sido un ligero roce de labios y no hizo falta más para cogerme ilusiones, hasta que habló y fueron aplacadas.

—Lo siento —logré decir—. Mejor quedamos otro día. —Salí corriendo para encerrarme en mi cuarto. Estaba encantada de haber besado al chico que me gustaba, el problema era que después de su reacción, no me atrevía a pasar toda la tarde con él.

—Sandra —dijo tocando la puerta—. Abre, me has mal interpretado.

—Vete. Nos vemos el lunes en clases.

—Quería apartarte de mí porque si seguía pegado a ti, no iba a ser capaz de controlarme. Y no quiero que lo vuelvas hacer porque la próxima vez no sé si me conformaré con un simple beso. —Me quedé mirando la puerta sin entender lo que acababa de decir.

—¿Te gusto? —pregunté extrañada. Le escuché suspirar a través de la puerta y me levanté para abrirla. Quería verlo cuando me contestase, era importante para mí percibir su reacción.

—Es más que eso —respondió acariciando mi cara.

—No soy guapa —dije, mirando al suelo.

—Hasta ahora solo he estado con chicas que llamaban la atención, pero había un problema, uno muy grande, que a mí no me gustaban. Al llegar aquí y verte, mi vida cambió, porque, aunque no te lo creas, eres la chica más guapa que conozco y tengo una necesidad desconocida de protegerte. Me da igual que para los demás no seas guapa, para mí eres simplemente perfecta. Has conseguido que no tenga ansias por volver a mi país, por estar contigo sería capaz de quedarme aquí para siempre. —Seguía acariciando mi rostro. Mi corazón latía a toda prisa, desbocado, me dolía el pecho de lo rápido que iba. Al igual que sucedió en el jardín,

no pensé mucho y actué. Le cogí su cara con mis manos y le volví a rozar sus labios para después salir corriendo antes de que me volviera a echar la bronca.

—Lucca, muévete, se nos hace tarde —grité desde la puerta de mi casa.

«Debería llevar un cartel en el que pusiera: “Peligro, persona extremadamente feliz», pensé.

Después de enterarme que no había ido nunca a Londres, decidimos, bueno más bien decidí, que debíamos pasar el día allí. Durante el trayecto en tren, mis manos temblaban de las ganas que tenía de entrelazarlas con las de él, y ahora en mi barriga había una manada de antílopes en vez de dulces mariposas.

Pasamos el día visitando lo más emblemático de Londres, el Big Ben, el Palacio de Buckingham, Trafalgar Square, la calle Baker Street y un sinfín de sitios más. Lo mejor era que tenía fotos de este fantástico día. Parecíamos una pareja de novios enamorados, en todas salíamos sonrientes, en algunas incluso, riéndonos a carcajadas de las caras que poníamos para hacernos las fotos.

De regreso a York, Lucca se quedó dormido con la cabeza apoyada en mi hombro y la sonrisa se negaba a irse de mi rostro. Aproveché ese momento en el que no miraba, para volver a ver nuestras fotos. Mi preferida era la que nos sacamos en Trafalgar Square, él me abrazaba por detrás y pusimos caras de estúpidos, pero la cámara captó el momento de después, en el que nos miramos a los ojos y nos reíamos abiertamente, con uno de los grandes leones de la plaza detrás. «*Esta la pienso enmarcar*», me dije a mí misma.

—¿Te apetece empezar a ver la serie ahora? —preguntó Lucca al bajarnos en nuestra parada.

—Es un poco tarde —respondí mirando el reloj—. ¿Lo dejamos para mañana? Hoy no voy a ser capaz de ver ni medio capítulo.

—¿Podemos cenar juntos? No tengo ganas de regresar a mi casa. —«*Has conseguido que no tenga ansias por volver a mi país. Por estar contigo, sería capaz de quedarme aquí para siempre*». Antes, por culpa de la emoción

no le presté mucha atención a sus palabras, al pensarlas de nuevo, me di cuenta de que algo le pasaba.

—¿Qué ocurre, Lucca? —pregunté, dirigiéndolo a un banco cerca de la estación—. Antes me dijiste que ansiabas volver a Italia y ahora no quieres volver a tu casa. —Le agarré la mano intentando transmitirle seguridad, que supiera que podía contar conmigo—. Puedes decírmelo, confía en mí.

—Cuando apenas contaba con diez años, mis padres se divorciaron. Lo peor es que mi madre, por joder a mi padre, ha estado viajando por el mundo y así evita que estemos mucho tiempo juntos. No es consciente que, por su despecho, a quien realmente perjudica es a su propio hijo, hasta tal punto que deseo cumplir la mayoría de edad para regresar a casa, con mi padre. Hablamos todos los días sin que ella lo sepa e intentamos ser fuerte y aguantar hasta que sea mayor, pero es duro. Después del divorcio, mi madre ha estado con los peores tipos que te puedas encontrar, cuando los deja se va a otro país y vuelta a empezar. Aquí es donde más ha durado sin pareja, espero que siga así, y es donde más ganas he tenido de quedarme. Cada año he estado en distintos colegios y he evitado hacer amigos, entonces llegué a York. No puedo explicar la razón, pero quería quedarme y conocer a la gente de mi clase. Aunque ahora no tenga novio, no puedo perdonarle los últimos siete años de mi vida, no quiero hablar con ella porque sé que acabaré recriminándole la mala vida que me ha dado. Prefiero seguir así, evitándola hasta que pueda decidir por mí mismo.

—Ha tenido que ser horrible vivir con la maleta a cuesta y viendo a tu madre con toda clase de hombres. Si te sirve de consuelo no pienso separarme de ti —le dije con una pequeña sonrisa para animarlo—. Me gustaría poder decir algo más reconfortante, pero no creo que nada de lo que diga pueda consolarte.

—No tienes por qué decir nada, estar aquí me reconforta más de lo que crees. —Me dio un beso en la nariz y mi corazón voló de alegría. Ese gesto cariñoso consiguió que me enamorara más de él.

—He de volver a casa, mis padres se van a preocupar si tardo más

tiempo.

—¿Nos vemos mañana?

—¿Te cuelas por mi ventana y pasamos el día tumbados para ver a mi adorable Mr. Darcy?

—No te olvides dejar la ventana abierta.

—Permanecerá abierta el resto de mi vida.

Me quedé dormida con una sonrisa en los labios, recordando el día que habíamos pasado y con ganas de que llegara el siguiente. Iba a pasar todo el domingo a su lado, de nuevo, jamás creí que algo así me pudiera suceder, pero estaba pasando y no podía estar más feliz.

No puede suceder

Lucca se encerró en su cuarto nada más llegar a su casa y sin cruzar palabra alguna con la mujer que lo esperaba en la cocina para cenar. La había perdonado suficientes veces para saber que no iba a tardar mucho en hacer lo mismo.

Había pasado el mejor día de los últimos siete años, estar con ella parecía hacerlo más fácil. A su lado no pensaba en los años que había pasado con una madre alcohólica y unos novios en peores condiciones que ella. A Sandra no le contó ni la mitad de las cosas que había vivido, ni su padre sabía la parte que más daño le hacía a Lucca.

Hacía dos años, regresó a casa después de las clases, su madre estaba en el sofá, durmiendo la mona después de haber ingerido una cantidad excesiva de alcohol. Al verla se enfadó muchísimo y dio un fortísimo puñetazo a la pared. El novio de ese momento, Janson, se levantó corriendo del sofá y sin mediar palabra alguna le dio un puñetazo en el ojo. Estuvo varios días sin salir de casa por culpa del enorme hematoma que tenía en la cara. Su madre se despertó y en vez de posicionarse al lado de su hijo, le culpó por haber provocado a su adorado novio. En ese mismo instante, Lucca decidió que se iría a vivir con su padre y, hasta entonces, se alejaría de ella lo máximo posible y evitaría relacionarse con la mujer que le dio la vida.

Estaba tumbado en la cama, con las imágenes de los malos momentos vividos con su madre apareciendo una y otra vez por su cabeza mientras lanzaba una pelota de tenis al techo. Le había dicho a Sandra que se quedaría, pero llegado el momento regresaría a Italia sin dudar. Sería incapaz de quedarse durante más años de los necesarios con la mujer que había tirado por la borda el amor de su hijo.

«Disfrutaré al máximo del tiempo que pase con ella, y quizás la convenza para que se venga conmigo. Adora Italia y a un italiano», pensé y sonreí con esa idea.

Lucca se despertó a las nueve de la mañana al escuchar la canción Here without you de 3 Doors Down, melodía que había puesto en el móvil para cuando le llamara su padre.

—*Pronto* —respondí sonriendo.

—*Ciao, Lucca, ¿cómo estás?* —A pesar de que mi padre era italiano, siempre había intentado hablarme en el idioma de mi madre para, según él, desenvolverse mejor el día de mañana. Decía que, entre más idiomas tuviera uno, mejor considerado para un trabajo.

—*Bene* —respondí—. Aunque me gustaría que fueras tú la persona con la que vivo. —En ocasiones me gustaría contarle a mi padre lo que había pasado, pero no quería preocuparlo. Lo estaba pasando mal por la situación que había creado mi madre, si encima le contaba lo que sufría estando aquí, la impotencia iba a ser peor. Esto se debía a que un juez tuvo la absurda idea de que los niños estaban mejor con las madres, no todos los casos eran iguales, pero es que en este erró de lleno.

—Yo también te echo de menos, mi *bambino*. —Sonreí al escuchar la mezcla de lenguas que hacía—. Pero ya queda menos para poder estar juntos.

—Una vez que me vaya de aquí, no quiero saber nada más de ella.

—Lucca, no tienes que ser tan duro con tu madre, ella cree que está haciendo lo mejor para ti.

«*Cuando sepas la verdad, me darás la razón*».

—Si no es porque le robé tu número de su móvil, no estaríamos hablando ahora mismo —recriminé enfadado.

—Tranquilo, las cosas saldrán *bene*. ¿Qué tal vas con el equipo de rugby?

—Genial, gracias a eso puedo dejar todas mis frustraciones levantando a más de uno en el campo. —Mi padre se rio con mi respuesta y mi enfado empezó a disiparse.

—¿Y con Sandra?

—Sabes que me arrepiento haberte hablado de ella, ¿verdad? —Días atrás, en un momento de bajón, le conté a mi padre que gracias a Sandra podía sobrellevar el vivir aquí. Le hablé un poco de ella y al igual que ocurrió conmigo, a mi padre le encantó sin conocerla.

—¿Le gustó el regalo?

—Le encantó. —Recordé la cara que puso cuando lo abrió y el abrazo que me dio y la sonrisa volvió a mi rostro—. Hoy quedamos para verla juntos.

—Me alegro de que la hayas conocido, estás más relajado, se te nota. No, Lucca. —me conocía lo suficiente para saber que iba a replicarle y me interrumpió—, no es por el rugby.

—Lo sé —dije con un suspiro cansado—. Tengo miedo de seguir conociéndola, que vayamos a más, y perderla al volver a casa.

—Eres muy joven, Lucca, disfruta de la vida y no pienses en el mañana.

—Gracias, papá, no sé qué haría sin estas conversaciones.

—Ni yo, hijo, por lo menos tengo algo de ti —su voz se tornó triste y me lo contagió—. Me voy a Siena a ver a la abuela, ¿quieres que le diga algo?

—Que la quiero y la echo mucho de menos. ¿Me llamas a la noche para hablar con ella?

—Por supuesto, *arrivederci*, Lucca.

—*Arrivederci*.

Después de colgar me quedé un rato más en la cama y escuché la puerta de casa cerrarse. Me acerqué a la ventana para saber si mi madre entraba o salía. Al ver que se marchaba con el coche respiré aliviado, no me apetecía nada tener que hablar con ella y mucho menos explicarle los planes que tenía para hoy.

Conecté mi iPod en mi altavoz Bosse y apreté el play en la canción *They Don't Care About Us* de Michael Jackson que sonaba superalto mientras me preparaba para ir a casa de Sandra. En su honor, me puse una blusa de los vengadores, un pantalón de chándal para estar lo más cómodo posible, y unas playeras.

Seguía escuchando música en lo que iba de camino a su casa, me dejé llevar por mi imaginación y soñé que vivía en un mundo más justo en el que mi padre estaba a mi lado y nunca tendría que tomar la decisión de dejar de verla. El ritmo de la canción *The Final Countdown* me devolvió a la realidad y me percaté que había pasado de largo la calle de Sandra.

Esta vez, a diferencia de ayer, no toqué el timbre de la casa porque no quería conocer a sus padres, y trepé directamente por la escalinata. Sandra estaba sentada en el banco que había justo bajo la ventana y no levantó la vista del libro que sostenía entre sus manos.

—*Buongiorno Principessa* —dije apoyado en el marco de la ventana—. ¿Qué lees?

—Buenos días, Lucca —respondió con una radiante sonrisa que se me grabó automáticamente en la memoria—. Sigo con *Orgullo y Prejuicio*. ¿Has desayunado?

—Preferí esperar a que me dieras un donut y un batido de chocolate. —Conseguí hacerla reír y apreté más mis manos al marco para evitar caerme.

—Espera un segundo, voy a buscarlo a la cocina.

Salió de su habitación y aproveché ese momento de intimidad para echarle una ojeada a su cuarto. Entre la puerta y la ventana tenía una cama que bien podría ser de matrimonio, el cabecero estaba pegado a la única pared que había de color, era de un lila claro, y el resto de las paredes eran blancas. Enfrente de la ventana había un armario antiguo de color blanco con flores pintadas de rosa y lila. En la otra pared, frente a la cama, estaba el escritorio con el ordenador y un montón de libros desperdigados encima. Tenía una estantería, pero estaba prácticamente vacía, había más libros esparcidos por toda la habitación que colocados en ella.

Escuché entrar a Sandra y volví mi mirada hacia la puerta, llevaba una bandeja con un paquete de donuts y dos batidos de chocolate y me acerqué para ayudarle. Nos sentamos los dos en el banco y empezamos a engullir como si no hubiéramos comido en años.

—Mis padres se van en un rato a casa de unos amigos —dijo entre bocado y bocado—. No volverán hasta las ocho más o menos. ¿Te quedas a comer conmigo? —Al decir eso sus mejillas se tiñeron de rojo y estaba adorable—. Después de lo de ayer creí que te gustaría —continuó al ver que no contestaba.

—Gracias por pensar en mí, Sandra.

—No es molestia. Por cierto, me mola tu camisa.

—Te has dado cuenta, me la puse para ti. —Continuamos desayunando en silencio. Como siempre, era un silencio agradable, la verdad que con Sandra nunca estaba molesto ni con ganas de marcharme.

—¿Qué te apetece hacer?

—Hoy no tengo ganas de moverme mucho, así que aprovecha para torturarme con mi regalo —dije riéndome, y ella también lo hacía.

—Genial, me apetece mucho verla. ¿Aquí o en el salón?

—¿Podemos ponerla aquí? —Asintió con la cabeza—. Lo prefiero, no sea que aparezcan tus padres de repente —respondí—. Así puedo ponerme más cómodo.

—Para mí también es mejor. —Se levantó del banco y empezó a despejar el escritorio, cuando terminó salió de su cuarto para aparecer, unos segundos más tarde, con un pequeño televisor—. ¿Lo colocas en el escritorio? —dijo señalando la mesa con la cabeza—. Voy a buscar el lector de blu-ray.

Terminamos de colocarlo y ella se volvió a tumbar en la cama, me puse nervioso sin saber dónde colocarme o cómo. Ella dio unos golpecitos a su lado y me animó a que me colocara junto a ella.

—¿Te importa si me quito las playeras?

—Ponte cómodo y no tardes, quiero verla ya —dijo sacudiendo el mando en la mano.

Me senté en el borde de la cama para quitarme los zapatos, miré mis calcetines y, al cabo de unos minutos, acabé por quitármelos también.

—Puaj, qué mal huele aquí —dijo Sandra entre risas—. Como a queso podrido. —Me reí con ella y le tiré uno de los calcetines a la cara—.

Eres un cerdo —soltó, sin parar de reír. Se apartó el calcetín de la cara cogiéndolo con dos dedos, como si le pudiera infectar con solo tocarlo, y lo lanzó al otro lado de la habitación—. ¿Preparado? — Asentí con la cabeza, me tumbé a su lado y le dio al play.

—Comienza el peor día de mi vida —dije, aun sonriendo.

—No haberte acordado de mí —replicó enseñándome la lengua.

«*No pienso reconocerle que me está gustando la serie. Claro que también cuando estoy a su lado la vida parece encantarme*», me dije cuando terminamos de ver el primer capítulo.

—¿A que Colin Firth es el mejor Mr. Darcy del mundo? —preguntó al terminar el segundo capítulo—. Si me vas a decir una chorrada, mejor no contestes, serías capaz de estropearme la mejor historia de amor del mundo.

Finalizamos los dos siguientes capítulos y fuimos a la cocina para almorzar pollo al limón con puré de patatas, que dejó preparada la madre de Sandra. Apenas le dediqué una ojeada a la casa, tenía ganas de volver a la cama y tenerla a mi lado. Después de lavar los platos y dejar toda la cocina recogida, volvimos a tumbarnos en su cuarto, esta vez me acerqué más a ella. Sentí cómo se ponía rígida a mi lado y le pasé una mano por debajo de su nuca, acercándola más a mí.

—Relájate Sandra, solo vamos a ver la serie. —Noté cómo empezaba a tranquilizarse en mis brazos y colocó su cabeza en mi pecho.

Antes de terminar el quinto capítulo, habíamos llegado a un nivel de conexión demasiado alto. Ella me acariciaba uno de mis brazos que me provocaba un delicioso cosquilleo, y yo no paraba de tocarle el pelo, enredándolo en mi mano para luego volver a peinarlo.

En medio del siguiente capítulo, Sandra levantó su cabeza de mi pecho y me miró directamente a los ojos, sin poder ocultar los sentimientos que empezaban a nacer en ella, los podía ver justo ahí, en su dulce mirada. Su cabeza empezó a descender y acercarse más a la mía y, aunque deseaba quedarme quieto, no podía hacerlo, no con Sandra. Me obligué a levantarme de la cama y puse distancia entre nosotros, me arrepentí casi en el acto de haberlo hecho. Con cualquier otra me hubiera

dado igual sus sentimientos o si se iba arrepentir, pero Sandra no era cualquiera, era única, y no podía hacerle daño.

—Sandra, no podemos —dije sin saber qué más añadir. Ni siquiera supe cómo salieron esas palabras de mi boca.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. Creí que nos gustábamos. —Probablemente no me fuera a perdonar lo que iba a decirle, ni yo tampoco, pero era lo mejor para ella.

—No —respondí mintiendo como un auténtico bellaco.

—¡Oh! —Se quedó mirándome con el dolor instalado en sus ojos. Era lo mejor para los dos, ella era demasiado joven y yo quería volver a mi verdadero hogar—. Cuando ayer dijiste eso que sentías por mí, pensé que... —se quedó sin palabras. Me quería dar un puñetazo a mí mismo— bueno... yo... ¿Puedes irte? —Estaba conteniendo las lágrimas, pude notarlo y con eso me entraron más ganas de abrazarla.

—Lo siento, Sandra —dije, después de varios intentos—. Cuando ayer te dije que me gustabas y quería tenerte a mi lado, era en plan amistad.

—Oh... —Se quedó callada de nuevo—. Adiós —dijo sin mirarme a la cara.

—Adiós. —Y me marché de allí consciente de que no iba a perdonarme.

Durante el trayecto hacia mi casa, me intentaba convencer de que era lo correcto, solo que cada vez que pensaba en no tenerla más a mi lado, ni como amiga, ni como nada, un agudo pinchazo en mi corazón me demostraba lo equivocado que estaba.

«*Es lo mejor*», pensé de nuevo.

Mi móvil sonó y lo cogí al instante porque sabía quién era la persona que llamaba.

—*Julietta, ti amo* —dije nada más descolgar el teléfono. Mi *nonna* se puso loca de contenta al escucharme y pasamos un buen rato hablando. El cotilla de su hijo, que era mi padre, le había comentado que había conocido a una chica y estuvo un rato intentando sonsacarme información.

—Cuando regrese a casa te llamo, no quiero inquietar a tu abuela
—me dijo mi padre que, nada más hablar con él, supo que me pasaba algo.

—Vale, papá, pero no te preocupes.

—Lo hago, soy tu padre, no lo olvides.

—Nunca lo hago, gracias a eso sigo aquí.

—*Ti amo, bambino.*

—Y yo a ti.

El primer amor y la primera decepción

Sandra se pasó toda la noche llorando sin parar. Lucca le dijo que solo quería tenerla como amiga y eso le había dolido muchísimo. El sábado había sido el mejor día de su vida y se podía decir que parecían una pareja. Se cogían de la mano cuando caminaban por la ciudad y Lucca le dio besos inesperados en la mejilla, aunque ahora sabía que era como una muestra de amistad. El domingo, al estar los dos acurrucados viendo esa serie tan romántica, se dejó llevar y le quiso besar, pero él se apartó y le dejó con el corazón hecho añicos.

El sonido del despertador anunció la llegada del lunes y obligó a Sandra a salir de la cama, aunque deseaba taparse con el nórdico y no salir de allí hasta que supiera que podía verlo sin llorar.

Escuchó el sonido del timbre de la casa que la sacó de su propia pelea mental y bajó corriendo a abrir, con la ilusión de que fuera Lucca a pedirle perdón y confesarle que esa noche sin ella había sido la peor de todas.

Era Gabriela.

—Vaya, yo también me alegro de verte. —Debió notar mi desilusión al verla.

—No es por ti —dije frotándome la cara con las manos—. He tenido un fin de semana de locos.

—¿Dejo la bici aquí y me lo cuentas de camino a clases?

—Mejor, no tengo fuerzas para pedalear.

Le conté lo que viví estos dos últimos días, las palabras de esperanza que me dedicó Lucca para después rechazarme y decirme que solo éramos amigos.

—La manera en la que me mira —le dije mostrando una de las fotos

que nos sacamos el sábado—. No parece ser solo de amistad. Hay cariño en ella.

—Cariño hay, lo que no es del tipo que tú quieres que sea.

—Me ha dejado destrozada —confesé. Aunque no era necesario, cualquiera que viera mi cara lo notaría.

—Por lo menos te has dado un pico —dijo Gabriela, en un pobre intento por animarme—. Es mejor que nada, no te olvides que hablamos de Lucca Palermo, con eso me conformaría.

—Sé que intentas animarme, pero lo estás haciendo fatal.

—Estás sonriendo —gritó señalando mi boca—. Un pequeño paso para Sandra, un gran paso para la humanidad. —Con esa estúpida frase, y verla caminar como si fuera un astronauta, consiguió que me desternillara. Hacía unos segundos pensé que no iba a sobrevivir y ahora estaba pasándomelo bien con Gabriela.

—Sí que es un paso —intenté decir entre carcajadas.

Con lo primero que me crucé nada más llegar al instituto fue con Lucca al lado de la enorme puerta roja que tanto había odiado, y más que odiaría a partir de hoy. Estaba dándome la espalda, ni siquiera me había visto, su mano derecha estaba apoyada en la cadera de la animadora pelirroja, la otra mano acariciaba la cara de ella. No podía dejar de observar la escena furiosa conmigo misma, de repente, la pegó más a la pared y hundió su boca en el cuello de ella.

«He debido ser una cabrona en la otra vida para tener que aguantar esto».

Anoche creí que no podía estar más destrozada, al ver esa imagen caí en la cuenta de mi error, mi corazón se seguía haciendo añicos.

Sin prestar atención a nadie corrí hacia el baño, me encerré en uno de los lavabos y dejé escapar todas las lágrimas retenidas. Tal y como pensé desde un principio solo quería reírse de mí, estaba claro que era ese su objetivo. Había dejado que cogiera ilusiones, que me animara a besarle y después... ¡Zas! Solo somos amigos.

«Y un cuerno —pensé cabreada—. Ni amigos, ni leches».

Salí del lavabo, ya no quedaba nadie en los aseos, debía regresar a clase antes de que se hiciera tarde. Me coloqué frente al espejo sin dejar

de mirarme la cara. Los ojos estaban rojos e hinchados de tanto llorar, encontraba mi piel más pálida de lo habitual y del pelo ni hablemos, no había sido capaz de cepillarlo antes de salir de casa. Estaba hecha un cuadro de Picasso. «*Bueno, ahora que sé que no le gusto, tampoco me voy a esmerar tanto*».

Abrí la puerta del baño, secándome las mejillas aún mojadas, y me volví a tropezar con él. Estaba sujeto a la puerta abierta de su aula, no me quitaba la mirada de encima, y me odié a mí misma por pensar en lo guapo que era. Al verme salir se metió en su aula, si no supiera que era imposible, pensaría que me estaba esperando, pero creer eso sería volver a soñar despierta.

En la hora del descanso no fui capaz de salir de la clase, verle otra vez con ella me mataría. Me estaba comportando de manera infantil, pero era demasiado reciente. La semana que viene quizás llegara a salir del aula.

Habían pasado dos semanas en la que había hecho todo lo posible para evitarle, no lo había conseguido. Salía de clases y ahí estaba, me asomaba a la ventana de mi casa y lo veía, que iba a comprar a una librería, él ya estaba dentro. La sensación de frustración había ido en aumento. Para colmo, cada vez que miraba en su dirección, él jugueteaba con Tracy.

El lunes de la tercera semana, coincidí con él de camino al instituto. Estaba sola, Gabriela se había quedado en casa por culpa de un gran dolor de barriga. Iba unos pasos por delante de mí, así que decidí bajar el ritmo, me enfadé al comprobar que él hacía lo mismo. «*Maldito*». No se había dado la vuelta ni una sola vez, aunque algo me decía que él era consciente de que yo estaba detrás. Terminó parándose en medio de la acera y se cruzó de brazos, aún sin girarse. «*A esto podemos jugar los dos*», pensé. Acabé adoptando la misma actitud que él, dejé de caminar y me crucé de brazos.

—¿Cuánto más te va a durar esa actitud de niña chica? —Ahora me estaba mirando directamente, parecía molesto por algo.

—El tiempo que haga falta —respondí con chulería.

—Esto es absurdo, Sandra. Quiero que sigas siendo mi amiga.

—Ya tengo bastantes amigos, no me interesa tu oferta.

—¿No te das cuenta de que todavía eres pequeña? Cuando tú sueñas con tener un final estilo Disney, los demás piensan en hacer otras cosas.

—¿Qué cosas?

—A eso me refiero, eres demasiada niña.

—No soy tan infantil, ¿sabes?, solo nos llevamos un año. El cuatro de julio cumplo dieciséis, así que tampoco te hagas el hombretón conmigo.

—Un año, un abismo —respondió reanudando la marcha.

Al salir de clases tenía muchas ganas de visitar a Gabriela, pero antes decidí pasar por mi casa para asearme un poco y coger algunas películas. Ya en su casa, Anthony, su padre, me dijo que estaba en su cuarto y que apenas había podido moverse. Toqué su puerta y recibí un gruñido como respuesta.

—¿Cómo estás? —pregunté al entrar. Estaba en la cama toda tapada y apenas la distinguía.

—Cada vez que me muevo, vomito —dijo con voz quejumbrosa—. ¿Me he perdido algo interesante hoy?

—De clases nada, pero con respecto a mi vida mucho.

—¿Qué ha ocurrido ahora?

—Soy una niña, o por lo menos es lo que él piensa. Lo soltó en tono despectivo, aunque yo no veo nada de malo en ello —le expliqué.

—Es un imbécil —empezó a decir quitándose la manta—. No le hagas caso Sandra, podrás ser una niña ahora, pero crecerás y entonces él se perderá al pedazo de mujer en el que te vas a convertir.

—Guau, Gabri, me consuelas mejor cuando estás enferma —dije con una sonrisa.

—Cállate —gritó riéndose y lanzándome un cojín—. ¡Ups! No debí moverme. —Se levantó corriendo de la cama para ir lo más rápido posible al cuarto de baño.

—¿Prefieres que me vaya? —pregunté cuando regresó.

—No, quédate un rato, así me despejo un poco y no estoy tan pendiente de la incomodidad —respondió, acostándose en la cama de nuevo.

—Traje varias películas —le comenté y las esparcí encima de ella—. ¿Cuál prefieres ver? —Cogió una en concreto y la movió de un lado para otro en su mano.

—¡Grease! —gritamos las dos a la vez.

Cantamos todas las canciones de la película e incluso me animé a bailar. La pobre Gabriela solo movía las manos en la cama, y tampoco mucho por si terminaba como antes.

Después de pasar un buen rato con ella, salí de su casa, Gabriela necesitaba descansar y a mí me gustaría poner en orden mis ideas. Además, no me gustaba nada ir a casa sola cuando ya era de noche. No me sorprendí cuando, al salir, él estaba en la acera de enfrente, sentado en los escalones del porche de la casa vecina, con las piernas estiradas y las manos entrelazadas en su barriga. Me miró sin darme tregua, a mí me costaba respirar, aun así, le devolví la mirada y me negué apartarla antes que Lucca. Tras haber pasado lo que para mí fueron varios minutos, me rendí, le enseñé mi dedo corazón, cogí mi bicicleta, y pedaleé lo más rápido que puede. Pedaleé como si huyera de mi peor pesadilla, de él, y de su adorable risa que me persiguió hasta que entré en mi casa. Con esa actitud quería enfadarlo, y había conseguido el efecto contrario. Se rio, y su risa perduraba en mi subconsciente.

El viernes dio paso al sábado, lo que llenó a Sandra de alegría y ánimos renovados. Era fin de semana, lo que significaba que iba a estar dos días sin verlo. Esos días supondrían un merecido descanso, no la estaría persiguiendo, ni se toparía con él a cada momento, o eso esperaba ella.

Llamó a Gabriela y aprovecharon que ella se encontraba mejor, para hacer un picnic y pasar el día tiradas en el césped, sin ningún tipo de preocupación. Hacía unos meses su vida era así, tranquila y monótona. Entonces, sin previo aviso, apareció Lucca Palermo, con su preciosa sonrisa y dulces palabras.

«Cuánto lo odio», pensé frustrada. «Eres una mentirosa», dijo una voz en mi cabeza. «Te gustaría casarte con él; genial, ahora discuto conmigo misma».

Hacía un día fantástico, por lo que me vestí con unos shorts vaqueros, una básica blusa blanca con el símbolo de flash y mis conversees rojas a juego con mis gafas, por supuesto. Me miré en el espejo y decidí arreglarme el pelo, me hice una trenza en un lado con el fleco y dejé el resto suelto.

Casi una hora después de haber hablado con ella, Gabriela apareció en mi casa. Preparamos la cesta de picnic con sándwiches, chips, agua, refresco, zumos, y la mítica manta a cuadros para sentarnos en ella, si haces un picnic esa manta no puede faltar.

Caminamos por la muralla de York, que recorría toda la ciudad, acabamos en la catedral de la ciudad, y de ahí seguimos hasta las ruinas de la abadía de Santa María, que tenía unos estupendos y hermosos jardines para disfrutar de una buena comilona.

—¿Sabes? —le dije a Gabriela cuando ya estábamos acomodadas en la manta—. Creo que es hora de pasar página, me empezaré a fijar en otros chicos.

—Es una pena que nadie se fije en nosotras por nuestro aspecto, probablemente valgamos más que el instituto entero junto. —se quejó mi amiga.

—Bueno, en poco más de un mes me quitan la ortodoncia a lo mejor eso sirve de algo —insistí esperanzada.

—Yo no he tenido aparatos en la boca, y tampoco es que vaya arrasando allá por donde paso.

—Gabriela, la culpa es nuestra, no estamos fijándonos en los chicos correctos. Últimamente lo único que haces es hablar de Travis y lo guapo que es. Por otro lado, está mi absurdo enamoramiento por el sexy jugador italiano. No lo estamos haciendo bien, ellos no están a nuestro alcance.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó mi amiga cada vez más interesada.

—Esperaré a que me quiten los hierros, ganaré seguridad en mí misma, y le pediré una cita algún chico.

—Si te sale bien, intentaré hacer lo mismo.

—Con tu actitud no vamos a llegar muy lejos.

—No puedes pedirle peras al olmo —me dijo entre risas.

El sol comenzó a ponerse y nos avisó de que ya era hora de ir a nuestras casas. Llevábamos mitad del camino recorrido cuando el causante de mis pesadillas apareció ante mis ojos.

Estaba sentado en un parque, con la espalda apoyada a un árbol, los brazos cruzados y las piernas estiradas, empezaba a relacionar esa postura como una de sus favoritas. Su camisa me hizo sonreír, era de los Gun's and Roses, debía ser otro de sus grupos preferidos. Le dije a Gabriela que me esperara un segundo y me acerqué a él decidida. Era verlo y perder el control de mi cuerpo. Me atraía de una manera incomprensible e irracional.

—Hola —dije más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir. Él abrió un solo ojo para verme, apenas unos segundos, y lo volvió a cerrar. Estuvo un rato en silencio y me entraron unas ganas terribles de golpearle por haberme acercado a él.

—Vaya —dijo finalmente—. Ya me hablas. Tienes mala cara.

—Cada vez que me acerco a ti alzando la bandera blanca, haces que me arrepienta. Tú no estás mucho mejor —dije en un vago intento por defenderme.

—Te lo digo por preocupación, no con maldad.

—Desde que me hiciste la mejor de las declaraciones no duermo muy bien, suelo tener pesadillas.

—A mí me pasa igual —dijo abriendo los ojos y su intensa mirada me golpeó. Siempre conseguía paralizarme, su mirada conseguía que no quisiera irme a ningún sitio, si no era con él. Hizo ademán de contestar, pero una voz se lo impidió, y deshizo el efecto que causaba en mí.

—Cariño, ¿llevas mucho esperando? Quería estar guapa para ti y tardé más de lo habitual —dijo Tracy acercándose a nosotros.

Puede que haya sido causa de mi imaginación, no estaba segura,

pero de la boca de Lucca salió un «*mierda*», parecía no estar muy cómodo con la llegada de su amorcito.

—Va siendo hora de que me vaya —le dije a Lucca señalando a mi amiga—. Gabriela me espera.

Tracy estaba cada vez más cerca y mis nervios aumentaban con cada paso que daba. No quería ver cómo la besaba, abrazaba, o cualquier cosa que debería hacer conmigo. Empecé a caminar hacia Gabriela, pero antes de llegar a ella me giré para dedicarle una última mirada, él no me había quitado la vista de encima.

—Por cierto, Patience y November Rain son las mejores baladas de rock que conozco. —En un principio me miró asombrado, para un instante después, dedicarme una amplia y reconfortante sonrisa. En su cara había ternura, con una pizca de añoranza.

«¿Seré estúpida por pensar que me echa de menos de la misma manera que yo a él?».

—Sabía que eras especial —dijo dando respuesta a mis pensamientos.

Ese detalle que perdurará años

—¿Por qué sigues hablando con esa chica tan rara? —preguntó Tracy al llegar a mi lado—. ¿No vas a levantarte a darme un beso?

—No tengo ganas —respondí. Cerré los ojos de nuevo y me acomodé en el árbol—. ¿Qué narices es eso de que hemos quedado? —Pase que yo quisiera hacerle ver a Sandra cosas que no son, pero Tracy sobraba en esto. Quizás no tanto al estarla utilizando, pero había estropeado el momento entre ella y yo.

—¿A qué juegas, Lucca? Un día estás de lo más amoroso conmigo y al siguiente soy invisible. ¿De qué vas?

—Hoy no tengo el día —dije en un intento por quitármela de encima

—¿Te importa si me siento al lado tuyo? Seguramente logre tranquilizarte.

«*Ni de coña*», pensé, sin decirlo en voz alta.

Que Tracy estuviera tan empeñada en que estemos juntos era culpa mía. Empecé con este juego después de las grandes sandeces que le dije a Sandra. Desde ese día, me he obligado a alejarla de mí, sin yo poder distanciarme de ella.

El lunes que precedió al catastrófico domingo, estuve atento en el instituto a que llegara, cuando la vislumbré a lo lejos, junto a su amiga, no perdí el tiempo y me pegué lo máximo posible a Tracy. Quedé de espalda a ella a conciencia, si la veía no iba hacer capaz de nada que no fuera estar a su lado. Al notarla cerca de mí, hundí mi cabeza en el cuello de la chica pelirroja, tal y como Sandra la había llamado. Aún sin verla, pude notar el dolor que le provoqué, y me sentí la peor clase de persona que existía.

Observé cómo iba corriendo al baño y fui detrás de ella, no podía

entrar en el aula sin saber que estaba bien o, por lo menos, sin verla salir del baño. Así fue cómo me convertí en un paranoico que perseguía a Sandra por su seguridad, o eso era lo que me decía a mí mismo.

Si salía del instituto yo estaba fuera, si iba a una librería yo ya estaba dentro, muchas veces me quedaba bajo su ventana y aguantaba la tentación de subir por la escalinata. Y si iba a casa de su amiga yo la acompañaba sin que ella lo supiera, tanto en el camino de ida como en el de vuelta. Un día me quedé frente a la casa de Gabriela, mi intención era hablar con Sandra cuando saliera, pero al verla no tuve capacidad de reacción, ella me enseñó su dedo corazón y huyó como si no hubiera mañana. Ese día me reí más de lo que me había reído en esas últimas semanas sin ella.

—¿Vamos al cine? —preguntó Tracy, que me sacó de mis ensoñaciones gracias a su chirriante voz.

—¿Con el resto del equipo? —dije para que hubiera más gente con nosotros, no quería estar a solas con ella. Había estado haciendo el paripé delante de Sandra, pero era incapaz de besarla, tocarla, o nada si no era para ponerla celosa.

—Si es lo que quieres... —respondió con voz infantil.

—Un cine con el equipo está bien.

—¿Tienes miedo de quedarte a solas conmigo, cariño?

—Evita llamarme así, Tracy.

—Mi amorcito sigue tristón —dijo en mi oído y pasó una mano por mi pelo.

—¿Qué pasa, Palermo? —Gracias a la llegada de Travis me contuve en darle la contestación que tanto deseaba a Tracy—. ¿Haciendo carantoñas de enamorado? —Se sentó en medio de nosotros y se lo agradecí con una mirada.

Travis era uno de los grandes amigos que me llevaría de aquí. Haría casi dos semanas, al terminar uno de los entrenamientos de rugby, me quedé más tiempo en el vestuario y al pensar que el resto se había marchado, me derrumbé. Algunas lágrimas incontrolables salieron de mis ojos y de la rabia grité y solté un puñetazo a la taquilla, abollándola

en el acto. El que ahora era mi amigo, no se había marchado y lo presencié.

—¿Qué pasa, Lucca? —preguntó sentándose a mi lado y mirándome serio. Nada de bromas, ni rastro de chistes, solo preocupación.

—La vida es una mierda.

—¿Quieres desahogarte conmigo o prefieres seguir guardándotelo para ti? Sinceramente, creo que te vendría bien contar con alguien.

—Tenía a ese alguien, era la mejor, y la perdí.

—¿Hablas de Sandra?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté asombrado.

—¿Acaso era un secreto? Ni siquiera has intentado ocultarlo. La proteges como si la vida te fuera en ello, no has dejado de darle muestras de cariño, venís y os vais juntos..., es obvio que te gusta.

—No es tan fácil como crees. —Lo miré a la cara, con el sentimiento de impotencia que hacía días no se iba de mi cuerpo—. Dentro de un año volveré a mi país, ¿qué pasará entonces?

—Si no te atreves a vivirlo, ¿cómo saberlo?

—Llevo días que no duermo, la persigo para verla y saber que está bien, me estoy volviendo loco.

—Solo hace falta verte para ser consciente de ello. ¿Qué pasa con Tracy?

—La utilizo para joder a Sandra —respondí cabizbajo y nada orgulloso.

—Eso pensaba. Si me permites un consejo, deberías dejar de hacer el imbécil. ¿Por qué no estás con ella y averiguas a dónde os lleva? Si dentro de un año seguís juntos, pues ya buscaréis una manera de solucionarlo.

—Los problemas me persiguen, forman parte de mi vida.

—Sé a lo que te refieres, yo también soy hijo de padres divorciados. Para colmo, cada vez que se ven discuten como energúmenos, y mi padre es un obseso del rugby, trata de vivir su pasión a través de mí.

—Mi madre no ha parado de recorrer el mundo para evitar que mi padre pase tiempo conmigo, que es con quien quiero estar. Además, es una borracha y una de sus parejas me pegó tal puñetazo que casi me deja

inconsciente —dije de carrerilla por tantas veces que me lo había repetido en silencio.

—Somos un caso —dijo poniéndome la mano por encima, en amago de abrazo.

Nos quedamos un buen rato en silencio con la mirada en el suelo y sin dejar de pensar en nuestras historias, a la vez que se fraguaba una buena amistad entre nosotros. A partir de ese día empezamos a contarnos cada cosa que nos pasaba, cómo nos sentíamos, y nos apoyábamos. Por primera vez en mucho tiempo, había conseguido un amigo. Otra de las cosas que extrañaría cuando me fuera.

—Vamos a ir al cine —volvió a hablar Tracy—. ¿Te apuntas?

—Claro —respondió Travis, salvándome el culo—. ¿Cuál vamos a ver? —Tracy soltó un bufido de desacuerdo, hubiera preferido que no se apuntara, claro.

—Voy a llamar a Kelly, a lo mejor también se apunta.

—Dios, no la soporto —dije cuando Tracy se levantó y se alejó de nosotros para hablar con el móvil.

—Como venga Kelly, quien se va a tirar de los pelos voy a ser yo.

—¿Por qué los demás tíos sueñan con salir con estas chicas?, son insoportables.

—Me da que por tu culpa y lo mal que hablas de ellas, yo tampoco las trago mucho.

—¿Sería muy cruel largarnos ahora y hacer lo que nos dé la gana? —pregunté, levantándome del césped y limpiándome el pantalón—. No tardes mucho en pensártelo o no tendremos salida.

Travis se levantó con una sonrisa maliciosa en los labios, se limpió el pantalón a su vez, contamos tres en silencio, y salimos pitando de allí. Hicimos una parada en una tienda de joyería vintage porque observé, cuando íbamos corriendo, un collar que le iría genial al cuello de Sandra. Era un atrapasueños de plata, en el círculo exterior había una pluma colgando, a la derecha de la pluma le seguía un sol y en la izquierda una media luna.

«Desde que me hiciste la mejor de las declaraciones, no duermo muy bien,

suelo tener pesadillas...», recordé lo que me había dicho ella. *«Esto servirá para no dejar pasar esos malos sueños. Espero que entienda el significado»*, pensé.

Con el regalo en el bolsillo, fuimos a cenar a un Burger de la zona. Ninguno de los dos quería llegar pronto a sus casas, siempre que estábamos juntos alargábamos al máximo el tiempo. Así, solo era volver a casa, ducharse y dormir.

Guardé el regalo en la mesilla de noche de mi cuarto, a buen recaudo, mi madre no podía entrar porque siempre cerraba con llave, estuviera o no. Después de lo ocurrido, decidí tomar esa medida para estar más seguro y tranquilo. Por lo menos, podía dormir por las noches. Era el único sitio en el que me sentía seguro, y aquí no podría entrar para robar el collar y empeñarlo o cambiarlo por alcohol, ni nada por el estilo.

A las tres de la mañana desperté sobresaltado y sudoroso por culpa de mis terribles pesadillas, llevaban más de tres semanas impidiéndome dormir. Siempre era la misma, se repetían todas las noches y a modo de bucle. Cogía el sueño, me despertaba asustado por la pesadilla, me volvía a dormir y otra vez tenía el mismo sueño.

Hacía un año que mantenía una relación con Sandra, era más feliz de lo que había sido en toda mi vida. Íbamos juntos al instituto, almorzábamos en casa de ella, después me iba a entrenar, y Sandra quedaba con su amiga. Regresaba tras un duro entrenamiento y ella estaba esperando, era lo que siempre había soñado. Trepaba por la escalinata y me recibía con la mejor de las sonrisas y un millón de besos que sacudía mi cuerpo.

El ocho de febrero llegó y con ese día mi decimoctavo cumpleaños. Lo estábamos celebrando juntos, el equipo de rugby, la amiga de Sandra, y lo que consideraba mi nueva familia. Cuando más feliz estaba, el día se empezó a tornar de un color oscuro, casi negro. Travis desapareció, después les tocó el turno a mis compañeros de equipo, el picnic, todo desaparecía a mi alrededor. Solo quedábamos Sandra y yo. Le agarré fuertemente la mano y le pedí a gritos que no me soltara, que no me dejara solo, pero también se esfumó. Quedaba sumido en una pequeña y

agónica tristeza, mi vida era negra, sin amigos ni familia, sin felicidad. Ni siquiera mi padre estaba a mi lado. Yo. Solo.

«Eres como la terrible Encantadora, me has echado algún maleficio que no me deja respirar si tú no estás conmigo. Hasta esa cotidiana tarea es complicado sin ti».

4 de julio de 2007

Lucca estaba histérico, los dos últimos meses habían sido una auténtica tortura. Sandra se las ingeniaba para evitarle, se negaba a dirigirle la palabra, y cuando lo hacía era para reprocharle algo. Por su parte, él no lo estaba haciendo mucho mejor, se restregaba con Tracy delante de ella y cuando Sandra iba hablarle en son de paz, él le buscaba las cosquillas para que se enfadara. Había llegado a la errónea conclusión que prefería tenerla de ese modo, para no tener que luchar con su adorable encanto y belleza, a la que era imposible resistirse.

«¿Dónde coño te has metido, Sandra?», pensaba Lucca a la vez que intentaba localizarla. Se había pasado gran parte del día buscándola por todos los rincones en los que creía que podría estar. Había ido unas cinco veces a su casa, vuelta a la ciudad y vuelta a casa de Sandra. Nada parecía dar resultado, sus esperanzas se esfumaban poco a poco, no tenía ni idea de dónde podría estar hoy, el día de su cumpleaños.

Se tocó el bolsillo derecho, donde guardaba el atrapasueños que compró, parecía esperar que el regalo le dijera dónde se encontraba ella. Como mínimo deseaba que le mandara una señal, pero seguía sin obtener resultado.

«Vaya mierda de día y de idea», susurró frotándose la cara con las manos.

El móvil le sonó y estuvo a punto de rechazar la llamada de su amigo Travis, pero al final se decidió contestar por si tenía alguna noticia de Sandra.

—¿Qué pasa, tío? —pregunté nada más cogerlo.

—¿Dónde estás, Luc? Hoy hay cine al aire libre, en el campo de

fútbol de la ciudad, ¿te apuntas?

—¿Quién va?

—Los de siempre, el equipo y las animadoras, por supuesto. —Soltó con una sonrisa maliciosa que me hizo recordar al perro pulgoso.

—Sabes que evito a Tracy en la medida de lo posible, cuando se lo propone puede ser muy pesada.

— Cuando te diga la película que van a proyectar, cambiarás de opinión —me dijo demasiado seguro de sí mismo.

—Sorpréndeme —le dije.

—Batman Begins. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—: La ciudad ha decidido inaugurar el cine de verano en el campo de fútbol y con esa película. ¿Qué más se puede pedir? —Estaba con el móvil pegado a la oreja, sin emitir sonido alguno, solo respirando. Por eso me había costado tanto encontrarla, debía de estar ya en el campo para verla desde la primera fila. ¿Cómo no me enteré de que iban a poner esa película? Había estado tan concentrado en dar con ella, que no me había fijado en nada más.

—Travis, coge sitio, voy para ya —le dije poniéndome en marcha.

—Estoy aquí, te he guardado un sitio al lado mío.

—Eres una jodida caja de sorpresas —dije riéndome—. ¿Sabes dónde está? —No hacía falta que le dijera a quién me refería, él me conocía bien.

—Delante mía —respondió sin más.

—Hijo de...

—Bueno, tampoco es para ponerse así —me interrumpió riéndose a carcajada limpia. «Será cabrón», pensé—. Luc, hay algo más que deberías saber —su tono se tornó serio y eso me puso en alerta. No solía hablarme así, más bien hablábamos como antes e intentaba reírse de mí cada vez que tenía oportunidad. Yo también lo hacía, así que no le recriminaba nada. Esa era la amistad.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupado al ver que no decía nada más.

—Está con otro. —Al oír esas palabras, apreté el móvil con

muchísima fuerza, pensé que iba a estallar en mi oreja, y me importaba un comino.

—¿Quién? —Estaba demasiado enfadado, pero no con ella, sino conmigo por llegar a ese punto, para formular frases largas y con sentido.

—Dylan.

—¿Quién coño es ese?

—Está en nuestra clase, deberías saber quién es. Es un genio en las matemáticas.

—¿El que relaciona todo con los números?

—El mismo. Parece que se lo están pasando genial, le ha regalado flores.

—No sigas —supliqué acariciando mi bolsillo de nuevo.

—He de reconocer que está muy guapa. —dijo Travis chinchándome y echándole más leña al fuego.

No dejé que mi amigo siguiera hablando, colgué el teléfono para no escuchar nada más. Era imposible, Sandra estaba con otro. Imposible.

«Nunca ha estado contigo. ¿Qué esperabas? No iba a estar toda la vida sin ti y esperando por ti, esto iba a suceder tarde o temprano», dijo la maldita y odiosa voz de mi cabeza.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —dije en alto.

Tras un largo debate interno, reanudé el ritmo, y fui corriendo al campo de fútbol. No podía perder más tiempo, ella no debía estar más rato con él o podría terminar por enamorarse de otro.

Llamé a Travis nada más llegar para que me dijera dónde se encontraban, había tanta gente que terminó por buscarme en la entrada e ir juntos al lugar que había reservado. No tuve que buscar mucho para verla, mi amigo estaba en lo cierto, se encontraba sentada justo delante nuestra.

Ella y Dylan estaban sobre una manta de picnic y demasiado juntos para mi gusto. Él había colocado su brazo por encima de los hombros de Sandra, fui directo a decirle que parara de hacer eso, pero la mano de mi amigo me frenó. Ella no me había visto, lo que me permitió observarla con detenimiento. Estaba preciosa, se había puesto una blusa negra de

manga hueca y el dibujo del joker que interpretó Jack Nicholson adornaba su espalda. Llevaba unos shorts vaqueros, dejando a la vista sus increíbles piernas de color perla y se había puesto las dos coletas en honor a Harley Queen, sin duda, y sonreí por esa peculiaridad.

Distinguí el momento exacto en el que supo que estaba a su espalda porque se tensó de golpe. Estaba luchando contra sí misma, quería girar la cabeza y verme, pero al final dirigió su mirada a la pantalla negra. Apoyó su cabeza en el hombro de Dylan, y me dio a probar mi medicina.

«Me lo merezco. El problema que mi reacción no es como la de ella. Mientras que Sandra ha optado por evitarme, yo le arrancarí la cabeza a Dylan, sin tener culpa de nada», pensé.

—Tranquilízate, Luc —me dijo Travis al oído—. Si sigues en tensión vas a hacer algo de lo que terminarás por arrepentirte.

—Si el resultado de eso hace que Sandra se quede conmigo, no creo que me importe.

—¿Es que no lo ves? —dijo un Travis demasiado serio—. Esto es culpa tuya. Has estado meses haciendo el tonto con Tracy y jodiendo a Sandra cada vez que tenías oportunidad, ¿qué esperabas? No iba a llorarte por las esquinas, Lucca. Si está con otro, a ti no te queda más remedio que aguantar y luchar. Deja de hacer el imbécil ya. Un escándalo aquí, va a terminar de alejarte por completo de ella. —Me quedé con la boca abierta mirando a mi amigo. Me había dicho las verdades como eran y se lo agradecía enormemente, le daría un guantazo, sí, pero no dejaba de tener razón. Decidí hacerle caso y aguantar.

Dylan le dio un beso en la coronilla, ella levantó su cabeza para dedicarle su preciosa sonrisa y mi estómago se encogió junto a mi corazón.

«Va a doler, he de aguantar, pero va a doler».

Demasiado tarde

No tuve ninguna duda de que Lucca iba a aparecer y que el culpable de eso era Travis. Desde que aparecí en el campo de fútbol, donde se celebraba el cine al aire libre, y el amigo de Lucca me saludó de manera efusiva, sin dejar de alabar mi sonrisa y diciendo que el mejor joker de la historia era Jack Nicholson, asumí que tramaba algo.

Supe el momento exacto en el que Lucca llegó porque pude notar su presencia a mi espalda. Fueron muchísimas las ocasiones que tuve que contenerme para no mirarlo, más de las que jamás admitiré, y a pesar de no haberlo visto sabía que estaba ahí. Sus ojos me recorrieron el cuerpo y me pusieron los pelos de punta, me estaba poniendo nerviosa, aunque intentara no aparentarlo.

«Voy a hacer lo que mejor se te da, Lucca. Estar con cualquiera menos contigo», pensó mi parte más cruel.

Apoyé la cabeza en el hombro izquierdo de Dylan y sentí la incomodidad de Lucca al instante, y cuando Dylan me dio un beso en la cabeza, le dediqué la mejor de mis sonrisas. Sonrisa que tenía otro destinatario, pero nadie tenía por qué saberlo.

Tomé la decisión de salir con otro el día que mantuve la conversación con mi amiga. Nunca pensé que tendría posibilidades de hacerlo, menos aun cuando llegaron las vacaciones de verano y seguía enfrascada en mi particular guerra con Lucca, sin ningún conocido más.

La semana pasada fui a la biblioteca de la ciudad para tomar prestado un libro, Dylan se acercó para pedirme una cita y no pude negarme. Era una señal para que tomara las riendas de mi vida y me olvidara del maligno italiano de una vez por todas.

—¿Te parece si tomamos algo? —preguntó Dylan nervioso y entre

titubeos.

—Sí, claro —le dije más entusiasmada de lo que estaba realmente. Justo en ese momento vi el anuncio del estreno del cine de verano. Era el día de mi cumpleaños, otra señal—. ¿Qué te parece si vamos juntos? —le pregunté señalando el cartel.

—Genial. ¿intercambiamos los números para quedar?

—Vale.

Esa semana nos habíamos escrito simples mensajes de texto, nada interesante ni importante, pero no podía evitar la cita de ninguna de las maneras. Se enteró que hoy era mi cumpleaños y me regaló flores, haciéndome pasar el momento más bochornoso de mi vida. No por el detalle, era bien bonito, sino que no había sido recibido como se merecía. Si hubiera sido otro chico el que me lo entregaba, concretamente el que estaba detrás mía y parecía respirar en mi nuca, hubiera sido un momento precioso e inolvidable.

Antes de empezar la película, Dylan se acercó a los puestos que habían para comprar palomitas y refrescos. Él no lo sabía, pero me había dejado sola ante el peligro, con mi cuerpo temblando de anticipación y excitación.

—¿Qué pasa, Harley Queen? —preguntó sentándose en el sitio que antes ocupaba Dylan.

—No quiero que me hables —respondí sin mirarle a la cara.

— ¿Por qué él?

—Porque no eres tú, ni se parece en nada a ti.

—¿Vas a seguir esquivándome? Estaría bien que me dijeras eso mirándome a los ojos. —Seguía sin hacerle caso alguno. Miré hacia el lado izquierdo y al frente, a la pantalla de cine negra, pero me contuve de mirar a mi derecha que era donde estaba él, porque acabaría cantando como un canario. Era consciente de mi problema, estaba loca por ese chico, si lo miraba ya no podría dejar de hacerlo. Dado los últimos acontecimientos, no sería responsable de mis actos, y podía hacer cualquier estupidez que me dejase en vergüenza delante de toda la ciudad.

—Perdona, estás en mi sitio —le dijo Dylan a Lucca. No pude soportarlo más y miré la escena. Dylan, con las palomitas en una mano y el refresco en la otra, no le quitaba los ojos de encima a Lucca. Él, por el contrario, parecía tener ojos solo para mí.

«*Estoy perdida*», pensé cuando miré esos profundos y preciosos ojos verdes.

Lucca estaba sentado con una de sus piernas estirada, la otra estaba recogida dejando reposar ahí su mano. Su mirada era penetrante y había calor en ellos. La sonrisa, como siempre, me atrapó y me impidió hacer cualquier otra cosa que no fuera mirarle.

—Feliz cumpleaños, principessa —dijo con la sonrisa más amplia.

«*Ay, Dios mío. Se ha acordado, eso debe de significar algo, ¿no?; respira, Sandra, ya has perdido la cabeza por él, tiempo más que suficiente. No significa nada, deja de hacerte ilusiones*», pensé frustrada. Debería dejar de hablar conmigo misma, esto no será bueno para la salud, me acabará pasando factura.

—Gra... gracias —dije finalmente. Intenté sacar fuerzas de algún sitio dentro de mí, y recomponerme de su visión—. Ahora podrías levantarte y dejar a Dylan sentarse a mi lado.

Él no se esperaba esa respuesta, lo dejó claro al desaparecer la sonrisa de su cara, sus ojos no brillaban de alegría y su cara denotaba enfado. Mucho enfado.

—La película va a empezar —continué al ver que se encendía la pantalla y comenzaban los tráileres. Elevé la vista para ver a Dylan, el pobre no sabía dónde meterse, debía de estar pasando un apuro terrible.

—Dylan —comenzó Lucca sin apartar la vista de mí—. Si te propasas con mi novia, tendrás que vértelas conmigo. —Mi boca se abrió de par en par. «*¿Qué demonios está diciendo ahora?*».

—No soy tu novia —dije enfadada—. Quise Lucca, ¿lo recuerdas?, pero me rechazaste.

—Sandra, ha sido un error, una pequeña disputa de pareja.

—¿Pequeña, dices? —Solo Lucca era capaz de sacar mi mal genio a relucir—. Has estado más de un mes ignorándome, discutías por

cualquier cosa y a la vez me perseguías allá por donde iba. Si eso no fuera suficiente, no has parado de sobetear a Tracy en mi presencia, y ahora que paso página ha sido, ¿cómo has dicho? Ah, sí, una pequeña disputa. ¡Y un cuerno! —le recriminé realmente enfadada. Lucca tuvo la poca vergüenza de volver a sonreír, era más, se estaba riendo—. Haz el favor de levantarte y dejar que Dylan se siente a mi lado.

Terminó por cederle el sitio a Dylan y volvió a sentarse detrás mía, no sin antes mandarle una mirada de aviso a mi acompañante. Tenerlo con su aliento en mi nuca, consiguió poner toda mi piel de gallina y mis sentimientos estaban totalmente descontrolados.

Cuando la película por fin terminó, no podía estar más decepcionada e incómoda a la vez. Apenas pude disfrutarla, y eso que era de mis favoritas, porque Lucca no paraba de soplar mi nuca, lo hacía adrede el muy cerdo.

Dylan y yo salimos del cine y fuimos caminando hacia mi casa; después de lo de hoy, estaba claro que no podía empezar nada con él. La verdad que dudaba que pudiera tener nada con alguien teniendo a Lucca Palermo tan cerca.

—No hace falta que me acompañes, Dylan. Tu casa está para el otro lado, nos podemos despedir ya, si quieres —dije para cortar por lo sano—. Muchas gracias por las flores, ha sido un detalle muy bonito.

—Mejor así, a mí no me miras de la misma manera —su respuesta me sorprendió—. De todas formas, y aunque los chicos guapos y tontos triunfen hasta contigo, gracias por darme la oportunidad de intentarlo. —Mi boca tenía que estar tocando el camino de tierra por el que íbamos de lo abierta que la tenía a causa de su sinceridad. No tenía nada que responder a eso, no sabía qué decirle.

—Lo siento. —Fue lo único que se me ocurrió.

—No pasa nada, Sandra. Cuídate y espero que él lo haga como te mereces. —Me dio un beso en la mejilla y se largó, dejándome más roja que un tomate.

Cené con mis padres, que acababan de llegar de trabajar, nos comimos una riquísima porción de tarta de queso, hablamos un poco y

fui a mi cuarto. Puse el iPod en el altavoz y le di al play. Me tumbé en la cama mirando al techo, mientras la melodía *Alone* de Heart se iba metiendo dentro de mí.

Cerré los ojos, pensando en lo que sucedió hacía apenas unas horas. «¿Por qué habría dicho que era su novia? Encima lo había hecho delante de sus amigos, ¿significaba algo? ¿Y por qué demonios me afectaba?».

Escuché el tamborileo de la rama de un árbol en el cristal de la ventana. Me relajé aún más, con ese sonido junto con la melodía que salía del altavoz. Recordé que delante de mi habitación no había ningún árbol y abrí los ojos asustada. «¿Qué narices era eso?». Estaba tentada a mirar, pero a la vez tenía miedo. ¿Si alguien había visto a Lucca subir por ahí y ahora venía a por mí?, peor aún, ¿y si era Lucca?

La curiosidad habría matado al gato, pero si seguía sin mirar, mi inquietud iba acabar conmigo. Ahí estaba él, tan guapo como antes, sonriéndome como si fuera lo más importante del mundo, así era como me hacía sentir. «¿Por qué me hacía esto?». Abrí la ventana entre ilusionada y enfadada, en mi cuerpo se formaba una vorágine de sentimientos.

—¿Qué haces aquí? —le dije alterada por mis emociones—. Mis padres están abajo, pueden escucharte. —Como si no me hubiera oído, entró en mi habitación. Llevaba la misma ropa que antes, una blusa blanca con la silueta de Michael Jackson haciendo su famoso paso, unos vaqueros y unas playeras negras. Tenerlo delante mía me afectaba hasta unos extremos insospechados.

—Necesitaba verte, en el cine no acabamos muy bien que digamos y quería hablar contigo.

—Habla —dije sin más, con mis brazos cruzados.

—Antes quiero darte esto. —Sacó de su bolsillo una pequeña caja envuelta con papel de regalo—. No me mires así, es tu cumpleaños, en Italia tenemos la costumbre de regalar esos días, ¿aquí no? —continuó tomándose el pelo.

—Sí, claro.

Estaba más histérica que nunca, se había acordado de mi cumpleaños, vino a mi casa, me trajo un regalo y había dicho, a todo

aquel que quisiera escucharle, que éramos pareja. Tenía tantas cosas en las que pensar, que ya ni sabía cómo actuar. Estiré mi mano para coger el regalo, y temblaba más de lo habitual. Él se dio cuenta y me sonrió con cariño, haciendo que temblase más. Lo abrí y me quedé perpleja, le pedí a mis manos que parasen de temblar, pero era imposible. Era un collar precioso con un atrapasueños en el centro.

«Se había acordado de mis pesadillas».

—Muchísimas gracias. Es muy bonito Lucca, me encanta —le dije emocionada—. ¿Me ayudas? —Se lo tendí y me di la vuelta, me recogí el pelo para que le fuera más fácil colocarme el collar.

Al ponérmelo me rozó la nuca con sus dedos y de mis labios se escapó un pequeño suspiro. Él rio malvado y me dio un beso en un lado del cuello. Suspiré de nuevo, como siguiera así me iba a morir antes de cumplir los diecisiete.

—¿Qué tal? —le pregunté volviéndole a mirar, para que me lo viese puesto.

—Bellísima —respondió con ese acento italiano que me enamoraba más y más.

—Gracias, de verdad. —No quería que pasara el momento, pero teníamos que hablar tarde o temprano—. ¿Qué querías decirme? —dije sin rodeos.

—Reconozco que me he portado como un auténtico canalla, pero eso se debe a que me gustas demasiado. —Se quedó callado, parecía esperar algo de mí.

—No pretenderás que con esa simple frase caiga rendida a tus pies. —Negó con la cabeza, con su irresistible sonrisa en los labios.

—Es difícil hablar contigo tan cerca de mí. —Me acarició la cara, pero le quité rápido la mano. Si me tocaba, todas las fuerzas se esfumarían.

—Inténtalo.

—Este último mes ha sido de los peores que he pasado, no quería estar contigo para no hacerte daño, pero no podía estar sin ti, haciéndome daño a mí. Al principio te seguía para asegurarme que

estabas bien, o eso me decía a mí mismo, después lo hacía para verte. No dejé de pensar en ti ni un solo segundo, era imposible, y así fue cómo me convertí en tu sombra. Prefería tenerte lejos, pero al menos tenerte, porque si hablaba contigo iba a caer en la mejor de las tentaciones y no podía hacerte eso. Sigo sin poder hacerlo, creo, pero no puedo soportar que otro tenga mi mayor anhelo. Cuando Travis me dijo que estabas con Dylan, creí morir, mi esfuerzo no había válido para nada. Intentaba mantenerte lejos de mí para no pedirte más de lo que tú pudieras darme y coges tú, y quedas con otro. ¿Qué crees que va a hacer el otro? Somos hombres, queremos lo mismo, y estabas dispuesta a dárselo a él, después de lo que había hecho por ti, ibas a tirarlo al garete sin dilaciones.

—No te entiendo, Lucca. ¿Qué estaba dispuesta a dar?

—Sandra —dijo con un suspiro de agotamiento—. Cuando digo que quiero todo de ti, es que lo quiero todo. Esperaré a que estés preparada, a que tú me lo quieras dar a mí. Solo yo. Quiero ser el único en tu vida, me arrancaré los ojos antes que verte con otro, como te acaricia o besa tu pelo. Quiero estar contigo, disfrutar de la vida a tu lado y esperaré una y mil vidas por ti, siempre que al final esté contigo. —Me quedé asombrada ante su declaración, no podía responder, no sabía qué decirle. Había esperado esto desde que lo conocí, y ahora estaba callada delante del chico que me había hecho la mejor de las declaraciones. Agarré el collar entre mis manos por pura inquietud, me gustaría decirle que sí, tirarme en sus brazos y darle millones de besos. No podía.

—No estás siendo justo conmigo, Lucca. —No se esperaba mi respuesta, me miró con sus increíbles ojos verdes abiertos de par en par—. He soportado, sin decir palabra, cómo retozabas con Tracy, le comías el cuello y le acariciabas el culo. También, como me mirabas mal y girabas tu cara con desprecio al pasar a tu lado. Por si eso no fuera poco, cada vez que intentaba hablar contigo para saber qué demonios había pasado y a qué se debía tú cambio drástico de actitud, te burlabas de mí, despreciándome. Ahora que yo paso página y quiero rehacer mi vida sin ti, no puedo porque el señor Lucca Palermo no quiere. Tú has empezado una vida sin mí, es mi turno, Lucca. Me importa un rábano si no estás de

acuerdo, tú solo me has hecho sufrir. Eres egoísta, dices que has pensado en mí, en no hacerme daño, pero no es verdad. Si fuera cierto, te hubieras ahorrado lo de Tracy, tus burlas y desplantes. Has sido tan egoísta, que cuando ves que paso página, vuelves a aparecer en mi vida, en mi ventana, diciendo cosas de las que te arrepentirás mañana. Porque cuando vuelva a tus brazos, buscarás cualquier otra excusa para alejarme de ti. Y no puedo más, no esperes ninguna vida, porque no voy a caer en tus mentiras.

—Sandra, yo... — empezó a decir. Lo interrumpí, no quería que hablase, si me decía cualquier otra cosa no podría soportarlo, lo besaría.

—Déjalo, va siendo hora de que te vayas. —Se quedó lo que para mí era una eternidad mirándome a los ojos, mis piernas flaquearon, pero me negué a rendirme. Esto era lo mejor, iba siendo hora de que yo cogiera la sartén por el mango. Lo había herido, su mirada lo decía, pero no pensaba dar marcha atrás.

Se marchó por la ventana, me asomé y observé cómo se alejaba de mi vida para siempre. Se paró y se volvió para devolverme la mirada, me tuve que agarrar fuertemente al umbral porque mis deseos de salir tras él eran infinitos. Me habría encantado decirle que quería lo mismo, pero aguanté las ganas. No me merecía lo que me había hecho pasar sin ninguna explicación, y él no se merecía que corriera tras él.

Estuve un mes sin saber qué había ocurrido, porque pasaba de querer mi amistad a odiarme, un mes en el que no dejé de sentir vergüenza por haber querido besarle y haberle demostrado mis sentimientos tan abiertamente, y ahora, sin mediar palabra, resulta que él siempre había sentido lo mismo, solo que estaba protegiéndome. ¿Qué narices significaba eso? Había sido una declaración preciosa, cierto, pero indescifrable.

¿Por qué no ser amigos?

Lucca salió de casa de Sandra más triste de lo que se había imaginado cuando fue a buscarla, y se tenía merecido lo que le había dicho. En parte, tenía hasta razón, él se lo había hecho pasar fatal. Pero su rechazo y la verdad de sus palabras no dejaban de escocer.

Se encerró en su cuarto, sin cenar, no tenía hambre, y dudó en llamar a su padre. No quería molestarlo, pero era el único con el que podía contar, últimamente también con Travis, pero nadie como su padre. Era cierto que con su amigo se desahogaba mucho, le ayudaba y le daba buenos consejos, al igual que hoy en el cine, pero él también tenía sus propios problemas como para atosigarlo con los suyos.

Cogió su teléfono móvil y no se lo pensó más, necesitaba escucharlo, que le dijera que todo iba a salir bien, aunque fuera mentira.

—*Mío figlio, ¿cómo estás? ¡Qué alegría hablar contigo!* —dijo mi padre igual de contento que siempre. Cada vez que lo escuchaba desde la distancia con esa alegría, odiaba más al juez que me separó de él. «*¡Qué distinto hubiera sido con mi padre a mi lado! Aunque no habrías conocido a Sandra*», dijo mi traidor subconsciente. Moví la cabeza para hacerla callar.

—*Mi manchi tanto* —dije más apenado de lo que quería.

—*¿Qué ocurre, bambino?* —Se esfumó su entusiasmo y dio paso a la preocupación, me maldije en silencio por ser el culpable de ello.

—No me quiere. —Era lo único que pude decir, si seguía hablando iba a llorar. Mis ojos estaban inundados en lágrimas que yo me negaba a soltar.

—*Cuéntamelo desde el principio* —pidió mi padre.

—*Es... imposible.* —Algunas estúpidas lágrimas se escaparon sin permiso.

—Lucca, soy yo. Si necesitas llorar, hazlo, grita si eso te va a tranquilizar, y cuando estés mejor, habla. Soy tu padre, para eso estoy, siempre voy a estar a tu lado, así que no te preocupes, ni te hagas el duro conmigo. Yo también he llorado por amor, y mucho. Sigo llorando, lo que ahora es por el amor de mi *pipiolo*, que vale más que ninguno —dijo haciéndome sonreír.

— He metido la pata hasta el fondo —comencé a decir. Le expliqué lo que había hecho, el daño que le había causado a Sandra y cómo me puso hoy en mi sitio.

—¿Por qué te empeñas en sufrir, Lucca? —me dijo más serio que de costumbre—. Sé que la vida no te lo ha puesto fácil, pero cuando te da la oportunidad de ser feliz, la rechazas de golpe. Estoy de acuerdo, lo van a pasar mal cuando tú te vengas aquí, pero no entiendo tu empeño en cortar la relación. ¿Y si a los dos os va tan bien las cosas que decidís seguir juntos a distancia, hasta que ella se pueda venir aquí? Créeme, Lucca, si es ella, vendrá a por ti. Tienes todavía un año por delante, ¿prefieres disfrutarlo con ella o seguir fustigándote? No lo hagas más difícil de lo que es, disfruta la vida y vive, hijo. Hasta ahora no lo has hecho y me duele, no sabes cuánto me duele. Ella ha sido la única que ha conseguido que cambies algo tu actitud y es la primera vez que tienes amigos, ¿por qué tirarlo por la borda?

—Porque cuando la tenga y la pierda, voy a sufrir más que ahora, que no la tengo.

—Eso no lo sabes, puede que nunca la pierdas. ¿Por qué siempre crees siempre que va a salir mal?

—Porque hasta ahora nada ha salido bien.

—Hasta ahora, ¿y si ella consigue cambiar eso?

—Tengo miedo

—¿De ser feliz?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé qué es eso. —Mis lágrimas hacía ya tiempo que tenían vida propia, tenía la voz entrecortada y solo quería abrazar a mi padre.

—Es duro que digas eso, Lucca. Cuando eras pequeño no parabas de sonreír, eras el niño más feliz que he conocido, ¿por qué te has convertido en esto?

—Porque te perdí y con ello la felicidad. Es duro que te lo diga, papá, pero lo que he vivido con la que se hace llamar madre no ha sido fácil, me ha hecho madurar antes y ver que la vida es muy perra. Contigo vivía en una burbuja de paz y felicidad, aquí la vida es negro.

—La necesitas, no la pierdas por favor —suplicó mi padre. Ahora estábamos los dos llorando un mar de lágrimas—. Ella te ha hecho ver la luz, estar contento, sonreír y ser feliz. No metas la pata, no quiero que sea demasiado tarde.

—Lo intentaré, pero ya me ha rechazado.

—Por tu culpa —dijo elevado un poco la voz—. La rechazaste por tus boberías. Ahora sé fuerte y lucha como se merece.

—Tienes razón —dije.

—Ahora habla de otra cosa, no quiero despedirme de ti tan triste.

—*Ti amo* —dije sonriendo. Lo echaba tanto de menos, era el mejor del mundo. Hasta lejos de mí, sabía qué hacer y qué decir para recuperarme, no como la señora con la que convivía. Qué mierda. Necesitaba sus abrazos y era imposible tenerlos—. ¿Cuándo puedes venir de visita?

—Intentaré ir en tus vacaciones, Julietta quiere apuntarse también. Pobre, no sabe que es demasiado mayor para viajar.

—¿Tienes miedo de que la *nonna* arranque cabezas?

—Mucho —dijo sacándome unas carcajadas. Mi abuela se caracterizaba por ser una mujer afable, de amplia sonrisa y corazón más grande aún, pero como te metieras con su familia, la tierra se te haría pequeña para esconderte. Se la tenía jurada a mi madre y, desde ahí, mi padre hacía lo posible para evitar que coincidieran.

—Sigo creyendo que perteneció a la mafia. —Ahora le tocaba reírse a mi padre. Estaba más tranquilo que antes y escucharlo feliz era el bálsamo que necesitaba.

—Con esa mujer no se sabe.

—¿Y si la traes y le decimos que ella no está?

—Tu abuela no es tonta, hijo.

—Tengo ganas de verla.

—Y ella a ti, así que no te preocupes que con lo cabezuda que es, aguantaré hasta que te tenga de regreso.

—Me alegro de ello.

—Y yo.

Nos despedimos más contentos que antes, con la promesa de volver hablar cuando estuviera mi error solucionado. Esperaba que pudiera venir pronto a verme, quizás Sandra pudiese conocerlo, y eso me gustaría mucho.

Me tumbé en la cama y me coloqué los cascos para escuchar música, quería ponerla al máximo volumen posible lo que, por la hora que era, molestaría a los vecinos. Escuché la canción que ahora mismo podría ser la banda sonora de mi vida. Era *I don't wanna miss a thing*, de Aerosmith, una parte de la canción caló muy hondo y tocó una parte de mi corazón.

"Don't want to close my eyes

I don't want to fall asleep

Because I'd miss you, baby

And I don't want to miss a thing

Because even when I dream of you

The sweetest dream would never do

I'd still miss you, baby

And I don't want to miss a thing".

No quería perderme nada de ella, quería vivir a su lado, dejar de hacer el tonto y luchar. Había encontrado mi lugar en el mundo y era al lado de ese precioso ángel que habían mandado para guiarme por el buen camino. Me daba un miedo atroz lanzarme a la piscina sin saber si había agua, pero tenía la certeza de que ella me iba ayudar. Mañana empezaría mi reconquista, le demostraría que no me iría como ella se creía, que estaría a su lado y ya no buscaría excusas para alejarme. Los dos juntos podríamos luchar contra las adversidades, o eso esperaba.

Me desperté con una idea que no había cesado ni en mis sueños, luchar por Sandra. Fui a buscarla a su casa para hacerle una proposición, puede que no quisiera ser mi novia, pero eso no quitaba para que fuera mi amiga. La vería más a menudo, hablaría con ella y haría lo posible para que se diera cuenta que estábamos destinados a estar juntos.

Al llegar observé que tenía la ventana de su cuarto abierta, sonreí para mis adentros, eso significaba que estaba en su habitación. Trepé por la escalinata y la vi sentada en el banco que tenía justo bajo la ventana, leyendo, como siempre.

—Buenos días, *piccola* —dije con una sonrisa de alegría al verla.

—Buenos días —respondió levantando la vista del libro—. No me preguntes cómo, pero sabía que ibas a volver.

—Porque sabes que no acepto un no por respuesta.

—Puede —dijo riendo.

«*Y que yo me haya querido perder esto*», pensé, devolviéndole la sonrisa.

—¿Has desayunado? —Negué con la cabeza—. ¿Donut y batido?

—Por favor —respondí—. Como sigas así, voy a tener que correr más en los entrenamientos, me vas a poner hermoso.

—Ya lo estás —contestó cogiéndome desprevenido.

—¿Bueno o malo? —atiné a preguntar.

—Bueno. —Me volvió a sonreír y tuve que sentarme en el banco para no caerme—. Tienes más brazos y espalda, debe ser que los estás desarrollando por el rugby, te quedan bien. —En mi vida me había puesto colorado por los piropos que me hubiera dedicado una chica, pero ella había conseguido hacerlo.

—Gracias —respondí, mirando mis pies. Si la mirase a ella no podría evitar besarla, que era lo que deseaba hacer desde que me colé en su habitación, pero no era a lo que había venido.

—Voy a por el desayuno, chico tímido —dijo burlándose de mí. La vi marcharse y mi corazón se aceleró. Era tan guapa que dolía mirarla.

Llevaba un pijama de la liga de la justicia, que con sus pantalones cortos me hacía fantasear con millones de escenas. El pelo lo tenía

alborotado de dormir y me parecía supersexy, yo podría hacer que también lo tuviera así.

«Deja de pensar, Lucca, vas a ponerte en ridículo».

Cuando regresó a su habitación, noté que su actitud había cambiado, la sentí más segura de sí misma. Mi declaración de anoche había debido de provocar ese efecto, me tenía enganchado y lo sabía.

—Tengo una proposición que hacerte —dije entre bocado y bocado.

—Miedo me da —respondió con una pequeña sonrisa. Esto iba a ser muy difícil, no sabía cuánto podría aguantar teniéndola a mi lado sin tocarla, ni besarla.

—Acepto que no quieras tener nada conmigo, no lo entiendo —dije prepotente, señalándome de arriba abajo—. Pero lo respeto. Ahora, ¿por qué no ser amigos?

—¿Quieres que seamos amigos? —Conseguí sorprenderla, se esperaba que le suplicara. Había aprendido la lección, iría poco a poco, que ella se diera cuenta que tampoco quería estar sin mí.

—¿Por qué no? Antes de alejarme de ti, te consideraba una amiga.

—Y yo a ti.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Eso te va a dar derecho a espantar a los chicos con los que quiera salir? —De todas las preguntas que me podía hacer, esa era la última que me esperaba.

—No juegues con fuego, Sandra —le respondí lo suficientemente serio para que supiera que no me hacía maldita gracia.

—¿Yo podré espantar a las tuyas? —continuó buscándome las cosquillas.

—No hay nadie a quien tengas que espantar.

—¿Me acompañarás al cine a ver todas las películas que se me antoje? Te lo advierto, soy de gustos raros.

—Te acompañaré a cualquier lugar que me pidas. —Nos quedamos mirándonos a los ojos, hipnotizados, hice ademán de besarla, pero me contuve. En sus ojos noté decepción, lo deseaba igual que yo.

—Está bien —terminó por decir—. Seremos amigos.

Y fue en ese preciso instante, donde comenzó mi auténtico sufrimiento. Pasamos juntos el verano, salíamos a cenar, íbamos al cine, quedábamos para bañarnos en el río. Dios mío, verla en bikini era el mayor de los placeres.

No contenta con eso, acabó haciéndose buena amiga de Travis, lo que significaba volverme loco diciéndome lo perfecta que era Sandra. El equipo entero parecía adorarla. Las animadoras, por el contrario, le tenían envidia. Tanto a ella como a Gabriela, que salía con nosotros cada vez que había planes de grupo y se llevaba también los halagos del equipo.

Cuando conoció a mi padre fue aún peor, los dos se llevaron a las mil maravillas y ahora cada vez que él me llamaba era para preguntarme por ella y por qué todavía no éramos pareja.

Me costaba un gran esfuerzo ser solo su amigo, quería besarla, y tocarla, pero sabía que tenía que ir despacio. Volvía a tener su confianza y no quería cagarla de nuevo. Tenía que saber que no me iba apartar de su lado, que no la iba a rechazar más e intentaría encontrar una solución a mi inminente regreso a mi país.

Estábamos con el equipo en las afueras de York, en uno de los ríos que había por los alrededores, nos bañábamos y lo pasábamos bien. No podía quitarle la vista de encima, estaba radiante. Se peleaba con Travis por la colchoneta, y yo no dejaba de sonreír como un pasmarote enamorado. Salió del agua y se sentó al lado mío, con la toalla envolviéndole el cuerpo.

—Gabriela todavía no se cree que estemos en el grupo de los “guais” —dijo esa última palabra haciendo el gesto de las comillas con las manos. Dirigí mi vista hacia donde la tenía ella y vi que ahora era su amiga la que luchaba por la colchoneta con Travis, que se había auto declarado como el rey de ella. Volví a mirarla y me quedé embobado contemplándola de perfil.

—No puedo más —dije yendo para el agua. Ella se quedó sentada con la boca abierta, sin quitarme los ojos de encima. No debía saber a qué me refería, no le había dicho nada, pero la situación no era fácil y se me

hacía cada vez más cuesta arriba. La había cagado, le había hecho daño, lo sabía y lo reconocía, pero estar con ella sin tenerla me estaba costando mucho. Cuando la vi salir del agua, tenía unas ganas terribles de acercarme a ella y besarla. Y verla envuelta en la toalla, junto a mí, hacía que quisiera abrazarla, tenerla bajo mis manos, y no podía hacer nada de eso.

Me metí de cabeza en el agua fría, para que se me bajara el calentón y poder relajarme, así podría pensar con más calma. Fue imposible, ella se metió conmigo.

—¿A qué te refieres? —preguntó retomando la conversación de antes.

—Da igual —dije sin ganas de discutir con ella.

Se acercó a mí y nuestros cuerpos quedaron a pocos centímetros el uno del otro. Los dos en el agua, mojados, pegados, mil imágenes brotaron en mi mente. No lo aguanté por más tiempo, la cogí por los pies para acercarla a mí, los coloqué alrededor de mis caderas con ellos, le agarré la cara con mis manos y le di el beso que llevaba deseando darle desde que la conocí. Nuestras lenguas se juntaron y un gruñido de excitación salió de mi boca, lo que le hizo suspirar, y me perdí en la dulzura de su beso.

Era un beso tierno, arrebatador, excitante, perfecto. Empecé a escuchar gritos, silbidos y aplausos, que me hicieron consciente de dónde nos encontrábamos y me obligué a cortar el beso. Si seguía no podría, ni querría parar.

—Ya era hora —dijo pegada a mi boca. Me quedé extrañado por su confesión.

—¿Qué dices?

—No he dejado de soñar con esto.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunté extrañado, con el corazón amenazándome con salir por mi garganta. Saber que ella había deseado esto tanto como yo, me provocaba una satisfacción extrema.

—Porque la última vez que me atreví, pasé la mayor vergüenza de mi vida, te tocaba a ti mover ficha. —Seguíamos pegados el uno al otro.

Ella abrazaba mis caderas con sus piernas y mi cuello con sus brazos. Yo no podía dejar de acariciarle la espalda.

—Cierto —dije volviéndola a besar.

—Chicos, chicos, parad —dijo Travis echándonos agua por encima—. Iros a un hotel. —Continuó provocando las carcajadas del resto.

Estaba en la colchoneta junto a Gabriela, los dos cuchicheando y se reían por lo que se decían, así empecé yo y mira cómo había terminado.

—No sé por qué, pero me da que pronto te la devolveré —dije para joderle. Me enseñó el dedo corazón y se volvió para seguir hablando con su compañera de colchoneta.

—Lucca, ¿qué significa esto?

—Lo que tú quieras que signifique —le dije con la mirada fija en sus ojos.

—Somos... ¿pareja? —dijo sonrosada.

—¿Es lo que quieres? —Ella asintió tímida con la cabeza.

—¿Tú? —preguntó un poco incómoda y evitaba mirarme. Le volví a agarrar la cara, para que no me quitara la vista de encima.

—Es lo que quiero más que nada. —Su sonrisa hizo aletear mi corazón, poniendo un nudo en mi estómago y la felicidad invadía mi cuerpo. La volví a besar, no creía que pudiera dejar de hacerlo nunca.

«Al final iba a conseguirlo. Iba a ser feliz con Sandra», pensé.

¿La vida es de color rosa?

Hacía más de ocho meses que empezamos una relación y se habían convertido en los más fantásticos de mi vida. Íbamos juntos al instituto y cuando no lo hacíamos, me esperaba en la entrada para darme uno de sus maravillosos y ansiados besos. Después de clases, almorzábamos con Gabriela y Travis, los cuatro nos habíamos vuelto prácticamente inseparables. Cuando había que estudiar no nos veíamos más, pero si podíamos, pasábamos la tarde juntos.

No había dejado de darle vueltas a la cabeza, últimamente quería más que besos, me faltaba algo cuando me besaba y se marchaba.

—Estoy pensando en ir más allá con Lucca —le comenté a Gabriela. Estábamos las dos sentadas en el jardín de mi casa, tomando un té con galletas. Los chicos tenían entrenamiento de rugby y después iban a ir a la biblioteca porque tenían examen al día siguiente, así que decidimos quedar nosotras solas, como hacíamos antes.

—Te refieres a... bueno a... eso —dijo, haciendo mil y un gestos con las manos.

—¿Por qué te pone tan nerviosa hablar del tema?

—No lo sé, es algo personal y delicado, ¿no?

—Qué antigua eres cuando quieres, de verdad.

—Me da vergüenza hablar de ese tema, Sandra. Es como un tema tabú, no soy tan abierta como tú.

—No es que sea abierta, tampoco es que tenga una experiencia envidiable. No lo he hecho en mi vida. Simplemente, he encontrado a una persona que me hace sentir especial y única a la vez, estoy enamoradísima de él y, aunque no sepa lo que ocurrirá mañana, es él con quién quiero hacerlo.

—¿Tienes algo pensado? —preguntó interesándose más en el tema.

—Se me había ocurrido que el 4 de julio, porque aparte de ser mi cumpleaños, es el baile de fin de curso de ellos, me gustaría que esa noche fuera especial. Se despedirán del instituto, irán a la universidad, harán nuevas vidas y quiero que no se olvide de mí pase lo que pase.

—¿Qué pasa, Sandra? —preguntó mi amiga al sentir un poco más apagada mi voz.

—Nada —respondí automáticamente, sin querer hablar de ello.

—Siempre igual contigo, parece que hay que sacarte las cosas con pinzas. Te paso algo, es obvio, desembucha —dijo más molesta conmigo que de costumbre, dio un pequeño golpe en la mesa que provocó que lo soltara de golpe.

—Se va a la universidad, yo me quedo aquí y no sé qué demonios será de nosotros. He intentado mil veces hablar con él, que me diga sus planes de futuro, pero se molesta y acabamos enfadados. Desconozco si le han concedido la beca de rugby que solicitó, qué va a estudiar, a dónde irá, y si alguno de sus compañeros de equipo va con él. Nada. Sé que quería irse a vivir con su padre y, ¿ahora? ¿Si se va a Italia me va a esperar hasta que yo pueda ir? ¿Me dejará por una universitaria más rubia, más alta y más guapa?

—Y a pesar de esas dudas, ¿quieres seguir adelante?

—Sí, para mí una cosa no tiene que ver con la otra. El día de mañana ignoro lo que va a ocurrir, pero a día de hoy lo quiero con locura, y es él. Es imposible que me arrepienta de hacer algo por amor. Además, a pesar de mi nula experiencia, creo que ese tema está sobrevalorado. Nos meten en la cabeza que es algo demasiado personal, que ha de ser especial, y bla, bla, bla. Después, cuando lo comentas con otras chicas, explican lo desastroso que fue, a pesar de estar tan enamoradas. Mi conclusión es que hay que hacerlo cuando lo sientas, así nunca te arrepentirás, hiciste lo que sentiste en ese momento, podrá ser mejor o peor, pero era lo que querías. No se puede vivir con tantas presiones. Pones el listón muy alto y después... chasco.

—Amiga, no quiero molestarte, pero te contradices. Por un lado,

quieres que sea especial, pero por otro dices que hay que olvidar las presiones. No te entiendo.

—Gabriela, quiero que sea especial para nosotros dos, no voy a poner velas, ni voy a pensar en que va a ser el mejor día de mi vida. Solo quiero que esa noche sea inolvidable para nosotros, porque mañana puede que no estemos juntos. Está la opción de que sea un desastre, me va a doler seguro, y mil cosas más que se me pasan por la cabeza, pero se me apetece hacerlo. No porque los demás digan que hay que esperar un año para estar seguros, o que tenemos que estar casados, o mil cosas más, voy a hacerles caso. Lo que me pide el cuerpo es hacerlo con él, y no me voy a arrepentir, aunque salga mal. Es a eso a lo que me refiero. Hacer lo que te pide el cuerpo, tu corazón. Hay veces que vale más la pena dejar de razonar y dejar de pensar en lo que se va a decir de uno. Me importa un pimiento lo que diga la gente. Es mi vida, mi cuerpo, mis sentimientos y es lo que quiero hacer.

—Tienes razón, quizás yo pienso mucho en el qué dirán. Al margen de eso, ¿no te dolerá su marcha?

—Mucho, cuando se digne a decirme sus planes, le echaré de menos a rabiar, pero siempre nos quedará el recuerdo. Por lo menos a mí, y él que haga lo que quiera.

—En ocasiones, envidio tu fortaleza.

—No creas, lloraré como una enana si terminamos. Si eso ocurre, prepárate para aguantar mis lloreras diarias —le dije sonriendo, aunque con el corazón en un puño. Me dolería tanto, que me duele hasta pensarlo.

—Cambiando de tema para no empezar a llorar, que ya sabes que, si tú empiezas, yo te sigo. ¿Tienes vestido para el baile? —preguntó, apoyando los codos en la mesa y reposando la cabeza en sus manos. Le encantaba un trapito a esta niña, era hablar de ropa y captar toda su atención.

—¿Quieres acompañarme a elegir uno? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—Claro —dijo gritando y dando palmas de alegría—. ¿Cuándo

vamos?, ¿ahora?, ¿mañana?, ¿cuándo? —No paró de hacer una pregunta tras otra.

—¿Cuándo vas a mirar el tuyo? Ese día me viene bien —dije sin mucho interés. Reconozco que no soy muy fan de las compras, probarme vestidos y demás. Podría afirmar, incluso, que lo odiaba.

—¡Ah, no! —dijo elevando la voz, señalándome con su dedo índice—. Me niego a que tengas esa actitud. Va a ser un día importante, serás la pareja de uno de los chicos más guapo del instituto y como mínimo tienes que estar espectacular. Así que vas a ir entusiasmada a comprar, te probarás los vestidos que te elija, y no te quedarás con el primero para escaquearte. ¿Entendido?

—Entendido —respondí con un suspiro de derrota.

Nos pasamos toda la tarde en mi jardín, hablamos del diseño del vestido que tenía pensado Gabriela para mí. Después de que se fuera, me encerré en mi cuarto y me tumbé en la cama sin dejar de pensar en Lucca. Hoy no le había visto y le había extrañado muchísimo, no quiero ni pensar cómo será cuando se vaya.

—*Buona notte, principessa* —dijo, a punto estuve de que me diera un infarto.

—Sigo sin acostumbrarme a que aparezcas por la ventana —respondí y me levanté rápido de la cama para ir a darle un beso—. Justo hoy estuve hablando de ti.

—¿Y eso?, espero que sea bueno. —Se sentó en el banco de mi ventana y me subí a sus piernas.

—¿Cuándo me dirás lo que tienes pensado hacer con tu vida? —le pregunté más seria de lo normal.

—¿Otra vez, Sandra? —Me quitó de sus muslos y se levantó molesto, caminó por mi cuarto y se pasó las manos por el pelo.

—Algún día tendremos que hablar.

—Las cosas no son como y cuando tú quieras.

—En dos meses es el baile, Lucca. ¿Qué va a pasar después?

—Me estás agobiando muchísimo —respondió con la cara más roja que un tomate. Estaba muy enfadado y me jodía no saber el porqué. Me

quedé un rato más mirándole a los ojos, y la respuesta me vino sola.

—No vas a estar para el baile. —Era una afirmación, sus ojos me lo estaban diciendo. Tenía la respuesta delante mía hacía tiempo y no quise verla. Me había estado esquivando por eso, no se iba a quedar aquí, cuando pudiera se marcharía a su casa, y parecía que yo no pintaba nada en sus planes, ni en su vida.

—Sandra...

—¿Sabes lo que más me duele? —le interrumpí—. Que no hayas contado conmigo. Me da igual el estúpido baile y mi cumpleaños. Mi ilusión era estar contigo, en cualquier lugar, pero contigo. Tú, sin embargo, me apartas de nuevo.

—Eso no es verdad —respondió, sin responder lo que de verdad importaba.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? No, mejor aún, ¿has tenido intención de decírmelo? —Se quedó callado de nuevo, sus ojos lo hablaban por él. Le delataban—. No.

—Es más difícil de lo que crees.

—¡Eres un mierda! Este tiempo que hemos estado juntos ha sido una mentira, me has hecho enamorarme de ti para nada, y lo tiras a la basura. Ocho meses de mi vida perdidos porque el señor Lucca Palermo decide volver a solucionar el mundo solo. Hay veces que no está demás pedir ayuda, ni aceptar la ayuda de una amiga, o novia como es en este caso. Dime, Lucca, ¿no confías en mí, o es en ti en quien no confías?

—Te estás equivocando, Sandra. Es que me niego hacerte pasar por lo que va a venir si sigues conmigo. Me vuelvo a casa, con mi padre, lo llevo ansiando desde que me separaron de él, lo necesito y sería muy egoísta por tu parte que me pidieras lo contrario porque sabes por lo que he pasado. —Tenía toda la razón del mundo, sería incapaz de pedirle eso, pero podría ir con él—. No puedes venir conmigo —respondió como si le hubiera formulado la pregunta en voz alta—. Porque tu hogar está aquí, tienes que terminar el instituto, hacer la carrera que tanto deseas y viajar por el mundo en busca de monumentos, ¿dónde quedo yo?

—Ahora el que te equivocas eres tú, mi hogar está contigo —le dije

con algunas lágrimas escapándose de mis ojos—. Es verdad que tengo que terminar el curso, y que quiero estudiar, pero lo puedo hacer en Italia, junto a ti.

—No puedo permitirte, tanto si yo me quedo como si te vas conmigo, nos lo acabaríamos reprochando y eso no será nada bueno para nosotros —respondió mientras se iba acercando a mí. Dejó su frente encima de la mía y percibí que también estaba llorando.

—¿Por qué? —pregunté frustrada.

—Conmigo no estás segura —dijo acariciando mis mejillas y apartó alguna de las lágrimas que recorrían mi cara.

—¿De qué hablas?

—Es lo mejor, créeme. Vive tu último año, vete al baile, disfruta tu etapa universitaria, viaja, cumple tus sueños y olvídate. —Lo último que pidió era demasiado difícil, por no decir imposible. Me dolía el pecho, mi corazón se estaba haciendo añicos y algún trozo se debió clavar en mi cuerpo, porque sentía que me desgarraba.

A mi cabeza, vinieron fragmentos de la conversación que mantuve con Gabriela esa misma tarde. *«Quiero que sea especial para nosotros dos», «solo quiero que esa noche sea inolvidable para nosotros, porque mañana puede que no estemos juntos», «lo que me pide el cuerpo es hacerlo con él, y no me voy arrepentir, aunque salga mal», «hay veces que vale más la pena dejar de razonar...», «el día de mañana ignoro lo que va a ocurrir, pero a día de hoy lo quiero con locura, y es él. Es imposible que me arrepienta de hacer algo por amor...».*

Dejé de pensar e hice lo que de verdad quería, entregarme por completo a él. Tenía la sensación de que esto iba a ser una despedida, que después del curso no iba a saber nada más de él y quería darle todo de mí antes de que fuera un adiós para siempre.

Acerqué mis manos a su cara, y le sequé las lágrimas como hizo él conmigo. Me puse de puntillas y le besé. Le di el beso más importante de mi vida, con ese simple gesto le quería decir lo que sentía por él, lo que estaba dispuesta hacer por nosotros si me dejaba y lo mucho que lo amaba.

—¿Estás segura, Sandra? —me preguntó al darse cuenta de mis intenciones.

—Contigo, siempre —le respondí volviéndole a besar.

Tuve la mejor noche de mi vida y sin duda, inolvidable. Él había sido maravilloso, superatento, amable, tierno... Después de habernos dicho con nuestros cuerpos, lo que no nos dijimos con palabras, nos quedamos dormidos. Yo, con mi cabeza apoyada en su pecho, y él me acariciaba el pelo cariñosamente.

La mañana no tardó en llegar y mi felicidad se esfumó sin siquiera abrir los ojos. Al comenzar a desperezarme, noté su ausencia y ya supe que algo no iba bien. El despertador de mi mesilla marcaba las seis de la mañana, era imposible que estuviera en el instituto. Había huido a hurtadillas en mitad de la noche y deseaba que tuviera una razón de peso.

Encendí la lámpara de la mesilla de noche y, en el sitio que había ocupado él durante una pequeña parte de la noche, había un folio doblado. Mis mejillas empezaron a humedecerse, a pesar de haber sido fantástico, no dejó de ser una despedida. Me hubiera gustado recriminárselo, pero no podía, fui consciente de ello. No paró de decírmelo con sus besos y caricias, cada vez que me preguntaba si estaba segura de lo que íbamos a hacer, y sin dejar de decirme adiós con su triste mirada. En mi caso, intenté decirle que lo necesitaba, que aguantara por nosotros y que iba a luchar por nuestra relación, pero no debió de ser suficiente.

Amore mío:

Empecé a leer, pero tuve que dejar la carta en la almohada porque las lágrimas me impedían hacerlo. Una dichosa frase y ya estaba destrozada, a saber cómo iba acabar al terminar el resto. Me las sequé molesta con la manga de mi pijama, e intenté continuar.

Quizás quieras leer lo mucho que siento lo de anoche, pero no es verdad. Me diste algo que jamás olvidaré e intenté dártelo también, y confío en haberlo conseguido. Lo único que lamento es no haber sido sincero, pero no podía, probablemente por egoísmo. Si te era sincero ibas a estar triste y no puedo

soportar que estés así y menos por mi culpa. Lo mejor era esconderme y huir de York sin saber cómo te sientes.

No tengo ningún examen, Sandra, ni tuve entrenamiento de rugby. Lo que estuve haciendo toda la tarde, con la ayuda de Travis, fue prepararme para hoy regresar al sitio del que procedo, al que tanto deseo volver. Al fin voy a ver a mi padre y a mi nonna, mi amada Julietta, después de ochos años de sufrimiento, no podía dejar de volver, aunque quisiera quedarme a tu lado.

Al ver que querías seguir con lo nuestro, que incluso serías capaz de irte conmigo, supe que no te lo tenía que decir. Hazme caso, bella, disfruta de la vida, vive lo que te corresponde y no pienses en lo que pudo ser y no fue.

Por mi parte, en la vida te podré olvidar, porque tú has sido la luz que me ha dado fuerzas para seguir viviendo mi angustiada vida. Me has enseñado de nuevo lo que es amar y ser amado. Te debo tanto que va a ser imposible recompensártelo en una sola vida.

Lo único que necesito para ser feliz, es tu felicidad más que la mía, y cada vez tenía más claro que no estaba a mi lado. Tienes dieciséis, diecisiete el cuatro de julio. —Sonreí ante la aclaración, porque era lo mismo que le hubiera dicho—. Tienes toda una vida por delante. No me perdonaré nunca si te la pierdes por mi culpa.

Ti amo la mia bella principessa.

Lucca.

Abracé la almohada que él había usado, su olor persistía aún, y me dejé llevar por la tristeza que me inundaba. Lloré desconsolada, no fui a clases, me quedé el día en mi cuarto, le dije a mis padres que estaba enferma y por mi cara se lo creyeron. Estuve abrazada a su almohada, amándolo y odiándolo a la vez, echándolo de menos, sobre todo, echándolo de menos.

Iba a tener que ser fuerte, tenía que aprender a vivir sin él, esperaba que no fuera difícil, al fin y al cabo, ambos éramos conscientes de que este momento iba a llegar.

«A partir de mañana comienza mi nueva vida, no te arrepientas Lucca, porque no hay sitio para ti en ella».

SEGUNDA PARTE

En el amor todo queda roto en el momento en que uno de los dos amantes ha pensado que la ruptura es posible.

(Paul Bourget)

A pesar de todo, la vida sigue igual

AÑO 2013

Roma, Italia.

No me había olvidado de ella, habían pasado seis jodidos años y seguía acordándome de lo que vivimos juntos. La última noche, sus besos, su tacto, Sandra. La buscaba sin cesar en los brazos de otra, sin encontrarla, les pedía que me dejaran gritar su nombre al acabar, y me sentía un miserable al recuperar el control de mí mismo. Por si eso no fuera suficiente, las chicas con las que estaba dispuesto a pasar una noche de desahogo debían de ser rubias, ojos azules, sonrisa perfecta, no mucho más alta que yo y la piel de color perla.

—Cariño, ¿cuándo va a ser mi nombre el que grites? —preguntó Natalie sin dejar de acariciar mi espalda y sin permitir que me vistiera para irme. Me levanté rápido de la cama para rechazar cualquier tipo de contacto, no lo toleraba.

Natalie era la chica que más había durado de todas. Normalmente, después de gritar el nombre de Sandra, ninguna quería repetir otra noche conmigo. Ella, por el contrario, insistía en hacerlo y a mí me servía para desestresarme, hasta que volvía a la realidad.

Había intentado mil cosas para no saber que era el cuerpo de otra el que tocaba. Me había puesto un antifaz para no verlas, les había atado las manos para que no me tocaran y poder imaginarme a mi precioso ángel. De todas las maneras, sabía que no era ella. Mi cuerpo no reaccionaba igual y mi corazón apenas palpitaba.

—Nunca —le dije sin pensarlo dos veces.

—¿Qué tiene ella que no tengo yo? —preguntó colocándose de lado en la cama y dejó caer las sábanas para intentar provocarme con su exuberante cuerpo. A cualquiera le habría gustado estar con ella, si dijera que era fea mentiría, pero no a mí.

—La lista es demasiado larga, lo más importante es que la amo.

—Pero ha pasado mucho tiempo, ¿no crees que es hora de pasar página? Seguro que ella ya lo ha hecho. —Con ese comentario consiguió hacerme daño, pero no se lo demostré. Me seguí vistiendo e ignoré su consejo, deseaba salir de su casa—. Cuando decidas que es hora de volver a empezar, ya sabes dónde estoy.

—No quiero empezar nada con nadie.

—Pues nos seguiremos divirtiendo. —Se levantó de la cama y se acercó a mí, contoneando su desnudo cuerpo, sin provocar efecto alguno en el mío. Se colocó de puntillas, se pegó lo más posible, y pasó su lengua por mi cuello. Le agarré por los hombros y la separé de mí.

—Tengo que irme.

—Estoy empezando a cansarme de tus juegucitos. Solo podemos hacerlo de noche, borracho, casi inconsciente y sin dejar que te toque. No entiendo nada, pero aguantaré hasta que te des cuenta de que yo soy quien merece la pena, y no tu absurdo recuerdo. —La miré con los ojos entrecerrados, la hice a un lado y me largué de esa casa. Como siguiera allí me iba a ahogar.

—Adiós —dije dando un portazo al salir.

En estos últimos años, Lucca se había licenciado en Empresariales, vivía en la antigua casa de su padre, y llevaba la dirección de una residencia de estudiantes universitarios. Sobre todo, se encargaba de alojar a los alumnos que venían de otros países con una beca, a la espera de que su amor de juventud fuera uno de esos estudiantes. Era una chorrada, lo sabía, pero no podía evitar pensar en ello.

También había comprado un pequeño hotel en Siena cuya dirección la llevaba conjuntamente con su padre. En un principio lo reformó para entretenimiento de su abuela, que decía que se aburría mucho en la casa sin hacer nada. Según ella, necesitaba cocinar y mantener su cuerpo en

movimiento. Al final, había resultado ser un éxito y agradecía la ayuda tanto de su padre como de su pareja, Elisa, que tampoco sabían estarse quietos.

Lucca iba paseando por las bellas calles de Roma, de camino a la residencia para organizar la llegada de nuevos estudiantes que venían con la beca Erasmus, cuando empezó a sonar Alive de Pearl Jam. Se trataba de su móvil. Supo enseguida quién le estaba llamando, ese tono en concreto le correspondía a su mejor amigo, Travis.

A pesar de los años que habían pasado desde que se fue de York, nunca dejaron de tener contacto. Los dos se visitaban a menudo, prácticamente una vez al mes. Cuando más se afianzó su amistad, fue el año que pasó Travis en Italia para terminar la carrera. Los dos vivieron juntos y se convirtieron en el mejor confidente del otro.

Lucca le contaba lo mucho que echaba de menos a Sandra y le obligaba a que le contara cómo le iba a ella. A pesar de que no tenían la misma relación que antes, coincidían en la misma ciudad en la que se criaron, y era inevitable que el uno supiera del otro. Por su lado, Travis seguía siendo el mismo golfo de antes y disfrutó de lo lindo tanto de Italia como de sus mujeres. Aunque le confesó que desde hacía un tiempo Gabriela le traía de cabeza.

—Dime que vas a venir a verme —le pedí nada más descolgar.

—¿Tanto me echas de menos, mi amor? —respondió burlándose de mí. Jamás lo confesaría, pero sí que lo extrañaba. Extrañaba sus charlas y poder desahogarme con él. Era el único que entendía lo que me pasaba y comprendía el que buscara a un clon de Sandra.

—Necesito una noche de fiesta con mi mejor colega.

—En dos días estoy allí. ¿Qué tal el curro?

—Sin parar, ahora voy a organizar la llegada de más estudiantes.
¿Tú?

—Intentando hacer la publicidad de un jodido bolígrafo, ¿acaso no son todos iguales? —preguntó mi amigo con un suspiro de frustración.

—Yo diría que sí —respondí entre risas. Sin poder evitarlo ni un segundo más, pregunté por ella—. ¿Cómo está?

—Ni idea, desde que se fue a Londres para estudiar y yo me vine a Alemania a vivir, hemos perdido el contacto, ya lo sabes. Lo poco que sé, es cuando coincidimos en vacaciones, así que no tengo ninguna novedad.

—¿Y con Gabriela? —pregunté intentado aparentar calma. Me molestaba mucho no tener ninguna noticia de ella, pero lo tenía merecido por haberla abandonado.

—Si de Sandra no sé nada, de ella menos. He intentado contactar con Gabriela de mil maneras, pero parece como si se la hubiera tragado la tierra. —La última vez que me habló de ella, habían tenido una noche loca después de coincidir en un bar que dejó muy marcado a Travis, aunque ella parecía haberlo olvidado.

—Seguimos siendo un caso, como cuando íbamos al instituto —le dije contagiándole la risa—. Tengo que dejarte, nos vemos en dos días.

—De acuerdo. No hace falta que me vayas a buscar, voy directo a tu casa.

—Perfecto.

Lucca se encerró en su despacho, en dos semanas vendrían los nuevos estudiantes y quería tenerlo preparado, odiaba dejar el trabajo para última hora. Empezó a echar un ojo a los expedientes y les asignaba a cada uno la que sería su habitación por un año.

Al llegar a uno en concreto se quedó paralizado, no había para de imaginarse este momento, pero no por ello le asombraba menos. No paró de mirar los folios que tenía ante él, sin creerse que al fin se hiciera realidad. El corazón se le paró, tenía la boca demasiado seca y las manos no le dejaban de temblar. Estaba teniendo la misma reacción que la primera vez que la vio, cuando eran unos adolescentes. Sus ojos no se apartaban de la foto de quien iba a ser una de las nuevas estudiantes.

Hacía tiempo que no se sentía así, solo existía una persona capaz de conseguir que volviera a la vida, e iba a estar en Italia durante un año entero. Seguía igual de guapa que siempre, lo que en la foto no llevaba sus distinguidas gafas, por lo demás era tal como la recordaba. Perfecta.

«*Voy a volver a verla*», pensó Lucca pasándose una mano por el pelo. Al hacerlo, notó cómo temblaba. «*Al fin vuelve al lugar que le corresponde*,

junto a mí. He tenido que esperar demasiado, pero ha merecido la pena, ella merece todo el tiempo del mundo».

Se esmeró mucho en buscarle una buena habitación para ella, que por supuesto no iba a ser compartida e iba a estar cerca de su despacho.

«Solo dos semanas, en poco menos de quince días podré estrecharla entre mis brazos. A ella, la verdadera, mi Sandra. Bueno, seamos realistas, Lucca, después de lo que pasó no lo vas a tener tan fácil». Empezaba a odiar esas voces en mi cabeza que parecían tener vida propia y no se callaban por mucho que lo pidiera.

Estaba demasiado emocionado, necesitaba contárselo a alguien y no podía esperar dos días por Travis. Telefonó a su segunda residencia, en busca de su buen confidente y el mejor consejero, su padre.

—*Ciao*, al habla Piero, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó su padre al descolgar el teléfono del pequeño hotel de Siena.

—Soy yo, viejo.

—Deja de llamarme así si quieres llegar a los veintiséis —replicó haciéndome reír.

—Va a venir —dije sin más.

—¿Quién va a venir, Lucca?

—Sandra.

—¿Y qué crees que significa eso?

—Que no he tenido que pedirle que renuncie a nada, ella sola ha decidido venir aquí. No sé por qué ni para qué, pero algo tiene que significar que elija mi país.

—Sabes que no lo vas a tener fácil, ¿verdad?

—Lo sé, pero ya no soy ese niño que la abandonó, ni estoy perdido por no saber cuál es mi lugar en la vida. He crecido, madurado, tengo un negocio, a la familia que quiero y me quiere, y lo único que me falta para ser totalmente feliz es a ella. El que haya decidido venir aquí tiene que ser una señal, y no voy a renunciar a ella. Ya es adulta, ha tenido que vivir todas las experiencias que le ofrecía la vida, si ahora se queda a mi lado, sabré que es porque me quiere, no porque es demasiado joven para ignorar lo que se pierde.

—Lucca, yo te entiendo, te entendí cuando me lo explicaste, pero no sé si ella lo hará, o en el caso de que lo haga, te perdone.

—Soy consciente de que no va a ser un camino de rosas, hasta ahora no lo ha sido, y que con verme no va a caer rendida a mis pies. Aunque eso estaría genial —dije haciendo reír a mi padre—. Lucharé por ella, conseguiré que me perdone y le recordaré que estamos hechos el uno para el otro, he de conseguirlo.

—Espero que ella se sienta igual que tú, Lucca.

—Yo también —dije cansado. No quería ni pensar que ella no se sintiera igual, o que se hubiera dado cuenta de que existía alguien mejor que yo, alguien que la hiciera realmente feliz—. ¿Qué tal el negocio? —pregunté cambiando de tema. No quería pensar en lo que podía salir mal, en que nada debía salir mal.

—Para este fin de semana tenemos todas las habitaciones llenas. Tu abuela está encantada, ya ha ido al supermercado para comprar el almuerzo de esos días, unos bombones para las camas y mil historias más. En fin, ya la conoces.

—El hotelito le ha dado más vida —dije, encantado de verla así.

—La verdad que no da tanto trabajo como un gran hotel, pero nos mantiene ocupados y entretenidos.

—Me alegro. Yo no iré este fin de semana, Travis viene a verme y, dado la que está a punto de venirme encima, prefiero una noche de las nuestras.

—No quiero saberlo, no te olvides que sigo siendo tu padre.

—Te quiero, viejo —le dije para hacerlo rabiar.

—Lucca —respondió en un tono amenazador que le duró poco—. Yo también te quiero.

Después de colgar, conectó en su ordenador el *Spotify*, se puso los cascos y estuvo escuchando música un buen rato para intentar tranquilizarse, o por lo menos esperar hasta que su cuerpo dejara de temblar como la gelatina.

A los dos días, con la llegada de Travis, Lucca estuvo más entretenido, aunque no dejaba de pensar en el regreso de Sandra.

—¿Qué vas a hacer cuando la veas? —preguntó Travis. Estábamos bebiendo unas copas en uno de los pub de Roma, mientras escuchábamos buena música y nos animábamos un poco. Los dos necesitábamos despejarnos tanto del trabajo, como de la desastrosa vida amorosa que llevábamos.

—Ni puta idea. Paso de pensar nada, prefiero verla y actuar según lo sienta.

—Tío, se acerca Natalie —dijo Travis bajando la voz y acercándose a mi oído.

—Es la oportunidad para cortar toda relación con ella.

—Suerte —dijo guiñándome un ojo.

—Hola, Lucca. Esta noche te vienes conmigo —dijo Natalie sentándose en mis rodillas. No soportaba el contacto, lo sabía. Se empeñaba en tocarme creyendo que así me iba acercar a ella, pero estaba equivocada. La quité de mis rodillas, la senté en una silla que había justo al lado y me preparé para lo que iba a venir a continuación. No se lo iba a tomar nada bien, pero ahora que sabía que Sandra estaba de camino, no quería seguir manchando su recuerdo más tiempo del necesario, ni tener ningún tipo de relación pendiente. Solo quería estar con ella.

—No voy a ir más a tu casa, ni a ningún otro sitio contigo —dije sin rodeos.

—¿Cómo? —preguntó elevando su horrible voz chillona.

—Se acabó, no quiero seguir manteniendo lo que sea esto. Sabes que era cuestión de tiempo, así que no lo alargues más. Vete en busca de tu próxima conquista.

—Eres un auténtico hijo de perra, he aguantado que grites el nombre de otra, que no me dejes tocarte, que no me quieras ver, solo para estar contigo, ¿y así es cómo me lo pagas?

—Deja de gritar —le contesté sin inmutarme lo más mínimo—. Todo el mundo nos está mirando.

—Me importa una mierda quién nos mira —dijo ella tirando la silla en la que estaba sentada al levantarse—. ¿Quién te has creído que eres para rechazarme a mí?

—Siempre te he rechazado, porque nunca has sido ella. —Eso debió dolerle, porque lo siguiente que sentí fue su mano en toda mi cara. Me dio una merecida bofetada y se marchó del local lo más digna posible.

—¡Guau!, Lucca, tú sí que tienes tacto con las chicas, ¿eh?

—Sabía a lo que se enfrentaba si tenía una relación conmigo, ¿para qué adornar la ruptura?

—Un poco de tacto más que sea, hombre.

Pasamos la noche bebiendo, bailando, intentando dejar nuestras penas dormidas bajo un sin fin de alcohol. Cantamos a pleno pulmón por las calles de Italia, y cuando llegamos a mi casa, alrededor de las ocho de la mañana, fuimos directos a sobarla.

Travis se marchó y los días pasaban delante de mis ojos. Con cada día que dejaba atrás, mis nervios aumentaban. Estaba irascible, apenas hablaba con nadie y si lo hacía era para echarle una buena bronca. Muchas veces sin siquiera merecerlo, pero era pensar en su llegada y volverme loco.

«¿Y si no me perdona? ¿Qué pasa si ella es la mujer de mi vida, pero yo ya no pinto nada en la suya? ¿Si me rechaza? ¿Si me ha dejado de querer?».

Las preguntas me atormentaban y con ello crecía mi mal humor. Estaba claro que no me iba a perdonar a la primera de cambio. Ella lo dio todo por mí y yo salí huyendo con una simple carta como despedida, pero si me dejara explicarme lo entendería. Tenía que entenderlo.

«¿Y si no deja que me explique? ¿Si no lo entiende? ¿Y si lo entiende, pero ya no me ama y le da igual lo que yo sienta?».

Un donut de azúcar y un batido de chocolate

Sandra se encontraba en el avión de camino a Italia. Iba a cumplir su sueño, ese que se aferró a su mente desde que tenía uso de razón, acabaría sus estudios de Historia del Arte en el país que dio vida a grandes maestros y, además, haría las prácticas en algún museo importante. No había nada más, solo era eso, continuaba su vida según lo había planeado. Nada más, se repetía una y otra vez para intentar convencerse.

Tenía el iPad encendido y se había puesto una película para intentar distraerse, pero la verdad es que no le prestaba atención, a medida que se iba acercando a Italia, sus nervios aumentaban. Se preguntaba una vez tras otra, si había hecho bien escogiendo ese país, pero tenía que hacerlo, era su sueño, y no podía dejar de hacer su vida porque un italiano le partiera el corazón.

«Seamos sincera, Sandra. Las dos sabemos por qué has elegido Italia. Te sigues muriendo por sus huesos, a pesar de que hayan pasado seis años», le decía su conciencia.

No era verdad, aunque tampoco iba a negar que le encantaría encontrárselo y darle su merecido. Que se diera cuenta de lo que una vez pudo tener y no tenía, porque él decidió que podía pensar por los dos, sin darle a ella opción alguna. Que viera en la mujer que se había convertido y que ya no tenía nada que hacer, que se diera cuenta de lo que se perdió y se va a perder. Estaba en la obligación de hacerle saber que era un cero a la izquierda.

«Mentirosa. Te gustaría hacer más que eso. Además, si es él quien te demuestra que no eres nadie te da un soponcio ipso facto. Las dos lo sabemos, no te engañes», replicó la dichosa voz.

También estaba la opción de no encontrarse con él nunca más, aunque sería una decepción no restregarle su felicidad por las narices, que era lo único que quería hacer, pero debía de estar preparada para lo que pudiera ocurrir.

Cuando el piloto anunció que habían aterrizado en el aeropuerto de Roma, estuvo a punto de vomitar, porque la azafata no le dejó entrar al baño, si no lo hubiera hecho. El nudo en el estómago la llevaba atosigando desde que salió de Londres, debería empezar a acostumbrarse, porque no parecía que el nudo se quisiera ir a ningún otro sitio.

A la salida del aeropuerto, recogió el autobús que la dejaría en la puerta de la Residencia de Estudiantes Palermo.

«Hasta la residencia la escogiste por él. Eres un caso, Sandra».

Sandra apenas se fijó en nada durante el trayecto en autobús, solo podía pensar en lo que la vida le tenía preparado para este año y en si lograría superar el pasado algún día. El resto de los estudiantes que llegaron de otros países, estaban superemocionados, montando barullo y gritando cada vez que pasaban por algún mítico lugar, ella solo quería acostarse en la cama y superar el primer día en Italia.

Al llegar a la residencia, después de lo que a Sandra le pareció una eternidad, una encantadora señora, de unos setenta años o más, los fue llamando uno a uno para darles las llaves de la habitación y explicarle en qué planta se encontraba su cuarto. Le tocó el turno a Sandra y su cuerpo empezó a tener espasmos por segundos, algo le decía que este año iba a ser decisivo en su vida, que si superaba este año en su país sin ningún altercado era síntoma de que lo había superado y podría rehacer su vida sin acordarse más de él.

Introdujo la llave en la cerradura de su habitación, que se encontraba en la última planta y era la única que estaba ahí, además, no iba a compartir el cuarto con nadie, cosa que agradecía porque estaba cansada de fingir quien no era para caer bien a los demás. Por lo menos en esa habitación, podría ser ella y ocultarse de la cruda realidad.

La mañana que despertó después de la noche que compartió con

Lucca, y fue plenamente consciente que no iba a verlo más, a pesar de que ya lo intuía, él se llevó una parte de ella consigo. No solo el corazón, sino la persona que era con él, podía ser ella misma, algo friki y confiada, sin temor al rechazo ni ese pánico de hablar con los demás que sentía por ser tan cohibida. Ahora no llevaba gafas conjuntadas con sus playeras, solía usar lentillas, dejó de ponerse sus características blusas de superhéroes e intentaba aparentar ser moderna y fingía que eso le gustaba.

Empujó la puerta para entrar y se quedó inmobilizada, era incapaz de dar un paso más, sus ojos deambulaban por toda la habitación sin entender absolutamente nada. La cama estaba vestida con sábanas y mantas de Wonder Woman, encima de ella había una caja rosada con una nota pegada en lo alto. Se acercó a la cama, no sin antes obligar a sus piernas a que se movieran, y se sentó lo más rápido que pudo, era eso o caerse en medio de la habitación porque sus piernas parecían auténticas gelatinas.

Colocó la caja sobre sus muslos y la abrió con manos excesivamente temblorosas, y sus ojos se llenaron de lágrimas que ella evitó a toda costa derramar, no se merecía ni una sola lágrima más. Dentro había un donut de azúcar y un batido de chocolate, y a ella solo se le ocurría una persona que pudiera enviarle eso. Sin duda eso olía a Lucca Palermo, el primer día en Italia y ya la había encontrado, en solo unas horas había dado con ella y organizado esto. Lo odiaba. La nota contenía una simple frase:

Ciao! Benvenuti a casa.

«¿Qué narices significa esto? Joder, Lucca, ¿por qué siempre me haces lo mismo? Con un simple detalle me vuelves a tener babeando tras de ti, enamorada como cuando tenía quince años. No te lo pienso permitir, esta vez será diferente, no caeré en tus redes, ahora soy adulta y lo veo con distinta perspectiva. No soy una adolescente loca por ser querida y que se cumplan sus fantasías. Eso no existe. Lo nuestro no fue más que una fantasía de adolescentes».

—Al fin regresas, principessa. —Solo con escuchar su voz fui consciente que estos años de lucha habían sido una auténtica pérdida de tiempo. Estaré enamorada de él toda mi vida y darme cuenta de eso

consiguió sacar mi mal carácter a relucir. Por mucho que me dijera que era un amor de juventud, que me convenciera para odiarlo, no lo hacía.

—¿Regreso a dónde? Dime una cosa, Lucca, ¿qué pensabas conseguir con esto? —Me di la vuelta y las demás palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

Estaba apoyado en el umbral de la puerta, con su sonrisa, que se había vuelto excesivamente sexy. Era más guapo de lo que recordaba, se había cortado el pelo, ahora lo llevaba bastante corto por los lados, con una raya en el medio, y peinado hacia un lado. No iba negarlo, le quedaba demasiado bien. Le repasé con la mirada y me fijé en que seguía teniendo la costumbre de llevar la camisa de sus grupos favoritos. Esta en concreto tenía la mejor portada de disco que existe, Nevermind de Nirvana. Llevaba unos vaqueros negros rotos que le hacían más guapo aún y unas playeras Nike negras.

—¿Cómo estás? —dijo ignorando mis preguntas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ignorándolo yo también.

—Sandra, ¿el nombre de la residencia no te da una idea?

—No me lo puedo creer, esto es tuyo —afirmé.

—Exacto —respondió con su sonrisa más seductora—. Es más, somos vecinos, la puerta de al lado es mi despacho.

—¿A qué viene esto? —le recliné enfadada—. ¿Qué pretendes? No pienso estar un año viéndote a diario, me niego, no vine aquí por eso. —«Mentirosa»—. Solicitaré un cambio de residencia.

—Sandra, llevo seis años esperándote. ¿Crees que te lo voy a poner tan fácil?

—Vete a la mierda, Lucca. Después de tu despedida, en la que me dejaste claro que no podías quedarte conmigo ni querías que fuera detrás de ti, y que debía vivir lo que la vida me tenía preparado, ¿me estabas esperando? Mira, vamos a hacernos un favor, no nos hemos visto, mañana mismo me voy de aquí y que te vaya bonito. —Empecé a notar mi cara roja del enfado. No era con él, sino conmigo con quien estaba enfadada, en el fondo había deseado que esto ocurriera, había querido que la residencia tuviera algo que ver con él, y había soñado con

encontrármelo.

—Imposible —fue su única respuesta.

—¿Cómo que imposible? Lucca —supliqué—. La situación me supera, por favor, déjame descansar.

—Sandra, que sepas que, aunque te vayas de aquí, no voy a rendirme. Llevo esperándote desde el mismo día que me fui de tu lado. Ahora que al fin has venido, voy a aprovecharlo para recuperar lo que dejamos hace tiempo.

—Primero, lo que dejaste. Segundo, no vine por ti, pierdes el tiempo conmigo. Tercero, tengo pareja, si no te importa que cada vez que estemos juntos venga él con nosotros, sin problema. —Su sonrisa se borró de su rostro, se puso rígido al momento y en sus ojos había dolor. *«No le creas, la última vez que lo hiciste, mira cómo acabaste».*

—¿Le... quieres?

—Mucho.

—¿Por eso has cambiado? —preguntó señalándome con su mano de arriba abajo.

—¿Qué?

—Tus camisas, tus playeras y tus gafas. Has cambiado, nada de superhéroes, nada de combinar los complementos, ¿dónde están tus gafas? —Parecía que había desprecio por la forma en que lo dijo. Su cara se arrugó como si no le gustara, y me molestaba que eso me jodiera.

—He crecido.

—Yo también, pero eso no me impide ser como soy. —Esta vez era a él al que se señalaba, y me recreé en su imagen.

—Bueno, pues yo he cambiado.

—No me gusta.

—No he pedido tu opinión.

—Es triste estar con alguien que no te deja ser tú misma, ¿cuánto vas a durar siendo una extraña? ¿Crees que podrás ser feliz así, conviviendo con una desconocida y con otra persona que no te deja ser tú?

—Hace tiempo que eso dejó de ser de tu incumbencia, es más, si no recuerdo mal me suplicaste que lo hiciera. Ahora que lo hago, resulta que

es triste. El problema es que tú no sabes lo que quieres y mientras lo averiguas te dedicas a marear a quien se interpone en tu camino.

—Tengo muy claro lo que quiero. —Su mirada volvió a brillar, había fuego en esos grandes ojos verdes que no dejaban de repasarme—. *Arrivederci, Sandra.*

—Que te den —respondí más enfadada. Me molestaba que me siguiera afectando, que después de estos años no haya podido olvidarle, ni siquiera había dejado de quererle. Me sobrepasaba esta situación e iba a poder conmigo, lo veía venir.

Di un portazo tras él y me apoyé de espaldas a la puerta. Con un fuerte suspiro me dejé caer, me senté con las piernas estiradas, los brazos no sabía ni como colocarlos y mantuve mis ojos cerrados.

Tras unos largos minutos, abrí mis ojos e investigué la habitación que me había asignado con mucho cuidado. En la pared izquierda a la puerta estaba la cama individual, decorada con una de mis superheroínas favoritas. En la pared frente a mí, había una ventana y debajo un pequeño escritorio que quedaba justo a la derecha de la cama. En el otro lado había otra puerta, deduje que se trataba del baño, había tenido el detalle de no dejar que lo compartiera, no me gustaban los baños comunes, era demasiado pudorosa para compartir con cualquiera algo tan personal.

Me levanté del suelo para acabar tendiéndome en la cama, volví a cerrar los ojos y los recuerdos se apoderaron de mí. Lo evité a toda costa, pero ya no tenía poder sobre ellos.

La mañana en la que se despidió de mí con una nota, el dolor me desgarraba. Ese día no fui capaz de moverme de la cama, lo pasé francamente mal. Los días pasaron e intenté hacerme la fuerte, contaba con nuevos amigos como Travis, seguía teniendo a Gabriela y el instituto ya no me parecía tan horroroso.

Cada año por mi cumpleaños, o por el día que se suponía que era nuestro aniversario, o simplemente porque le daba la gana, Lucca mandaba a Travis a darme un regalo o alguna carta. Todas acababan rotas o se lo lanzaba al pobre Travis, que no era más que un simple

recadero, a la cabeza. Me negué a saber de él, si lo hacía, el dolor podría ser mayor. ¿Qué era lo que me tenía que decir? Dejó las cosas claras en la última nota que recibí de él, ¿para qué más?

Lo peor llegó cuando pasé a la universidad, decidí que tenía que cambiar por completo. No quería volver a pasar lo mismo que en el instituto, allí no iba a tener a nadie que estuviera a mi lado y me convenciera de que podía ser yo sin ningún tapujo, así que creé un alter ego radicalmente opuesta a mí. Mi nueva yo se vestía como las demás e incluso se maquillaba. No utilizaba muchos colores alegres, eso le correspondía a la verdadera Sandra, pero se ponía unos trajes supersexys, que dejaba a los tíos con la boca abierta. Se volvió fanática de los tacones, renegaba de las playeras y empezó a usar lentillas.

Una cosa llevó a la otra, y acabé acostándome con más de un compañero. En ninguna ocasión llegué a sentir el mismo placer que con su tacto, o sus besos, y tenía que morderme los labios para no gritar su nombre.

«¿Crees que podrás ser feliz así, conviviendo con una desconocida, con otra persona que no te deja ser tú?», su pregunta acudía a mi cabeza sin parar, y la respuesta era no, no era feliz.

Me sequé las mejillas mojadas por las lágrimas que hasta ahora no sabía que había derramado y conecté mi iPod. Busqué una canción en concreto, una que no había dejado de escuchar desde su marcha y me recordaba mucho a él, y a lo que habíamos vivido, *era All around the world de Lisa Stansfield*. Me acosté de nuevo en la cama y cerré los ojos, la canción me transportó a un tiempo pasado y los recuerdos que creía guardado a buen recaudo inundaron mi mente. Algunos eran más dolorosos que otros.

Al llegar el estribillo no lo pude evitar, me puse a cantar como una loca mientras me movía por la habitación, de un lado para otro.

*Been around the world and I, I, I
I can't find my baby
I don't know when, I don't know why
Why he's gone away*

*And I don't know where he can be, my baby
But I'm gonna find him*

Recordé que Lucca me dijo que su despacho estaba justo al lado, así que, coloqué el altavoz en la pared contigua y lo acompañé de mi horrorosa voz.

«Es una buena para asegurarme de que sepa que estoy aquí y le odio».

Más que palabras, yo no te olvido

Lucca estaba en su despacho, frustrado por el primer encuentro con quien no había dejado de estar en su cabeza, cuerpo y corazón durante los seis últimos años. Se quedó atontado mirando la pared que estaba justo enfrente de su escritorio, la que daba al cuarto de Sandra. Su voz la atravesó, metiéndose por completo en su despacho, y llenó cada rincón de la habitación. Estaba cantando a pleno pulmón el estribillo de *All around the world* de Lisa Stansfield. Lucca no paraba de sonreír a la pared, como un tonto enamorado, y a la cabeza le vino la primera vez que trepó hacia su ventana. Sandra estaba haciendo justo lo mismo, cantaba como una loca.

«*Tengo pareja*», volvió a recordar y un punzante dolor surcó su cuerpo.

En el fondo, pensaba que todo estaría tal cual lo dejó, no que ella se tiraría a sus brazos, pero sí que seguiría siendo la misma. Solo con verla supo que había cambiado, ya no vestía como hacía antes, su mirada no brillaba y en su voz solo había enfado, sin ningún otro tipo de emoción.

«*La he perdido*», pensó Lucca apoyando su frente en el escritorio.

El teléfono sonó sacándole del mundo en el que se había metido.

—Director Palermo al habla, ¿quién llama?

—¿Cómo ha ido, hijo?

—Como el culo, viejo.

—¿Quieres hablar? —Al escucharme tan cabizbajo ha debido de pasar por alto lo de viejo.

—Ha cambiado, no la reconozco.

—Eso es lo más normal del mundo, han pasado varios años.

—Yo sigo siendo el mismo.

—A ti no te rompieron el corazón —dijo mi acertado padre—. Nadie te abandonó con una nota pidiéndote, más bien exigiéndote, que hicieras tu vida lejos de ella. Eso no debió de ser fácil, algo ha tenido que hacer para ser feliz y si eso es cambiar, has de asumirlo.

—Tenía motivos para hacer lo que hice —dije apretando el teléfono con fuerza. No por escuchar la verdad en boca de mi padre, molestaba menos.

—Ella no lo sabía, no fuiste capaz de explicárselo.

—¿Por qué estás en contra mía? —le interrumpí molesto por tanta sinceridad en un mismo día.

—Lucca, tú decidiste regresar a casa, algo de lo que me alegro muchísimo, y aun así no te ha sido nada fácil. Es más, lo único que has estado haciendo es prepararte para su vuelta. ¿Sabes lo que tuvo que significar para ella? Al abandono, súmale que pensó que no iba a verte más, eso le tuvo que desgarrar.

—No sé qué puedo hacer —le dije abatido.

—Dale tiempo.

—¿Más?

—El tiempo que ha pasado para ti, no es el mismo que para ella. Deja que se adapte a tu regreso, a que os merecéis una segunda oportunidad. Espera a que ella te exija la explicación que tanto le ansías dar. En estos momentos, el tiempo ha de ser tu mejor amigo.

—No va a ser nada fácil.

—¿Quién dijo que iba a serlo, acaso la vida lo es? Tú mejor que nadie debes saberlo.

—¿Alguna vez te he dicho que odio que siempre tengas una respuesta para todo?

—Sí, pero me sigues llamando. Por algo será, hijo.

—Porque me das los mejores consejos del mundo, viejo.

—Lucca, te lo pasé antes por alto, no lo voy a volver hacer.

—Este fin de semana voy a Siena, necesito despejarme —dije cambiando de tema. Por mucho que le molestase, o más bien porque sabía que le chinchaba, le iba a seguir llamando así.

—Tu abuela se pondrá loca de alegría.

—Y yo al verla, nos vemos el viernes.

—Hasta entonces, Lucca.

No supe cuánto tiempo más permanecí en mi despacho con la frente apoyada en el escritorio y pensando en la conversación que mantuve con mi padre, hasta que al final decidí salir. Estaba a punto de atravesar la puerta principal, pero me detuve al sentir que un par de ojos se posaban en mi espalda. Observé el reflejo en el cristal de la puerta y lo que vi me dejó sin respiración, de nuevo. Sandra estaba de pie, sin apartar la vista de mi espalda, sentí, a la vez que lo veía, cómo me repasaba con sus ojos azules. Al ver su vestimenta, no pude evitar ponerme triste, era un simple pijama rosa claro. La parte de arriba era demasiado ajustada para mi gusto, con dos botones abiertos que dejaban entrever su desarrollado escote. El pantalón era largo, de cuadros, nada de cómics, nada de alegres colores, ni rastro de Sandra. Volví a posar mis ardientes ojos en su escote y mi inocente corazón brincó de alegría. En su pecho descansaba el atrapasueños que le regalé al cumplir los dieciséis años.

«Que lo siga conservando debe de significar algo. Puede que, después del tiempo que ha pasado, no me haya olvidado».

Levanté la vista hacia su rostro que me devolvió la mirada casi al instante. Hizo ademán de decirme algo, abrió la boca y dio un paso hacia mí, pero algo la detuvo. Apreté mis manos en fuertes puños, intentando controlar las ganas de ir tras ella, zarandearla y exigirle que me hablara.

Volvíamos a quedarnos quietos, mirándonos a través de un estúpido cristal. Tenía miedo de darme la vuelta por si huía. Tras varios segundos, interrumpió el contacto y se adentró de nuevo por los pasillos, camino a su habitación.

Eran las cuatro de la mañana, y la cosa no iba mucho mejor. Seguía alterado por haberla visto de nuevo, lo que me impedía dormir, lo que agrandaba más mi impotencia. Llevaba unas cuatro duchas frías y había intentado a saber cuántas veces conciliar el sueño, sin ningún resultado. Cuando parecía que iba a caer por fin, las pesadillas de antaño retornaban desde lo más profundo de mi mente, haciendo que me

despertase confuso y sudoroso.

En la maldita pesadilla, nos encontrábamos los dos muy felices en la casa de la Toscana, ella estaba embarazada de quien sería la niña más guapa del mundo y no cabía en mí del gozo. Estábamos reunidos en el hotel familiar, mi padre junto a Elisa, la abuela Julietta y Giovanna, mi mejor amigo Travis, y Gabriela, la mejor amiga de Sandra. Ellos se alegraban por nosotros, nos felicitaban y nos daban algún que otro regalo para la pequeña. De la nada apareció un tornado que se llevó lo de mi alrededor consigo, me dejó solo y desamparado en medio de las ruinas y traje consigo un oscuro y negro cielo. El sueño parecía querer continuar, pero hasta ahora no había podido aguantar mucho más sin despertarme. No quería saber cómo iba a seguir mi vida sin ningún ser querido a su lado, y mucho menos si Sandra no formaba parte de ella.

Me levanté de la cama, fui a la cocina, y me calenté un vaso de leche. Me la bebí de un trago y me senté en el sofá del salón. Encendí la televisión y busqué algo que ver, pero a las cinco de la madrugada poco echaban. Tras cambiar de canales una y otra vez, y a sabiendas de que no iba a volver a coger el sueño, puse la primera parte del padrino en blu-ray. En el caso de que la noche continuara siendo la misma mierda, siempre me quedaban la segunda y tercera parte.

A mitad de la película el sueño pudo conmigo y me volvía a quedar solo y sumido en la oscuridad. Volví a despertarme agitado, harto de tener ese maldito sueño una y otra vez y me di la quinta ducha de la noche. Regresé a la cocina, pero esta vez para prepararme un café, me negaba a cerrar los ojos de nuevo y continué viendo la película.

Sobre las ocho de la mañana, llamé a Giovanna para decirle que no iba a ir a trabajar, hoy iba a tener que apañárselas sin mí. No estaba capacitado ni con fuerzas para aguantar las crisis de los estudiantes, y mucho menos las vacías miradas de Sandra.

Unos minutos más tarde, recibí la llamada de mi compañera de curro, para decirme que una de las estudiantes, la que disponía de habitación individual, quería darse de baja y trasladarse a otra residencia.

«No tengo fuerzas para luchar contigo, haz lo que te dé la real gana».

—Perfecto, Giovanna. Dile que puede irse a donde le salga del mismísimo c...

—¡Lucca! —gritó para que no terminase de decir la palabra—. No te consiento que hables así, Piero no ha educado a un malcriado.

Giovanna era muy amiga de mi abuela y, al no tener familia, siempre había estado con nosotros y nos había tratado como tales, al igual que nosotros a ella. Veía a mi padre como un hijo y a mí como un nieto, de ahí la reprimenda.

Tal y como ocurría con Julietta, siempre había sido una persona activa, no soportaba verse quieta y me pidió que la contratara para llevar a los estudiantes “por el buen camino”, según sus palabras. Yo no lo ponía en duda, había visto cómo había dado algún que otro grito a más de un estudiante en muy mal estado. Después de eso, los alumnos, no volvían a entrar en la residencia bajo las influencias de nada.

—Sandra tiene más beneficios que ninguna otra estudiante, si no lo sabe apreciar, dáselo a otro que lo necesite más que ella. ¿Puedo decir que se vaya al infierno? —pregunté de manera irónica.

—Sí, aunque debo decir que no me gustan tus modales de hoy, y lo paso por alto porque sé que has pasado mala noche, pero otra más y te la verás con la furia de doña Giovanna —dijo consiguiendo que me riera—. Lucca, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que desee, doña Giovanna —respondí burlándome de ella y sin parar de reír.

—No te burles de esta pobre anciana —dijo riéndose a la vez—. ¿Por qué esta alumna es tan coñazo?

—Señora. —Escuché a Sandra gritar—. Que la estoy oyendo. —Me tuve que sujetar la barriga de tanto reírme. Me dolía, a la vez que me costaba respirar. Un ataque de tos se apoderó de mi cuerpo e intenté controlarme.

Si algo caracterizaba a Giovanna era que no se cortaba un pelo y debía de reconocer que hoy me encantaba que así fuera. Sandra se merecía un poco de franqueza, por su culpa no había pegado ojo en toda

la noche, como mínimo, que sufra ella también.

—Aparte de que está pegando la oreja en una conversación ajena a usted, he de decirle que está comportándose como una caprichosa y consentida. —Me daba mucha rabia perderme la cara de Sandra al escuchar lo que le habían dicho sin ningún tipo de filtros, debía de ser un poema. *«Tendría que haber ido a trabajar, aunque escucharlo por aquí también es muy divertido»*.

—No estoy de acuerdo —dijo una titubeante Sandra tras varios segundos en silencio.

—Vaya por dios —respondió Giovanna—. ¿Has escuchado eso? La señorita no está de acuerdo conmigo. Mira, seamos claro, por algún motivo Lucca se ha molestado en tenerte la habitación preparada, estuvo horas y horas organizando toda la residencia para que pudieras tener un cuarto propio y al día siguiente, ¿qué es lo que hace la señorita remilgada? ¿Darle las gracias? No, ella tiene que joder la paciencia de los demás y solicitar, no un traslado de habitación, sino de residencia. ¿Crees que todas las residencias de Italia están disponibles para ti? Es la que has elegido, aguanta un año que no es para tanto, y si no, habértelo pensado antes —dijo Giovanna adivinando lo que sucedía. Eso, o la chismosa de mi abuela la puso al día.

—Yo... tiene razón. —Consiguió decir Sandra. En su voz se notaba desconcierto, en un momento la han puesto firme, no debía de estar acostumbrada a eso. En el fondo me alegré de que le hubieran dado su buena dosis de humildad, no sé qué habría pasado estos últimos años, pero tampoco debía creerse tan superior, ella no era así.

—Ya está, Lucca, arreglado.

—Sabía que podía contar contigo, Giovanna.

—Eso siempre mi solete —me dijo muy cariñosa.

—¿Te he dicho que eres la mejor?

—Todos los días, pero puedes repetírmelo que eso no viene mal para la autoestima de una señora de mi edad.

—Giovanna, es usted la mejor trabajadora que tengo el placer de conocer —dije haciéndola reír.

Tras colgar me quedé un rato pensando en la situación, y a la cabeza me vino la conversación que mantuve ayer con mi padre. Puede que Piero tuviera razón y debía darle tiempo a Sandra para que vuelva acostumbrarse a la situación de volver a tenerme en su vida. Ella era la única que debía ver que su actitud era absurda, es cierto que le hice daño, mucho, pero ser otra persona no le iba a servir de nada.

Más calmado, me volví a tumbar en el sillón, quité la película que estaba viendo, y busqué el canal de música en la televisión. Escuchar buenas canciones siempre me relajaba y ahora mismo era lo que más necesitaba.

Oí los acordes de una guitarra que tocaba una melodía conocida, la dejé para escucharla. Cuando uno de los componentes del grupo Extreme, empezó a cantar la canción *More than words*, se me pusieron los pelos de punta.

*Saying "I love you"
is not the words I want to hear from you.
It's not that I want you
not to say, but if you only knew
how easy
it would be to show me how you feel,
More than words
is all you have to do to make it real,
then you wouldn't have to say
that you love me
'cause I'd already know*

Cerré los ojos para poder prestarle toda la atención que se merecía la canción. La letra decía lo que yo más deseaba, no que Sandra me dijera te quiero, sino que me lo demostrara con sus actos, que me hiciera saberlo.

De nuevo, los recuerdos sucedían en mi mente, uno tras otro, en secuencia. Antes no tenía ningún reparo en demostrarlo, esperaba que no fuera demasiado tarde y que quedara algo de esa adorable chica que me

enamoró con solo una mirada.

Con esa canción de fondo y el recuerdo de mi felicidad, conseguí quedarme dormido sin que ninguna oscuridad se cerniera sobre mí.

¡Tierra, trágame!

Estaba en la cama, tapada hasta arriba con las mantas, y me daba pavor sacar la cabeza por si volvía a encontrarme con esa mujer que me había puesto en mi sitio.

«*¡Qué vergüenza!*», pensé, abrazada a la almohada.

Menuda bronca me había echado y lo peor era que Lucca lo escuchó, pude oír su risa a través del auricular del teléfono. Volver a escuchar esa dichosa risa me dejó sin habla, y no lo que la señora me dijo, aunque era verdad que me había comportado de manera infantil. Cuando me acerqué a ella para pedirle el cambio de residencia, pensé que me iba a mandar al despacho de Lucca, que era lo que realmente quería, aunque solo fuera para discutir, volvería a verlo. Sin embargo, él no estaba y viví la situación más bochornosa del mundo. Ahora sabía lo que significaba la expresión ¡tierra, trágame!

El móvil sonó y lo cogí sin mirar de quién se trataba, no quería sacar la cabeza por entre las mantas. Estaba la posibilidad de que doña Giovanna me estuviera esperando con los brazos en jarras y mirada inquisidora, preguntándome algo como: “*¿Se puede saber qué estás haciendo ahora? A lo que yo respondería: Ni yo misma lo sé, señora*”.

—Hola —respondí—. ¿Quién llama?

—¿Te encuentras mejor, *principessa*? —Con el sonido de su voz, y como si yo fuera un zombi saliendo de su tumba, me quedé sentada en la cama y despejada de mantas.

—¿Cómo tienes mi número? —Menuda pregunta más absurda.

—¿De verdad preguntas eso?

—Lo supe nada más preguntar, no hace falta que respondas. ¿Has escuchado hablar de la protección de datos? —Conseguí que se riera y

eso me hizo sonreír. Me odié a mí misma por mi estúpida reacción.

—¿Vas a denunciarme? —preguntó entre risas. Las mariposas, que creí ya muertas, volvieron a recorrer mi estómago y un escalofrío sacudió mi cuerpo. *«Te echaba de menos»*, pensé.

—Como te sigas aprovechando de tu cargo, probablemente —dije sonando más a coqueteo de lo que pretendía.

—No me has contestado —insistió.

—¿A qué? He dicho que sí te denunciaría. —*«Sandra, no puedes ser más tonta, aunque te sacaras un máster sobre cómo serlo»*, me dije a mí misma. Desde que creé a mi alter ego, tenía una lucha continua. No paraba de pelear con mi otro yo para ver quién salía a la luz, con Lucca siempre ganaba la Sandra de verdad.

—¿Estás mejor?

—¿De qué? —pregunté, aunque sabía a lo que se refería.

—Una señora de ochenta años te ha lavado la cara, ¿eso ha debido de doler?

—Un poco, la verdad —admití—. Pero ya se me ha pasado.

—¿Sigues pensando en irte?

—No, vas a tener que aguantarme durante año.

—Encantado de hacerlo, aunque eso tendrá que esperar una semana.

«¿Cómo? Ahora que te he vuelto a ver, ¿tengo que pasar una semana sin ti?».

—Ah —dije, aunque lo que de verdad quería preguntar era: ¿Qué? ¿Por qué? Y lo más importante, ¿Con quién? *«Tú ayer le dijiste que tenías novio, no exijas nada»*, mi mente no paraba de traicionarme, era como si tuviera a doña Giovanna dentro de mí.

—Voy a pasar la semana con mi abuela y mi padre, después de tu recibimiento necesito el calor de la familia. —Eso me recordó el dolor sufrido y volví a ponerme a la defensiva.

—No lo pasé bien, Lucca.

—Yo tampoco —dijo con voz triste—. Ni lo estoy pasando bien ahora. —Su admisión hizo brincar mi corazón.

—Me dejaste con una simple nota —volví a recriminarle—. Sin más, como si mi amor no mereciera una explicación decente.

—Si hablaba contigo no iba a regresar a casa nunca.

—Sabía que esa noche era una despedida, me lo hiciste saber con tus besos, caricias y miradas. Inocente de mí, pensé que ocurriría al día siguiente, conmigo despierta para escuchar tu explicación. No tuve nada de eso, solo una carta en la que me pedías que hiciera una vida lejos de ti, después de lo que había hecho, te volvías a alejar.

—Sé que actúe muy mal, Sandra, pero si me escucharas...

—Ahora es tarde, Lucca —le interrumpí—. No quiero saber cuáles fueron tus razones. Tengo una vida en la que tú ya no formas parte de ella.

—Sandra...

—Dejémoslo, Lucca.—volví a interrumpirle—. Vamos a tener que estar un año viéndonos, así que seamos amigos, tampoco quiero discutir un año entero. Me gustaría llevarme una buena experiencia de aquí.

—Ya tengo muchos amigos —dijo y tuve un «*déjà vu*», porque esa fue la misma frase que le dije en su día.

—No puedo ofrecerte nada más, salvo cordialidad.

—Pues que así sea —dijo en un tono que reflejaba su enfado—. Adiós, Sandra, espero que disfrute de la hospitalidad de mi residencia. —Sin dejarme despedir siquiera, colgó el teléfono.

Me tapé de nuevo con todas las mantas, pero ahora por razones distintas. No podía negar lo que sentía por él, por muchos años que pasaran, el verdadero amor no se olvidaba. Tenía que intentar ser fuerte, recordar el daño que me había causado, hasta el punto de crear a otra persona para poder seguir adelante.

Había venido aquí para verlo, quería saber de él y jamás lo podré olvidar, pero de ahí a volver a caer en sus redes era un paso muy grande. Me tomaré este año como preparación para una vida sin él, si lo superaba, significaba que por mucho que lo quisiera, nuestros caminos estaban separados.

El teléfono sonó otra vez y descolgué al instante, con el deseo de que

fuera él y pudiéramos hablar de manera amistosa.

«Mentirosa, quieres que sea él para volver a tontear».

—Hola, Sandra. —No lo iba admitir en voz alta, pero escuchar a Gabriela me decepcionó.

—Hola, ¿qué tal? —pregunté cabizbaja.

—Vaya, con qué alegría hablas a tu mejor amiga.

—Perdóname, es que la señora de recepción me ha puesto colorada.

—Pues yo he pasado una noche horrible porque a alguien se le olvidó llamar a su mejor amiga para decirle que su avión ya estaba en tierra.

—Pido perdón de nuevo, volví a verlo y soy incapaz de pensar en nada que no sea él.

—No me lo puedo creer. ¿Tan pronto? Imposible —se preguntó y respondió ella sola.

—Sí, resulta que la residencia es suya.

—En menudo fregado te has metido, amiga. Te lo dije, Sandra. —Empezó el discurso de Gabriela, pero no estaba preparado para ello—, que esto era una locura, que eligieras residencia por su apellido, y que fueras allí.

—Para —le pedí—. Ya está bien de que me atosigues con lo que hago mal. En ocasiones, eres peor que una madre. —Había estallado y esto ya no había quien lo parase—. ¿Te comenté algo cuando antes de irnos a la universidad, te acostaste con Travis? ¿Te recriminé que lo espieras cada vez que íbamos a York? ¿Alguna vez te he echado en cara que te volvieras acostar con él haciéndote la borracha? No, ¿sabes por qué?, porque soy tu amiga y te apoyo. Ya sé que he hecho una de mis idioteces, pero le amo y eso no va a cambiar. He venido aquí porque es su país, elegí la residencia deseando que estuviera relacionada con él, y es mi problema. Tú único trabajo es apoyarme diciendo unas cuantas verdades por el camino, no soltándome la chapa. —Nos quedamos un rato calladas, solo se escuchaban nuestras respiraciones. Gabriela dio un fuerte suspiro y soltó otra bomba.

—Me he vuelto acostar con él.

—¿Qué?

—Te extrañaba mucho, el apartamento sin ti está muy vacío, así que fui unos días a casa de mis padres y lo vi. No sé qué me pasa, con él me siento distinta, me dejé embaucar y una cosa llevó a la otra. Ahora me encuentro en una situación algo extraña, lo quiero a la vez que lo odio, ¿acaso es eso posible?

—¿De verdad me lo preguntas a mí? Estoy igual o peor que tú.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó centrándose de nuevo en mí.

—Le dije que tenía novio.

—¿Y ahora?

—Julio vino conmigo, en Londres hemos tenido alguna que otra relación, cuando Lucca esté cerca haré como que es mi novio y fuera.

—¿Vas a hacer lo mismo que él hizo contigo?

—A lo mejor funciona, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Que te acuestes con Lucca y, admitámoslo, eso sería lo mejor que te podría pasar.

—¿Qué hay de malo en nosotras? —pregunté abatida—. Las personas suelen tener pareja y cuando rompen, se buscan otra nueva. ¿Por qué seguimos erre que erre con unos chicos que cuidaron de nosotras cuando más lo necesitábamos?

—Porque los demás no han tenido la suerte de encontrar lo que tú y yo tuvimos con esos dos cafres.

—Cierto. Gabriela, ¿y si vuelvo a caer?

—Sandra voy a ser sincera, como amiga me corresponde, por mucho que te moleste. Vas a caer, estarás un tiempo haciendo la idiota, pero nadie es como Lucca Palermo. Únicamente él consigue que tus piernas flaqueeen, extrañes su tacto, y desees sus besos con la misma intensidad. Es a la única persona que has querido y querrás de esa manera tan desgarradora, y en mi opinión, deberías aprovechar el tiempo que puedas con él.

—¿Por qué tú no lo haces?

—Porque soy una cobarde. Yo no he tenido lo mismo que tú, vosotros habéis sido pareja, yo solo he tenido sexo, aunque siempre ha

estado atento a mí y me ha cuidado mucho.

—Y, sin embargo, en ti no se aplica lo que predicas. Le amas igual, qué más da lo que hayáis compartido.

—Es distinto cuando alguien lo ve de fuera.

—Claro, es más fácil opinar sin saber —me puse a la defensiva.

—Bueno, cambiemos de tema. ¿Ya has hecho turismo?

—Ni siquiera he salido de la habitación. Esta mañana me gritó una señora a la que creía adorable —le volví a repetir.

—Cuenta.

Le conté a Gabriela lo que me ocurrió esa mañana sin parar de reír, ahora que lo contaba en voz alta, me di cuenta del ridículo tan grande que había hecho. Al escuchar su risa me la contagió y no podíamos parar. Nos despedimos con millones de besos y la promesa de que me iba a venir a visitar, quizás con ella aquí no pensase tanto en él. Aunque solo fueran dos o tres días, sería un agradecido descanso.

Mi barriga empezó a rugir y recordé que no había comido nada desde anoche. Decidí salir a investigar un poco el que iba a ser mi hogar durante un año, y hacer una parada en el comedor a pillar a algo para mi vacío estómago.

Lo primero que hice al abrir la puerta de mi habitación, fue mirar para ambos lados por si me encontraba con la encantadora recepcionista. No había señal de ella por ninguna parte y me detuve a observar la puerta del despacho de Lucca.

«¿Cómo voy a sobrevivir a este año contigo y sin ti a la vez? Que alguien me diga cómo hacerlo, porque no tengo ni pajolera idea», pedí a nadie en concreto a la vez que miré al techo.

Al estudiar la residencia, observé que solo constaba de cuatro pisos, pero que estos eran muy largos y estaban bien distribuidos. Era muy similar a los que veía en las típicas películas, un pasillo haciendo forma de cuadrado, rodeado de las habitaciones. En el último piso estábamos Lucca, una sala de recreativos donde se podía ver películas, jugar a videojuegos y demás, y yo. En el primer piso había solo dos habitaciones, el resto de la planta estaba ocupada por el comedor, la zona de recepción,

precedida por Giovanna, situada justo enfrente de la puerta principal, y una especie de biblioteca.

Una vez terminada mi andadura por el edificio me adentré en el comedor, lo que vi me hizo sonreír y volver a ser una niña soñadora. Nada más llegar a la zona de bufete, había un donut con un batido de chocolate junto a una nota que ponía: *Para mi principessa*. Lo cogí con manos temblorosas y agradecí que no hubiera nadie más en la sala. Me senté en una mesa cerca de las ventanas para ver la gente pasear por las calles de Roma y le hincué el diente al donut.

—Ya pensé que no desayunabas, niña —dijo Giovanna acercándose a la mesa en la que me encontraba.

—Después de lo ocurrido, me daba vergüenza volver a verla.

—No seas tonta, yo también hice grandes tonterías cuando estaba enamorada. —Empecé a toser y de mi boca salieron desperdigados algunos ciscos del donut que estaba comiendo. Los colores empezaron a teñir mi blanquecina piel y quería que me volviera a tragar la tierra.

—¿Por qué dice eso? —conseguí preguntar. Intenté tragar el trozo de donut que me quedó en la boca sin asfixiarme en el proceso.

—¿Me equivoco acaso? —preguntó apoyando sus manos en la mesa y levantó una de sus blanquecinas cejas.

—No —admití. Necesitaba una persona con la que desahogarme durante ese año. Gabriela estaba muy lejos y, si era una señora de ochenta años, que así fuese—. Es muy difícil vivir cerca de la persona que te abandonó.

—¿Sabes por qué actuó así? Probablemente tenga una razón. —Tendió su mano hacia la mía y me la agarró en modo de apoyo. Se lo agradecí con una tierna sonrisa e intenté que dejara de temblar bajo su tacto.

—Claro que lo sé, iba a cumplir diecisiete años, pero a pesar de mi edad no era tonta. Su lugar está aquí, junto a sus familiares y amigos, y no la que tenía en Inglaterra. Tuvo una infancia muy dura y era lógico que quisiera regresar —respondí intentando contener las lágrimas.

—Y entonces, ¿qué te hace tener tanto resentimiento?

—Que no contó conmigo para nada, no me pidió que lo esperara, no habló conmigo, me arrojó a otros brazos y me suplicó que lo olvidara sin dar la cara. Me merecía más que una simple nota en la almohada. Quería saber por qué no podía esperar a que yo viniera aquí, junto a él, lo iba a hacer, es más, lo he hecho, pero prefirió cortar cualquier tipo de relación. No contento con eso, me impedía olvidarle después de que me lo suplicara, entregándole regalos o pequeñas notas a Travis, ¿a qué jugaba? Y lo peor, es que acabé siendo otra persona para que no me volvieran a hacer daño, e inconscientemente no dejaba de buscarlo.

— Una vez, hace mucho tiempo, me enamoré de tal forma que supe que no iba a volver a amar así. Pasé junto a él, lo que sin duda fue el mejor año de mi vida. Recorrimos el mundo de un lado para otro al estilo mochilero, sin quedarnos mucho tiempo en el mismo sitio, disfrutábamos de la compañía del otro y nos amamos como nunca volveríamos a hacer. Llegó la hora de volver a casa, trabajar y prepararnos para el futuro. Él evitaba a toda costa regresar, pero teníamos que tomarnos la vida un poco más en serio. Yo le quería, por lo que me apetecía tener mi hogar junto a él y nuestros hijos. El día antes de volver me confesó que estaba prometido, era la época de antaño, cuando los padres te buscaban una mujer sin pedirte opinión y tú debías aceptarlo. Su familia era poderosa aquí y yo no tenía dónde caerme muerta. Contaba con dieciocho años y, a tan temprana edad, iba a tener que aprender a vivir sin volver amar y ser amada. Mi corazón no iba a latir nunca más de alegría y se iba a consumir a causa de la tristeza. Regresé sola a Italia, él no quiso volver, y tuvimos la peor discusión de todas, nos dijimos cosas horribles, era el fin de la relación. Un año más tarde tocaron la puerta de mi casa y tras ella estaba el amor de mi vida, Flavio Abezzati. Me suplicó que lo perdonara, había estado arreglando las diferencias con su familia y se había negado a casarse con otra que no fuera yo. Para mi desgracia, mi orgullo me impidió perdonarle.

—¿Qué ocurrió? —pregunté al ver que se quedaba en silencio.

—Me llegaba una carta diaria a mi casa suplicándome perdón, me hice la fuerte y no contesté, y a los pocos meses dejé de recibirlas. Me dije

a mí misma que había hecho lo correcto porque en poco tiempo se había cansado de luchar por mi amor.

—Lo siento. —Era lo único que pude decir. Giovanna se había abierto a mí, al contarme su historia que era realmente triste. Quería llorar y abrazarla.

—Al quinto mes, su hermana Julietta Abezzati, conocida ahora como Julietta Palermo —me puse rígida al instante, sabía que se trataba de la abuela de Lucca— apareció en mi casa con su última carta. En ella decía lo enfermo que estaba y no dejaba de suplicar mi perdón. Esperaba salir de esa fiebre para volver a estrecharme entre sus brazos y me declaró que nunca había amado a nadie como a mí. Dentro del sobre había un anillo de compromiso, su intención era casarse con su verdadero amor, yo. Pero, la fiebre se lo llevó, tanto a Flavio como a mi corazón.

—Giovanna, cielo, es muy triste —dije con un nudo en la garganta.

—Es lo peor que he pasado, Sandra, así que no cometas el mismo error que yo, no dejes que tu orgullo te impida tener al hombre que amas. Yo también sabía que Flavio tenía una razón para hacer lo que hizo, pero no le perdoné y al final la vida me dejó sin él para siempre. ¿Es eso lo que quieres? —Negué con la cabeza, incapaz de hablar, si lo hacía no podría parar de llorar. Sin pensármelo más me levanté y le di un fuerte abrazo.

—Gracias, necesitaba un consejo adulto y racional en mi vida.

—Cuando quieras cuenta conmigo, y más si hay que ser sincera, ya sabes que no me lo pensaré dos veces.

—Es de agradecer que te abran los ojos, aunque sea a base de gritos y verdades. —Se rio entre mis brazos y la estreché un poco más.

—He de salir, me gustaría ver dónde está la universidad y el lugar en el que haré las prácticas. Me ha gustado hablar contigo —le dije dándole un beso en la mejilla y sonriendo de nuevo.

—Igualmente, Sandra —dijo devolviéndome la sonrisa—. No te olvides de vivir entre exámenes y prácticas.

—Eso haré —dije marchándome del comedor.

Hablemos de un pasado que no se puede arreglar y de dolor

Antes de venir a Siena no pude evitar llamarla, tuve que hacerlo, dentro de mí había una necesidad patente por volver a escucharla. Al principio la conversación fue sobre ruedas, después algo cambió, se volvió distante. Según palabras de ella, solo podía ofrecerme una amistad.

Habían pasado dos días y las ganas de volver hablar con ella iban *in crescendo*. Tuve que dejar el móvil en la habitación para no buscar su nombre y pulsar el botón de llamada.

Me encontraba en el terreno que había en la parte de atrás de nuestro hotel, jugando con Dohko, un precioso bobtail fruto del enamoramiento por los animales de mi abuela.

—Alguien tiene que protegerme —dijo mi abuela al preguntarle qué hacía con el cachorro en brazos.

—¿Protegerte de qué? Vives con tu hijo y siempre estás rodeada de gente.

—¿Y si resulta que alguno de esos huéspedes es un asesino en serie? —insistía sin dejar de acariciar y besar al perro.

—Abuela, en ese caso no creo que un bobtail sea el perro adecuado para defenderte.

—Puede, pero al menos hace ruido, eso es importante. Además, míralo —dijo levantándolo igual que ocurría en la presentación de Simba en el Rey León—. Es adorable, no podía dejar que se lo llevaran al albergue de animales. Te dejo que le pongas el nombre —continuó colocándolo en mis brazos. Desde el momento en el que lo agarré, me lamió la cara y me miró con sus adorables ojos azules, me enamoré de él. Le puse el nombre por los Caballeros del Zodiaco, y cada vez que venía

era imposible separarme de él.

Vislumbré a Julietta en la parte de terreno que había cogido para plantar, la tenía vallada y un letrero enorme indicaba “prohibido el paso”. Como algún huésped se atreviera a pasear cerca de su huerto, era capaz de acabar con él. Me acerqué a ella y se giró para echarme una de esas miradas estilo “*si entras con el perro, no responderé de mis actos*”. Yo le sonreí cariñoso y me apoyé en las vallas, sin llegar a pasarlas para que Dohko tampoco entrase, que acabó tumbándose a mis pies.

—¿Qué tal, Lucca?

—Bien, ¿no estás muy mayor para estar tantas horas trabajando la tierra? —le pregunté preocupado.

—Gracias a esto me levanto cada mañana. Me siento útil, planto lo que necesitamos para comer, y cuando me dicen lo bueno que está, crece dentro de mí una sensación maravillosa. Así que no estoy vieja señor, ¿le ha quedado claro? —intentó echarme la bronca, pero había demasiado amor en su voz para creerla—. Y dime, ¿qué tal con la chica?

—Igual que hace cinco minutos.

—¿Sigues sin llamarla? —preguntó mirándome a los ojos. Se quitó el sombrero que tenía para protegerse del sol y se secó la frente con el dorso de su pequeña y arrugada mano.

—¿Por qué iba a hacerlo?, ya me dijo que solo quería amistad. —Al recordar sus palabras, la herida provocada por ellas comenzó a escocer de nuevo.

—Ay, Señor, ¿de verdad eres tan simple, Lucca? —su pregunta me dejó asombrado.

—¿A qué te refieres?

—Hace unos años, cuando llegaste aquí, hubo una noche en concreto en la que ya no pudiste ocultarme nada y te desmoronaste por completo. Me confesaste que al darte cuenta de que no querías perderla le ofreciste tu amistad para estar más cerca de ella y conquistarla de nuevo, ¿me equivoco? —Yo negué con la cabeza, sin poder hablar—. Ahora ella te vuelve a dar esa oportunidad y la rechazas. ¿Por qué? En su lugar yo no te ofrecería ni un vaso de agua, ella está dando un gran paso.

No seas tonto, ya has metido la pata lo suficiente.

—Si no la hubiera abandonado, tú no tendrías de regreso a tu nieto, ni siquiera este huerto que tanto adoras —le reproché a la defensiva.

—Podría haber sido mejor, quizás estarías de vuelta con ella y un bisnieto —respondió con sonrisa maliciosa—. Evita jugar conmigo a los reproches, sabes que me encanta devolverla. —Me sacó una carcajada al ver su cara de pilluela pidiendo más guerra.

—¿Cómo pudo aguantarte el abuelo?

—De la misma manera que ella te aguanta a ti. —Me la devolvió otra vez y su sonrisa se amplió más. A veces creo que soy masoquista por intentar ganarla a este juego. Otras veces, cuando me sonrío de esa manera, sé que lo hago para verla así de feliz—. Es gracias al amor.

—Ella ya no siente amor por mí —respondí, entristecido por la situación.

—Te aseguro que aquí, discutiendo conmigo, no vas a averiguarlo.

—Es pronto para regresar, si la veo ahora, será imposible controlar mis actos.

—Quizás sea bueno.

—O quizás la pierda para siempre.

—¿Eso no lo has hecho ya?, ¿qué más da lo que pase a partir de ahora?

—Es difícil.

—Lucca, no me vengas a contar a mí lo difícil que es la vida. Mira —se acomodó sobre sus piernas y me dio la impresión de que me iba a contar algo importante para ella— puede que nunca te lo haya dicho, pero mis padres eran ricos, muy ricos. En esa época, la clase social alta elegía desde muy pequeños con quién se casaban sus hijos, querían que el dinero fuera manejado por gente de su mismo estatus. La boda de mi hermano, tu tío, estaba a punto de llegar y él huyó, no era su deseo casarse con una mujer que ni siquiera conocía. En su viaje por el mundo conoció a una hermosa mujer, quizás la conozca, se llamaba Giovanna Caccini. —Mi boca se abrió de par en par al descubrir quién era esa mujer. «*Ahora entiendo por qué siempre nos ha tratado como una familia*»—. Al

regresar a casa se reveló y exigió poder casarse con la mujer que amaba, se atrevió a cancelar la boda lo que provocó la ira de mi padre. —Las lágrimas de mi abuela me provocaban mucha tristeza, no quería verla así. Mi abuela siempre había sido una mujer dura y valiente, verla derrumbada me dolía—. Flavio corrió en busca de su amada, pero ella le rechazó por orgullo, y él no dejó de suplicarle. Se había ido de casa de mis padres, se negó a pedirles misericordia, ni que le acogieran de nuevo. Luchaba por lo que quería y el dinero no formaba parte de ello. La ira de mi padre iba en aumento y se convirtió en algo que me niego a reconocer ni recordar. —Mi abuela seguía de rodillas, temblorosa, con sus manos agarradas a las mías, que ya había entrado en el huerto para estar a su lado—. Jamás le he contado la verdad a nadie, ni siquiera Giovanna lo sabe, pero la fiebre no se llevó a mi hermano, fue mi propio padre. —La abracé con toda la fuerza que pude y dejé que llorara en mi pecho—. Estuvo enfermo por la herida que le causó la bala, ningún médico quiso intervenir, mi padre lo prohibió y el poder que tenía en Italia era suficiente para impedir a los médicos ejercer su profesión. Se le infectó y falleció sin dejar de intentar recuperar el verdadero amor. Después de que muriera busqué a Giovanna para entregarle la última carta de Flavio, en ella le explicaba que la fiebre lo estaba consumiendo, pero que jamás iba a dejar de amarla. No he querido contar lo ocurrido porque sentía que lo traicionaría, si él no quiso que lo supiera, alguna razón tendría. Con el miedo acechando mi vida, hui a Brasil, si seguía aquí correría la misma suerte que Flavio. Allí conocí a tu abuelo, un guapo italiano que también vivía en el exilio y que buscaba algo para echarse a la boca. Me casé a los pocos meses porque quedé embarazada casi al instante en el que tu abuelo puso sus ojos en mí. —Arrugué la cara, sin querer escuchar cómo mi abuela se quedó embarazada. Ella se rio al verme—. Llegó tu padre y juramos que, cuando pudiésemos, íbamos a construir una familia feliz en Italia. Mi pequeño tenía pocos meses de vida cuando me enteré de que mis padres fallecieron en un accidente de coche, es duro decirlo, pero después de lo que hicieron no fue tristeza lo que sentí. Retornamos sin tener a dónde ir, no teníamos una casa a la que volver, tu abuelo era

pobre y sin familia alguna. Solo conocía a una cara amistosa que nos pudiera ayudar, y acabé en casa de Giovanna. Tanto tu abuelo como yo nos pusimos a trabajar, nos quedamos con ella el tiempo que pudimos para ahorrar y comprar nuestra casa. La suerte que he tenido es que siempre he estado en compañía de mi esposo, al que quería y me quería más que a nada. Doy gracias a que la vida me dejó disfrutar de él lo máximo posible. Después, tu padre creció y eligió la peor de las mujeres para casarse, pero me prometí a mí misma que nunca actuaría como mis padres, así que le dejé hacer a su gusto, y evité que tu abuelo se entrometiera también. Al menos nos dio el nieto más maravilloso y mi marido tuvo tiempo de conocerte antes de fallecer —me dijo acariciándome la cara con cariño—. A los pocos años tu madre te llevó consigo y eso provocó un dolor hasta ahora Volver a respirar. Separaba a la familia por puro capricho. Esperé años a que regresaras junto a mí, y por fin puedo decir que soy feliz y afortunada. Así que Lucca, hazme el favor de no decir que es difícil, porque no has pasado ni la mitad de penurias que hay en este mundo. —Ahora entendía el carácter de mi abuela. La vida le había hecho ser dura, fuerte y vivir cosas traumáticas.

—Abuela, ¿cómo pudo matar a su propio hijo?

—En la mafia no había piedad, sangre o escrúpulos, si alguien te jodía te lo cargabas. Mi hermano dejó en ridículo a mi padre al no asistir a su propia boda, la otra “familia” le juró venganza, y antes de morir él, mató a su hijo como muestra de su honor. —Mis ojos se abrieron de par en par al igual que mi boca, no podía cerrarla ante el asombro por su declaración.

—Tenía razón —fue lo único que pude decir.

—Sí hijo, lo intento, pero no puedo negar quién soy ni dónde me he criado. Por mucho que amenazara a tu madre nunca le haría nada, aunque me daban ganas de aplicar algunos trucos que me enseñó “la familia”.

—¿Papá lo sabe?

—Solo tú conoces mi verdadero secreto, espero que lo guardes igual de bien que he hecho yo. No quiero decepcionar a nadie por mi pasado,

ni que Giovanna se entere de la verdad sobre la muerte de Flavio. Es mejor así, a veces la ignorancia te hace vivir mejor.

—Prometo no decírselo a nadie, tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo sé, lo que he tratado de decirte es que no hay nada peor que la muerte, eso no tiene remedio, y lo tuyo sí. Desde chico lo has pasado mal, pero has sabido sobreponerte y tirar hacia delante. Que no te hunda una simple piedra en el camino, así no somos los Palermo.

—Muchas gracias, mi Julietta —le dije repartiendo miles de besos por su cara.

—Para —dijo entre risas— que estoy llena de tierra y sudorosa.

—Hasta así eres la mujer más guapa del mundo.

—Vaya, tú sí que sabes sacarle los colores a alguien. ¿Cómo es que un hombre tan adulator no consigue enamorar a una mujer? —dijo retomando la partida.

—Después de saber que perteneciste a la mafia no pienso meterme contigo —dije entre carcajadas.

—Oh, vamos, no me hagas eso.

—¿Y despertar con una cabeza de caballo en mi cama? —le pregunté haciendo mención al Padrino—. Ni loco. —Julietta no paraba de reírse, y ese sonido me calmó. Después de verla temblorosa mientras me contaba lo que había tenido que pasar para estar hoy donde estaba, me enfurecía a la vez que me rompía el corazón.

Salí del huerto de mi abuela y me fui a dar uno de esos paseos renovadores con mi fiel compañero, Dohko. Me encantaba perderme por los enormes viñedos, subir a lo alto de la colina, que estaba tras el terreno del hotel, y sentarme a contemplar las preciosas vistas.

No me arrepentía de haber regresado a casa, siempre había sabido que quería volver a mi hogar, era aquí donde había querido vivir y formar mi familia. Lo que hacía que me sintiera mal era no haberlo hecho bien con ella, debería haber dado la cara y explicarle mi situación para que ella pudiera decidir qué hacer. En vez de eso, me creí con el suficiente poder para exigirle qué hacer y cómo, mientras yo la extrañaba a más no poder.

Me quedé embobado viendo la puesta de sol, el paisaje era precioso y tenía unas ganas enormes de enseñarle esto a Sandra. Quería que supiera de dónde provenía, quién era y lo feliz que me hacía que estuviera aquí, en mi tierra, a mi lado.

Empezaba a oscurecer y llamé a Dohko, que se encontraba jugando con unas piedras la mar de entretenido, para volver al hotel. Cené con mi familia, entre risas, agradecía estar con ellos, y al terminar estaba tan cansado que fui directo a mi habitación.

Cogí el móvil sin dejar de leer su nombre en la pantalla, me moría por hablar con ella, después de lo que me contó mi abuela era lo que necesitaba, pero no quería agobiarla.

Julietta tenía razón, estábamos vivos, había sido mucho peor por lo que habían tenido que pasar Giovanna o ella, que vio cómo su padre mataba a su hermano, y tuvo que reponerse sin ayuda. Ahora era la mujer más feliz del mundo. ¿Por qué no serlo nosotros?

Me arriesgué y apreté el botón de llamada, ¿qué era lo peor que podía pasar? Ya me había mandado a la mierda así que, de perdidos al río. Mis nervios crecían escuchando el tono de llamada, sin recibir respuesta.

—¿Lucca? —preguntó con voz soñolienta.

—¿Te he despertado?

«*La verdad que me da igual, solo quería escuchar tu voz*».

—Me estaba quedando dormida —respondió con su dulce voz—. He tenido un día de locos. Entre que buscaba mi universidad, he hecho turismo y demás, no he parado.

—¿Vistes al David de Miguel Ángel? —le pregunté. La primera vez que había hablado con ella fue precisamente de esa escultura.

—No he podido, pilla muy lejos de aquí, pero reconozco que me hubiera encantado.

—Cuando quieras puedo llevarte —dije esperanzado. Al ver que no contestaba volví a preguntar—. ¿Qué más has visto? —Me hubiera gustado explicarle la historia de cada uno de los lugares que visitásemos y que se enamorase de Italia y de mí.

—No mucho, pasamos más tiempo en la universidad, buscando dónde se da cada clase que de turismo, pero al acabar me llevó al Coliseo Romano, a la Fontana di Trevi, y poco más.

—¿Quién te llevó? —pregunté con mi sangre burbujeando por mis venas, caliente de celos.

—Giovana —respondió. La pude escuchar reírse y me dieron ganas de estrangularla y besarla. Cuando me calmé, asimilé su respuesta, hasta hace dos días estaban a punto de matarse, ¿qué había cambiado? Había debido de notar mi asombro, porque respondió a mi pregunta sin ni siquiera formularla—: Ahora somos amigas.

—¿Cómo?

—Pues la he convencido de que soy una persona encantadora. No me digas cómo, pero ella así lo cree y ha decidido enseñarme un poco de la historia que tanto me apasiona.

—Me alegro por ello. —Era la verdad—. ¿Cuándo empiezas las clases?

—En dos días —respondió frustrada—. He venido justa de tiempo, apenas tengo para disfrutar, que es lo que siempre he querido.

—¿Y dónde haces las prácticas?, es en un museo, ¿no?, estarás rodeada de arte y disfrutarás como una enana. —Ella rio por mi observación. Me habría encantado tenerla de frente, verla sonreír y que se le iluminaran los ojos de felicidad ante la idea de estar rodeada de lo que más le gustaba.

—Todavía no sé, me lo comunican al comenzar las clases. Me encantaría que fuera en un museo, ¿te imaginas? —preguntó emocionada—. Sería tan feliz. Podría vivir allí toda mi vida.

—¿Y aquí? —Mi corazón martilleaba en el pecho expectante por su respuesta, siempre había temido que prefiriese regresar a York, por eso nunca le había ofrecido la posibilidad de decidir.

—¿Qué? —Sabía a lo que me refería, lo notaba, pero quería escuchármelo decir.

—¿Podrías vivir en Italia?

—¿No es un poco tarde para preguntarlo?

—Sandra, has venido consciente de que tenías muchísimas posibilidades de verme. Es más, pienso que una parte de ti lo ha hecho por eso. —No quería sonar engreído, pero era una posibilidad que no quería rechazar tan pronto. Si tanto me odiaba, ¿por qué venir hasta aquí?—. Hemos estado mucho tiempo separados y sé que ha sido culpa mía, lo reconozco, pero seguimos perdiendo el tiempo y es por tu culpa. ¿No crees que ya hemos sufrido bastante?

—Siempre he querido venir aquí por el arte.

—Podrías haber elegido Francia o España, o millones de lugares más con la misma historia del arte. Cualquier país habría servido con tal de no ver a la persona que odias.

—Tengo novio. —Parecía utilizar el comodín del novio cuando la cosa se empezaba a poner seria.

—¿Dónde está él?

—Aquí conmigo, en tu residencia, ya te lo dije. —Me dolió la mandíbula de lo fuerte que la estaba apretando, escuché chirriar mis dientes, pero no podía dejar de hacerlo. Pensé que estaba fuera de la partida, lo que lo hubiera hecho más fácil. Si él estaba con ella, ¿cómo narices iba a recuperarla?

—Sandra, sé sincera conmigo, ¿hay alguna posibilidad de que me perdones?

—Lucca, acabas de volver a mi vida después de años, no tengo ni idea de lo que puede pasar y menos tratándose de ti. Lo único que puedo decirte es que ahora no puedo escuchar tus razones, ni pensar qué va a pasar entre nosotros.

—¿Estás enamorada de él? —insistí.

—No —confesó con un fuerte suspiro.

—Me alegro también por eso.

«¿Y ahora puedes dejar de perder más el tiempo y volver conmigo?», pensé.

—Ya basta de hablar de mí, ¿qué pasa contigo?

—Nada, ni tengo novia ni quiero, solo te necesito a ti.

—A eso no me refería. —Sentí un poco de alegría en su voz, pero no

quería hacerme ilusiones—. ¿Dónde estás? Hace días que no te veo.

—¿Me extrañas, principessa? —«Yo a ti a más no poder». Me encantaría poder ser sincero, decirle lo que pensaba, pero me había dejado claro que era demasiado y se asustaría.

—Me parece raro no verte.

—Te dije que me venía para estar con mi familia, ¿recuerdas? —Ella quería saber dónde estaba, pero no se lo quería decir tan pronto. No venía mal que sufriera un poco como ella hacía conmigo.

—¡Ah! —No dijo nada más y consiguió que sonriera como un bobo. No sabía cómo preguntar y a la vez se moría de ganas.

—¿Quieres saber algo más? —pregunté chinchándola un poco.

—Sí.

—Dispara.

—¿Dónde estás?

—En Siena, me encantaría que conocieras esto, es precioso.

—Y a mí me gustaría ir contigo. —Me quedé sentado de la impresión, el subconsciente la había traicionado y yo no podía estar más contento—. Quiero decir para que me enseñes eso y demás.

—Claro, no he pensado otra cosa.

—Lucca. —Su voz. Esa dichosa voz pronunciando mi nombre, me había torturado estos años—. ¿Hay alguien aparte de tu familia?

—No.

—También me alegro por eso. —Estaba avanzando. Mi abuela tenía razón, que me haya ofrecido su amistad podría ser algo, igual que yo hice en su día y pensaba aprovecharlo—. Tengo que dormir, mañana hablamos. Buenas noches.

—Que duermas bien, y no te olvides soñar conmigo.

«¡Qué cursi me he vuelto!».

Sabías que íbamos acabar juntos

Hacía una semana que no lo veía, toda una semana parecía suficiente para trastocar mis planes e ideas, y consiguió que lo echara de menos a más no poder. Extrañaba su mirada, su sonrisa, la reacción de mi cuerpo al verlo y el cosquilleo en las manos de las ganas que tenía de abrazarlo. Por encima de todo añoraba el sabor de sus labios, moría por sentirlos de nuevo.

Me obligué a levantarme de la cama, el despertador sonó hacía unos cinco minutos, como siguiera acostada no habría quién me levantase. Terminé de asearme y fui a desayunar, lo primero que iba a coger era un enorme café. No estaba durmiendo bien por las noches, desde la segunda vez que me llamó, no habíamos parado de hablar y, aunque colgáramos pronto, después me pasaba toda la noche pensando en él.

Le había preguntado millones de veces, pero no soltaba prenda sobre el día en el que iba a volver a trabajar. Con la esperanza de que fuera hoy, me paré en el mostrador de mi nueva amiga, a la que empecé a querer en tan poco tiempo.

—¿Alguna señal? —No hacía falta que le dijera más, llevaba la semana entera dándole la lata sobre Lucca. Para mí que se arrepentía del día en que me dijo que podíamos ser amigas y que ella era sabedora de mis sentimientos hacia su jefe.

—Ninguna, ¿por qué no le llamas? Es mejor eso a estar preguntándome a diario, desesperada por saber de él.

—Ya he cedido bastante, si encima le llamo yo, va a creer que lo tiene fácil. —Me miró levantando una ceja, de manera inquisidora—. Merezco alguna que otra súplica, Giovanna.

—No me vengas llorando cuando veas que se ha cansado de tantas

tonterías tuyas —me dijo más en broma que en serio. En una semana he podido contar con ella para casi cualquier cosa, y cuando he estado triste por algo era con ella con quien me desahogaba. Le tenía mucho que agradecer.

—¿Si te invito a un café dejarías de sermonearme? —le pregunté con una mueca infantil en mi rostro. Ella sonrió al verme y asintió con la cabeza.

Íbamos de camino a la cafetería, las dos enganchadas por nuestros brazos, cuando el rugido de una moto cerca de la puerta nos hizo girar la cabeza en dirección a la misma. Una preciosa Kawasaki Z800 de color negra y verde estaba aparcando en la puerta de la residencia. Su conductor apenas se veía con el enorme casco, pero por cómo reaccionaba mi cuerpo no tenía dudas de que era el culpable de mis noches en vela.

Levantó la cabeza de su increíble moto y nuestros ojos, aunque los de él apenas se apreciaban, se quedaron enganchados. Se quitó el casco y su enorme sonrisa resquebrajó las murallas que mantenía erguidas en mi corazón.

—¿Sigue en pie ese desayuno? —preguntó Giovanna burlándose de mí. Yo no podía quitar la vista de Lucca, no quería perder el contacto. Lo había echado de menos y, lo más importante, mi alter ego había desaparecido desde que volvimos a coincidir.

—¿Qué? —pregunté sin mirarla—. Ah sí, sí, comer, claro —dije entre balbuceos.

Lucca entró con una preciosa chupa de cuero negra, unos vaqueros rajados por las rodillas que le sentaban de maravilla; le hacían más malote y, no pensaba negarlo, me ponía. Las botas que llevaba, axo drone especiales para la moto, le daban un toque más cañero y millones de imágenes que se clasificarían con dos rombos me invadieron.

—Buenos días, Sandra. —En cuanto escuché su voz, un cosquilleo recorrió mi cuerpo.— La primera vez, por lo enfadado que estaba, apenas me di cuenta de un pequeño detalle, pero desde que me dijiste que eras amiga de Giovanna no he dejado de pensar en algo —continuó, me sentí

extrañada. Después de una semana sin vernos se quedaba ahí parado, con un brillo de confianza y determinación en su mirada, y con esa sonrisa radiante y excitante—. ¿Cómo te comunicas con ella? —preguntó de sopetón. Empecé a ponerme nerviosa, sabía a dónde quería ir a parar.

—¿A qué viene eso? —intenté no contestar y evitar el tema.

—¿Cómo estás, mi adorada secretaria? —le preguntó en inglés a Giovanna. Ella frunció las cejas sin tener idea de qué ocurría.

—¿Qué dices ahora, Lucca? —preguntó ella en italiano—. ¿Por qué narices me hablas en ese idioma? —La sonrisa de él se amplió más y volvió a posar sus ojos en mí.

—¿Cuándo? —insistió.

—¿Eh? —dije como si no supiera a lo que se refería.

—Sandra, ¿cuándo y dónde aprendiste mi idioma? —Giovanna al ver que no se podía enterar de nada decidió seguir con lo suyo, pero no muy lejos de nosotros para no perderse la escena. Aunque no entendía lo que decíamos, quería saber cómo iba a terminar esto.

—Lucca, ya sabes que mi idea era venir, ¿por qué no aprenderlo? Es mejor para manejarme por aquí, ¿no crees?

—¿Sabes lo que creo? —preguntó acercándose más a mí, mi cara quedó a escasos palmos de la suya. Yo no contesté, tenerlo tan cerca me impedía racionalizar. Al ver que no le contestaba, él continuó—: Que, aunque me eches en cara lo mal que lo hice, cosa que es cierta, siempre has sabido, al igual que yo, que íbamos a acabar juntos y, por eso, te has molestado tanto en aprender aquello que forma parte de mi vida. Vamos Sandra, si hasta estoy seguro de que elegiste esta residencia por mi nombre.

—Te has levantado hoy con el ego muy subido, Lucca —respondí ignorando las verdades de sus palabras.

—Es mi opinión —dijo levantando su hombro derecho, puso una cara de lo más adorable, como si nunca hubiera roto un plato y todas mis fuerzas se vieron debilitadas—. Prefiero pensar así. —Se acercó y depositó un tierno beso en mi cara. Ese gesto hizo que añorase nuestra época del instituto—. Buen día, principessa. —Me guiñó un ojo y se

marchó hacia su despacho, no sin antes darle otro beso a Giovanna.

Me quedé atolondrada, sin saber qué decir y sin poder moverme, mis pies se negaban a hacerme caso. Le observé marchar y me fijé en cada uno de los movimientos de su cuerpo, en la chupa pegada a su espalda, en lo increíblemente guapo que era incluso de espaldas.

Giovanna se acercó a mí con una de esas sonrisas maliciosas, me acarició la cara y me dio unos tiernos golpecitos en los mofletes.

—Estás perdida —dijo con su sonrisa reconfortante—. A pesar de que se apellida Palermo, ese chico tiene el mismo carácter y la cabezonería de la familia de Julietta y, créeme, si su intención es estar contigo, lo conseguirá. En mi juventud intenté resistirme a la persistencia de uno y acabé siendo la mejor amiga de otra, así que no te resistas, lo mejor es dejarte llevar.

—Lo mejor es que desayune y salga de aquí lo antes posible, en sus ojos he visto que trama algo y me da miedo saber el qué.

—No vas a poder evitarlo para siempre.

—Pero sí hasta que vuelva a recomponerme de su extraña y sutil advertencia.

Desayuné y regresé a mi habitación, debía coger lo que necesitaba para el día de hoy. Después de la universidad, tenía que salir corriendo a la Galería Borghese, no iba a tener tiempo de pasarme por aquí hasta la noche.

No podía estar más contenta de dónde me había tocado realizar las prácticas, no solo era un lugar precioso, sino que, además, tenía obras históricas como la escultura de Apolo y Dafne realizada por el italiano Gian Lorenzo Bernini, mi preferida. Iba a tener la gran suerte de estar rodeada de pintura y esculturas durante un año entero.

Al otro lado de la puerta, en el suelo, había un sobre blanco en cuya solapa ponía mi nombre. Lo abrí entre nerviosa, temerosa, y ansiosa por saber de qué se trataba, la letra era de Lucca, sin lugar a duda. Hacía muchos años había encontrado una nota igual en mi cama, jamás podría olvidarme de su letra después de aquello.

A pesar de lo que habíamos vivido, y lo mal que me lo hizo pasar,

conmigo siempre había sido muy detallista y me había demostrado su amor, y esto era otra prueba de ello.

“Mi querida Sandra, estos años no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo del día, pero al verte ha sido aún peor. Sé que estamos destinados a estar juntos, y que nuestro amor va a superar todas las piedras que se interpongan en nuestro camino, pero mientras espero a que tú te des cuenta, me gustaría invitarte a cenar. ¿Hay alguna posibilidad?”

P.D.: En la biblioteca del hotel en Siena, encontré un libro de poemas que le gusta mucho a mi padre. Al leer uno, viniste a mi cabeza casi al instante; en él describe lo que quiero de nosotros y espero que a ti te pase igual. Es de Ismael Serrano un autor español que es el preferido de mi padre.

Futuro.

*El futuro me ha llamado con tu voz
y, mientras ruedo por la cama,
insomne y asustado,
busco detrás de mis párpados
la playa en que te vi reír,
y el mar sonando en el hueco de tu abrazo,
como una caracola abandonada
en la arena de los días perdidos.*

*El futuro trae tu olor,
como el aroma metálico
del ozono tras la tormenta,
como nuestra cocina con los fuegos encendidos
mientras fuera, la ciudad ronronea
como un gato entre mis pies.*

*El futuro tiene tu tacto,
de pétalo vivo,
tu sombra de espiga dorada
y tu risa de espuma
rompiendo sobre el mascarón de proa.*

*Y así caminamos,
soñando libélulas, hadas y cometas,*

*hacia el futuro,
cuando el sueño se apiada de mí
y la habitación entera se calla.
La gente nada sabe del amor
si no se reconoce en nuestros pasos.
Todo empieza y todo acaba en ti.*

Quiero un futuro contigo principessa. Espero ansioso tu respuesta.

Te quiero.

Lucca”.

Noté cómo la hoja no paraba de moverse a causa de los temblores que me habían provocado las palabras de Lucca. Sé que estaba en su despacho, esperaba que entrase y le diera una respuesta, pero tenía miedo de no hacer lo correcto.

«¿Y si le digo que sí y vuelvo a sufrir? ¿Y si le digo que no y se cansa de mis juegos, tal y como predijo Giovanna?».

Los resquicios que quedaban de mi *alter ego* querían decirle que se fuera a la mierda porque esa noche me iba a ir con cualquiera a la cama, pero él no era como los demás, a Lucca no le podía, ni quería soltar esas chorradas.

Toqué la puerta de su despacho sin apenas fuerzas, no debió de escucharlo porque no obtuve ningún tipo de respuesta, probé otra vez a darle un poco más fuerte y gritó que pasara.

—Hola —le dije demasiado nerviosa. Seguía sujeta al pomo de la puerta, temía que al soltarlo no pudiera mantenerme en pie.

—Cierra y pasa —dijo con su increíble sonrisa—. ¿Quieres sentarte? —preguntó señalando la silla que estaba justo enfrente de la suya.

«Por lo menos nos separa la mesa que hay en medio. De lo contrario, me lanzaría encima de él con un solo roce de manos», pensé para darme ánimos.

—Acabo de leer tu nota —comenté, en cuanto me senté—. Venía a decirte que hoy tengo mucho lío.

—No te he dicho que sea hoy la cena, solo he preguntado si puedo invitarte a cenar, tú eliges el día.

—Es que con la universidad y las prácticas salgo muy tarde.

—Genial, no me gusta cenar pronto.

—Lucca... —Intenté poner alguna excusa tonta, pero me interrumpió casi al instante.

—Los amigos cenan juntos, Sandra, ¿por qué nosotros no? Es eso lo que somos, o por lo menos lo que te dices a ti misma.

Estaba sentado en su gran silla, con el respaldar echado un poco hacia atrás, las manos entrelazadas encima del escritorio y su mirada penetrante sin apartarse de mí. Se había quitado la chupa y llevaba una de sus míticas blusas, esta vez de Eddie Vedder, cantante de Pearl Jam. Me regañé a mí misma porque no dejé de pensar en lo guapo que era y en las ganas que tenía de volver a estar con él.

—Tengo una hora y media para almorzar antes de entrar en la Galería, ¿te viene bien eso? —dije rindiéndome ante el influjo de su mirada

—Perfecto, ¿dónde nos vemos? No te preocupes por la comida, yo la llevo.

—Cerca del trabajo, podemos comer por los jardines que hay en los alrededores si llevas la comida, así no voy a las carreras.

—¿Hora?

—Dos y media.

—Luego nos vemos, Sandra —dijo con su arrolladora sonrisa. No podía apartar los ojos de sus labios, quería besarlos. Paseé mi lengua por los míos y noté cómo su mirada se oscurecía y no se apartaba de mi lengua, siguiendo el camino que realizaba.

—Adiós. —Me levanté de la silla para salir lo antes posible. Como siguiera ahí iba a cumplir mis sueños, que no estaría nada mal por otro lado, pero no quería empezar de esa manera tan superficial.

Huí de la residencia sin despedirme de la pobre Giovanna que intentó acercarse a mí para darme un beso. No quería pararme por si volvía a ver, el tiempo era oro, y lo necesitaba para olvidarme de su oscura mirada siguiendo mi lengua.

El día en las clases habían sido un auténtico infierno, en la mayoría de las obras de arte que nos enseñaban veía relación, donde no las había,

con Lucca y conmigo. Amor, desamor, lujuria, pasión, lo relacionaba con nosotros y los momentos vividos. No paraba de mirar el reloj para saber cuánto tiempo faltaba para estar con él. Cada vez tenía más claro que en otra vida no había sido muy buena y lo habían enviado a él para torturarme.

El trayecto en el tren no fue mucho mejor, no paraba de levantarme y sentarme sin sentido, me sudaba el cuerpo, los pantalones se me pegaban a los muslos y la blusa a la espalda. Cualquiera que me hubiera visto en esas circunstancias pensaría que no andaba muy bien de la cabeza y les habría dado la razón.

Me bajé en la parada correspondiente y lo vi, sonriente, con la misma ropa que esta mañana y su mirada brilló cuando se posó en mí. Fue en ese preciso momento en el que mi vida volvió a cobrar sentido, con él esperando a que caminásemos juntos, como hacía cuando éramos jóvenes. No tenía fuerzas para seguir luchando, no cuando me miraba así, o me sonreía de esa manera. Vine aquí por él, no había dejado de buscarlo y ahora que lo había encontrado, me cansé de alejarlo de mí. Le quería y esa era la verdad, mi futuro era él.

Más decidida que nunca recorrí los pasos que nos separaban, igual de sonriente, más tranquila por saber lo que quería. Al llegar a su altura le di un beso en la mejilla, su reacción me dijo que no se lo esperaba y su sonrisa se ensanchó más, su mirada era de un verde intenso que consiguió que me atravesara una ola de calor.

«¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin él, y cómo narices he podido resistirme a sus encantos?».

La primera y ansiada cita

Había pasado toda la mañana sin creer que hubiera aceptado estar a solas conmigo durante una hora y media. No había dejado de pensar en la manera de aprovechar al máximo la cita y que fuera lo suficientemente productiva.

Ahora delante de ella, después de haberme dado ese simple, pero increíble beso, mis planes se habían ido al garete.

—¿Qué tal las clases? —pregunté demasiado nervioso. En una mano sujetaba la bolsa con la comida y la otra la metí en el bolsillo de mis vaqueros, para que no se diera cuenta de cómo temblaban.

—Bien, al ser ya el último curso es un sin parar, acabo de empezar y ya me han puesto fechas de exámenes, imagínate. Entre eso y las prácticas, no voy a dar más de mí este año.

—Seguro que te va a salir bien, un poco de esfuerzo más y verás cómo obtienes tu recompensa.

—Espero, por lo menos tengo las prácticas aquí —dijo señalando al increíble edificio que asomaba justo delante de nosotros—. Según los profesores, es una recompensa por las buenas notas que he sacado. —Cuando hablaba de lo que más le gustaba, su cara era alucinante. Le brillaban los ojos, los dedos le temblaban un poco y su sonrisa se le agrandaba con cada palabra que decía.

—¿Te parece bien sentarnos en los jardines que hay frente a la Galería? Así podemos estar un poco más de tiempo juntos y no tengo que andar con prisas de un lado para otro.

—Claro, vamos. Eso sí, te advierto que no me esmeré mucho con el almuerzo, lo he comprado en una cafetería. —La miré. Era increíblemente guapa, mi corazón aleteó con sus miradas de soslayo y el

nudo de mi barriga, que no se había ido desde que la volví a ver, me apretó un poco más.

—No pasa nada, yo tampoco soy muy buena cocinera, hubiera hecho lo mismo.

Llegamos a los jardines de la Galería Borghese, eran preciosos e inmensos, perfectos para sentarnos a comer, o simplemente besarnos. Sandra iba relatando, emocionada, la historia del edificio. No paraba de gesticular con las manos y señalarme cada detalle que, para ella, era de vital importancia.

—Esto —explicó abriendo las manos, como si así pudiera abarcar todo el lugar— era propiedad del cardenal Scipione Borghese, fue muy importante en Roma y quien lo ordenó a construir. Casi toda la colección de arte que hay en la Galería ha sido gracias a él. Era un hombre rico y gracias a eso pudo hacerse con las obras de importantes artistas. Aunque el edificio ha sido reformado, se ha conservado tal cual era y sigue teniendo la particularidad de esa época. —Yo no dejaba de contemplar la alegría de su cara, hubo un tiempo en el que esos sentimientos iban dirigidos a mí, y sentí lástima porque ya no fuera así. Cuando algo le apasionaba a Sandra, lo demostraba sin ningún tipo de miedos, como estaba haciendo ahora mismo, y me moría por ser yo el causante de esa felicidad—. Los sucesores Borghese —continuó con su explicación— tenían también esa pasión por el arte y la colección aumentó con los años, hasta que el Estado la compró y fue abierta al público. Casi todas las obras que están expuestas, por no decir todas, son de artistas italianos.

—¿Cuál es tu obra predilecta? —le pregunté una vez sentados en el césped, preparados para comer. Saqué de la bolsa dos ensaladas mixtas, dos bocadillos de pollo con mayonesa y un par de refrescos—. Te lo advertí —le dije al ver su cara—. No me lo he currado mucho.

—Me encanta —dijo señalado el bocadillo—. Siempre que puedo me lo hago. Simplemente me ha sorprendido porque es uno de mis preferidos y yo hubiera elegido lo mismo. —Su sonrisa consiguió mandarme a un mundo donde el tiempo no había pasado por nosotros, estábamos juntos, felices y enamorados.

—Me alegro haber acertado. Y dime —continué hablando antes de quedarme a vivir en ese otro mundo—. ¿Cuál es tu obra favorita?

—Apolo y Dafne de Bernini —dijo sin pensarlo—. Es una escultura hecha de mármol, y plasma muy bien cada mínimo detalle, como es por ejemplo la evolución que ella sufre al transformarse para que Apolo no pudiera cogerla. Cada día me paro a contemplarla porque me fascina cómo en esa época se pudo hacer esa obra tan magnífica. Me parece absolutamente increíble que pudiera esculpir cómo sus pies se convierten en árbol, o cómo de sus manos salen hojas, y la cara —dijo colocando sus manos en la de ella—. Oh, Lucca, si vieras la cara de Dafne sabrías de lo que hablo, se nota que sufre. Muchas veces me he llegado a preguntar cómo es que estas obras tan antiguas, así como los edificios de otra época, aún se mantienen en pie y los de hoy en día apenas duran años. Actualmente parecen estar hechos para su derrumbe.

—En eso tengo que darte toda la razón. La casona de Siena lleva años en pie y apenas hemos tenido que restaurarla, salvo por algunas boberías. La de Roma, por el contrario, ha tenido que sufrir varias obras, si no es por las tuberías es por la electricidad, o porque colocaron algo mal. Y otro gran ejemplo es el Coliseo, ahí está, tal y como lo dejaron los antiguos romanos. Cuando uno entra en él, puede incluso imaginarse las batallas que luchaban los gladiadores, los gritos del público, la arena brillando bajo el sol. —Escuché a Sandra reírse y la miré confuso—. ¿Qué pasa?

—La primera vez que pasé por el Coliseo me sucedió eso mismo —explicaba con una risilla adorable—. Creí estar en Gladiator y me imaginé a Russell Crowe luchando como en la película. —Le acompañé con mi risa y me acerqué más a ella.

Al acabar el almuerzo, nos acostamos el uno al lado del otro, ella no me miraba, pero yo no podía dejar de hacerlo. Me coloqué de lado, con mi cabeza apoyada en mi mano izquierda y sentí el calor que emanaba su cuerpo. Le acaricié la cara y le coloqué un mechón de pelo tras la oreja. Noté cómo dejaba de respirar para luego soltarlo de golpe y rozó mi mano con su aliento.

—Eres demasiado bella para mi bien —le dije cerca de sus labios.

—Lucca... —No dejé que hablara, sabía lo que iba a decir y prefería aprovechar el momento, aunque después me llevara una buena.

La besé con las mismas ganas que hice la primera vez, la besé para que le quedase claro mi lugar estaba a su lado y la besé con miedo a que no me dejara hacerlo más. Al principio se resistió a abrir sus labios, pero tras jugar con ellos gracias a la ayuda de mi lengua, se rindió. En el momento que nuestras lenguas se juntaron, estalló en mí un placer irreconocible. Era un beso intenso, en el que le quería e intentaba transmitir lo que sentía por ella. Tras unos segundos, profundizó más el beso y me hubiera gustado no estar en un lugar público o, mejor dicho, al aire libre y con ella a punto de entrar a trabajar.

Finalizamos el beso y nos quedamos mirando fijamente, mi frente estaba apoyada en la suya, y nuestras respiraciones iban al mismo compás, igual de agitadas. Un rayo de alegría cruzó sus ojos, había sido un solo instante, y creí habérmelo imaginado por querer instalar en ella la misma ilusión que tenía cuando éramos jóvenes.

—He de entrar a trabajar.

—¿Nos vemos luego? —pregunté ansioso por continuar lo que sea que habíamos empezado.

—Salgo tarde. —Estaba volviendo a esquivarme, lo presentía, ni me miraba a los ojos.

—El sábado no trabajas ni tienes clases, aparte de estudiar tendrás que hacer algo más para despejarte, ¿te apetece un cine? —seguí insistiendo—. Hay uno al que suelo ir mucho porque en la cartelera no tienen los estrenos, sino las grandes obras del cine. En verdad, solo emiten los filmes que están relacionados con Italia, como puede ser *El Padrino*. Dime que me acompañarás. —Hice una mueca infantil, poniendo morros de niño caprichoso, ella se rio y no podía saber lo feliz que me hacía con ese simple sonido.

—Está bien —dijo al final—. ¿Cuál vamos a ver?

—*Uno de los nuestros*, un clásico. ¿La has visto?

—No me suena.

—Increíble —dije apoyando una mano en mi pecho y fingí estar ofendido—. ¿Cómo es que no la has visto? Hay un mundo fuera de los superhéroes, ¿sabes? Tienes suerte que esté dispuesto a enseñártelo. —Conseguí que riera aún más y no pude evitar besarla de nuevo.

Esta vez no puso ningún tipo de resistencia, y me besó con la misma intensidad que yo a ella. Colocó una de sus manos en mi cara y con la otra mano acariciaba mi espalda, con ese simple gesto, que era de lo más tierno, me obligó a separarme de ella. Como siguiera así, no respondería por mis actos.

—Entra o no te dejaré marchar más —le dije completamente serio. Me dio un pequeño beso y se dirigió hacia su trabajo.

No dejé de mirarla, era imposible que nadie la viera, era perfecta, y no sabía cómo había podido vivir sin ella después de saber lo que era tenerla. Había debido de sentir mi mirada en su espalda, porque justo en la puerta se giró y me sonrió, levantó la mano a modo de despedida y se perdió entre la gente.

Caminé en busca de mi moto, que había dejado aparcada unas calles más allá de la galería. Estaba tan feliz que iba silbando una de mis canciones favoritas, Patience de los Guns N' Roses.

—Mira qué contento está él —le dijo una señora a su marido, mirándome.

—No lo sabe usted bien —respondí con una amplia sonrisa.

En el trabajo, Giovanna no paraba de mirarme y me pedía, bueno más bien suplicaba, que le contase por qué desde que volví de almorzar estaba tan contento.

—No te diré ni una palabra —le dije cuando pasé a su lado y ella no apartaba sus ojos de mí.

—Lucca, tarde o temprano me enteraré, ¿por qué no temprano? Es lo mejor para los dos, tú te desahogas y yo no tengo que esperar a que Sandra regrese.

—Eres muy novelera, Giovanna —dije entre risas.

—Lucca, no hagas sufrir a una pobre anciana, parece que no tienes corazón.

—Anciana cuando te interesa, sabihonda. —En su cara se instaló una sonrisa traviesa, con una mirada igual de trasto.

—Esperaré a Sandra, visto lo visto parece que no vas a soltar prenda.

—Tengo mucho trabajo —repliqué excusándome—. Volveré a mi despacho antes que una astuta anciana me convenza y hable más de la cuenta.

—Ten cuidado, Lucca —dijo preocupada—. No sé qué ha pasado entre vosotros para que estés tan alegre, pero debes cuidarla, todavía no se ha recuperado.

—Lo sé, Giovanna.

—Está protegiendo su corazón —continuó—. Puede que esta vez salgas perdiendo tú si no lo haces bien. —Me acerqué a ella y le di un fortísimo abrazo con beso incluido.

—Gracias por preocuparte, esta vez no pienso perderla de ninguna de las maneras.

—Me alegro, me cae bien.

—¿Tan pronto te ha conquistado? Y yo que pensaba que eras dura de roer.

—Tiene algo especial.

—Dímelo a mí. —El teléfono sonó y nos interrumpió la conversación. Giovanna fue hacia la recepción para cogerlo y aproveché para ir a mi despacho.

Llamé a mi abuela Julietta, después de hablar con Sandra se me ocurrió organizar una exposición de pintura para jóvenes talentos en nuestro hotel de Siena. No solo nos iba a servir para tener todas las habitaciones ocupadas, sino que podría llevar a Sandra y enseñarle la belleza que se perdería en el caso de que no se quedara conmigo. Tanto a mi abuela, como a mi padre, les pareció una idea estupenda y Julietta me dijo que ella se haría cargo de dejar el hotel listo, que le hacía mucha ilusión hacer un evento de ese tipo en el hotel y que mi padre y yo no teníamos ni idea de cómo celebrar ese tipo de fiesta.

Escuché unas voces en el pasillo que me devolvieron a la realidad,

había estado tan absorto con la preparación de la exposición, las invitaciones y la inscripción de los artistas, que no era consciente ni de la hora que era. Miré el reloj que tenía encima del escritorio y eran más de las doce de la noche, las horas se habían pasado volando.

Había algo que me resultaba realmente extraño y conocido y, en cuanto mi mente se despejó, mi cuerpo se puso en alerta. En este pasillo solo estábamos Sandra y yo, por lo que una de esas voces debía de pertenecerle. Era imposible que proviniera de la sala de recreativos porque la solíamos cerrar a las once.

«*¿De quién narices es la otra voz?*», pensé, mordiendo la tapa de mi bolígrafo bic. «*Será de su novio. ¿Cómo puede besar a otro después del beso que compartimos al mediodía? ¿No significó nada para ella? Lucca, muévete, todas esas preguntas no van a obtener una respuesta quedándote sentado y mordiendo tu bolígrafo*». dijo la voz en mi cabeza.

Entreabrí sigiloso la puerta de mi despacho, con ganas de escuchar lo que fuera que se decían. No podía verlos, si la abría más sería descubierto, y prefería saber qué era de lo que hablaba Sandra. Después, me encargaría de saber quién era él y por qué seguían juntos.

—No sigas. —Oí decir a Sandra—. Eso fue hace tiempo. No soy la misma.

—¿Quizás con unos chupitos vuelva la fogosa Sandra que tan loco me tenía? Te invito en el bareto que hay cerca de aquí. —No podía verle, pero solo con escucharlo le odié.

«*¿Fogosa?*» —Recordé sus palabras—. «*¿De qué palo va este tío?*».

—De verdad que no me apetece —respondió de nuevo ella.

—¿Qué coño pasa, nena? Desde que estamos aquí te noto más distante, más siesa. Todavía no lo hemos hecho, ¿ya no te gusto? —Sandra no contestaba y su silencio me mantenía en vilo, mi corazón dejó de latir y aguanté la respiración a la espera de su respuesta.

«*¿Por qué no has podido estar con tu novio desde que estás en Italia? Y lo más importante, ¿tiene algo que ver conmigo?*».

Seguía sin responder y decidí asomar la cabeza para saber qué leches pasaba.

«Dime que no es verdad. —Quise gritar sin hacerlo—. Dime que es mentira, que no estás besando a otro, que no estás abrazando con tus piernas a otro, que no quieres nada con nadie que no sea yo. Dímelo». —Era lo que me hubiera gustado exigir, sin embargo, estaba quieto. Los oídos me pitaban de la rabia, la cabeza me dolía y mis manos pedían misericordia ante mi apretón de puños.

Lo que presencié me rompió el corazón, él la mantenía pegada a su puerta, mientras las piernas de Sandra lo abrazaban y sus manos estaban enganchados al cuello de quién coño fuera ese tío. Las manos de él recorrieron lo que, hasta hace dos minutos pensaba que me lo iba a dar solo a mí, su cuerpo.

Obligué a que mis piernas se movieran, una tarea muy ardua en estos momentos, me negaba a que mis ojos derramaran ni una sola de las lágrimas contenidas y me encerré en mi despacho. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero, necesitaba hablar con alguien y por primera vez no era con mi padre.

—Hola, cariño, sabía que recapacitarías. Esta vez, ¿vas a gritar mi nombre?

—En tu casa dentro de uno hora.

—Entendido, te espero sin nada de ropa. —Colgué el teléfono y me quedé un rato en la silla.

Mis manos temblaban sobre mis muslos y el dolor me atravesó y sacudió mi cuerpo. A pesar de haber quedado con Natalie, sabía que no acudiría a su casa. Si otra persona me hubiera dicho que me esperaba sin ropa me habría excitado casi al instante, ella no provocó nada, sino desprecio por mí mismo.

«¿Cómo es que yo soy incapaz de tocar a nadie teniéndola tan cerca y ella ya está en brazos de otro?».

Escuché cómo se abría y cerraba la puerta de la habitación de al lado, oí unos pasos, no conseguí distinguir si había una o dos personas, y la música procedente de esa habitación atravesó las paredes. Antes de escuchar más ruido del otro lado, salí huyendo, lo último que me faltaba era escucharla gritar por el placer que le provocaba otro hombre.

Deambulé por las solitarias calles de camino a mi casa, sin saber cómo narices me había pasado esto. Con dieciocho años la cagué, eso era una idea que compartiría cualquiera que supiera lo que hice. A pesar de tener razones, debería haber hablado con ella. Ahora que se supone que somos más adultos y maduros, no soy yo quien, después de haberla besado, estaba en la cama con otra. Éramos demasiado mayores para jugar con los sentimientos de nadie, y menos cuando se trataba de nosotros. El sonido de mi móvil sonó y me impidió seguir pensando y alimentando este agudo dolor.

—¿Qué pasa, Luc? —preguntó mi mejor amigo.

—Está en la cama con otro —respondí sin más.

—Lucca, cuéntamelo desde el principio.

Le expliqué, como mejor pude, lo que había sucedido entre nosotros estos últimos días. Las llamadas sin fin desde que me fui a Siena, el regreso de nuestra complicidad, los besos compartidos hacía unas horas y no pude controlarlo, lloré. Dolía mucho lo que me estaba pasando, tenía sentimientos y me los había pisoteado.

—Joder, eso sí que no lo veía venir. Al pensar en vosotros, siempre os veía juntos, ella estaría un poco orgullosa por lo que ocurrió hace años, pero al final acababa contigo. Se suponía que era así como tendría que haber terminado la historia, no con otro. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Olvidarla —respondí cabizbajo, sorbiendo por la nariz. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, pero era inútil, seguía derramando más como si hubiera reboso en mis ojos.

—Siento no poder ayudarte, ¿quieres que vaya a verte?

—No pasa nada, por mucho que lo intentes, nada va a aliviar lo que siento en estos momentos.

—Voy a casarme —soltó sin anestesia—. Y antes de que preguntes no es con Gabriela.

—¿Qué? — conseguí decir entre balbuceos.

—La conocí hace unos meses, nos enamoramos y voy a tirarme a la piscina.

—¿Estás seguro?, hasta hace nada me decías que Gabriela te traía de

cabeza.

—Y así era, pero en vista de que lo nuestro no tiene futuro, he decidido rehacer mi vida.

—Travis, no me salen las cuentas.

—¿Quieres saber si le he sido infiel? Es obvio que lo he sido, pero se acabó ese Travis que pierde la cabeza por alguien que solo quiere mi cuerpo, soy una persona con sentimientos, necesito más que noches de pasión desenfrenada.

—Te entiendo. —Mi cabeza iba a mil por hora, intentaba asimilar lo que me decía Travis. Por una parte, lo entendía, pero otra pensaba que no estaba haciendo lo correcto. Bastante tenía con mi vida para meter en jardines ajenos, si era lo que quería, tendrá mi apoyo incondicional.

—¿Serás mi padrino?

—Por supuesto.

—Gracias, Luc —dijo mi amigo más relajado— por no ir más allá, ni preguntar. Eres el mejor amigo que podría pedir.

—Y tú el mío, Travis —le respondí con media sonrisa—. Nos vemos pronto para que me pongas al día, quizás pueda ir para allá y conocer a mi futura cuñada.

—Sería genial.

Seguí caminando unos minutos más, pensando en la noticia que me acababa de dar Travis, en cómo nuestras vidas habían dado un giro de ciento ochenta grados, y cómo lo que teníamos planeado se había ido a la mierda. Debía hacer lo mismo que él, continuar mi vida lejos de ella y ser feliz, costara lo que costase, ahora mismo tenía un único propósito en mi vida: olvidarla.

Y ahora... ¿qué pasa?

Sandra se encontraba tumbada en la cama con los ojos cerrados, nada más entrar en su habitación puso música, aunque no supo para qué, porque con los sentimientos tan a flor de piel era incapaz de escuchar nada.

Después de que Lucca se marchara no podía dejar de pensar en él, en sus besos, en los sentimientos encontrados y los nuevos que florecieron con su tacto. En su ronda por la galería, comprobó que las esculturas que llevaba semanas viendo ahora apreciaba un significado distinto en ellas, en su mayoría relacionado con el amor. Un amor tan fuerte como el que estaba sintiendo, mejor dicho, nunca había dejado de sentir por Lucca.

Al salir del trabajo deseaba volver a casa y encontrarse con él, quizás estaban a tiempo de ir a cenar juntos, o si no, ir a la cafetería de la residencia, le daba igual el lugar, siempre que estuviera con él.

«Con un donut y un batido los dos nos apañamos», pensó con una sonrisa.

En el bus de vuelta, se encontró con Julio y sus planes se torcieron. Se puso pesado con el tema de volver a salir juntos y por mucho que lo intentara no se lo podía quitar de encima. Todavía no sabía cómo acabó entre sus brazos, o por qué lo besó desenfrenadamente. De lo que sí fue sumamente consciente era de que no sintió una mierda. Nada brotaba en su interior y con esos roces, que no fueron pocos, no llegó a notar calor en su cuerpo. Optó por apartarse de él, entró en su habitación sin compañía y sintiéndose sucia.

La vibración del móvil hizo que Sandra abriera los ojos, sin dejar de pensar en Lucca. Quería ir en su busca para contarle lo que había pasado,

confesarle que había sido una completa idiota jugando como hacían los niños, cuando era afortunada por haberle encontrado al fin. Que no había dejado de tener razón al decir que estaba aquí por él, que aprendió su idioma a sabiendas de que iba a ir en su busca y que eligió la residencia por su apellido. Quería confesarle que lo amaba, que nunca había dejado de hacerlo y que ya era hora de enterrar el hacha de guerra. Lo que ocurrió cuando eran jóvenes se debía quedar allí, en el pasado, era hora de empezar un nuevo comienzo juntos.

—Hola, ¿qué tal, Gabriela? —pregunté al ver el nombre de mi amiga en la pantalla del móvil.

—Fatal, va a casarse —contestó entre hipidos.

—¿Quién? —pregunté sin saber qué ocurría. Todavía estaba saliendo de mis ensoñaciones y me costaba asimilar las cosas.

—Travis —respondió llorando desconsoladamente—. Me lo dijeron mis padres, la fiesta de compromiso es el mes que viene. Según ellos la novia es increíblemente guapa y simpática, la mayoría de nuestro barrio la conoce y parecen que todos se han enamorado de ella.

—Gabriela... —Empecé con un poco de miedo ante lo que iba a decir—. ¿Cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema? —me gritó.

—Lo único que le has dado a entender es que quieres un revolcón, te has llegado hacer la borracha para buscar una excusa al día siguiente e irte. No le has dado pie a que pase nada más y sé a ciencia cierta que lo ha intentado. Dicho esto, ¿cuál es el problema?

—Que no soy yo —confesó.

—¿Y por qué ibas a ser tú?, no has hecho nada para que así sea. —Era consciente de que estaba siendo demasiado dura con ella, pero debía darse cuenta que tampoco lo había estado haciendo muy bien con Travis.

—¿Qué pasaría si Lucca se casara con otra? —preguntó enojada conmigo—. ¿Te gustaría?

—No, y por eso iba a ir en su busca y confesarle lo que siento, ya somos adultos para andar con estas tonterías. Basta ya de esconderme

tras una persona que no soy, ni de hacerme la sexy delante de nadie, estoy cansada de acostarme con chicos de los que no recuerdo su nombre al día siguiente. He tenido una época alocada y va siendo hora de madurar.

—Eso lo hacías tú, yo solo me he comportado de manera estúpida con el mismo —respondió de manera infantil.

—Cierto, aunque tampoco es que me animaras a cambiar, querías que siguiera así.

—*Touché.*

—¿Cuál es el plan? —pregunté retomando el tema al notarla más calmada.

—Joderme. —Volvió a llorar. Intentaba controlarse, la escuché aguantar la respiración, pero no podía evitar sus lágrimas.

—¿No es más fácil decirle lo que sientes?

—Lo hice, pero me dijo que era tarde, que se cansó de esperarme, que le he dejado claro que no quiero nada con él y que soy una egoísta porque al verle feliz quiero fastidiarle. Me dijo que no confiaba en mí y que si la dejaba sabía que yo iba a volver a huir, que entre nosotros no había ningún futuro. Es más, me dejó claro que no existe ningún nosotros. —Al escucharla no pude dejar de pensar en Lucca y en mí, en lo que había hecho para apartarlo y lo que había hecho él para recuperarme—. Lo he perdido.

—Gabriela, lo siento muchísimo, no sé qué decir, es una situación demasiado complicada. Es absurdo que te diga que lo olvides, eso no pasa de un día para otro, ni que va a volver a por ti porque puede que nunca lo haga. Lo único que me queda por decir es que seas fuerte. ¿Quieres que vaya a casa?

—Me gustaría verte, te echo de menos —contestó con tono mimoso— pero estoy llena de exámenes, me imagino que tú también, además tengo prácticas en una empresa importante y prefiero centrarme en eso y dejar de pensar en lo que pudo ser y por mi culpa no es.

—Llámame siempre que me necesites —le dije—. Sea cuando sea y a la hora que sea.

—Gracias Sandra, ¿lo tuyo cómo va?

—Bien. —No quería contarle lo del beso con Lucca, no creí que fuera el momento, ella estaba rota y no tendría ánimo para celebrar mis alegrías—. Julio me besó, en un principio me dejé, volví a ser aquella estúpida que se apoderó de mí cuando Lucca me dejó, pero terminé por apartarlo y entré sola en mi habitación.

—Es lo mejor, de lo contrario, mira lo que puede pasar.

—No me gustaría perderlo.

—Aprovecha que aún estás a tiempo. Voy a intentar descansar un poco, hablamos en otro momento.

—Recupérate pronto. Te quiero Gabri, te echo de menos.

—Y yo a ti.

Sandra volvió a acostarse en la cama y pensaba en qué podría hacer para evitar encontrarse en la misma situación que Gabriela. Recordó que el sábado quedaron para ir al cine, quizás fuese el mejor momento para explicarle lo que había pasado, aunque incluyera la situación que vivió con Julio, pero quería ser totalmente sincera con él.

Durante la mañana del sábado, Sandra estaba histérica. Lucca no había parado de evitarla durante la semana, apenas se había encontrado con él en estos días y, cuando coincidían, siempre tenía alguna excusa para evitar quedarse a solas con ella. Las miradas que le dirigía no podían dolerle más, estaban vacías, carente de sentimientos, nada de brillo y ni rastro de su alegría al verla. Nada.

Tocó la puerta de su despacho sin obtener respuesta, bajó corriendo en busca de Giovanna, pero no había nadie en su puesto. ¿Es que nadie trabajaba hoy? Sin ninguna otra opción, Sandra cogió su teléfono y marcó el número de Lucca. Al dar el primer tono se puso más nerviosa, pero él enseguida le colgó.

«¿Qué pasa contigo Lucca, me das un beso y vuelves a desaparecer?».

Una parte de Sandra quería creer eso, pero otra sabía que algo había debido de pasar, no era normal ese cambio de actitud.

«Como sigas sin hablarme va a ser un poco difícil averiguar qué narices te pasa, Lucca. ¿Es que no quieres saber más de mí? Has visto lo feliz que está

Travis con otra que no le lleva por el camino de la amargura y deseas lo mismo, ¿no?».

Telefonó a Giovanna para averiguar cuál era el cine que tanto le gustaba a Lucca, en donde se encontraba programada la película *Uno de los nuestros*. Una vez que le puso al día, regresó a su habitación y se preparó para ir al cine, lo esperaría allí.

Pasó la tarde y parte de la noche en una cafetería justo enfrente del cine, observaba a la gente pasear ante su mirada, a parejas de enamorados entrar en el cine cogidos de la mano, mientras ella lloraba sola, té en mano y sin ninguna compañía. Ni rastro de Lucca. Sandra quería pensar que se había olvidado, o que algo le había impedido ir a su cita, pero en el fondo era consciente que no había ido a propósito.

—Vamos a cerrar, señorita. ¿Necesita algo más? —le preguntó el camarero que le atendió desde que entró en la cafetería.

—No, muchas gracias —respondió una Sandra aún más triste. Las lágrimas no dejaban de salir, no sabía qué había podido hacer para merecer ese rechazo de él.

—¿Quiere que la acompañe a casa?

—No, se lo agradezco de nuevo.

Salió de la cafetería y puso rumbo a la residencia, sin dejar de pensar en el cambio de actitud de Lucca. Un día le juraba amor eterno y al siguiente la repudiaba. «*¿Es que has vuelto a ser aquel niño de dieciocho años que no puede luchar contra sus miedos?»*», pensaba Sandra aumentando más el ritmo de sus pasos.

A pesar de que las calles estaban abarrotadas, solo se escuchaban los pasos enfadados de Sandra. Era tal su enfado que, sumado junto a la tristeza, el golpeo de las suelas de sus zapatillas contra la acera era superior al bullicio que había.

Al entrar en la residencia, se encontró con Giovanna justo en el puesto que había enfrente. La dulce y encantadora Giovanna. Debía de haber sabido lo que iba a pasar porque nada más verla salió para esperarla con los brazos abiertos. Sandra corrió para arrojarse entre sus brazos y sentirse más segura.

—¿Qué ha pasado? Un día me quiere y al siguiente me odia. ¿Qué narices pasa con él? —pregunté comenzando a llorar de nuevo

—Deberías de saberlo —soltó con un poco desdén.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada—. Parece que tú también estás molesta por algo.

—Sandra, no quiero meterme donde no me llaman, pero no me parece bien que juegues con él, le considero como un nieto y antes que nada está la felicidad de Lucca.

—No he jugado con él, fue Lucca quien me abandonó, por si no lo recuerdas —respondí a la defensiva.

—Deberías superarlo ya. —No hacía falta que me lo confirmara, era obvio que estaba enfadada—. Eso pasó cuando ambos erais unos niños. Ahora que te conozco, te considero sensata para estar con tantos tiras y aflojas. Si lo quieres, adelante, lucha por él, si no, deja de reírte de sus sentimientos y hacerle sufrir.

—A... ¿qué te refieres? —No me había visto, pero me imaginaba con la cara desencajada, las mejillas coloradas y los ojos rojos del llanto. Giovanna hacía tiempo que dejó de abrazarme, estaba delante de mí y a pesar de que hubo cariño en su abrazo, en su mirada y palabras solo había reproches.

—Sandra, hace unos días, el mismo en el que Lucca irradiaba felicidad después de haber almorzado contigo, te vio besándote, bueno, sus palabras exactas fueron "*magreándote con otro*". —Mi boca se abrió de par en par y mis ojos estaban a punto de salirse de las cuencas.

—Yo...

—Me da igual lo que hagas en tu tiempo libre —me interrumpió Giovanna, en el fondo se lo agradecía porque no sabía qué decir. Por eso su actitud había cambiado, no era porque volviera a ser el mismo que antaño, era porque me vio con otro y eso no tenía ni idea de cómo manejarlo—. El problema es que dañas a Lucca con tus actos, y eso me duele igual que si me lo estuvieras haciendo a mí.

—No es lo que parece —conseguí decir tras varios intentos por querer hablar.

—¿No te estabas besando con él? —preguntó con una ceja levantada y lo brazos en jarra.

—Esto... sí, pero...

—¿Y no lo tenías abrazados entre tus piernas? —volvió a interrumpirme.

«Ay, Dios mío, Lucca vio demasiado. Normal que no quisiera ni dirigirme la palabra».

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que no parece? —preguntó más molesta si cabe.

—No era Lucca.

—Lo mismo pensó él cuando presencié la escena.

—Me refiero a que no pasó nada porque no era él. Cuando nos besamos no sentí nada, me molestaba sus caricias, mis sentimientos no despertaron bajo el roce de sus manos, y solo podía pensar en que no tenía nada que ver con el beso que me dio Lucca. Cuando estaba en los brazos de Julio pensaba en otro. Durante una fracción de segundos, justo de la que fue testigo Lucca, quise acostarme con Julio y olvidarme lo que me había pasado, pero ni podía ni quería. Quiero seguir viviendo momentos con Lucca, buenos y malos, me da igual siempre que esté a mi lado.

—No lo vas a tener fácil. —Giovanna volvió abrazarme y se lo agradecí en silencio. Mi confesión había debido ablandarle el corazón porque en su mirada volvía a estar ese cariño y dulzura que la caracterizaban.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar.

—No quiero ponerme quisquillosa, Giovanna, pero creo que ya hemos perdido mucho tiempo. —Al escuchar mi respuesta sonrió con ternura y me acarició la cara.

—Lucca se ha ido por dos semanas, no quiere verte Sandra. —Su sinceridad, la que agradecía, dañó un poco más a mi corazón.

—¿A dónde ha...?

—Olvídate Sandra, no pienso soltar prenda, vas a tener que arreglarlo tú sola. Él ha intentado remendar su error, y tú te has reído de él, sin querer, pero lo has hecho. Esta vieja que tienes delante está de su lado. —Asentí tristemente con la cabeza y salí de allí antes de volver a llorar sin poder controlarlo.

Al volver a mi habitación intenté llamarlo, pero me colgó, lo volví a intentar con el mismo resultado. Lo intenté unas tres veces más hasta que lo cogió.

—Para ti estoy muerto. —Fue lo único que escuché antes de que me volviera a colgar.

«¿Cómo narices voy a arreglar esto si ni siquiera sé cómo localizarte? ¿Qué puedo hacer para que me perdones?, podrías mandarme una pista, una señal, lo que sea», pensé frustrada.

En los sueños de Sandra, la cosa no iba mucho mejor, no paraba de moverse en la cama de un lado para otro. Se ponía las mantas, se las quitaba, se levantaba y paseaba por el cuarto, y se volvía a acostar. Un sueño muy recurrente era lo que le impedía volver a cerrar los ojos, sujetaba fuertemente el atrapasueños que le regaló Lucca, concentrándose en dormir y no tener pesadilla, pero nada surtía efectos, acudía a ella una y otra vez.

Era el día de la boda de Sandra y Lucca, ella estaba loca de alegría, se encontraba en uno de los cuartos de la capilla junto a Gabriela, su dama de honor. Estaban festejando que por fin se iba a casar con el amor de su vida, hasta que de repente, Sandra se mareó. Salió de la capilla en busca de aire fresco y recordó que no le venía el período desde hacía dos meses. Su corazón se aceleró en el pecho, ella no dejaba de pensar en la feliz noticia. ¿Sería verdad?, pensó subiéndose al coche en busca de una farmacia. No quería hacerse ilusiones, había estado muy nerviosa con los preparativos de la boda y eso influía. Regresó al cuarto y se hizo la prueba junto con una histérica dama de honor. El predictor dio positivo y salió corriendo para contárselo a Lucca, era una feliz noticia que merecía ser celebrada por la pareja. Cuando abrió la puerta del cuarto que asignaron al novio, se lo encontró en la misma situación que ella estuvo con Julio. Una hermosa mujer, a la que no había visto en su vida, le tenía agarrado

entre sus piernas, él no paraba de besarle, pasándole la lengua por su cuello mientras ella gritaba su nombre.

Sandra abrió los ojos, sudorosa y desesperada por no ver más, un simple sueño le hacía sufrir sobremanera, en el lugar de Lucca estaría mucho peor.

Qué duro es pasar página

Lucca había estado toda la semana distraído con los preparativos de la exposición de arte y, a pesar de ello, le había sobrado tiempo para pensar en ella a cualquiera hora del día. Después de haberle dicho que estaba muerto, parecía haberse rendido y no había intentado contactar con él.

«*Qué rápido tiras la toalla*», pensó Lucca caminando por los hermosos viñedos de los alrededores.

Al fin, y después de tantas discusiones con Julietta por culpa de los arreglos que quería hacer en el hotel con la excusa de la exposición, había llegado tan ansiado fin de semana. Lucca no tenía ningunas ganas de asistir, lo que ser el promotor del evento le obligaba a hacerlo, y según palabras textuales de su abuela:

“Te jodes y punto”.

Los huéspedes habían empezado a llegar, junto con unos jóvenes y nerviosos artistas que ponían a Lucca más irascible aún. Tras darle una contestación fuera de lugar a uno que no dejaba de preguntar sobre su cuadro y la colocación del mismo según la luz del sol, su abuela le aconsejó que lo mejor sería que se marchara a dar una vuelta, y así hizo.

El teléfono que tenía para emergencias de trabajo sonó, era su padre, algo que le extrañaba mucho porque por norma su padre evitaba llamarlo, salvo que fuera de vital importancia.

—¿Qué pasa papá? —pregunté preocupado—. ¿Ha salido algo mal, la abuela está bien?

—Sí, es solo que pensé que te gustaría estar preparado y que no te coja por sorpresa.

—¿Qué ocurre? —dije más confuso.

—Está aquí, en nuestro hotel.

—No me jodas —respondí sin necesidad de que me dijera de quién se trataba.

—Hay más, Lucca.

—Él está con ella —afirmé.

—Sí —corroboró mi padre.

—La muy...

—Cuidado con lo que vas a decir, por mucho que esté de acuerdo, no voy a dejar que lo digas en alto —interrumpió mi padre.

—¿Te vio, sabe que este hotel también me pertenece?

—Fue tu abuela quien la atendió, yo me escondí en el despacho de la recepción. No estoy seguro Lucca, pero algo me dice que reconoció a tu abuela.

—Imposible, no la conoce.

—Hijo, eres un clon de ella. En serio, la miraba muy fijamente, tanto que tu abuela le preguntó si le ocurría algo.

—Siempre tiene que pasar algo—suspiré abatido.

—Lucca, después de lo ocurrido, estamos de acuerdo en que si quieres te puedes ir.

—No pasa nada, viejo, algún día tendré que asumir que no vamos a estar juntos y no eran más que ilusiones de adolescente, cuanto antes lo haga antes me repondré.

—Nos vemos para cenar —contestó mi padre sin creer ni una palabra de lo que había dicho.

—Hasta después. —Continué el paseo en compañía de Dohko, pensando en cómo narices me iba a enfrentar a verla con su pareja.

«Se suponía que este evento lo hacía para ella, para sorprenderla y enseñarle un poco más de mi tierra. Otro chasco más».

El camino de vuelta lo pasé rememorando una y otra vez la escena que viví al salir de mi despacho. Los besos que compartía con otro, las caricias, los gemidos, lo que no hacía conmigo. Era verdad que me dijo que tenía novio, pero pensé que después de lo nuestro, sea lo que fuere, iba a dejarlo. ¿Cómo podía seguir con otro con lo que nos quedaba por vivir juntos?

Estaba a punto de entrar por la puerta de atrás, cuando Dohko salió corriendo a toda prisa en busca de algo. No paraba de olisquear el suelo, como si siguiera un rastro. Lo llamé una y otra vez, pero no hacía caso. Por lo general, no se separaba de mí y cuando le decía “a casa” venía conmigo.

Me ignoró por completo y siguió corriendo hasta llegar a los pies de una mujer que estaba de espaldas. No necesitaba que se girase para saber quién era, la había reconocido desde el momento en que mis ojos se posaron en ella. Sandra.

«Maldito perro —pensé frustrado— no podrías seguir el rastro de alguien que me hiciera olvidarla, tenía que ser justo ella».

Sandra se agachó para acariciarlo y decirle lo guapo que era. El perro debió de entenderlo porque en respuesta le pasó su lengua por toda la cara, y con ese gesto, ella comenzó a reír a carcajadas, haciendo que mi corazón latiese más rápido.

Me percaté que no estaba sola, había una figura alta e imponente a su lado, y, a pesar de no haberle visto la cara la primera vez, sabía que se trataba de quien la tenía cogida por las nalgas. Él sintió mi mirada y me la devolvió, desafiante, como si supiera quién era, pero eso era una tontería, había sido él quien había ganado la guerra, ni siquiera debía saber que existía. Le miré con la misma intensidad, sin amedrentarme. Me acerqué con paso decidido y le coloqué a Dohko la correa, solía ir suelto, pero en vista de que estaba igual de hechizado que yo por Sandra, sería mejor que lo agarrase.

—Lo siento —dije sin mirarla ni saludarle siquiera—. Se ha soltado y ha venido como un loco hacia ti.

—Ten más cuidado la próxima vez, no me gustan los perros.

—Ni tú a ellos, por lo que veo. —Dohko le estaba gruñendo y le enseñaba los dientes desde el momento en el que abrió la boca, cosa de la que me alegraba. Me encantaría hacer lo mismo—. Por cierto, no me vuelvas hablar así —le dije con la misma chulería—. No somos amigos.

—¿Lucca? —preguntó Sandra.

—¿Le conoces? —dijo el besucón poniéndose rígido. Por algún

motivo creía que era competencia.

—No —respondí—, se ha debido equivocar —dije mirando la cara de Sandra.

—¿P... Luc... Podemos?

—Lo siento, señorita, pero tengo mucha prisa, trabajo, ya sabe —respondí antes de que me dijera algo que me hiriese aún más.

Quería hablar, ¿de qué? ¿De qué estaba enamorada de otro, de que el beso que compartimos en la Galería fue un error? Prefería que se ahorrara eso, ya me había dejado las cosas claras con sus actos.

Me di la vuelta para marcharme, con Dohko siguiendo mis pasos, no tenía otra opción al haberlo amarrado. Sentí su mano agarrar mi brazo y un *Te quiero* estuvo a punto de salir de mi boca, pero me lo tragué. Aparté mi brazo de sus manos con dolor, no me quería girar a mirarla, si la miraba me rendiría y haría lo que me pidiera sin cuestionármelo.

—Lucca —suplicó—. Por favor.

—¿Qué? —dije mirando el hotel. El dolor me quemaba por dentro, quería gritar, llorar y besarla, hacer lo que fuera para aliviar la quemazón de mi interior.

—¿Podemos hablar? —preguntó con voz apenas audible.

—No.

—Es importante.

—Sandra. —Me giré para verla y mi único deseo era besarla de nuevo, antes de que acabara para siempre.

Estaba preciosa con el pelo suelto rozándole los hombros, una blusa roja con una tira de cómics ilustrada en ella, unos vaqueros y unas converse rojas. Mi corazón aplaudió feliz al fijarme en esos detalles. Parecía ser la Sandra de la que me enamoré, con color y alegría, con sus superhéroes y siendo ella misma.

—No hace falta que me digas nada, te vi con él, es tu novio y a quien has elegido, perfecto. No me pidas que seamos amigos ni nada por el estilo, no puedo verte con él cuando es conmigo con quien desearía que estuvieras. Hazme el favor de hacer que no existo, ya has visto que yo lo estoy intentando.

—No es lo que crees —dijo con sus ojos vidriosos. No me dejé engañar, la última vez que lo hice se fue a la cama con otro.

—Sandra, por favor, tampoco me tomes por idiota, me ofendes.

—Lucca no pasó nada, no pude, solo podía pensar en ti. —Lo que habría dado por escuchar eso cuando lo estaba besando. Que le dijera que no podía porque era a mí a quien quería, pero continuó con el beso, y entró en su cuarto.

—No hagas eso, Sandra, no juegues conmigo, no creo que me lo merezca.

—Es la verdad.

—Cariño —dijo su acompañante—. ¿Podemos irnos ya? Me muero de hambre. —Ella me miró con ojos suplicantes, pero no pude quedarme allí y verla marchar con ese tipo.

—Adiós, que tengan un buen fin de semana

—Gracias, tío —respondió su acompañante.

Consumido por la rabia al ver que ponía un brazo sobre los hombros de Sandra, me acerqué a él con los puños apretados, en modo de advertencia. Nuestras narices se rozaban y mis ojos habían debido de mandarle una señal de peligro porque se quedó pálido y sin poder moverse. Sus ojos vagueaban por todos lados, no quería prestarme atención y parecía buscar alguna escapatoria.

—Te dije que no somos amigos —le dije entre siseos—. Nada de tío, colega, o hablarme como si fueras el rey del mundo. Conmigo no, ¿está claro? —Atinó a mover la cabeza asintiendo y escuché la voz de mi padre.

—Lucca —gritó acercándose a nosotros—. ¿Qué ocurre?

—Un malentendido —respondí separándome del idiota con el que salía Sandra.

«¿Qué le has visto?», le pregunté en silencio, con mis ojos entrecerrados. «¿Qué tiene él que no tenga yo?».

—Nada —respondió como si hubiera formulado la pregunta en voz alta. Me quedé paralizado mirándola con la boca abierta. Seguíamos teniendo esa conexión y lo tiró por la borda a cambio de ese chulanga

que tenía a su lado.

Mi padre, al que iba a empezar a calificar de actor, se hizo el sorprendido al ver a Sandra. Colocó una mano en su pecho y se acercó a ella un poco más para mirarla.

—Dios mío, Sandra, ¿eres tú? —preguntó como si no pudiera creerse que estuviera en nuestro hotel.

—Sí, señor Palermo, ¿cómo se encuentra?

—Bastante bien, ahora que te veo.

—No quiero ofenderle, señor.

—Llámame Piero, te lo dije la primera vez que te vi —le interrumpió mi padre.

—De acuerdo, Piero, no quiero ofenderle, pero usted ya sabía que estaba aquí. A pesar de que la suya ha sido una magnífica actuación, su hijo no puede engañarme, no se sorprendió cuando me vio, se lo esperaba. Además, no solo tiene un gran parecido con su abuela, sino que, sé quién es ella por las fotos que me ha enseñado Giovanna.

—Yo... —empezó a decir mi padre— pues sí, muchacha, para qué engañarnos, sabíamos que estabas aquí.

—Es obvio que no quieren que esté, recogeré las cosas y volveré a la residencia.

—Será lo mejor —respondí alejándome de ellos, necesitaba dejar de verla o lo próximo que hiciese sería subírmela a mis hombros y llevarla a mi habitación. Dohko le gruñó por última vez a su pareja y me siguió hasta mi habitación.

Escuché a mi padre tocar la puerta y pedir permiso para entrar, le dije que no porque estaba en pelotas, pero no me creyó, o le importaba un pimiento, porque entró igualmente.

—¿Para qué pides permiso si vas a hacer lo que te dé la gana?

—Hago lo que me da la gana porque soy tu padre.

—¿Qué quieres? —pregunté molesto. Necesitaba soledad y estaban invadiendo mi espacio a cada momento.

—¿Cómo estás?

—¿Tú que crees?

—Hecho una mierda —respondió mi abuela, apareciendo tras la espalda de mi padre.

—¿Cómo has subido? —pregunté preocupado. Mi habitación estaba en la última planta del hotel, la única que había allí y por eso decidí quedármela. Era una buhardilla que se componía por una habitación, un baño y un salón-cocina. Es decir, que era básicamente como un apartamento, estaba genial para estar solo y pensar, excepto hoy que no sabía qué mierda pasaba.

—Yo le ayudé —respondió Sandra.

—Lárgate —dije sin mirarla.

—Lucca. —Iba a empezar a decir mi abuela.

—Basta —le interrumpí—. No voy a aguantar un solo “*cuida esa boca, no te eduqué para eso*”, ni “*eres un Palermo, sé fuerte*”. No quiero escuchar nada más, ¿entendido? —Mi abuela y mi padre me miraban asombrados. Nunca había contestado a mi abuela, le solía tolerar casi cualquier cosa. Y los ojos de Sandra comenzaban a soltar lágrimas falsas—. La quiero fuera del hotel y de mi vida, y en cuanto a vosotros —dije señalando a mi familia— quiero estar solo. Ya.

—Vamos, mamá, es hora que te dejes de meter en sus asuntos, sabe lo que hace —dijo mi padre con una mirada de entendimiento. Nunca me había visto con tanto rencor, pero sabía que cuando actuaba así era porque había demasiado dolor en mí, y ahora había tanto que no lo podía soportar. Me estaba asfixiando.

—Sandra —le dijo mi abuela— será mejor que te vayas. La culpa es mía por haberte hecho subir, perdóname.

—No me iré hasta que Lucca me escuche —le respondió a mi abuela, como si yo no estuviera—. Pensaba marcharme, pero me niego hacerlo sin darle una explicación, no soy Lucca, y no pienso huir sin luchar.

—Desaparece de mi vida —le grité. Como si no me escucharan, ellas siguieron hablando, la una junto a la otra.

—Eso no va a suceder hoy —le decía mi abuela al salir de mi habitación.

—Me quedaré el tiempo que sea necesario —respondió Sandra, que

me miró por última vez.

—Ya tenía ganas de conocerte, hija. ¿Cómo es que has tardado tanto en buscarlo? —Empezaron a bajar por las escaleras y no pude escuchar nada más de la conversación que mantenían.

Miré a mi padre frustrado, sin saber qué narices pasaba, le pedía a Sandra que se fuera y mi abuela se hacía su amiga, ¿estamos locos? Mi padre me devolvió la mirada y levantó los hombros, estaba igual de confundido que yo, y se marchó tras ellas.

Sobre las nueve fui a darme una ducha para bajar a cenar algo, pero al verme la cara en el espejo decidí quedarme y hacerme un sándwich. Mi cara reflejaba el dolor por el que estaba pasando y no quería que mi familia me atosigara con Sandra.

Encendí la televisión e hice zapping hasta que vi que estaban emitiendo *Rocky*, haría unos diez minutos que empezó y después podrían la segunda y tercera sucesivamente. En vista de que no tenía ninguna intención de dormir, decidí quedarme a verla. Dohko, que no se había separado de mí y se lo alegraba por la compañía que me hacía, se colocó a mis pies boca arriba para que le rascara, y a los pocos segundos estaba roncando.

—Tú sí que eres feliz —le dije dándole unos golpecitos de cariño en la barriga.

A mitad de la película, noté algo deslizarse por debajo de mi puerta y me puse en alerta. Era una putada que mi cuerpo la reconociera sin verla y la añorase tanto. Me levanté a recoger el sobre y la escuché gritar desde el otro lado que no lo rompiera, si no quería leerlo genial, pero que lo guardase. Volví a sentarme en el sofá y lo abrí curioso por saber qué narices iba a decirme ahora.

Querido Lucca:

En primer lugar, gracias por no haberla roto y molestarte en leerla, y en segundo lugar no todo es lo que parece. Es verdad que me besé con otro después de habernos besado, pero no pude llegar a más, fue imposible, era a ti a quien quería.

El día que te fuiste de York, me prometí a mí misma no volver a sufrir por

nadie y me obligué a olvidarte, evidentemente no lo hice, era imposible. Los días, meses, años, pasaban y yo te echaba de menos cada vez más. Extrañaba tus besos, tu risa, tus miradas cómplices (como la de antes, supe lo que me preguntabas con solo mirarte), y esperaba en el banco de mi ventana a que vinieras, pero nunca apareciste.

Con la esperanza de olvidarme de ti fui a la Universidad, cambié radicalmente, ya lo pudiste ver el primer día en la residencia, y me juré que esta vez nadie se iba a reír de mí. Me volví como las demás chicas, sexy, alocada y algo estúpida. No te lo voy a negar, Lucca, me acostaba con quien me viniera en gana.

Al leer eso intenté parar, pero quería saber por lo que había pasado Sandra, saber por qué ya no quería que formara parte de su vida. Y, aunque me gustaría matar a aquel que la hubiera tocado, me obligué a seguir leyendo.

En la soledad de mi casa, me sentía estúpida, sucia y vacía, estaba con otros para olvidarte, pero con solo besarlos deseaba gritar tu nombre. Solo con Gabriela y mis padres podía ser yo, llorar por tu ausencia y decir cuánto te quería.

El último año de carrera me obligué a cumplir mis sueños, venir a Italia, y no te voy a mentir, con ello, buscarte. Elegí la residencia por tu nombre, aprendí tu idioma desde que te fuiste, una parte de mí siempre supo que te iba a buscar, y cuando al fin te encontré, mi vida volvió a cobrar sentido.

Después de lo que pasó no quise tirarme a tus brazos, aunque lo deseaba, quise que sintieras lo mismo que yo cuando me dejaste sin ninguna explicación. Me inventé un novio que no existía, me hice la dura y fui un poco gilipollas.

No tengo novio, te he estado esperando Lucca, tú eres el hombre de mi vida y lo que viste el otro día no fue más que otro acto de la imbécil de mi alter ego.

Quise probarme a mí misma que lo que sentía por ti no era para tanto, que podía hacer mi vida si volvías a dejarme, que podía sentir por otros, mentira. Nada más besarlo te extrañé, me sentí mal por estropear el sabor de tus besos, me subí encima de él esperando olvidarte y te anhelé más aún. Lo eché y entré sola en mi habitación, sintiéndome más idiota aún por cagar el momento que habíamos compartido esa tarde.

Perdóname, por favor.

Te quiero.

Sandra.

P.D.: Me gustaría hablar contigo cara a cara y explicártelo. Te esperaré en la cena de la exposición, quizás te pueda invitar a una copa y hablar.

Leí la carta mil veces esa noche, la parte que no podía dejar de leer era la que decía que me quería, pero no paraba de desconfiar. Deseaba creerla más que nada, lo que una parte de mí gritaba que fuera con cuidado.

Nunca me acostumbraré a perderte

El salón en el que se había organizado la exposición era absolutamente precioso. Las paredes estaban pintadas de un color vainilla, creando un bonito contraste con las pinturas de los artistas. En el centro de la sala colgaba una preciosa lámpara antigua de estilo araña que daba un toque elegante a la habitación. Los invitados iban vestidos de manera formal, las chicas con vestidos largos y los chicos de traje y corbata. Los camareros estaban uniformados con pantalones negros, fajín y pajarita del mismo color, y camisa blanca. Se acercaban cada dos por tres con una copa de champagne o algún que otro tentempié.

Sandra se había colocado frente a la puerta, para poder observar a quien saliera o entrara en la habitación. Lucca no había aparecido aún, y su ausencia crispaba los nervios de Sandra.

«¿Habrá leído la nota? ¿Y si la ha roto? ¿Cómo puedo explicarle nada si ni siquiera me habla?».

—¿Cómo estás, niña? —me preguntó la abuela de Lucca.

—No muy bien, para qué mentirle Julietta —le contesté sin apartar la vista de la puerta principal.

—Me ha dicho que no tiene ninguna intención de venir —confesó y aumentó así mi desánimo.

—Estoy encantada con su compañía, de verdad, pero ¿le importa si me voy a dar una vuelta? —Las lágrimas me avisaban que querían salir de mis ojos, y no quería que nadie me viera. Ya había llorado bastante durante estos días, para seguir otra vez.

—Ten cuidado —dijo con voz tierna, de preocupación.

Asentí con la cabeza y salí de la casona, no podía estar ni un segundo más allí rodeada de gente que ni conocía, con una falsa sonrisa

en mi cara y hablando de cosas banales. Paseé por el terreno que había detrás, sin acercarme mucho al huerto de Julietta, me avisó que no podía andar muy cerca de su tesoro.

Escuché el ladrido de Dohko, y fui en su busca, allá donde estaba el perro estaría Lucca. Abrí la puerta de una estancia que estaba casi escondida en las afuera de la casa, cuando entré me quedé un rato mirando a mi alrededor. De primeras parecía una habitación sin más, desde fuera no esperaba ver lo que había dentro. Las paredes, salvo las que estaban a los lados de la puerta, eran enormes ventanales que te permitían ver lo que ocurría alrededor, los hermosos viñedos, la preciosa noche estrellada y las enormes casonas de los alrededores. Lucca estaba tumbado en una hamaca, se había quitado la chaqueta y la pajarita la tenía a medio anudar, era atractivo a la par que adictivo. Dohko estaba nadando en la enorme piscina e iba de un lado para otro, mientras Lucca reía y le decía que saliera antes de que llegara Julietta.

El perro se percató de mi presencia y salió corriendo para poner sus dos enormes patas en mis hombros y pasó su babeante lengua por mi cara. No podía dejar de reír ante tantas muestras de afecto, ojalá Lucca reaccionara igual. Sin embargo, su risa había dejado de sonar y solo se escuchaba la mía.

Me quité al perro de encima, le tiré la pelota que traía en su boca al agua y me quedé mirando a Lucca, que evitaba cualquier contacto conmigo. Se había colocado las manos debajo de la cabeza y miraba el cielo a través de los ventanales.

—Te he estado buscando —le dije con un nudo en la garganta, estaba en el otro lado de la piscina, sin reaccionar ante mí.

—Ya me has encontrado —dijo con desdén, su indiferencia me hacía mucho daño. «*No ha debido leer la nota*», pensé.

—¿Por qué no asististe a la exposición?

—No me apetecía. —Seguía sin mirarme y estaba empezando a enfadarme. Quería hablar con él mirándonos a los ojos, para poder demostrarle lo sincera que era con él. No con una piscina y un perro loco de por medio.

—¿Y para qué la organizas? —Se quedó callado, no me contestó y noté bullir mi sangre por las venas.

Miré la enorme piscina, que se veía muy apetecible en la oscura noche. Dentro de ella había unos focos que conseguían que estuviera totalmente iluminada, y entonces se me ocurrió una idea para que me mirase.

Desabroché mi vestido rojo por mi lado izquierdo, era precioso, de Tintoretto, con pequeñas flores que lo adornaban del mismo color. El escote en pico hacía resaltar más mis pequeños pechos, una pena que no me quisiera ver con él puesto, para mi gusto me quedaba genial. Al terminar de desabrocharlo, el vestido quedó arremolinado en mis pies, me quité mis increíbles zapatos de tacón color oro rosa y el brazalete en forma de hoja. La ropa interior, del mismo color que el vestido, acabaron en el suelo con él, y me deshice del moño bajo que me había hecho para esta noche que no podía ir más a peor.

Quitarme la ropa delante de él, aunque no se hubiera dignado a mirarme, me había excitado muchísimo. Entré en la piscina poco a poco, bajando por los escalones que había en el centro de ella y cuando el agua rozó mis caderas me zambullí entera y comencé a nadar.

Una sombra alta e imponente se cernía sobre mí, la pude ver a través del agua, saqué la cabeza y me encontré con Lucca. Tenía los brazos cruzados, su mirada era de un verde oscuro, casi gris, y sus labios estaban apretados en una fina línea.

—¿Qué haces? —preguntó entre dientes.

—Bañarme —dije con una dulce e infantil sonrisa.

—Eso ya lo veo, estás desnuda, vístete —ordenó.

—No me apetece, es una maravilla nadar en pelotas, deberías probarlo —dije para provocarlo.

—Sandra, no me tientes.

—¿No has pensado que a lo mejor es eso lo que quiero? Quizás estaba tan cansada de estar allí —dije señalando el lugar donde ahora se encontraba mi ropa— sin que me miraras, que decidí hacer algo para llamar tu atención.

—¿Dónde está Julio?

—Se marchó en el mismo momento en el que le confesé que estaba enamorada de ti —le declaré sin apartar la mirada.

—Mentira.

—¿El qué, que se fuera o que te quiero?

—Sandra, me estás volviendo loco, verte así me impide pensar —dijo pasándose una mano por la cara.

«*Ojalá esa mano estuviera encima de mi cuerpo*».

—No estoy haciendo nada.

—Estás desnuda.

—¿Y?, desnúdate tú y así estamos iguales.

—No pienso desnudarme.

—Tú te lo pierdes —dije flotando para que viera lo que estaba dispuesta ofrecerle. Escuché cómo soltaba un gruñido de excitación y colocó una de sus manos en su entrepierna, como si quisiera aliviar algo.

—Sandra. —Cogió aire y lo soltó de golpe—: No puedo. —Se giró para no verme.

Con una confianza que no sabía que tenía salí del agua y me acerqué a él. Le miré a sus increíbles ojos verdes y me sentí la mujer más sexy del mundo, jamás me había sentido así, pero él hacía que me creyese poderosa. Me pegué un poco más, quedando a un palmo su boca de la mía, y le quité la pajarita.

—Sandra —dijo a modo de advertencia, no le hice caso.

—No hables, Lucca, ya hemos hablado demasiado. —Su garganta subía y bajaba, como si quisiera tragar algo que se había instalado ahí.

Mis manos temblorosas le empezaron a desabrochar los botones de la camisa, cuando al fin acabé, pasé mis manos por su dorso, pecho, abdominales y espalda. Él aguantaba la respiración, igual de excitado que yo, pero me permitía hacer, ya no había ninguna queja, ninguna oposición. Pasé su camisa por los hombros y cayó al suelo. Lo siguiente que cayó fue el cinturón, y un nudo se instaló en mi garganta, el corazón martilleaba en mi pecho y el estómago se había encogido de los nervios.

Le quité el pantalón y acaricié parte de su ingle hasta llegar al hueso

de la cadera, ahí tenía tatuado un pequeño atrapasueños que hizo que sonriera y tuviera ganas de pasarle la lengua. Me puse de rodillas para quitarle los calzoncillos y saciar mis deseos.

—¿Interrumpo algo? —dijo una voz que provenía desde el otro lado de la estancia, yo no veía de quién se trataba, solo podía mirarle a él, a esos ojos verdes que volvían a estar vivos. Le pasé la lengua por su erecto miembro y dejó de respirar al instante.

—Sí —respondió Lucca entre dientes, yo le sonreí y le volví a pasar la lengua como recompensa. Con ese pequeño detalle me acababa de demostrar que tenía las mismas ganas que yo, que me deseaba.

—Me han pedido ir en busca de Lucca Palermo, ¿está por aquí?

—No. —Me guiñó un ojo y miró su miembro, pidiendo otra recompensa, yo se la di metiéndola en mi boca—. Dios, Sandra —dijo—. No pares. —Agarró mi cabeza con una de sus manos y me movió al ritmo que más placer le daba.

—¿Me pueden decir dónde encontrarlo?

—¿Todavía está aquí? —dijo Lucca cabreado, apartándome con desgana—. ¿Qué es, una especie de mirón o algo? —preguntó dándose la vuelta para ver al tipo.

—Se trata de la exposición que ha organizado —dijo la voz más nerviosa que antes.

—Le he dicho que no está aquí.

—Señor —insistió, por el tono de su voz diría que era muy joven y que la desnudez de Lucca le intimidaba—. Sé que es usted.

—¿Y qué narices quiere?

—La exposición ha sido un éxito y se han vendido todos los cuadros, entre ellos dos de los míos —añadió con altanería—. Están pidiendo que el director diga unas palabras y a dónde va a donar el dinero, porque tenemos entendido que va dirigido a organizaciones benéficas.

—Así es —respondió Lucca.

—Le están esperando.

—Voy en dos minutos. —Volvió a posar su mirada en mí, pidiéndome perdón con sus ojos.

—No pasa nada —le dije en voz baja—. Es tu momento.

—Sandra, después tenemos que hablar. —Me sujetó por los hombros obligándome a levantar y quedé a su altura—. Es hora de poner las cartas sobre la mesa. —Yo asentí con la cabeza, no podía hablar, me habría gustado llorar y no sabía por qué.

—Deberías irte —conseguí decir al fin—. El chico te sigue esperando. —Antes de que se marchara le sujeté por la mano y le besé, diciéndole con ello lo que me era imposible expresar con palabras. Él me lo devolvió haciendo que el aire regresara a mis pulmones—. Lucca —le dije pegada a sus labios.

—Humm —respondió besándome de nuevo.

—Te amo —le dije cuando nos volvimos a separar. Sus ojos brillaron de lo que parecía alegría, pero no me quería hacer ilusiones, me acarició la cara y se marchó sin responderme. Me molestaba un poco, para qué negarlo. No quería agobiarlo ni insistir, aunque un “yo también” no habría estado nada mal.

Lo vi irse, Dohko fue tras él, esperé a que desaparecieran de mi vista y me zambullí en el agua otra vez, nada como un buen baño para quitar las preocupaciones, porque la excitación seguía ahí. Pasé un buen rato en ella, hasta que me noté más arrugada que una judía pasa, y salí. Busqué alrededor de la estancia algo con lo que secarme y vi un montón de toallas blancas cerca de la puerta. Me acerqué, cogí una de ellas y la enrollé en mi cuerpo. Cuando hubo transcurrido suficiente tiempo, regresé a mi habitación, no iba a volver y quedarme allí la noche entera, no iba a conseguir que apareciera por arte de magia.

Me metí en la ducha y me quedé bajo el agua caliente más de lo necesario por si me ayudaba a olvidar lo que había pasado esa noche.

«Es absurdo que sigas pensando en ello, te dejó hacer por el calentón del momento, no por otra cosa. Te lo advertió, Sandra, quería apartarse de ti y tú se lo impediste. Ahora que se ha ido, no va a querer volver hasta que haya gente que te impida volver a chupársela», dijo la inoportuna voz de mi cabeza.

Salí de la ducha y me abrigué con el albornoz, cortesía del hotel, regresé a la cama donde dejé colocado el pijama, pero no me lo puse, solo

la ropa interior, estaba demasiado acalorada para atosigarme con más prendas de las necesarias. Esperé por si sonaba la puerta, en mis novelas o en las películas románticas era en esos momentos cuando aparecía el apuesto hombre y declaraba su amor eterno. No pasó nada de eso y sin alargarlo más, intenté dormir.

Cansada de dar vueltas en la cama sin coger el sueño encendí la televisión que estaba colgada enfrente de la cama, buscando algo que pudiera entretenerme en esta noche que se presentaba larga. Cerré los ojos unos segundos y me volví a ver en la piscina con él, los dos desnudos, sin ningún tipo de barreras, pegados, él entró en mi interior y volvió a desaparecer. Necesitaba hablar con alguien, me gustaría que fuera Gabriela, necesitaba a mi amiga, aunque no sabía si era buena idea con lo que estaba pasando ella.

—Sandra, ¿estás bien? —preguntó—. ¿Sabes la hora que es?, espero que sea importante.

—¿Cómo estás? —le pregunté. Antes de soltar mi bomba prefería saber cómo se encontraba ella.

—Lo voy asumiendo, aunque no te lo negaré, sus palabras no paran de resonar en mi cabeza. A cada momento del día le escucho decir que nunca ha existido un nosotros, lo egoísta que soy y que lo que tengo es lo que me he buscado. No es agradable, pero estoy aprendiendo a convivir con ello.

—¿No has vuelto hablar con él?

—¿Para qué?, es a ella a quien quiere. No me apetece que me lo vuelva a restregar.

—¿Seguro que no quieres que vaya unos días?

—De verdad, nos vemos por Navidades o algún día de fiesta.

—Está bien, aunque en estos momentos no me vendría mal una noche de las nuestras.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Qué no me ha pasado, Gabriela —le conté a mi amiga lo que sucedió con Lucca, el beso con Julio que él presencié y lo que ocurrió unas horas antes en la piscina, sin dejarme un solo detalle.

—¿Por qué narices no me lo contaste antes? —preguntó elevando la voz tras escuchar mi historia.

—Bastante tenías con lo tuyo.

—¿Para qué estamos las amigas? Deberías habérmelo contado, así me distraigo también de mi mal de amores y me centro en buscar solución a lo tuyo. ¿Has pensado en ir a buscarlo?

—¿Otra vez? Es lo único que he hecho desde que llegué, sabe cuál es mi habitación, que venga él.

—Si ninguno de los dos cede un poco, esto no va acabar nunca. Alguien tendrá que ir a buscar al otro. Sandra, no seas orgullosa y dile lo que sientes, no hagas como yo. Si de verdad le quieres repíteselo cuantas veces que sea necesario, haz lo que sea porque te crea.

—¿Crees que debería de ir a su habitación, o es muy precipitado?

—Sí, aunque también entiendo que quieras esperar que él te de alguna señal, pero si mañana no hace nada vuelve a insistir, acabará por escucharte.

—Esperaré a mañana, a lo mejor se ha liado hablando con los artistas y las oenegés, no quiero agobiarlo más.

—No te olvides decirle lo que sientes.

—¿Por qué no haces tú lo mismo?

—Porque se va a casar Sandra, con otra.

—¿Y eso qué tiene que ver?, tus palabras también se aplican a tu situación. Dile que le quieres, demuéstrole que estás arrepentida y que esta vez no vas a huir. Hazle saber que siempre ha existido un vosotros y que su futura mujer no es la adecuada. Viaja a Alemania si es necesario para que se entere de una vez.

—Gracias por intentar ayudarme, Sandra, pero son situaciones distintas. Lo importante es que estás a tiempo, aprovéchalo, cueste lo que cueste.

—Hablamos mañana y te cuento qué tal. —Le prometí a mi amiga.

—Hasta mañana —se despidió.

Eran las cinco y media de la mañana y la puerta seguía sin sonar, había deseado tanto que sonase, que había llegado a escuchar el timbre

en mi mente. No pude controlarlo más, el sueño terminó por vencerme y me volví a ver con Lucca en la piscina, pero esta vez lo hacíamos, y éramos una pareja de enamorados.

Borrón y cuenta nueva

Las piernas me temblaban de las ganas que tenía de ir en busca de Sandra y terminar lo que habíamos empezado hacía unas horas, después de eso tendríamos tiempo de hablar. Ahora en lo único que podía pensar era en su desnudez, sus pechos perfectos, su increíble abdomen, sus piernas largas, esbeltas y las ganas que me entraron de lamerle justo en el sitio donde se unían.

—Lucca, ¿me estás escuchando? —preguntó mi padre.

—No —le respondí sincero.

—¿Qué mierda piensas? —dijo enojado, era la cuarta vez que me preguntaba algo y no tenía ni idea de qué se trataba.

—En ir a su cuarto, tirar la puerta abajo y perderme a su lado —le confesé.

—¿Qué te lo impide?

—Tengo que dar un discurso, sacarme las fotos pertinentes, y decir a dónde va a ir destinado el dinero, cosa que ahora mismo no tengo ni puta idea.

—¿No lo tenías pensado? —preguntó mi nervioso padre.

—Se me ha olvidado —respondí con una sonrisa al pensar en quién había hecho que me olvidara y cómo lo había hecho.

—¿Cómo...? —Levanté una ceja y miré a mi padre con una sonrisa que dejaba claro cómo había ocurrido.

—¿De verdad quieres saberlo, viejo?

—No hace falta, me hago una idea.

—No creo —dije provocándolo—. ¿Te lo explico?

—¿Sabes cómo vienen los niños, Lucca? —preguntó mi padre entrando en el juego—. Estás aquí gracias a que...

—Basta —interrumpí—. No quiero saber cómo me creaste —dije entre risas.

—No provoques, Lucca —contestó, riéndose a su vez—. Siempre sales perdiendo.

Tras el discurso, en el que apenas presté atención a ninguno de los presentes porque solo podía verla a ella flotando desnuda en la piscina, y tomadas las fotos, fui a su habitación. Eran casi las seis y media de la mañana, pero me importaba un comino, la necesitaba igual que necesitaba respirar para vivir.

Toqué la puerta, nervioso, con las manos sudorosas y la boca seca. Estuve un rato esperando, pero nadie abrió, insistí un par de veces más hasta que su voz soñolienta atravesó la puerta.

—¿Quién es?

—Lucca —conseguí decir tras tragar saliva varias veces.

—¿Eres tú de veras? —preguntó sin terminar de creérselo.

—Si abres la puerta podrás comprobarlo —dije con una sonrisa.

La quería como jamás iba a querer a nadie más, cuando nos besamos de nuevo sentí que volvía a respirar, una ráfaga de aire fresco entró en mi cuerpo, haciéndome sentir mil y una emociones. Al mirarme a los ojos y decirme que me quería, creí tocar el cielo con las puntas de mis dedos, no dije nada, tenía miedo. Debía estar seguro de sus sentimientos antes de volver a hacer alguna estupidez más. La última vez que la besé y le dije que la quería se enrolló con otro a las pocas horas. Cierto era que fueron besos distintos, el de la piscina lo sentí sincero, como si ya se hubiera cansado de pelear y se diera cuenta de que nos necesitábamos el uno al otro.

Abrió la puerta y dejé de pensar en nada que no fuera en lo preciosa que estaba. Llevaba puesta el albornoz del hotel, sus pelos estaban revueltos, las mejillas sonrosadas, los ojos entrecerrados y una sonrisa tímida y adorable embellecía su cara.

—Eres tú —dijo, abriendo más la puerta. Miré sus manos y vi que estaba temblando, como si no supiera qué hacer.

—¿Puedo pasar, principessa? —pregunté para que estuviera más

tranquila. Si ella me dejaba no pensaba salir de su vida nunca más.

—Claro —dijo.

—¿Una mala noche? —Tenía las sábanas en los pies de la cama, una almohada había caído al suelo y la otra se encontraba en medio de la cama y, al verla más de cerca, aprecié unas tenues ojeras.

—Te estuve esperado. —En sus palabras había cierta recriminación. Estaba apoyada de espaldas en la puerta, no sé si para evitar que saliera o por miedo a moverse, pero a mí me incitaba a desnudarla y hacérselo ahí mismo.

—Aquí me tienes —dije acercándome más a ella. Estiré una de mis manos para tirar el nudo que mantenía cerrada la bata—. No tienes que esperar más —dije y pasé una mano por el centro de sus pechos intentado mantener separada la estúpida prenda que le tapaba su hermoso cuerpo. Estaba desnuda, el albornoz se había quedado sujeto en sus senos, dejando visible su canalillo y parte de su abdomen—. Nunca he podido olvidarte —le dije pegando mi cuerpo al suyo. Levantó la cabeza para mirarme y me dejó embobado con sus ojos saltarines de alegría, con ella entera, en general.

—Ni yo a ti —dijo, se colocó alrededor de mi cuello—. No he dejado de buscarte —confesó, agaché la cabeza y la besé.

Mi cuerpo estalló en mil pedazos y el deseo surcó por mis venas. Le quité el albornoz con delicadeza, acariciando su cuerpo mientras lo hacía. Cuando este cayó a sus pies, y las bragas siguieron el mismo camino, me separé un poco de ella para poder ver su desnudez.

—Mis sueños no te hacen justicia —dije tragando saliva una y otra vez.

Noté la boca seca de nuevo y la lengua pesada. Mis palabras debieron de darle valor porque se separó de la puerta para acercarse un poco más a mí y empezó a desnudarme, tal y como hizo hacía unas horas en la piscina.

Terminó de desnudarme, sin dejar de besar mi cuerpo por el camino y cortándome la respiración con ello, y se volvió a pegar a la puerta. Paseó sus ojos por mi cuerpo desnudo, estudiándolo, memorizándolo, y

volvió a mirarme. En sus ojos había deseo, pero también veía amor en ellos. Mi corazón se aceleró con pensarlo, que Sandra estuviera enamorada de mí, sería lo mejor que me podría pasar.

—Eres perfecto, tu cuerpo parece esculpido por el mismísimo Miguel Ángel —sus palabras me hicieron sonreír. «*¿Cómo he conseguido estar lejos de ella tantos años?*», pensé al verla delante de mí, tan guapa, tímida y valiente a la vez.

—Siento no haber venido antes —dije, tirando de uno de mis brazos para pegarme a ella.

—Siento haberme alejado de ti.

Nos volvimos a besar con verdadera pasión, nuestras lenguas no dejaban de batallar, y nuestras manos recorrían el cuerpo del otro, desesperadas. Le agarré sus nalgas y la levanté, colocó sus piernas alrededor de mis caderas. Quería tener paciencia con ella, dedicarle el tiempo que se merecía, pero no podía, necesitaba estar dentro de ella, estaba desesperado por sentirla alrededor de mí.

—Necesito estar dentro de ti —le dije mordiendo el labio inferior.

—¿A qué esperas? —preguntó igual de desesperada que yo.

La pegué más a la puerta y entré en ella con un fuerte gruñido, estaba mojada y preparada para mí, esperándome. Ella gimió en mi oreja y tuve que parar las embestidas de las ganas que me enteraron de dejarme ir.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada—. ¿Te arrepientes? —dijo con ojos asustados.

—Nunca. —Le di un suave beso y dejé caer mi frente sobre la suya—. Dame un respiro —le supliqué. Ella empezó a moverse y le tuve que agarrar fuertemente las caderas—. Para —insistí. Ella paró sus movimientos y empezó a recorrer mi espalda con sus manos, en un intento por relajarme. Me dio pequeños y tiernos besos por mi cara hasta que llegó al lóbulo de la oreja, lo mordió y chupó a la vez—. Dios, Sandra, me estás torturando —dije entre dientes. Tenía la mandíbula tan apretada que apenas podía hablar.

—He esperado demasiado para tenerte así, pienso disfrutarlo —dijo

pasando su lengua por la vena hinchada de mi cuello.

—Necesito solo unos segundos —le supliqué.

—Lucca —Me obligó a mirarla a los ojos—. Tenemos toda la vida.
—Con esas palabras dejé de razonar y comencé mi desenfrenado envite.

Se pegó más a la puerta y levantó la cabeza hacia el cielo, gritando, estaba a punto y yo también. Tenía los ojos cerrados, le exigí que me mirara, quería verla cuando se corriera entre mis brazos, que supiera que era yo el causante de ello, y que ya no pudiera olvidarse de mí.

Tras unas embestidas más, nos dejamos llevar por el placer que llevaba años atormentándonos, ella gritando mi nombre y yo gritando el de ella.

—Te amo —me dijo cogiéndome la cara entre sus pequeñas manos y dándome uno de esos besos que robaban el aliento.

—Yo no he dejado de hacerlo, principessa. —La llevé a la cama, sin salir de ella y volví a demostrarle cuánto la amaba y la había echado de menos.

Cuando habíamos alcanzado de nuevo el cielo, me obligué a salir de ella. Me acosté a su lado y la pegué a mi cuerpo, no quería dejar de sentirla. Ahora que estaba conmigo de nuevo, quería que se quedara aquí para siempre.

Nos quedamos dormidos en esa misma postura y me desperté por culpa del sol que atravesaba la ventana, me estaba dando directamente en la cara, miré el reloj que tenía Sandra en la mesilla y vi que eran casi las tres de la tarde.

«Mi familia me va a matar. Habíamos quedado para comer a las dos y media», pensé a la vez que intentaba apartarme de Sandra sin despertarla.

Entré en la cocina que teníamos reservada para nosotros, mi familia ya estaba sentada hincando el diente a la comida. En cuanto me escucharon, volvieron sus cabezas para mirarme y en sus caras se instalaron miradas de burlas.

Siempre me había sentido cómodo en esta magnífica cocina, con su estilo rústico. Tanto los muebles que adornaban las paredes como la mesa que había en el centro de la habitación, junto con las sillas, eran de color

blanco y de madera. Los fogones de la cocina eran de gas, como antiguamente, porque según Julietta, la comida salía más sabrosa así. Encima de estos, había una enorme ventana que daba para el huerto de mi abuela. El horno que estaba justo debajo de los fogones era de un color verde menta. Lo único moderno que había aquí era la nevera, del mismo color que el horno y de estilo vintage.

—Siento la tardanza —dije tomando asiento en la enorme mesa de madera tallada con las sillas a juego.

—No seas mentiroso —dijo mi abuela—. No lo sientes en absoluto. ¿Sandra no viene? —preguntó.

—La dejé dormir un poco más —respondí sonrojado. Debía de ser un libro abierto o a mi familia era imposible ocultarles nada porque me miraban con unos ojos que decían: *¡Sí, claro!*

—Me alegro de que lo hayáis arreglado, Lucca. —Elisa se acercó a mí y depositó un beso en mi mejilla.

—Gracias, Eli —le dije devolviéndole el beso. Desde que volví a Italia, me había tratado como si fuera su propio hijo, había hecho por mí lo que debería de haber hecho mi madre, y por ello la consideraba como tal—. Ahora me muero de hambre.

—Normal, después de una noche loca —dijo mi abuela entre risas.

—Julietta —le reprochó mi padre—. No le digas eso al niño.

—¿Niño?, pero si ya tiene pelos en los...

—Nonna —le grité—. Te has levantado hoy muy graciosa.

—¿Yo? —dijo, poniendo una cara de niña pilla—. Para nada.

—Vamos a comer antes de que sigas diciendo barbaridades —dijo mi padre.

—Será lo mejor —contestó mi abuela riéndose aún más.

Íbamos ya por el postre, cuando una adorable voz hizo que mi cuchara se quedara suspendida en el aire. Temía moverme por si era fruto de mi imaginación, quería que viniera y compartiera el almuerzo con las personas más importantes de mi vida, pero creí que era demasiado pronto. Que ella haya tomado esa decisión era demasiado importante para mí, ni ella sabía lo feliz que me había hecho con eso.

—Siento no haber venido antes, a Lucca se le olvidó despertarme —dijo, mirándome con desaprobación.

—Lo siento —respondí—. Quería que descansaras un poco más.

—No te preocupes —dijo Elisa acercándose a ella—. Siéntate a mi lado, todavía no hemos acabado.

—Bienvenida de nuevo —le dijo mi padre cuando Sandra se sentó a su lado. Le cogió la mano y se la apretó en un pequeño gesto de cariño.

—Gracias —respondió ella dándole un fuerte beso en la cara—. Ya era hora, ¿no? —dijo, provocando la risa de mi padre.

—¿Y cuáles son tus planes con mi nieto? —preguntó mi abuela como si nada.

—Abuela, no presiones —le reproché.

—Solo quiero saber si va a hacerte daño, es mi deber —dijo como si nada.

—No te preocupes —me dijo Sandra—. Todavía no lo hemos hablado, pero si de mí depende, no vas a dejar de verme Julietta, espero que no te moleste.

—Eso me encantaría —respondió mi abuela con una amplia sonrisa.

Me quedé atontado, sin apartar la vista de Sandra, y mi pecho estalló de alegría al escuchar la sincera respuesta de ella.

—Bienvenida a la familia Palermo —le dijo mi abuela con una sincera sonrisa.

—Gracias. —Sandra se levantó de su asiento y fue a darle un gran abrazo a mi abuela.

—Bien, ahora a comer, que ese cuerpo tiene que coger un poco más de kilos —le dijo mi abuela a Sandra—. Sírvete lo que quieras.

Después de una larga sobremesa en la que no pararon de hacerle preguntas a Sandra, volvimos a su habitación y le hice el amor como había estado pensado hacer desde que dijo esas declaraciones delante de mi familia.

—Sandra —dije acariciándole la espalda. Estaba apoyada en mi pecho, sin dejar de darme besos—. ¿Por qué no dejas este cuarto y te vienes al mío?

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó, mirándome con sus increíbles ojos azules.

—Me encantaría enseñarte esto antes de volver a Roma, ¿o tienes que ir a clases? ¿Pasa algo si faltas dos días a la Galería? —Ella puso un mohín triste.

—No me acordaba de las prácticas.

—Me habría encantado enseñarte Siena e ir a las famosas termas de aquí, pero lo primero es que termines la carrera. ¿Otro fin de semana?

—Sería estupendo.

—Descansamos un poco y volvemos a Roma. ¿Te dan miedo las motos? —pregunté—. Es el único medio que tengo para regresar.

—¿Estás de broma? Me encantan las motos, supe cuál era la tuya con solo escucharla. ¿Me dejas llevarla? —preguntó emocionada.

—Ni de coña —respondí—. Es mi gran tesoro, mi pequeña, mi niña.

—¿Y en qué lugar quedo yo? —preguntó, riéndose al ver lo maniático que era con la moto.

—Tendrás que luchar por el puesto —le dije acariciando su cuerpo—. ¿Te he dicho lo hermosa que eres? —pregunté a la vez que le mordía la vena que le sobresalía en el cuello.

—Ajá —consiguió decir.

—¿Qué significa eso? —pregunté sin dejar de torturarla.

Jamás me cansaré de estar tan conectados, tan unidos, como si fuéramos una persona.

The power of love

Sandra estaba rendida del fin de semana que había tenido, no se podía quejar, al fin estaba con Lucca, aunque iba siendo hora de volver a la rutina. El despertador sonaba y ella no sabía si apagarlo o esperar a que se cansara de sonar, ni siquiera podía moverse. Tenía los músculos entumecidos. «*por una buena razón*», pensó con una sonrisa, y se tapó la cara con la almohada para dejar de escuchar el odioso sonido del despertador.

Lucca había salido pronto de su habitación, tuvo que ir a su casa para cambiarse de ropa y empezar pronto el trabajo, llevaba dos semanas ausentes, lo que significaba una buena acumulación de facturas, solicitudes de nuevos estudiantes y más cosas a las que Sandra dejó de prestar atención por culpa de su torso desnudo.

La melodía de una preciosa canción se coló desde el otro lado de la pared. Sandra se quitó la almohada para poder escucharla, el despertador había dejado de sonar y eso le permitió oír la letra claramente.

*I'll protect you from the hooded claw
keep the vampires from your door
feels like fire
i'm so in love with you
dreams are like angels
they keep bad at bay— bad at bay
love is the light
scaring darkness away— yeah
i'm so in love with you*

*purge the soul
make love your goal*

La sonrisa de enamorada salió de los labios de Sandra, le encantaba esa canción, *The power of Love* de Frankie Goes To Hollywood. Salió corriendo de la cama, se puso el pijama, no le habría gustado que nadie la viera corriendo desnuda por el pasillo, y entró en el despacho de Lucca.

—Yo también estoy enamorada de ti —dijo. Se acercó a la silla en la que estaba Lucca y le dio un tierno beso.

—Pensé que nunca ibas a parar el jodido despertador —le contestó con la misma sonrisa de amor y le besó de nuevo—. Se te va a hacer tarde —dijo Lucca tras cortar el beso. Sandra estaba cerca de la puerta cuando Lucca le paró con sus palabras—. Por cierto. —Ella se giró para mirarlo—. ¡Bienvenida Wonder Woman! —dijo en referencia al pijama que llevaba puesto. Ella le sonrió de oreja a oreja y corrió a su habitación, si se demoraba un segundo más no iba a llegar a la Universidad.

Las horas de clase se las pasó pensando en lo feliz que era al fin, no podía decirse que fuera triste, ni amargada, pero siempre había sabido que le faltaba algo, que le faltaba tener a Lucca. El móvil le vibró en el bolso y se emocionó al pensar que podría ser un WhatsApp de la persona que había invadido sus pensamientos.

«¿Qué tal, lo pudiste solucionar? Contéstame para decirme que sí, no quiero saber que eres igual de infeliz que yo :)». Era de Gabriela, me encantaba que se tomara las cosas con humor, aunque sabía que no lo estaba pasando nada bien.

Hablé con Lucca e iba a ir a verla en un par de semanas, aquí era festivo por no sé qué historia, no tenía ni clases ni prácticas, así que aprovecharía para viajar a casa y poder ver a mi amiga, lo necesitaba.

Lucca quedó con Travis para conocer a su prometida, me dijo de ir con ellos, pero no estaba preparada para saber quién era ella, no la trataría con educación. Por su culpa, mi mejor amiga sufría, aunque en realidad era culpa de Gabriela. Aun así, iba a odiar a quien se

interpusiera entre ellos.

«Todo ok, te llamo luego. Bss», le contesté. A los pocos segundos me llega otro WhatsApp en respuesta.

«Quiero detalles jugosos, sino ahórrate la llamada».

«Te diré lo que quieras saber, cuerpo escultural, sonrisa perfecta, mirada penetrante...». Le dejé con las ganas de saber más y me reía yo sola en medio de la clase. Tuve que taparme la boca para no hacer ruido. Un compañero me miró con las cejas fruncidas y un dedo en su boca. Perdón, dije moviendo mi boca sin emitir ruido.

«¿Y?», contestó casi al instante.

«Recordé por qué no he dejado de buscarle, ninguno como él», le dije sincera. No solo porque le quería, tenía que reconocer que, como Lucca, ninguno.

«LLÁMAME», su respuesta me hizo reír e intenté contenerme a toda costa, no quería que nadie me mandase a callar de nuevo, y mucho menos la profesora.

«En clases, no puedo».

«¡Oh!, vamos!, no puedo tener vida amorosa y no me dejas disfrutar con la tuya. Eres cruel, Sandra, quiero que lo sepas»

«Te quiero amiga, pero como sigas pejuguera me regodearé en mi felicidad infinita».

«Lo dicho, eres cruel. Jajaja».

Después de hablar con Gabriela intenté recuperar el ritmo de las clases y prestarle la mayor atención del mundo a la profesora y de lo que estaba hablando, pero por culpa de nuestra conversación, no podía dejar de imaginar a Lucca y su cuerpo desnudo. Me esforcé por coger apuntes y señalar aquello que decía que era importante, pero ya me había perdido.

«Como siga así tendré que estar otro año más en la carrera. Tengo que concentrarme y olvidarme por unas horas de él y de lo que me hace sentir», pensé pasándome las manos por los ojos.

En un descanso, fui a la máquina a por un café, quizás así consiguiera concentrarme. Julio estaba delante mía esperando para sacar

otro. La primera idea que tuve fue salir sin ser vista, pero era absurdo, debía hacer frente a las cosas, y tampoco era que estuviéramos enamorados. Solo nos divertíamos y, a veces, ni eso.

—¿Cómo estás? —dijo sorprendido, ya con su café en la mano.

—Bien, en busca de un remedio para aguantar las clases —le dije señalando la máquina de café.

—Sí, yo también —dijo.

Metí el dinero y apreté el café que quería, un capuchino de vainilla, vi que Julio seguía a mi lado y empecé a incomodarme un poco.

—Te noto distinta —dijo—. No te haces notar y a la vez es imposible no verte.

—¿Qué? —dije sin entender nada. Saqué el café de la máquina y me aparté para que pudieran seguir los que estaban a mis espaldas.

—Me gustaría explicártelo, pero no puedo. Es que te veo tan sencilla vestida, sin esa ropa de infarto, y me parece que estás más guapa que nunca —dijo sin dejar de mirarme. Llevaba puesto un suéter celeste con el logo de Superman, unos vaqueros oscuros y mis converse favoritas, las rojas, a juego con mis gafas.

—Esto... —dije sonrojándome—. Gracias, Julio. —No sabía qué decir ni a qué venía esto—. Creo que es porque ya no quiero nada contigo. No te gusta el rechazo —dije más en broma que en serio.

—No —dijo entre risas—. Me alegro por ti si estás con otro. Simplemente quería que supieras que no deberías haberte dejado influenciar por los demás y deberías haber sido tú de verdad. Creo que la verdadera Sandra tiene más posibilidades que me enamore de ella que la antigua y falsa tú.

Sus palabras me dejaron pasmada, era lo mismo que me había dicho Lucca nada más verme «*¿Por eso has cambiado? Tus camisas, tus playeras, tus gafas. Has cambiado, nada de superhéroes, nada de combinar los complementos... Es triste estar con alguien que no te deja ser tú misma, ¿cuánto vas a durar siendo una extraña? ¿Crees que podrás ser feliz así, conviviendo con una desconocida, con otra persona que no te deja ser tú?*». Sus palabras resonaron en mi cabeza y caí en la verdad que había en ellas. Eso se debía

a que no era feliz, creía que así aparentaba serlo, pero por las palabras de Julio estaba claro que hice el ridículo, hasta él se dio cuenta que no era yo.

—¿Tiene que ver con ese chico?

—Sí.

—No le dejes —dijo—. Si él ha conseguido este cambio, que seas tú de verdad y no una extraña incómoda en su propio cuerpo, merece demasiado la pena.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? Ninguno de los dos quería nada serio, para mí eras una completa desconocida y yo para ti un pasatiempo. —Estaba completamente aturdida, ni siquiera me había molestado en conocerlo, si lo hubiera hecho seguramente ahora seríamos amigos.

—¿Empezamos de nuevo? —pregunté tímida. Estiré mi mano derecha entre nosotros—. Hola, soy Sandra.

—Encantado —dijo con una sonrisa arrolladora y estrechó mi mano—. Soy Julio. Y dime una cosa, Sandra, ¿tienes novio? —preguntó entre risas.

—Sí —le contesté entre risas—. Lo siento.

—Una pena, ¿amigos?

—Amigos.

Tiramos los vasos de café vacíos en la papelera y entramos en el aula, nos quedaba aún tres duras horas de clase que no sabía si podría soportar.

Me puse a tomar apuntes como una loca, concentrada en la clase, mi mirada iba de la profesora, a las diapositivas que estaba explicando y a los libros que tenía desperdigados por mi mesa. Iba marcando lo importante con post-it, subrayaba las preguntas que decía que era de examen, al fin estaba concentrada. No tardé mucho en perder toda mi inspiración por culpa de mi maldito móvil, debería haberlo apagado.

«¿Cómo van las clases principessa?». Mi corazón se aceleró al comprobar que se trataba de Lucca. Me alegraba que se acordara de mí y esperaba que su mañana hubiera sido igual de infernal por mi culpa

como la mía lo estaba siendo por la suya.

«Tomando apuntes. Me debes un cine. ¿Te apetece ir esta noche?» le pregunté escueta para no perder el hilo de la clase.

«Hecho. ¿Te recojo en la Galería?».

«Prefiero ir a la residencia para ducharme. Te espero allí».

«En la entrada cuando me digas. Si entro en tu habitación no vamos a salir de allí», leer eso hizo que mi mente volviera a estar en sus brazos, mi cuerpo se excitó al recordarlo y mi concentración se esfumó por completo.

«Te odio, estaba atenta a la clase hasta que me recordaste lo que eres capaz de hacerme». No había remedio, por mucho que quisiera retomar el hilo de la clase, Lucca no me dejaba con sus mensajes.

«Me alegro, yo no he podido sacar tu precioso, desnudo y excitante cuerpo de mi mente».

«Deja de decir eso o no podré ir a la Galería».

«¿Por?».

Contestó haciéndose el sueco. Estaba claro que sabía a lo que me refería, desde que volvimos a estar juntos, apenas podíamos estar separados el uno del otro.

«Porque serán mis manos las que sacien tus necesidades», le respondí al instante con ganas de que así fuera.

«Voy al baño», contestó haciéndome reír. «Hablamos luego».

«Aprovecha tú que puedes, yo en clase, excitada, con mi cuerpo recordando tus caricias y frustrada por no poder tenerte como deseo».

«¿Quieres que lo hagamos delante de toda la clase?».

Una risa se escapó y el mismo compañero de antes, me volvió a mandar a callar.

«Amargado», pensé, sin decirle nada.

«No, pero hay unos baños estupendos donde podrías dejarme contenta hasta que llegue la noche y te tenga solo para mí». En parte estaba de broma, aunque si viniera aquí no duraría ni un segundo en tirarme en sus brazos, la verdad que me encantaría que así fuera.

«Para, o te juro que lo hago, me tienes todo el día con un puto empalme constante».

«Prometo compensártelo después». Y tanto que pensaba hacerlo, esto no

se iba a quedar así, una parte de mí extrañaba la parte más dura de él.

«¿Cómo? ¿Boca? ¿Manos?», preguntó haciendo que me imaginara mil y una escenas eróticas.

«Con lo que quieras. Lo que te hice en la piscina no va a ser nada comparado con lo que tengo en mente».

«Baño. Adiós».

Tiré la toalla con la idea de atender en clases y salí de allí antes de seguir molestando a la gente con mi alegría. Eché una mirada de *“te jode mi felicidad y me importa un bledo”* al chico que no había parado de mandarme a callar, que en respuesta me devolvió una mirada de desprecio.

Como tenía algo de tiempo, decidí ir a la cafetería de la universidad para almorzar con calma y que preferiblemente no estuviera envasado. Por el camino llamé a mis padres, hacía tiempo que no hablaba con ellos y les echaba de menos. Después de colgar, a la siguiente a la que llamé fue a Gabriela, le puse al día sobre los acontecimientos del fin de semana, pero sin darle tantos detalles íntimos como ella pretendía.

En la Galería la cosa no iba mucho mejor, mis pensamientos seguían centrados en Lucca y su esculpido cuerpo. Cada estatua que miraba la comparaba con él, absurdo, pero así era, aparte de que no paraba de mirar el reloj como si con eso consiguiese que el tiempo pasase más rápido. Pero, por mucho que lo intentara, las horas no avanzaban al ritmo que yo quería y se me hizo la tarde excesivamente larga.

¿Te he dicho ya que te amo?

Lucca estaba su despacho con la canción *Alucinado de Tiziano Ferro* de fondo, se había ido a su casa a prepararse para la cita con Sandra y al regresar ella le dijo que le diera quince minutos más, así que aprovechó para adelantar trabajo, ese día había perdido mucho tiempo.

Al terminar, bajó a la entrada de la residencia para continuar con la espera, sabía que quince minutos para ella era cerca de media hora, o una entera. Vio que Giovanna seguía en el mostrador de la entrada y fue a darle un beso.

—Que cariñoso estás hoy —dijo Giovanna una con una radiante sonrisa.

—Hoy me he levantado contento, ¿algún problema?

—Ninguno. ¿Y no tienes nada que contarme? —preguntó—. ¿Por qué estás tan contento quizás?

—No, solo que hoy tengo el día feliz —respondí consciente de que me quería sonsacar información de Sandra y de mí.

—¿Por qué me mientes si sabes que tu abuela me ha puesto al día? —preguntó entre risas.

—Porque sois unas noveleras, ¿no tenéis nada más de lo que hablar?

—Tan entretenido como tu vida no, la verdad.

—¿Para qué preguntas si ya sabes lo que ocurrió entre nosotros? —pregunté como si estuviera ofendido.

—Sabrás más cosas tú que Julietta, al fin y al cabo, lo has vivido en primera persona. Seguramente se le habrá escapado algún detalle y pienso arrancarte una confesión para comentarlo entre nosotras después.

—Me volvéis loco para que os dé un trabajo y lo que queréis es enteraros de mi vida, porque lo que es trabajar, poco. Me vais a sacar las

dos del mundo.

—Realmente nos necesitas, somos una brisa de aire fresco —dijo estas palabras abriendo las manos a los lados, estilo *Titanic*, como si le estuviera dando la bienvenida a esa brisa de la que hablaba.

—Para mí lo sois —nos interrumpió Sandra al llegar a nuestro lado.

—Al fin, ¿nos vamos? Un segundo más con doña Brisa y me mato. —Giovanna se rio con mis palabras y no pude evitar volver a abrazarla—. Si no os tuviera, mi vida sería aburrida —le dije cerca de su oreja como si fuera un secreto.

—Lo sabemos —respondió con su amplia sonrisa—. Las afortunadas somos nosotras Lucca, eres un gran niño, te mereces lo mejor y nos alegramos de que sea Sandra. Si no llegas a estar en nuestras vidas, te hubiéramos creado de una manera u otra. Te necesitamos en ellas.

—Cuando hables con mi abuela para decirle que vamos al cine. —Ella se hizo la sorprendida, como si no fuera esa su intención. —Dile que la quiero con locura y a ti también —me despedí de ella con un beso y Sandra y yo nos marchamos de la residencia.

Decidimos ir al cine a pie, la noche era agradable y se prestaba a ello. Íbamos cogidos de la mano y hacíamos alguna que otra parada para darnos besos que no tenían fin. Cuando regresé a Italia, eché en falta esta conexión que tenía con ella, expresarle mis pensamientos sin necesidad de decirlo en alto, reírnos de cualquier cosa y de nada a la vez, estar en silencio y sentirme cómodo, incluso discutir con ella y no querer estar en ningún otro sitio que no fuera a su lado.

—Julio me habló hoy —dijo interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Y qué quería? —pregunté demasiado celoso.

—Que seamos amigos.

—Fuerte tontería. —Los celos me comían vivo. Me daba igual que Sandra tuviera amigos, el problema era que él la besó, tocó su cuerpo, lo hicieron, y eso me molestaba—. No se puede ser amigos de los ex, ¿en tan poco tiempo? Imposible.

—Lucca, nosotros no éramos nada.

—Lo que vi dice lo contrario.

—Ya te lo expliqué, ¿vas a seguir recriminándomelo? Si yo me he olvidado que cuando estábamos juntos me dejaste, tú has de olvidar que cuando no estaba contigo hice lo que me dio la gana.

—Mucho no lo has olvidado si me lo sigues recordando —dije molesto más conmigo que con ella. Era absurdo que tuviera estos celos, pero saber que ese tal Julio había tenido con ella la misma intimidad que yo me volvía loco.

—¿Vamos a discutir por eso?

—No entiendo que seas su amiga. De mí no podías serlo, ¿por qué de él sí?

—A él no lo quiero y me importa una mierda lo que haga con su vida. Sin embargo, a ti te quiero con locura, ¿cómo podía estar contigo sin besarte, tocarte, o simplemente agarrarte la mano? —dijo—. ¿Cómo soportar verte con otra cuando me moría porque estuvieras conmigo? No te compares con él Lucca, tú eres más que ninguno, es absurdo que te quieras comparar con nadie. Ninguno va a hacerme sentir lo que siento solo con verte.

—Lo siento —le dije agarrando su cara con mis manos y dándole un beso—. Soy un imbécil. —Pasé mi lengua por sus labios, eso le encantaba y un suspiro salió de ellos.— ¿Podrás perdonarme? —dije besándola de nuevo.

—Juegas con ventaja —respondió—. Haces eso porque sabes que así podría perdonarte cualquier cosa.

—Entonces —dije volviéndolo a hacer—. ¿Me perdonas?

—Te perdono —respondió.

Llegamos al cine, pagamos las entradas, pedimos una de palomitas grandes con un refresco igual de grande y entramos en la sala. Sandra no se movía del asiento, solo miraba la pantalla y comía palomitas, no se inmutaba ni cuando la besaba. La película debía de gustarle más que yo, porque me sentí ignorado.

En esta ocasión echaban *Casino*, dirigida por el gran Martin Scorsese e interpretada por otro de los grandes, Robert De Niro. También salían Sharon Stone, Joe Pesci, y varios actores conocidos. Sandra me dijo que

tampoco la había visto y, sin duda, le estaba gustando.

Era otra de las películas que me flipaban, casi todas las que actuaba Robert De Niro bajo las órdenes de Martin Scorsese eran una apuesta segura para mí, pero hoy solo tenía ojos para Sandra. Estaba embobado viendo cómo disfrutaba de la película, cómo se asombraba ante un giro que no esperaba y sonreía cuando a ella se le escapaba algún taco.

Se había puesto una camisa básica negra, con una chaqueta de cuero del mismo color, unos vaqueros pegados que le quedaban extremadamente bien y unas converses negras con el símbolo de Batman. Esta vez no llevaba gafas, se había puesto las lentillas, los labios los tenía pintados de rojo y se había soltado el pelo. Me tenía prendado.

La película terminó y ambos decidimos ir a cenar algo, lo único que teníamos en las barrigas eran las palomitas y otra cosa no, pero glotones éramos los dos un rato. Fuimos a una cafetería que estaba enfrente del cine para comer un par de bocadillos con patatas.

—Me alegro verla de nuevo —le dijo el camarero a Sandra— y comprobar que se encuentra mejor que la última vez.

Ella le sonrió tímida y le dio las gracias con la cabeza gacha. Tras pedir nuestra cena con sus correspondientes bebidas, le pregunté a Sandra de qué lo conocía y por qué estaba mejor que la última vez.

—El sábado que habíamos quedado y, después de pasarte toda la semana ignorándome, vine con la esperanza de vernos. Me senté justo en esta mesa para poder mirar la entrada, no apareciste y me pasé toda la tarde llorando como una magdalena. El pobre camarero no sabía dónde meterse, yo pedía un té tras otro sin dejar de llorar, y sin dejar de mirar a las parejas enamoradas entre las que no estábamos nosotros. —Estaba flipando por lo que me acababa de contar.

—Sandra, no tenía ni idea —dije. Cogí su mano y se la apreté fuerte a modo de disculpa—. No pensé que fueras a venir. Estaba tan enfadado y triste que no se me ocurrió que quisieras estar conmigo, por eso me fui.

—Giovanna me lo explicó cuando llegué a la residencia. En ese momento lo entendí y no te culpo, yo habría actuado igual o peor —me dijo con una de sus adorables sonrisas. — Lo importante es que ya

estamos juntos.

Cenamos tranquilamente, hablamos de los planes que queríamos hacer ahora que estábamos juntos, y volvimos caminando de la mano, igual que antes. En su habitación, le pedí que viniera a casa, tenía ganas de que se quedara allí conmigo, enseñarle el lugar en el que vivía y en el que, si ella quisiera, podría vivir.

Nada más abrir la puerta la llevé a mi cama, ya investigaría nuestro hogar cuando terminara con ella, y no creía que eso sucediera hasta mañana. Le hice el amor como tenía pensado hacer desde que nos separamos esa mañana, lenta y apasionadamente, con ganas de conocer mejor nuestros cuerpos.

Al terminar me pegué a ella y le recorrí el tatuaje que tenía debajo del pecho derecho y que terminaba en el costado, era la palabra dream con un avión de papel al final de la m.

—Te queda tremendamente bien el tatuaje, supiste elegir el sitio para hacértelo —dije sin dejar de acariciarle.

—El tuyo tampoco está mal —dijo entre risas. Estaba acostada boca arriba, sus pelos derramados en la almohada, como una cascada dorada, y sus grandes ojos azules me miraban fijamente. Se pasó una mano por la cara para apartarse algunos pelos, y yo solo podía pensar en lo afortunado que era por volver a tenerla en mi vida.

—¿Por qué elegiste eso?

—Por nada en especial —dijo con su radiante sonrisa—. Si te soy sincera, me lo hice porque se me apeteció.

—Pues no pudiste elegir mejor tatuaje —dije, ella me miró extrañada.

—¿Por qué?

—Desde que te conozco siempre tienes una meta que lograr y siempre andas en las nubes, con tu cabeza llena de pájaros. Soñaste con venir aquí y terminar la carrera y, ahora que lo has conseguido, sueñas con que la Galería te contrate para que puedas vivir rodeada de esas obras que tanto te gustan a diario. Sin duda, si hay una palabra que te caracteriza es esa —dije.

—Puede que tengas razón. —Estaba riéndose por mis palabras—. Es verdad que siempre ando con mi cabeza llena de sueños. —Me coloqué encima de ella y la besé apasionadamente, pensaba aprovechar el tiempo que estuviéramos juntos y compensarla por el que habíamos perdido.

—¿Por qué un atrapasueños? —preguntó al separarme. Ahora ella era la que acariciaba el tatuaje, el problema era que estaba demasiado cerca de ese lugar que despertaba rápidamente bajo su roce.

—Necesitaba algo que me protegiera de las eternas pesadillas, por eso te regalé el tuyo y por eso me lo tatué.

—¿Te he dicho que te amo? —No me dejó responderle, se colocó encima de mí y me besó de esa manera que hacía que perdiera el control de mi cuerpo, de mi mente y de mí. Jamás me cansaré de estar con ella.

El despertador sonó y me dieron ganas de estamparlo contra la pared, al fin tenía un magnífico sueño y el pitido lo interrumpió. Sandra estaba acostada de lado, acurrucada en mis brazos, y yo la abrazaba. Le di pequeños besos en la nuca para que despertara, el problema fue que ella suspiró y pegó su culo más a mí. Mala idea, o buena, porque por las mañanas me levantaba contento y eso lo único que hacía era aumentar mi alegría. Metí mi mano por dentro de la blusa, le acaricié su barriga y obtuve la misma reacción.

—Vas a matarme —le dije mordiéndole la oreja.

—Hummm —era su única respuesta.

Cogí un pezón entre mis dedos y jugueteé con él, erizándose casi al instante. Pasé mi mano al otro pecho e hice lo mismo con ese pezón. Se pegó más a mí y le mordí el cuello para besárselo con calma después.

—Mira lo que me haces desde tan temprano —le dije rozándome contra su culo.

—Mmm.

Se giró quedando frente a mí, sus ojos seguían sin abrirse, pero su cuerpo estaba completamente despierto. Nos besamos y nos desnudamos desesperados, por volver a disfrutar de nuestro amor. Nunca había sentido nada parecido a lo que sentía con Sandra. Tenía una necesidad de ella constante, de tocarla, de besarla y de hacerle el amor.

Al terminar me tumbé a su lado y la pegué a mí, no quería soltarla ni separarme de ella. Sandra apoyó su cabeza en mi pecho y me acariciaba el pecho y los brazos. Su respiración se volvió pesada y llegué a creer que se había quedado dormida hasta que habló:

—Te quiero —dijo.

—Y yo a ti, principessa. —Me levanté para darle un beso de nuevo en los labios y me obligué a separarme antes de volver a empezar. En mi caso necesitaba descansar y ella tenía que ir algún sitio que ahora no recuerdo, era besarla y no saber en qué año vivía.

—Lucca, me encantaría quedarme el día aquí contigo, pero he de ir a clases.

«Eso era lo que tenía que hacer, es verdad».

—No —dije abrazándola más fuerte, impidiendo que se moviera. Ella comenzó a reír y me dio pequeños golpes en la espalda.

—Tú tienes que trabajar.

—Tengo que ir a Siena —dije con un mohín en la boca—. He de ayudar a remodelar unas habitaciones. Julietta, ya sabes —dije como explicación.

—Lo sé —dijo riéndose.

Nos duchamos, desayunamos y regresamos juntos a la residencia. Ella se fue corriendo a su habitación para cambiarse e ir a clase, mientras yo la miraba embobado desde la moto.

Noticias inesperadas

Algunos meses más tarde.

Sandra estaba pasando la semana en su casa de York, junto con sus padres y su inseparable amiga Gabriela. Llevaba allí cinco días y apenas había hablado con Lucca. Él estaba programando las salidas de la residencia, solo quedaba un mes para terminar el curso. Además, Julietta la había convencido para remodelar el hotel entero y, por si eso fuera poco, Travis estaba de visita.

Estos días que habían pasado, había estado más nerviosa de lo normal, pronto iba a tener que tomar una importante decisión y no sabía qué tendría el futuro preparado para ella. ¿Querría Lucca que se quedara en Italia con él? No había salido el tema en estos meses y eso la preocupaba un poco.

Haría unos dos días que recibió la llamada del director de la Galería Borghese en la que le ofrecía un puesto de trabajo con una buena remuneración mensual. Había valido la pena el esfuerzo que había hecho y se le recompensaba por ello. Nada más colgar, llamó a Lucca, pero como había ocurrido últimamente, no se lo cogió.

Los pensamientos se le amontonaban en su mente mientras estaba cogiendo sol en el jardín de casa de sus padres y escuchaba a Lenny Kravitz. Le encantaba la canción I Belong To You, era de esas canciones que uno no evitaba cantar y disfrutarla. Sus piernas se movían de un lado a otro e intentaba seguir el ritmo, y sus manos, que las tenía bajo su cabeza, tampoco estaban quietas.

La música se cortó de golpe porque la estaban llamando, Sandra no abrió los ojos para saber de quién se trataba y ni siquiera se quitó los

cascos para hablar.

—¿Sí?

—Hola, ¿qué haces? —preguntó Gabriela.

—Aquí cogiendo un poco de sol y escuchando a Lenny Kravitz que nunca me falla con sus canciones.

—¿Hacemos algo esta noche?

—¿Cena y copas?

—Cómo me conoces, amiga —dijo entre risas.

—A las nueve en mi casa.

—¿Ocho y nos preparamos juntas como antiguamente?

—Hecho. Nos vemos después.

Tras terminar la conversación con su amiga, la canción sonó justo por donde se había quedado. Pasó unos minutos más tirada en el césped sin moverse, hasta que empezó a sentir unos retortijones en el estómago, el desayuno le había sentado fatal, aunque últimamente vomitaba lo que comía. Corrió al baño a soltar lo que le quedaba en la barriga, parecía que el virus que había incubado no iba a darle tregua ni en sus días de descanso. Pensó en llamar a Gabriela y cancelar la cita, pero se quitó la idea de la cabeza, tenía muchas ganas de pasar una noche de chicas.

Llamó a Lucca para saber cómo le iba por ahí, el hotel, Travis, y cómo estaba él. ¿La estaría echando de menos? Porque ella parecía que no podía borrarle de su cabeza ni estando enferma. Empezaba a dudar de que eso fuera así, porque volvió a no contestar su llamada. Le enfadaba su dejadez, sabía que estaba mala y ni un mensaje para preguntar si se había recuperado. Nada. Tampoco pedía que estuviera pendiente de ella las veinticuatro horas al día, pero podría sacar cinco minutos para llamar, no pedía más.

Se miró en el espejo del baño y se notó la cara más pálida de lo normal, se echó un poco de agua y salió de nuevo al jardín, a que le diera un poco de calor. Se colocó en la misma postura que antes y dejó que la música la evadiera sus malos pensamientos, que no eran pocos. Logró relajarse hasta tal punto que se quedó dormida, eran muchas las ocasiones en las que eso pasaba, porque por la noche no podía dormir

por culpa de los malditos retortijones en la barriga y los vómitos que no cesaban ni estando en el quinto sueño.

A las dos de la tarde se despertó muerta de hambre, algo normal porque era poco lo que le quedaba en la barriga, entró en casa y fue directamente a la cocina a prepararse algo rápido para almorzar. Sus padres se habían ido a pasar el día a la ciudad con unos amigos, así que no se molestó en hacer comida gourmet. Unos macarrones con carne picada y salsa de tomate, nada del otro mundo ni de mucho esmero. Se sentó en la mesa de la cocina para almorzar y el olor de los macarrones le provocaron al instante, pero se obligó a comer. Como siguiera así, sin conservar los alimentos, le iba a dar un soponcio en cualquier momento.

Pese a sus esfuerzos, los macarrones salieron por el mismo sitio que entraron, apenas aguantaron una hora dentro de ella. La única esperanza que le quedaba era la cena, si seguía de esa manera iría al médico para que le dijera qué narices pasaba, no era normal vivir sin comida en el cuerpo.

Gabriela apareció en casa de Sandra a las siete y media porque estaba aburrída en la suya y, así, podían cotillear. Sin embargo, la teoría de su amiga era bien distinta, creía que había ido antes porque no aguantaba las ganas que tenía por saber algo de la nueva vida de Travis.

—¿Cómo que hace dos días que no sabes nada de Lucca?
—preguntó Gabriela extrañada, aunque no más que yo.

—Pues así es, no me coge el teléfono. Y si fuera solo eso, el problema es que ni siquiera me devuelve las llamadas.

—¿Tus padres se quedan hoy aquí? —dijo cambiando de tema.

—No, me dijeron que se quedaban con sus amigos. ¿Por qué?

—Las dos necesitamos una noche de borrachera y mejor que no nos vean en ese estado. Delante de ellos tengo una reputación que mantener —sus palabras consiguieron hacerme reír. Si mis padres supieran el estado en el que llegábamos en algunas ocasiones, no nos hablarían más a ninguna de las dos. En algunos aspectos, continuaban siendo muy conservadores.

—Gabri, llevo unos días encontrándome mal —empecé a decir—.

¿Te importa si trasladamos la fiesta a mi casa?

—Para nada. ¿Qué te ocurre?

—Es la barriga, la tengo revuelta.

—Deben de ser los nervios, ahora mismo tienes muchas cosas en la cabeza. Lucca, el final de la carrera, el trabajo, y saber si te mudas a Italia, necesitas un respiro.

—Que encima esté ausente no me ayuda en nada. ¿Crees que actuará igual que cuando tenía dieciocho años?, parece volver a distanciarse de mí.

—No creo, Sandra, seguro que hay una explicación. Lo mejor será que no pienses más en eso, si no, acabarás por volverte loca.

—Tienes razón, lo mejor será que esta noche no piense en nada.

—¿Quizás esta preciosa botella de vodka te ayude? —dijo sacando la botella de la maleta en la que traía su ropa.

—Genial, me apetece un buen trago —contesté con la esperanza de que esa noche consiguiera calmarme.

Pedimos un Burger King a domicilio, cenamos y, para mi sorpresa, se quedó toda la noche en mi barriga. Después nos empezamos a servir vodka con limón, primero una copa, luego otra y para cuando nos quisimos dar cuenta, las dos nos habíamos acabado la botella.

—No puedo dejar que se case con ella —dijo Gabriela demasiado perjudicada por el alcohol—. He sido una imbécil, Sandra, estuvo dispuesto a luchar por mí y lo dejé marchar. ¿Cómo voy a encontrar a alguien igual? Hoy en día los hombres temen las relaciones de pareja, y no hablemos de la fidelidad. Si le pides fidelidad a un hombre, le saldrá urticaria con solo escucharlo.

—No... —comencé a decir, pero la lengua se trababa en mi boca—. Eres... un poco exagerada.

—Tú has tenido suerte —dijo levantando su copa y señalándome. En esos momentos veía dos Gabriela delante mía—. Has encontrado a tu hombre y estás con él, yo lo encontré y se va a casar con otra.

—No olvides que se casa con otra por tu culpa —atiné a decir.

—Es verdad, es mi culpa. —dijo volviéndose a sentar y dando un

buen trago de la última copa—. Voy a llamarlo.

—No creo que sea buena idea. —El alcohol había adormecido mi lengua, pero a Gabriela le había entumecido los sentidos. ¿Para qué iba a llamarlo? Ninguna llamada que sea produzca por ingerir demasiado alcohol salía bien. Ninguna.

—Le dejaré un mensaje diciéndole por última vez que está cometiendo un error y que no debe casarse. Después de eso, si sigue con la idea, me olvidaré de él.

—Es una locura. —Volví a darle un sorbo a la copa. No tenía sentido que intentara detenerla, porque ya tenía el móvil pegado a su oreja a la espera de una respuesta.

—No me lo coge —dijo en un susurro apartando el móvil de su oreja. Levanté los hombros sin saber qué decir, dijera lo que dijese me iba a ignorar.

«Hola Travis, soy yo, Gabriela, quería decirte por última vez lo que siento por ti. Te quiero, nunca te lo he dicho tan directamente, pero es absurdo que lo intente esconder más. Siempre me has gustado y he tenido miedo de que para ti no fuera más que un pasatiempo. Acabé haciendo contigo lo que temía que me hicieras y me comporté como una cualquiera. Utilicé cualquier tipo de artimañas para estar contigo y poder huir al día siguiente. Solo te pido una cosa, si sigues sintiendo por mí, si todavía crees en lo nuestro, no te cases. Por favor, no te cases con ella, los dos sabemos que no es la adecuada para ti. Travis, ni siquiera sonrías cuando estás a su lado, no creo que te haga feliz y, aunque yo no supe hacerlo, te prometo esforzarme y recompensarte para que así sea. Un beso. Adiós».

Ver así a mi amiga era más de lo que mi cuerpo estaba dispuesto a soportar. Con los vómitos y mi mal estado, estaba excesivamente sensible, cualquier cosa de nada me afectaba, y hacía que llorara un mar de lágrimas. Esto era un ejemplo de ello.

—No llores, Sandra, o yo también lo haré.

—Es imposible pararas —dije refiriéndome a las lágrimas—. Salen solas de mis ojos, no lo puedo controlar.

—Con los síntomas que tienes diría que estás embarazada. —Para ella era una broma, para mí era muy serio. Hasta ese momento no lo

pensé, o no quería pensar en ello, pero ya tenía dos faltas y estos síntomas no eran normales. Dejé la copa en la mesa, Lucca me había estado ignorando por algo, no quería decirle nada hasta saber qué narices le pasaba. No necesitaba que estuviera conmigo por obligación.

—¿Y si lo estoy? —dije entre asustada, contenta y borracha.

Mi móvil sonó y me dio un susto de muerte, ambas nos habíamos quedado en silencio, sin dejar de mirarnos, y pensando en la posibilidad de que pudiera estar embarazada. Se trataba de Lucca, y, por unos segundos, estuve a punto de no coger el maldito teléfono, pero necesitaba escuchar su voz, después de lo que acababa de descubrir necesitaba saber que estaba bien y que no se iba apartar de mí como hizo en su momento. Al fin y al cabo, podría estar esperando un hijo suyo.

—Buenas horas para llamar —dije demasiado seca y enfadada.

—Principessa lo siento, estos dos días me he ido a Siena a solucionar unos inconvenientes que surgieron con los obreros, acabaron picando una tubería, un desastre absoluto. He estado tan ajetreado que cuando tenía un hueco para llamarte me daba miedo despertarte. Antes de irte estabas enferma y quería que aprovecharas para descansar. Siento no haber podido contestar tus llamadas.

—Creí que te pasaba algo conmigo —dije comenzando a llorar de nuevo. Había sido una idiota, había una explicación y lo único que hice fue pensar mal de él. O puede que a mí me pareciera lógica su excusa gracias al vodka.

—No llores, Sandra, ¿por qué me iba a pasar algo contigo?

—Pensé que querías alejarte de mí, que ya no deseabas que me quedase contigo en Italia, no sé qué fue lo que creí.

—De eso quería hablar cuando estuvieras aquí, Sandra. No pienses que no quiero que te quedes conmigo porque es lo que más deseo en el mundo. He evitado el tema para no agobiarte mientras sacabas el curso, pero ahora es inevitable ¿Lo hablamos cuando vuelvas?

—Vale —dije entre hipidos—. ¿Por qué no me llamaste estos dos días por no molestar y ahora me llamas a las cinco de la mañana?

—Estoy con Travis y acaba de escuchar el mensaje de Gabriela. Supe

que estaba contigo y por eso me arriesgué a llamarte, no podía estar un día más sin saber de ti ni oír tu preciosa voz antes de dormirme. —Todas sus explicaciones eran realmente lógicas y sinceras.

—Soy una idiota, Lucca, me puse en lo peor.

—Tranquila, yo hubiera pensado lo mismo. ¿Cómo estás, sigues con vómitos?

—La cena parece que me ha sentado mejor, pero he estado toda la mañana y la tarde abrazada a la taza del váter.

—Cuando estés aquí te daré todos los mimos del mundo, ¿te parece?

—Te quiero —dijo en respuesta. Nada me sentaría mejor que dejarme mimar por ese macizo italiano—. ¿Qué opina Travis? —pregunté curiosa.

—Es tarde —dijo disimuladamente para que Travis no se enterara que me estaba dando información—. Tiene pensado continuar con la boda —continuó en un inaudible susurro.

—¿Y tú cómo estás?

—Te echo mucho de menos. Hablamos mañana principessa, Travis quiere entrar en otro pub.

—Hasta mañana.

Al colgar miré a Gabriela que se había sentado a mi lado para escuchar la respuesta que me daba Lucca, pero por su cara de interrogación, sabía que quería más de lo que estaba dispuesta a darle. Lo mejor sería descansar, que se nos pasara el efecto del alcohol, o acabaría haciendo algo peor que llamarle para decirle cuánto le quería.

—Recuérdame que mañana tengo que ir a la farmacia urgentemente —le dije apoyando mi cabeza en su hombro.

—Y de que me cuentes lo que sabes —dijo con un suspiro que dejaba claro lo cansada que estaba.

—Mañana.

—Sí, mañana.

Apenas dormí unas horas, la posibilidad de que estuviera embarazada no me dejó conciliar el sueño. Tenía que ir a la farmacia lo antes posible para resolver esa duda que me atosigaba. Gabriela se

levantó conmigo y me acompañó a comprar el test de embarazo. Fui sincera con ella y le conté que Travis tenía intención de seguir adelante, y ella se lo tomó mejor de lo que pensaba, en el fondo debía esperárselo.

Me hice la prueba y dio positivo. ¡Estaba embarazada! Iba a tener un hijo con Lucca. La primera idea fue llamarlo, pero me hacía demasiada ilusión ver su cara cuando se lo dijera. Gabriela no paraba de saltar de alegría y tocarme la barriga, se había adjudicado el papel de madrina y no había quien se lo arrebatara.

Dos días más tarde regresé a Roma con esa ilusión que hacía años había desaparecido de mi vida para regresar ahora con más fuerza que nunca. Tenía unas ganas locas de contarle a Lucca la buena nueva y verle la cara de felicidad que, sin duda, iba a poner. Cada vez que lo pensaba, mis manos se iban instintivamente a mi barriga y la acariciaba con cariño, habíamos creado una vida, íbamos a ser padres y eso era un motivo perfecto para montar una fiesta de celebración.

Me subí al primer taxi que quedó libre en el aeropuerto de Roma y le di la dirección del piso de Lucca. No le había avisado a la hora a la que volvía para darle una sorpresa. Y ahora que lo tenía delante de mí, que lo veía cómo besaba a otra, me arrepentí en el acto de haberme hecho ilusiones, de haber creído que esto le iba a hacer feliz y de no haber llamado. ¡Joder! ¿Cómo podía besar a nadie más? Ella le agarraba la cara con sus manos y él apenas la tocaba, pero sus labios estaban unidos, demasiado para mi gusto. No quise ver más, le dije al taxista que me llevara a la residencia, porque si seguía viéndolo el dolor que tenía en el pecho iba a ser insufrible.

Giré la cabeza y me obligué a apartar la vista de esa tierna estampa, era demasiado doloroso para seguir observando. Travis estaba parado justo enfrente, y miraba la escena igual de confuso. ¡Embustero! Ni que no lo supiera, si se pasaron toda la noche de juerga, seguro que era una de las que se ligó anoche y se estaban despidiendo antes de que su estúpida novia los pillara. Pues siento decepcionarte, Lucca Palermo, pero te he pillado y por mí puedes pudrirte. Yo sola puedo sacar a

nuestro hijo, sin tu ayuda, y sin nada de ti.

Los ojos de Travis se cruzaron con los míos y su impresión se hizo más patente que antes, su boca se abrió de golpe. Su mirada empezó a alternarse de Lucca a mí unas cuantas veces hasta que empezó a gritar. No pude escucharlo, el taxi se había puesto en marcha y pude salir de mi peor pesadilla.

Llegué a la residencia y Giovanna estaba ahí para recibirme con sus brazos abiertos como siempre, pero la ignoré por completo y fui directa a mi cuarto. Eché la llave en la puerta para evitar cualquier tipo de interrupción. Me tiré en la cama y dejé que mis lágrimas salieran al fin, ya las había retenido lo suficiente. No podía creer que me estuviera pasando esto a mí, me había mentado, había dicho que no me hablaba porque estaba liado con los arreglos del hotel, cuando en realidad, estaba liado con las faldas de esa increíble rubia.

No podía seguir aquí, la habitación se me caía encima, y pensar que mañana iba a ver a Lucca me desgarraba por dentro. Durante este tiempo había estado con otra, mientras yo soñaba con una familia perfecta, él se había ido con otra. Me estaba matando pensar en eso.

El reloj marcaba las tres de la mañana, era buena hora para salir de allí sin ser vista y sin tener que dar ningún tipo de explicación, iba a huir, no era valiente, pero era lo que necesitaba. Hice la maleta y me marché lo más sigilosa posible. No quería hablar con Lucca nunca más, no quería que me esperase, que me encontrase, o que me camelara y consiguiera llevarme a su terreno. No quería saber nada más del padre de mi futuro hijo.

En el aeropuerto llamé a Gabriela para decirle que me iba a ir a Irlanda, si volvía a York él me encontraría, y eso era lo último que necesitaba. Había petado y necesitaba una escapatoria, un sitio nuevo en el que poder respirar aire fresco y empezar desde cero. Intentó relajarme y me preguntó qué pasaba con la universidad, si me marchaba ahora echaría a perder el esfuerzo que había hecho durante estos años, pero apenas me quedaban exámenes y suspender los tres que me faltaban, no suponía suspender el curso. Ser una empollona amante y apasionada del

arte me iba a servir de algo. Tras una larga pausa me sorprendió al decir que se venía conmigo porque eso mismo era lo que quería para ella.

—Nos vemos en el aeropuerto de Dublín —dije antes de colgar.

Tardes negras

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté a Nicole.

Esa tarde había salido con Travis para despejarnos. Él tenía la cabeza echa un lío con su inminente boda y la declaración de Gabriela, y yo no podía dejar de pensar en Sandra y las ganas que tenía de darle el anillo que llevaba en el bolsillo.

Travis había ido a pillar un par de cafés cuando apareció Nicole de la nada y se tiró encima mía sin dejar de besarme. Mi boca se mantuvo cerrada, pero ella me sujetaba con sus manos fuertemente e intentaba abrírmela sin conseguirlo.

—¿Por qué no vuelves conmigo? —dijo con su cuerpo pegado al mío.

Probablemente su intención fuera excitarme, pero tras tener a Sandra de nuevo, saber lo que era estar en brazos de la mujer a la que uno amaba y con la que quería compartir el resto de su vida, lo que me producía era cierto rechazo e incomodidad.

—Aléjate de mí —dije más enfadado.

—¿No me has echado nada de menos?

—Nada —respondí con los dientes apretados.

Por el rabillo del ojo, me fijé en que Travis hacía señas y gritaba a alguien que iba dentro de un taxi. A lo mejor era que estaba obsesionado y no hacía más que pensar en ello, pero me pareció escuchar que gritaba el nombre de Sandra. Coloqué mis manos en las caderas de Nicole y la separé de mí, al principio puso resistencia, así que apreté un poco más mis manos y se dio cuenta que no era una broma ni un juego para coquetear. Conseguí que se apartara de mí y al mirarle a la cara supe que iba a montarme una de sus escenas, tenía sus ojos entrecerrados y en

su cara había mucho desprecio.

—Te ha visto —dijo Travis, al llegar a mi lado.

—¿Quién?

—Sandra, estaba en ese taxi y ha visto cómo Nicole te besaba. He intentado pararla para explicarle lo que ocurría, aunque no sé por qué mierda la estás besando, pero se ha largado.

—Me cago en la leche —solté cabreado—. Se ha tirado encima mía sin previo aviso —le expliqué a Travis—. Intenté apartarla, pero se pegó a mis labios cual ventosa.

—Tienes que explicárselo.

Eso mismo era lo que tenía pensado hacer, sin embargo, un poderoso temor se instaló en mi cuerpo. Estaba absolutamente convencido que no iba a querer escucharme, no contestaría mis llamadas y se alejaría de mí y, esta vez, para siempre.

Sacudí la cabeza para quitarme esa idea y llamé a Giovanna. Al primer tono lo cogió para decirme lo enfadada que estaba conmigo por volver hacer llorar a Sandra, respiré tranquilo, estaba en la residencia, aún no se había ido.

—Voy para allá —le dije.

—Lucca —me dijo con un tono más cariñoso que el de antes—. No soy una experta en esto, pero creo que deberías darle tiempo. Aunque vengas no va a querer verte, tampoco quiso hablar conmigo. ¿Se puede saber qué hiciste ahora?

—Vio cómo otra me besaba.

—¿Algo más? —Tenía dudas si había ironía en su voz, o si por el contrario lo preguntaba de verdad—. Es en serio, Lucca, su cara era de auténtico dolor, y aunque un beso con otra puede provocar eso, tenía pinta de que había algo más. ¿Seguro que no ha pasado nada?

—Seguro —dije sin dejar de darle vueltas a la cabeza—. Esta semana he estado liado, ya lo sabes, estuvo un poco nerviosa porque apenas pudimos hablar. Después de lo que vio, creerá que no quise hablar con ella porque estaba con otra, y que le mentí de nuevo.

Hablamos un poco más y me volvió aconsejar que le diera tiempo,

pero si se lo daba desaparecería de mi vida, y me negué a que eso sucediera porque una muchacha tonta decidiera besarme por la cara. Travis se mantuvo a mi lado mientras hablaba con Giovanna, y de vez en cuando me mostraba su apoyo al apretarme el hombro con una de sus manos. Mi mano, por el contrario, no dejaba de estrujar la caja que me había dado Julietta y la que me moriría por entregar a Sandra, rezaba porque no fuera tarde y pudiera estar a tiempo de ver el anillo en su precioso dedo.

Los días que pasé en Siena, hablé con mi abuela y le comuniqué mi intención de pedirle matrimonio a Sandra. Ella puso cara de alegría y se levantó rápidamente del sofá en el que estaba sentada para abrazarme como hacía cuando era niño.

—Tengo algo que darte —dijo antes de salir del salón en el que nos encontrábamos.

Cuando regresó noté que sus ojos estaban cubiertos por lágrimas y en sus mejillas había surcos de las que se atrevieron a salir de ellos.

—¿Por qué lloras? —le pregunté con un nudo en la garganta al verla así.

—Porque nunca te he visto tan feliz, cuando volviste de Londres pensé que ibas hacer como tu padre, que ibas a obligarte a no serlo. Él eligió a la chica que no era adecuada por miedo a ser demasiado feliz, gracias a que se dio cuenta de lo absurdo que era y decidió rehacer su vida. No quería que tú fueras igual, y me has demostrado cuán equivocada estaba. Toma —dijo mientras agarraba mis manos. En ella depositó una caja de terciopelo negra y dentro había un precioso anillo de compromiso. Nada ostentoso, sin embargo, no podía dejar de mirarlo. Era de plata con tres pequeños diamantes, giré el anillo en mis manos y en su interior había una pequeña inscripción, "*Insieme per sempre*"—. Este anillo perteneció a la familia de tu abuelo durante generaciones, cuando se arruinaron fue lo único que conservó y lo que me regaló para pedirme matrimonio. Ahora os pertenece a ti y a Sandra. —La emoción me embargaba, no podía haber anillo más perfecto que ese.

—Yo... gracias. —no sabía qué decir por culpa del nudo que tenía en

la garganta.

—Me alegro de no habérselo dado en su día a tu padre, si no, lo hubiéramos perdido para siempre. Este anillo debe de estar siempre en la familia, y sé que con Sandra lo va a estar.

—¿No se molestará por dármele a mí? —pregunté haciendo referencia a mi padre.

—Lo hablé con él y está de acuerdo. Ni él ni Elisa tienen intención de casarse, y los dos coincidimos en que eres tú quien lo debe tener.

—Muchas gracias —dije de nuevo y me abracé a ella fuertemente

Sin hacer maldito caso a los consejos de Giovanna o de Travis, me subí a la moto y fui a la residencia. Nada más entrar corrí hacia la habitación de Sandra y al intentar abrirla comprobé que estaba cerrada con llave. Toqué sin descanso, pero nadie me abrió. Insistí una y otra vez, pero seguía sin obtener ningún tipo de respuesta. Entré en mi despacho con la respiración agitada por culpa del temor que me atenazaba. Intentaba no imaginar en lo que podría suceder, intentaba alejar esos malos pensamientos y sensaciones que se instalaron en mí desde que supe que vio cómo Nicole me besaba.

Me obligué a entretenerme con el trabajo que tenía pendiente, pero nada me hacía olvidar el miedo de perder a Sandra para siempre.

Pensé en lo que haría si estuviera en su lugar y la cosa fue a peor, tuve más temor que antes porque en su lugar yo desaparecería y no me volvería a ver. No le dejaría que se explicase, la evitaría a toda costa y haría lo posible por no coincidir con ella hasta que al final volviera a York. ¿Por qué ella iba a querer escucharme?

«Por qué la amas», dijo una voz en la cabeza. «Sí, pero ella no lo tiene muy claro», respondió otra odiosa y realista voz. «¿Cómo saberlo si después de casi una semana sin hablar con ella, con lo primero que se topa es contigo besando a otra?».

Volví a insistir y toqué la puerta unas cuantas veces más, pero obtuve la misma reacción que antes y en mi cuerpo el miedo aumentaba. Puro miedo. Busqué cosas sin importancia por Internet, intentaba apartar las malditas voces de mi cabeza, pero no funcionaba. Abrí la carpeta de

música y di al play a mi lista de reproducción favorita, quizás así lograría acallar mis voces.

Pensé en cómo solucionar esta cagada tan grande, aunque no hubiera hecho nada, eso no era lo que pensaba Sandra, y si no me dejaba que se lo explicara no tenía ni idea de qué hacer para que supiera la verdad. Salí de mi e intenté habla con ella de nuevo, pero obtuve la misma respuesta, silencio.

Las esperanzas se esfumaron de mi cuerpo, no iba a escucharme, no iba a darme ninguna oportunidad para explicarme y lo más probable es que no la viera hasta que ella decidiera que había llegado el momento. Me senté en la silla de mi despacho y me puse de nuevo los cascos. La canción que sonaba en ese momento era la misma que me ponía cuando era joven y creía haber perdido a mi padre, y era la que reflejaba el futuro que me esperaba sin ella.

*I'm here without you baby
but your still on my lonely mind
I think about you baby
and I dream about you all the time
I'm here without you baby
but your still with me in my dreams
And tonight its only you and me*

Apagué el ordenador y me tumbé en el sofá que tenía enfrente de mi escritorio, estaba en la pared que daba al cuarto de Sandra, de esa manera me sentía más cerca de ella, absurdo, pero a mí me reconfortaba. Como había ocurrido desde que la conocí, me quedé dormido pensando en ella, y como sucedió la primera vez que la perdí, las pesadillas acudieron a mi encuentro.

"Sandra entraba a la iglesia en la que íbamos a celebrar nuestra boda. Estaba absolutamente radiante, una luz cegadora la iluminaba haciéndola parecer un precioso ángel. Caminaba hacia mí del brazo de su padre, me miró y su preciosa sonrisa me hizo temblar de pies a cabeza. Por fin mis sueños se iban a cumplir, iba a casarme con el amor de mi vida. A mitad de camino el suelo se abrió tragándose a los invitados, solo quedamos ella y yo. El uno frente al otro.

Noté cómo el suelo empezaba a temblar de nuevo e intenté correr a su lado para protegerla, pero mis intenciones fueron en vano, el suelo se abrió justo a sus pies. Le agarré la mano antes de que cayera, yo estaba al borde del precipicio con ella agarrada a mi mano, bajo sus pies solo había oscuridad. La miré a los ojos y le grité que aguantase un poco más que iba a salvarla.

—Te odio —me dijo—, prefiero morir antes que casarme contigo. —La agarré más fuerte con los ojos llorosos.

—No digas eso, —respondí—, te amo.

Ella soltó mi mano, me gritaba que la dejara caer una y otra vez, pero no quería hacerlo. Justo a sus pies, avisté unas manos grandes que la agarraron desde atrás y tiraron de ella. Estaba solo de nuevo como en todas mis malditas pesadillas”.

Abrí los ojos asustado y me senté en el sofá en el que me había quedado dormido. Pasé una de mis manos por la cara y noté que estaban mojadas por culpa del sudor que me provocaban los dichosos sueños. Pareció demasiado real, como si mi subconsciente me quisiera avisar del futuro que me esperaba.

Salí del despacho desesperado porque se cumplieran mis pesadillas, debía verla, que me dijera que nada de eso era verdad, que deseaba casarse conmigo y que jamás me iba abandonar.

Suspiré aliviado al comprobar que la puerta estaba abierta y la empujé con ganas de estrecharla entre mis brazos y que la calma volviese a mi cuerpo, pero lo que encontré tras ella no era lo que esperaba y me rompió en mil pedazos. Se había ido. Busqué por su habitación, en el baño, en los armarios y debajo de la cama. No estaba. Ni una simple nota. No había rastro de ella. Parecía como si nadie hubiera vivido en esta habitación durante el curso.

Regresé a mi despacho, cogí mi casco y las llaves de la moto y fue a buscarla. No sabía dónde demonios mirar, pero si era necesario recorrería el país entero para traerla de vuelta. Eché un vistazo por los alrededores de la residencia, por si la cogía justo saliendo de allí, miré cerca de la universidad y en la Galería, por si había quedado con alguien, pero ni rastro de ella.

Me paré en un semáforo y no dejé de mirarlo, como si así pudiera hacerlo cambiar de color. Pensando que cuanto más tiempo pasara quieto por culpa de un semáforo, más ventaja tendría ella para ir a dios sabe dónde. Como si mis miradas hubieran funcionado, este cambió de color y aceleré para encontrarla lo antes posible.

Sin haberlo visto siquiera, un coche se saltó un stop y colisionó contra mi moto, me tiró de ella y deslicé por un buen tramo de carretera, hasta que mi cabeza golpeó contra un muro y perdí el sentido al instante.

Desperté en una furgoneta con dos personas a mi alrededor, una de ella sujetaba una máscara en mi boca y movía los labios, parecía hablar conmigo, pero yo no podía escuchar nada. Otro me cogió el brazo y colocó una bolsa de líquido transparente a mi lado. Mis ojos empezaron a cerrarse y volví a ver negro. Sentía cómo el aire abandonaba mi cuerpo, no podía respirar, y supe que iba a morir.

El último pensamiento de Lucca fue para Sandra, para su verdadero y único amor, para la persona que más había querido en el mundo y la única que había conseguido hacerle feliz.

«Sandra nunca lo va a saber, nunca va a saber la verdad. La amo y no puedo estar con nadie más que no sea con ella e, ironía del destino, ahora ni siquiera podré estar con ella».

—Su corazón ha dejado de latir —dijo uno de los chicos que iba en la ambulancia con Lucca.

TERCERA PARTE

Vivir sin ti es posible, sin mayor dificultad, vivo porque tengo un nombre, un número de cuenta y mi carnet electoral, vivo porque así le llaman a ese combustible absurdo de moverse por ahí, vivo como lo hacen todos, vivo porque algunos creen que es abrir los ojos, vivo, aunque me muero a diario porque tú ya no estás.

(Ricardo Arjona).

Muchas dudas, secretos y resentimiento

Irlanda. En la actualidad.

Contra todo pronóstico las cosas nos habían ido bastante bien en Irlanda. A los pocos meses de llegar, conseguí trabajo en la Galería Nacional de Irlanda, un lugar mágico. Cada vez que iba a trabajar, me perdía en las historias que transmitían los cuadros, las hacía mías y creaba nuevos argumentos donde estaba él, siempre él.

Gabriela abrió su propia pastelería especializada en cupcakes en la que ayudaba algún día que otro, y había tenido una preciosa niña llamada Julieta. Debía reconocer que era idéntica al padre y, con solo mirarla, el rostro de Lucca aparecía ante mis ojos. Lo echaba mucho de menos, aunque la parte positiva era que había podido continuar mi vida sin él.

—Buenos días —dije al entrar en la pastelería de mi mejor amiga. Gabriela estaba detrás de la barra con una radiante sonrisa en la cara, era el efecto que le causaba ver a su ahijada.

—Hola —dijo saliendo de su puesto de trabajo y yendo directamente hacia la niña que, como si supiera lo que iba a suceder, se puso a aplaudir y a reír como una loca—. ¿Cómo está mi pequeña alegría? —preguntó.

—Me gustaría tomar un café, gracias —dije para molestarla porque desde que cogió a la niña no prestaba atención a su trabajo.

—No puedes traerme a esta hermosa muñeca y pretender que trabaje, es imposible.

Estuvo un pequeño rato con Julieta, antes de volver a su puesto. Me senté en una mesa alejada de las demás, saqué un libro dispuesta a

evadirme de lo que me rodeaba y esperé a que me trajera el café. Julieta se quedó dormida casi al instante, y pude disfrutar de un poco de tiempo para mí.

Al levantar la cabeza del libro, fui consciente del tiempo que pasé enfrascada en la lectura, perdiéndome en ese mundo que la autora Lysa Kleypas había creado para aquella persona que estuviera dispuesta a leer sus novelas. No me había enterado de nada de lo que ocurría a mi alrededor, cuando llegué la cafetería no estaba tan llena, ahora mismo no había ni un alma. Cerré el libro, lo guardé en mi bolso y le eché un vistazo a la pequeña que seguía dormida en su carrito. Le hice una seña a Gabriela y le pedí que me trajera una de sus deliciosas magdalenas, en concreto la que hacía con buttercream de kit-kat.

Me comí la magdalena lentamente, saboreándola, y disfruté de este delicioso pecado, saltarse la dieta que nunca cumplía era lo que tenía, que podía disfrutar de estos caprichos más que antes, aunque nunca me los haya quitado porque mi ansiedad podía más que mi voluntad. Estaba terminando mi té, cuando la conversación que tenían dos hombres sentados en la mesa que estaba frente a mí captó mi atención.

—Esta joya puede costar unas 20000 libras. —Escuché decir. No quería ser cotilla, pero esa cantidad desorbitada de dinero fue lo que me obligó a seguir escuchando. Parecía que observaban algo encima de la mesa y me encantaría saber de qué se trataba. ¿Qué puede costar tanto? ¿Un coche? ¿Una casa? ¿Un cuadro?

—¿Qué hombre —dijo mi amiga a mi lado.

—¿Quién?

—El que tienes justo enfrente tuya, es demasiado atractivo. Es el típico hombre que lo ves y dices “soy tuya”.

—Estás demasiado salida —dije riéndome fuertemente. El chico en cuestión se giró para saber quién era la causante de tal escándalo y pude sentir cómo mis mejillas se tiñeron de rojo y comprobé que lo que me decía mi amiga era una gran verdad.

No es de esa clase de hombre que al verlo piensas, “*se lo presentaría a mis padres*”, es más bien del tipo “*tendría una noche loca contigo sin*

pensármelo". Tenía el pelo negro oscuro y corto, su piel parecía estar bronceada, no tan blanca como la mía que parecía repeler el sol, y unos ojos marrones que no dejaron de mirarme.

—Te lo dije —me susurró mi amiga en el oído.

Él me lanzó una seductora sonrisa, como si supiera el dilema por el que me estaba haciendo pasar, consciente de que sería capaz de desnudarme aquí y ahora si así me lo pidiera, y se volvió para seguir hablando con su acompañante.

—Guau —conseguí decir en un susurro.

—Exacto —respondió Gabriela.

Permanecí un rato más sentada, hasta que decidí que había mirado la espalda de ese hombre lo suficiente como para recrearme en mis solitarias noches y me levanté para marcharme de esa cafetería antes de cometer una locura, como pasar mi lengua por la nuca del chico. Al colocar las sillas para pasar con el carro de la niña, vislumbré por el rabillo del ojo lo que los tenía tan entusiasmado, y es que se trataba nada más y nada menos que de una auténtica joya de arte.

Un cuchillo de oro perteneciente a los Tudor, en el mango había incrustados diamantes rojos y verdes, y valía más de 20000 libras. Otra de las cosas que debería tener en cuenta el comprador es que no estaba en venta, se encontraba en The Wallace Collection, uno de los más prestigiosos museos de Londres. Estaban estafando al bombón de chocolate.

Fui directa a la barra y le pedí a Gabriela un papel y un bolígrafo para escribirle mi teoría a ese hombre que despertó cosas que llevaban dos años muertas. Por lo menos el deseo que hacía tiempo que no lo sentía por nadie. Iba a arriesgarme, a lo mejor se acababan burlando de mí, pero no podía irme sin decirle nada o mi conciencia me impediría dormir.

"Puede que esté metiendo la pata y sea demasiado entrometida para mi bien. Sin embargo, no me iría de aquí tranquila sin decirte que ese cuchillo no solo no cuesta 20000 libras, sino que, además, no está en venta. En caso de que me esté equivocando puede romper la nota".

Antes de acercarme a la mesa, mis piernas titubearon unos segundos. ¿Y si me estaba metiendo en donde no me llamaban? Borré todas mis dudas de la cabeza y me arriesgué a darle la nota pese a que hiciera un ridículo espantoso.

—Mi número —dije guiñándole un ojo de manera atrevida al acercarme. Coloqué la nota doblada encima de la mesa y lo deslicé hacia su mano. Él me miró con el entrecejo fruncido y me pareció aún más atractivo que antes. Dios mío, le besaría allí mismo si fuera un poco más atrevida. Por culpa de ese pensamiento, me quedé mirando sus labios más de la cuenta y él debió notarlo, porque se mordió el inferior de manera muy, pero que muy, muy seductora.

—Te llamaré —dijo al mirarle de nuevo a los ojos. Miré hacia su compañero y vi que no nos estaba mirando así que aproveché para decirle con un movimiento de labios “*Léelo*”. Eso debió de alimentar su curiosidad porque en pocos segundos empezó a desdoblar la nota.

Más tranquila, al pensar que había salvado a ese hombre de una gran estafa, regresé a la barra y me despedí de Gabriela. Sin embargo, antes de irme, noté la mirada de aquel tipo fija en mí, lo que me obligó a mirarlo de nuevo, era por eso y no porque tuviera ganas de volver a verlo. El atractivo Volver a respirar me hizo un gesto de asentimiento, a modo de gratitud, y se lo devolví antes de irme de la cafetería.

Anduve por las calles de Dublín sin un rumbo fijo, simplemente me perdí entre ellas y su gente, miraba tiendas y compré más de una cosa innecesaria para Julieta, pero es que la ropa de niña me volvía loca, había cosas monísimas. Estuve el paseo entero torturándome con el maldito hombre de la cafetería, sin embargo, cuando en mi mente la cosa empezaba a ponerse picante, era la cara de Lucca la que me imaginaba y no la cara que debería dibujar en realidad.

Me fui de Italia sin decirle que estaba embarazada, tampoco sabe que decidí tenerla, ni que ya nació nuestra hermosa niña rubia, con grandes ojos verdes y que ahora iba dormida en el carro que empujaba. Muchas veces pensaba en coger el teléfono y contarle por lo que había pasado estos dos años sola, que había sido padre y que si quisiera podría

ejercer como tal, pero enseguida rechazaba la idea. Se lo había puesto difícil al irme a otro país, cambiar de número y empezar de cero sin dejar rastro, pero estaba segura de que si él quisiera me habría encontrado, y no ha ocurrido. Debía de interpretar eso como una señal clara de que no quería saber nada de nosotras, o por lo menos de mí, porque de Julieta no sabe nada.

«Eres una egoísta, Sandra. Es imposible localizarte, no lo has puesto fácil que digamos, y mientras tú rehaces tu vida, él vive sin saber que has tenido una hija suya», decía esa voz en mi cabeza que nunca conseguía acallar.

La sonrisa que tenía en mi mente fue desapareciendo poco a poco de mi rostro, a medida que mi subconsciente me decía las verdades, la sonrisa era sustituida por un gesto agónico. Un enorme nudo se instaló en mi garganta y me asfixiaba con cada paso que daba. Cada vez que pensaba en él me ocurría lo mismo, mis manos sudaban y temblaban, mi vista se nublaba por las lágrimas y el nudo de mi garganta no desaparecía durante unas cuantas horas. Era como si el mundo me quisiera hacer consciente de que, aunque él no se portó nada bien, yo no lo hice mucho mejor, al contrario, caí más bajo si cabe, cuando se entere de que tiene una hija no le haría ni pizca de gracia no haber estado a su lado ni disfrutar de ella.

Llegué a casa y coloqué a Julieta en la cuna, que continuaba con su sueño e ignoraba mis conflictos internos. Me di una ducha rápida, me puse unos pantalones de pijama de Batman y una camisa suelta típica de estar por casa y me tumbé en el sofá. Puse la televisión y busqué alguna película interesante que ver, estuve mirando entre canal y canal hasta que vi que emitían la película de Superman que interpretaba Henry Cavill. No era de mis favoritas, es más, ni siquiera me gustaba las películas de ese superhéroe, pero a falta de cualquier cosa mejor era lo que tocaba. Una pequeña sonrisa se instaló en mi boca al pensar en Lucca y en las bromas que me gastaría por verme así, o por el último pijama de los X-Men que le compré a nuestra pequeña.

A las nueve de la noche mis tripas sonaron y fui a la cocina para hacerme un sándwich, y en todas esas horas, Lucca no se había alejado

de mi jodida mente. Desde esta mañana, en la que sentí que al fin podía olvidarlo, había regresado con más fuerza que nunca y no tenía ni idea de qué demonios hacer con eso. Parecía como si nunca pudiera conseguirlo, era raro, las personas lo dejaban con sus parejas y rehacían su vida, ¿por qué a mí parecía costarme tanto? Coloqué el sándwich en un plato, al lado puse tres galletas de chocolate y me serví un vaso de leche bien fría. Fui con la bandeja al salón, para seguir viendo la película, y en pocos minutos había terminado con mi deliciosa cena.

Al cabo de un rato, los ojos empezaron a cerrárseme solos, no quería dormir, sabía lo que eso suponía, pero mi cuerpo estaba demasiado exhausto como para aguantar más horas sin intentar descansar.

Abrí los ojos asustada, sudorosa, y cansada de que las malditas pesadillas no me dejaban dormir. Se repetían cada vez que pensaba en él, que solía ser muy a menudo y siempre era lo mismo. Al fin rehacía mi vida, no era la persona infeliz que he sido desde que me marché de Italia, y no paraba de reír junto a un nuevo y atractivo hombre. Él quería a Julieta y la niña era feliz, pero de la nada, Lucca aparecía como si fuera un fantasma. No decía ni hacía nada, solo se quedaba delante mía sin decir nada, y sus ojos reflejaban dolor. Lo que yo interpretaba como que esa imagen, la mía y la de Julieta con otro, le provocaba dolor.

Mi respiración era más pesada de lo normal, me dolía cada vez que mi pecho subía y bajaba. Me levanté del sofá y fui a mirar a Julieta, que descansaba plácidamente en su cuna. Bebí un poco de la botella de agua que siempre tenía en mi mesilla de noche y me acosté en la cama con mis manos aún temblorosas, mi cuerpo sin parar de sudar y mi estómago no dejaba de retorcerse.

«¿Qué demonios pueden significar esos malditos sueños?», me pregunté pasando mis manos temblorosas por mi cara.

Quizás la solución fuera hablar con él, puede que no haya podido pasar página porque no he escrito el final de este capítulo. No lo he hecho porque no le he contado lo de Julieta, porque no le he pedido explicaciones sobre lo que me hizo y con tantas dudas, secretos y resentimiento, es imposible seguir hacia delante.

*«¿Se sentirá él igual?», pensaba sin dejar de dar vueltas en la cama.
«¿Me recibirá bien cuando me vea, o, por el contrario, lo veré feliz en brazos de la
despampanante rubia?».*

Dilemas

Tras pasar una noche de mierda, en la que no había podido pegar ojo, mi odiado y maldito despertador sonó. Hice un esfuerzo sobrehumano para levantarme de la cama, porque de otra manera me habría pasado el día acostada y sin descansar. Antes que nada, le di el desayuno a Julieta que volvió a quedarse dormida en cuanto se comió la última cucharada de la papilla y aproveché para ir al baño. Al ver mi reflejo en el espejo, me quedé absorta ante la imagen que reflejaba, no podía creer que esa fuese yo. Tenía las ojeras muy marcadas, mi pelo rubio demasiado alborotado, mis ojos reflejaban una mirada triste y mi sonrisa era incapaz de hacer acto de presencia. Me desnudé sin dejar de mirarme, me toqué el tatuaje que llevaba en mi costado derecho, e inevitablemente unas lágrimas se escaparon de mis ojos.

Los recuerdos me volvieron a golpear y, una vez más, una fuerte quemazón se instaló en mi pecho y en mi corazón. Mi mente me trasladó de nuevo al lado de Lucca, a nuestro encuentro en el hotel de Siena, en la piscina, en su habitación, en nuestros paseos en su moto, el cine... Solos él y yo. Y ahora estaba Julieta, pero sin él.

Abrí la ducha y el agua que me caía sobre la cara ocultaban las lágrimas que no dejaba de derramar. Había creído superar su ausencia, me creí capaz de olvidarlo, y creer eso no fue más que una ilusión.

Me vestí sin prestar mucha atención a los detalles, a si estaba conjuntada o simplemente a si me quedaba bien. Me puse unos sencillos jeans, una blusa básica verde militar y una bomber beige. Unas sencillas bailarinas y un bolso del mismo color que la blusa complementaban el conjunto.

Regresé al baño para maquillarme las enormes marcas negras de

debajo de mis ojos. Intenté dejarme lo mejor posible y ocultar a ese oso panda que se había apoderado de mi cara. Me hice la raya del ojo con un eyeliner y le puse un tono rosa claro a mis labios.

Dejé a Julieta en la guardería y me acerqué a la pastelería de Gabriela para pedirme mi amado café mañanero, esta vez para llevar, iba con el tiempo justo. Durante el trayecto hacia el curro me tomé el delicioso café que solía valer para activar mi mente en días caóticos, pero hoy parecía no funcionar porque todas las personas que se cruzaban en mi camino, fuesen hombres o mujeres, tenían sus ojos, su sonrisa, o simplemente me parecía verle a él.

«Basta ya, Sandra», me dije a mí misma. «Así no vas a poder olvidarlo nunca, lo mejor que puedes hacer es rehacer tu vida. ¿Por qué no comienzas con ese hombre tan atractivo al que ayudaste ayer?».

Sería genial volver a salir con alguien, disfrutar de risas cómplices, el tonto de despedirse sin saber lo que ocurriría después. Disfrutar de ese primer beso, de esas mariposas en el estómago, y los nervios por si llama o envía cualquier mensaje. Necesitaba una cita, después de esta noche, del sueño y los pensamientos que me habían atormentado, lo mejor para despejarme sería quedar con el buenorro de ayer.

Terminé exhausta de la jornada de hoy, por querer despejarme no había parado y hacía tareas que ni siquiera me correspondían, pero cualquier cosa con tal de mantenerme ocupada. Salí del trabajo y fui a comer con Gabriela que, después de verme esta mañana, me obligó a quedar con ella para contarle por qué narices tenía una cara de muerto viviente. No quería decirle la verdad, sabía que me iba a esperar un buen sermón y con razón. Después de dos años seguía con la misma cantinela de siempre, hacía ver al mundo entero, incluso a mí misma, que ya me daba igual, pero la realidad era bien distinta, no me daba igual y seguía pensando en él casi a diario.

Entramos en un típico pub irlandés que a ambas nos encantaba, si no lo conocías, probablemente fueras reacio a entrar en el local por el estilo que tenía. La entrada iba precedida de dos enormes portones marrones que apenas te permitían ver lo que había dentro y la cristalera

de los laterales eran oscuras. En su interior, las sillas eran de madera tallada, al igual que las mesas, con símbolos clásicos de Irlanda, como es el arcoíris, leprechaun, el trébol, o la herradura. La barra, de la misma madera, también estaba tallada con los símbolos y en el centro de ella ponía Irish Pub, el nombre, nada currado, del local.

Nos atendió un amable camarero, como la mayoría de los irlandeses, y me pedí una buena hamburguesa con su ración de patatas y ensalada, y para beber una Coca Cola. En cuanto el camarero se fue con nuestro pedido anotado, Gabriela me miró directamente, con sus ojos en una fina línea y me dejó claro que era hora de soltar lo que llevaba dentro. Y lo más importante, debía contarle el dilema que tenía ahora, o rehacía mi vida, o iba en busca de Lucca para serle sincera y cerrar así las puertas y ventanas que parecían abrirse solas y sin permiso alguno.

—¿Qué ocurre, Sandra? —preguntó al ver que no soltaba prenda.

—Lo de siempre —dije con un claro suspiro de cansancio.

—Lucca, siempre Lucca. —Me miró a la cara, con su dulce sonrisa y en su mirada pude leer *«te dije que esto iba a pasar»*.

—Creí poder seguir adelante, pero no es así. Cuando ayer vi a ese extraño y sexy hombre en tu cafetería, me alegré, por primera vez sentí atracción por alguien, pero en cuanto pasó, Lucca retornó en mi mente con más fuerza que nunca.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó seria y sin apartar su mirada de la mía.

—Estoy pensando volver a Italia. Antes de que me interrumpas, déjame continuar —dije al ver que tenía intención de hablar—. Necesito decirle a Lucca que tenemos una hija en común, saber cómo está, qué ha hecho durante estos dos años, y así poder cerrar este ciclo de mi vida. Simplemente lo necesito, no puedo continuar así, creí que sí, pero a la vista de los últimos acontecimientos, está claro que no.

—Voy contigo, lo sabes ¿no? —preguntó cogiendo una de mis manos. Asentí con la cabeza sin poder continuar porque la emoción no me dejaba—. Entiendo que estés así y, aunque no me gusta regodearme —dijo con una sonrisa maliciosa— te avisé que esto podía ocurrir.

—No es nada fácil.

—Por eso voy contigo, te ayudaré y te apoyaré pase lo que pase.

—Gracias.

El camarero nos interrumpió al dejar nuestra comida en la mesa y, al ver la hamburguesa, mis tripas empezaron a sonar de pura alegría. La cogí con ansias y le di un buen mordisco, suspirando de placer al saborear la deliciosa carne. Durante el almuerzo cambiamos de tema, y se lo agradecí a mi amiga en silencio, necesitaba un respiro para aclarar poco a poco mis dudas y durante el almuerzo, prefería pensar en otras cosas y disfrutar de la comida.

—Tengo que pedirte perdón —dijo Gabriela de repente.

—¿Por qué? —pregunté tras tragar el trozo de hamburguesa que tenía en la boca.

—Esta mañana pasó el chico de ayer, el de la estafa —aclaró— y me dijo que quería localizarte. Sabes que no me gusta dar tu número de teléfono, y menos sin que lo sepas, pero creí que sería bueno para ti volver a tontear con alguien. Después de verlo, me quedó claro que quería darte algo más que las gracias —terminó de contarme.

—No pasa nada —respondí restándole importancia.

—¿Por qué no lo intentas?

—¿El qué?

—Tener una cita.

—Puede que lo haga. —Ninguna de las dos creyó que eso fuera a pasar y mi amiga tuvo la delicadeza de no decir nada ni insistir en ello.

«Quizás no te venga mal», decía la dichosa voz de mi cabeza. «Va siendo hora de que salgas al mercado, luzcas tu hermoso cuerpo y disfrutes del tonteo con un hombre. No es sano estar tanto tiempo sola, sin hablar con un chico, sin besarle, sin hacer el amor, no es sano», insistía mi jodido alter ego.

Tras el almuerzo, acompañé a mi amiga a su cafetería y fui a recoger a Julieta a la guardería. Antes de llegar a casa, dimos un hermoso paseo por el parque y regresé más rendida de lo que creí que nunca.

Me tumbé en el sofá, con el portátil encima de mis piernas, y continué trabajando un poco más, para no pensar en otra cosa. Dentro de

poco entraría en el museo unas obras de arte demasiado valiosas y me tenían ensimismada y excitada a la vez. Con todo terminado y con Julieta dormida, al fin me tumbé en el sofá para descansar un poco. Se me había quedado el cuello y la espalda doloridos por estar trabajando en el sofá, en una postura de lo más incómoda y en cuanto me estiré, sentí cómo mis músculos se quejaban por haber estado así demasiado tiempo.

—¿Sí? —pregunté con voz soñolienta. Había caído dormida a los pocos segundos de estirarme en el sofá y me desperté por culpa del móvil.

—Hola —dijo una voz sexy y varonil al otro lado del auricular—. Puede que me haya equivocado —su voz me atraía de la misma manera que hacían las sirenas con los marineros. Me senté en el sofá con las piernas encogidas en una placentera posición de yoga, tendía a ponerme en esa postura cuando estaba nerviosa—. ¿Eres Sandra?

—Sí —conseguí decir tras un largo silencio, o por lo menos a mí me pareció eterno.

—¿La misma Sandra que me liberó de ser estafado? —preguntó de nueva la voz. Al saber que era el chico sexy de la cafetería me puse más nerviosa y contesté con mi recurrido monosílabo.

—Sí.

—Siento llamarte, pero tu amiga me dio tu número y no podía esperar otro día más. ¿Te pillo en un mal momento?

—No, no te preocupes. —Parecía que mi voz decidió volver a mí, ahora solo quedaba recuperar mi cordura—. ¿Ocurre algo?

—Nada, bueno... A ver nada no, es solo que estaba pensando en ti y he tenido que llamarte —dijo como si estuviera sopesando qué decir, y su respuesta, o más bien su voz, provocó un cosquilleo en mi cuerpo.

—Oumm. —Hice una pausa para tranquilizarme y para no tartamudear—. Pues, hola —dije sin saber cómo entablar una conversación con un Volver a respirar. Hacía mucho tiempo que no ligaba y había perdido las formas.

—No he podido dejar de pensar en la manera que mirabas el cuchillo que trataban falsamente de vender, en cómo se te iluminaban los

ojos, y eso alimentó mis ganas por conocerte. ¿Te parece bien quedar mañana por la noche?

—No estoy segura —respondí pensando en Julieta—. Tengo una niña y si nadie se queda con ella, no creo que pueda.

—¿Cuál es el problema?

—Has estado tan pendiente en venderme la moto, que no me has escuchado —dije cortante. Está claro que este tío va a lo que va y no se conforma con un no como respuesta—. Tengo una hija.

—A lo mejor te crees que soy como los demás, pero te confundes de pleno. Te he escuchado y sigo sin saber cuál es el problema. ¿No admiten niños en los restaurantes? —su pregunta irónica consiguió sacarme una sonrisa.

—Pensé que podía molestarte que la llevara conmigo.

—Para nada, es una parte de ti y me encantaría conocerla, al igual que me gustaría conocerte a ti, Sandra.

—Entonces nos vemos mañana, ¿dónde? —conseguí decir.

—¿En la pastelería de tu amiga a las nueve? Desde allí podemos ir a donde más se nos apetezca. ¿Eres de gustos sencillos o refinados?

—Demasiado sencillos —respondí entre risas—. Con una pizza, hamburguesa, o en su defecto kebab, soy feliz.

—Me lo imaginaba y me alegro, porque no soporto a las repipis que necesitan un restaurante de cinco tenedores y consideran que los que tienen menos son un antro.

—Yo tampoco —dije entre carcajadas—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Sandra.

Me levanté del sofá, revisé que Julieta estuviera bien, y me acosté en la cama completamente agotada. Anoche había dormido una hora contada y no del tirón, sino de manera interrumpida, por lo que ahora mi cuerpo me pedía un merecido descanso y pensaba hacerla caso, ya pensaría en la conversación que acababa de tener cuando me despertara con la mente más fresca y activa.

Estaba en un pub irlandés riquísimo al que nunca había ido, pero cada vez que pasaba por delante me apetecía entrar. Sentado frente a mí, había un hombre

increíblemente atractivo con unos ojos oscuros que conseguían atravesar mi cuerpo. De piel morena, pelo oscuro, sonrisa blanca y perfecta. Mi cuerpo estaba excitado, pero una gran parte de mí sabía que no era por él.

Alguien no dejaba de mirarme desde el otro lado del pub, esa persona que conseguía sacudir mi cuerpo con solo una sonrisa. La misma que hacía que mis manos temblasen de las ganas que tenía de tocarlo, igual que me sucedía con las obras de arte.

Paseé mi mirada por el local, el hombre atractivo me hablaba, pero mi mirada estaba perdida con ganas de dar con él. Lo encontré sentado en un enorme sillón tapizado en cuero rojo, a pocos metros de distancia y nuestras miradas se engancharon. Él se levantó de su asiento y se acercaba, con paso lento y firme.

Me agarré a los apoyabrazos de mi asiento para no correr a su encuentro, y le aparté la mirada, la dejé centrada en mi acompañante, aunque a mí solo me interesaba el hombre que estaba cada vez más cerca, podía sentirlo por mucho que evitara mirarlo.

Se acercó a mí y pegó sus labios a mi oreja, mi cuerpo tembló por culpa del deseo y la excitación, que fue a peor en cuanto su aliento rozó mis mejillas.

—Ti amo —susurró a mi oído.

Desperté igual de asustada que la noche anterior, los sueños cada vez parecían más reales, como si lo estuviera viviendo de verdad, parecía escuchar su voz, pero obviamente me estaba volviendo loca, no era más que un sueño y yo no podía ni sentirlo, ni escucharlo, ni nada.

«Si la cita no sale bien me vuelvo a Italia», me dije a mí misma, como si eso pudiera tranquilizarme.

Grandes e importantes decisiones

Los nervios no me daban tregua, amanecía con un nudo en el estómago que no desaparecía, apenas comía y mi cuerpo no dejaba de temblar desde el dichoso sueño. Además, había quedado con un hombre al que no conocía, por no saber, no sabía ni su nombre, pero, por mucho que mi corazón dijera que no, quedé con él. En cuanto se lo comenté a Gabriela, se ofreció a quedarse con la niña para que tuviéramos intimidad y pensar en eso me ponía más mala.

—Tranquilízate —dijo mi amiga—. Si sigues así de nerviosa obviamente saldrá mal. Acabarás por tirarle una copa, o le estornudarás en la cara, o le clavarás un tenedor sin querer. —En un descanso del trabajo, me acerqué a la cafetería a desayunar y me arrepentía de haberlo hecho.

—¿Cómo narices le voy a clavar un tenedor sin querer? —le dije asustada de que pudiera hacerlo, con lo nerviosa que estaba cualquiera sabría, y si a eso le sumas lo patosa que soy, pues había posibilidades de que eso ocurriera.

—¿Quieres parar ya? Así de nerviosa no vas a poder echar ni un mísero polvo.

—Es que no sé si quiero echar un polvo.

—¡Dios mío de mi vida! —exclamó—. No has estado con nadie desde que nos fuimos de Italia, ¿cómo no vas a querer volver a tocar a un hombre? —preguntó Gabriela exasperada.

—Porque temo borrar su recuerdo —confesé en un ataque de sinceridad.

—Jamás borrarás su recuerdo, un amor como ese solo ocurre una vez en la vida, y eso si tienes suerte de encontrarlo. Así que por mucho

que lo intentes, no podrás olvidarte de él.

—¿Lo dices por experiencia? —Ella me miró y asintió—. Solo te digo una cosa, si sale mal voy en su busca —dije en referencia a la cita.

—¿Y si lo que te encuentras en Italia no es lo que deseas? —preguntó con los ojos abiertos de par en par. Tanto ella como yo éramos conscientes de que iba a regresar a Italia, que la cita no saldría como esperaba y que tendría que hacer frente a mis miedos. Al verle la cara, comprobé que estaba más asustada que yo.

—Me he imaginado mil y una escenas entre las que están que no quiera verme, que esté casado con otra y tenga hijos con ella, que no reconozca a Julieta... y todas me hacen saber que, pase lo que pase, necesito eso para seguir adelante.

—No te portaste muy bien. —Ahora era el turno de la sinceridad de Gabriela. Le devolví la mirada, con mis hombros y cabeza gachos en señal de derrota—. Viniste aquí y cambiaste tu número de móvil para que no pudieran contactar contigo, no has vuelto a York desde entonces, y has evitado que tu dirección o número de teléfono saliera en ningún sitio. En resumen, no se lo pusiste fácil, ¿crees que él lo hará?

—Quedarme aquí sentada sin saberlo no es la solución.

—¿Por qué te excusas en la cita? —La miré para que continuara, porque no sabía qué responderle—. ¿Por qué no la cancelas y vas a buscarlo?

—¿Y si resulta que puedo ser feliz sin él? —le dije sin terminar de creerme esa absurda explicación. Gabriela me miró con la ceja levantada y supe que había dicho la mayor estupidez del mundo. Después de dos años en el que no había mantenido ningún tipo de contacto con él y había sido imposible olvidarlo, salir con alguien no sería la solución.

Me quedé cinco minutos más en la cafetería y volví al trabajo, nada me hacía olvidar a Lucca salvo mi trabajo, amaba el arte y conseguía distraerme cuando más lo necesitaba. Aunque a veces nos viera en algunos cuadros, o esculturas, o jarrones. Pensándolo bien puede que no me hiciera olvidarlo, pero sí que me mantenía distraída. Estaba delante del ordenador, mirando la programación de la reforma de un valioso

cuadro y hablaba por Skype con su propietario para cuadrar los días, cuando mis dedos se posaron sobre el teclado, abrieron la página de Ryanair y compré un billete a Roma para esa misma noche.

Gabriela tenía razón, era absurdo excusarme en la cita cuando no quería quedar, ni rehacer mi vida, tenía claro lo que quería y era hablar con él. Si no podía ser, por lo menos pasaría página a sabiendas de que él ya era consciente de que tenía una hija, pero los “y si” de lo que pudo ser y no era por mi culpa, me torturaban cada noche.

Al salir de trabajar fui directa a mi casa para hacer las maletas, mi amiga se había comprometido a recoger a la niña y cuidarla para prepararme y eso era lo que iba a hacer, solo que en vez de a una cita, me iba a Italia. Me imaginé la cara que se le iba a quedar cuando apareciera en su casa con las maletas y le confesara otra de las locuras que estaba a punto de cometer. Me reí sola, cual loca, mientras iba por mi piso recogiendo lo que tenía que llevar para el viaje.

Me imaginé la cara de Lucca y una sonrisa bobalicona se escapó de mis labios. ¿Sería capaz de perdonarme? De eso no estaba segura, pero sí que necesitaba hacer este viaje antes de que siguiera malgastando mi vida. Me acordé de la familia de Lucca, a ellos también les debía una disculpa, me abrieron las puertas de sus casas, de sus corazones, y me marché sin dejar que ellos se pusieran en contacto conmigo, fue de muy mal agradecida por mi parte. Cuando se enterasen que se habían perdido casi dos años de la vida de Julieta, menos me iban a perdonar.

Esa seguridad que creía que tenía, se esfumó en cuestión de minutos. Empezaba a dudar sobre lo que iba a hacer, pero me negaba a dar marcha atrás, era lo correcto, seguramente los dos lo necesitáramos, aunque fuera nuestra una última conversación.

Caminé hacia casa de Gabriela con piernas temblorosas, parecía que me sostenían dos palos de mantequilla y estaban a punto de tirarme al suelo. Gabriela no me preocupaba, ni temía su reacción, pero después de recoger a Julieta debía ir al aeropuerto y de ahí a Italia, se acercaba el momento y a eso sí que le temía.

Gabriela abrió la puerta con Julieta en brazos, su cara no era de

sorpresa y parecía que me estuviera esperando. La miré sin saber por dónde empezar y ella me tranquilizó con su dulce y reconfortante sonrisa.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó sacando una maleta del otro lado de la puerta—. No me mires así, Sandra, nos conocemos desde que éramos pequeñas, así que cuando esta mañana viniste a contarme tus planes, supe que no ibas a esperar a mañana.

La abracé incapaz de hablar, tenía tanto que decirle y mucho más que agradecerle, que no sabía cómo hacerlo. El gesto que había tenido me conmovió enormemente y si a eso sumamos los nervios que tenía por lo que pudiera suceder en Italia, la respuesta eran millones de lágrimas recorriendo mi cara.

—Tranquila, Sandra, tú lo harías por mí. —Asentí con la cabeza que mantenía escondida en el hueco de su cuello—. He estado pensando y, tras darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que lo mejor será que cuentes con alguien pase lo que pase. —La abracé más fuerte y me quedé unos minutos más ahí, resguardada en su abrazo.

En Italia me deparaba un futuro incierto y tener a Gabriela iba a ser un gran apoyo porque en el caso de que me rechazara, tendría su hombro para llorar, y si me seguía queriendo, se alegraría igual o más que yo.

Llamamos a un taxi para ir al aeropuerto y, una vez allí, fuimos al mostrador de Ryanair y compramos otro billete con destino a Roma. Tuvimos muchísima suerte, porque quedaban asientos libres en el mismo vuelo que había comprado y no tendríamos que separarnos. Embarcamos las maletas y, al tener que dejarlas unas horas antes, fuimos a una cafetería a esperar que señalaran la puerta a la que teníamos que dirigirnos.

Descarté la idea de tomarme un café, ya tenía mucha tensión en mi cuerpo y no quería que nada lo aumentase. Estábamos hablando distraídamente, con mi amiga que, hacía muchísimos esfuerzos por tranquilizarme, pero apenas le prestaba atención. El sonido de mi móvil interrumpió la conversación que estaba manteniendo consigo mismas, porque yo era incapaz de articular palabra, y miré en la pantalla de quién

se trataba. Me puse muy incómoda en cuanto leí: *“El buenorro del bar”*.

—Es él —dije con la mirada fija en Gabriela.

—¿Lucca? —preguntó extrañada.

—No, el de la cita de hoy.

—Cógelo y di que fue un error, que no quieres quedar con él porque prefieres arreglarlo con el padre de tu hija. —Me quedé mirándola con la boca abierta.

—¿Cómo le voy a decir eso? —mi pregunta la hizo reír y me quitó el móvil para responder la llamada—. ¿Qué haces? —le dije molesta.

—Si seguías hablando conmigo se iba a cortar. Habla con él, aunque no lo conozcas no creo que se merezca que le dejes tirado. —Tenía razón, con valentía pegué mi teléfono al oído e intenté aparentar tranquilidad.

—¿Sí? —pregunté como si no supiera de quién se trataba.

—Hola, soy Lorenzo, quería confirmar si la cita seguía en pie.

—Esto... yo... es que... —empecé a decir. Gabriela se rio por la poca capacidad que tenía de hablar.

—No quieres quedar, ¿cierto? —preguntó.

—Es que me voy de viaje —le expliqué.

—¿No tienes una excusa mejor? —Entendía que estuviera molesto, así que pasaba de hacerme la ofendida.

—Es la verdad, después de hablar contigo y, siento si esto te ofende, supe que no me interesabas de ninguna de las maneras. Hace años conocí a una persona y no he podido borrarla de mi vida, por lo que voy a recuperarla.

—¡Guau! —Le escuché—. Bueno, para mi sorpresa no me ofende en absoluto. Quizás sea mejor así antes de que alguno de los dos nos hiciéramos daño.

—Gracias por entenderlo —le dije totalmente sincera.

—Espero que tengas suerte. —No lo conocía en absoluto, sin embargo, pude apreciar que lo decía de verdad, o será que estaba muy ñoña para ver maldad en alguien.

—Lo siento —le dije antes de colgar.

—Y yo.

Tras la llamada, volví a ponerme nerviosa por lo que estaba a punto de suceder en mi vida, había sufrido muchos cambios, pero este sin duda sería el más importante. Me levanté para calmar mis nervios, y me acerqué a la pantalla donde señalaban las puertas de embarque por si había habido algún cambio, vi que ya estaba nuestra puerta y teníamos que ir a la otra punta del aeropuerto.

Llegamos después de haber esquivado más de una maleta en medio de los pasillos, subir y bajar unas cuantas escaleras, y discutir con un hombre de seguridad que nos decía que no podíamos correr como las locas.

El vuelo fue igual de horroroso que el de hacía dos años, no me estaba quieta, me levantaba cada dos por tres y Gabriela estuvo a punto de atarme al asiento en más de una ocasión.

Aterrizamos en Roma y logré tranquilizarme un poco, llegados a este punto no había marcha atrás. Cogimos un taxi y le di la dirección del lugar donde volví a encontrarme con Lucca hacía casi tres años, la residencia de alumnos en la que trabajaba. Si seguía siendo el mismo de siempre, cosa que esperaba y deseaba, estaría en su despacho. No solía irse hasta que le daban las tantas.

Al llegar al lugar en el que volvimos a encontrarnos hace unos años, me llevé una decepcionante sorpresa. El edificio seguía ahí, pero ahora era una enorme cafetería-biblioteca. Era preciosa y, de tener tiempo, entraría a tomarme un café y ojear algún libro maravilloso, pero había ido a Italia por otros motivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriela. Me había quedado quieta ante las puertas de la cafetería, sin quitarle la vista de encima creyendo que así encontraría la respuesta.

—No está —respondí.

—Es tarde —dijo mirando el reloj—. Lo mejor será que busquemos un hotel y un buen restaurante. Me muero de hambre y de sueño, mañana con más calma planeamos el siguiente paso.

—Tienes razón —dije agradecida porque estuviera conmigo. Si llegase a estar sola me quedaría plantada delante de la puerta sin poder

moverme, sin saber qué más hacer.

Acostadas en la cama del hotel, nos pusimos a pensar dónde encontrar a Lucca, se me ocurrió ir a su casa, pero podría encontrarme con lo mismo y que no estuviera allí. El único sitio en el que estaba segura de que, si no lo encontraba, podía obtener información sobre Lucca era en Siena. En un hermoso y maravilloso hotelito de la Toscana.

—No puedo ir allí, no sin antes hablar con Lucca —le confesé a Gabriela.

—Si quieres dar con él, vas a tener que hacerlo. Tranquila Sandra, no te dejaré sola. —Le apreté la mano y me giré en la cama, para quedar frente a frente.

—¿Y si me cierran la puerta en las narices? —pregunté aterrada.

—Yo estaré allí para gritarle los gilipollas que son —contestó haciéndome reír.

Toda la verdad

Me encontraba en la puerta del hotel *Sere Belle*, sin ser capaz de golpear el maldito y enorme portón rojo que tenía ante mis ojos. No dejaba de levantar la mano para hacerlo, pero la volvía a bajar al instante, sin llegar a tocar.

Cada vez que giraba la cabeza para ver a mi amiga, con ganas de que Gabriela me dijera algo similar a: “*no toques, vamos a casa*”, me encontraba con lo contrario. Ella estaba plantada a pocos metros de mí, con cara seria y sin dejar de hacerme señales para golpease la jodida puerta.

Cerré los ojos fuertemente como si así pudiera desaparecer la realidad y pudiese volver al pasado, en concreto dos años atrás, pero nada cambió, seguía frente a la puerta. Solté el aire, que estaba reteniendo sin saberlo, en un fuerte suspiro, levanté la mano y toqué la puerta. Había llegado hasta aquí, debía seguir luchando hasta el final.

Me había imaginado esta escena un millar de veces y en ninguna de ellas esperaba encontrarme con quién abrió la puerta. Obviamente iba a tener que verla tarde o temprano, pero esperaba que fuese más tarde, no ahora. Tenerla delante de mí con los brazos cruzados, las cejas fruncidas y sin su cariñosa sonrisa pudo con las pocas fuerzas que me quedaban. Fui corriendo a los brazos de mi amiga, necesitaba un lugar seguro, que me consolase y me defendiera frente a cualquier mal.

—¿Qué pasa? —me preguntó Gabriela preocupada.

—No puedo hacerlo —respondí un poco histérica.

Una mano acarició mi espalda y no pude esconderme por más tiempo, a eso había venido, a enfrentarme al pasado y recuperar a Lucca. Estaba temerosa de descubrir el rechazo en sus ojos, así que acabé

mirando al suelo, y mis manos temblaban a ambos lados de mi cuerpo.

—¿No piensas darme un abrazo, pequeña? —Esa única pregunta, hizo que me lanzase a los brazos de mi adorada Giovanna y lloré desconsoladamente.

—Sssh. —Me intentó acallar—. Tranquila, no pasa nada.

—Sí que pasa —le dije angustiada—. He desaparecido de vuestras vidas y, ahora que me planto aquí sin avisar, me recibes con uno de tus cálidos abrazos. No me lo merezco.

—Estás aquí y eso es lo que cuenta. Tardaste en bajarte del burro, pero ya has vuelto a casa.

—Siento haberme ido de esa manera, siento no haberme despedido de nadie, y siento lo que hice.

—Travis nos contó lo que ocurrió, comprendemos tu huida precipitada por muy mal que nos haya sentado. —Su respuesta me sorprendió e hizo que mi estómago se retorciera.

—¿Por qué Travis y no Lucca? —pregunté, haciendo un esfuerzo sobrehumano por dejar de llorar.

—Vamos, entra, hay mucho de lo que hablar. —Su respuesta me paralizó. Mis pies se clavaron en los adoquines de la entrada y no pude moverme. La miré a la cara y ahora era Giovanna quien evitaba mirarme.

—¿Qué le ocurre? —Elevó la vista para mirarme y me confirmó sin palabras que algo malo, muy malo. Quería gritar que me lo contase, que me diera una explicación, pero me contuve. Tenía mucho dolor en la cara y no era quien para avivar más ese sufrimiento.

—¿Qué pasa, Sandra? —preguntó Gabriela al llegar a nuestra altura, con Julieta en brazos.

—Algo va mal y temo averiguar qué es.

—Hola, soy Gabriela —dijo, hablando en italiano porque había ido a clases conmigo, ni en ese simple momento me había dejado sola—. ¿Podemos pasar? —le preguntó. Giovanna le sonrió agradecida de que le diera unos minutos de tregua y asintió con la cabeza—. Vamos, Sandra —me dijo a la vez que me empujaba por la espalda—. Será mejor que entremos y tomemos asiento.

Antes de atravesar el umbral, apareció otra de las personas a las que más temía ver, la abuela de Lucca y bisabuela de mi hija. Enseguida acalló mis temores al darme el mismo abrazo que Giovanna.

—Al fin vienes —me susurró en mi oído.

—¿Qué ha pasado? —le dije temblando en sus brazos y, al igual que ocurrió con Giovanna, no tuve respuesta.

Me llevaron al comedor privado de la familia, donde me encontré con el padre de Lucca y su mujer. Piero estaba leyendo el periódico, notó que su pareja se quedó sin respiración y levantó la mirada para saber qué demonios pasaba. Al verme se quedó pálido, sus ojos se pusieron llorosos y noté las hojas del periódico temblar en sus manos. Arrastró la silla para levantarse y me dio otro abrazo. De verdad que agradecía los gestos de cariño, el problema era que avivaban mis miedos sobre lo ocurrido con Lucca.

—Siéntate, como habrás comprobado tenemos que hablar —comenzó a decir Julietta—. ¿Queréis tomar o comer algo? —nos preguntó a Gabriela y a mí. Yo agité mi cabeza en gesto negativo, sin poder hablar, y mi amiga se pidió un té.

—¿Dónde está? —insistí cuando conseguí hablar. Gabriela, consciente de que nada iba bien, agarró mi mano derecha, que dejé apoyada en la mesa. Noté que Julietta estaba llorando e hizo como que miraba por la ventana para que no la viera. Giovanna, en un mal intento por disimular también sus lágrimas, se levantó a mirar qué había dentro del frigorífico y Piero, sin disimulo ninguno, me miró a la cara con ojos brillantes.

—Intentamos localizarte cuando te marchaste sin despedirte —comenzó a recriminarme—. Como verás, nuestros esfuerzos fueron en vano. —Sin ningún tipo de duda y, a pesar del abrazo de antes, me estaba reprochando la actitud que tuve. Me sentía en tierra hostil.

—Lo siento —dije con la mirada puesta en el té que le sirvieron a mi amiga.

—Nos enteramos de lo ocurrido gracias a Travis —continuó— y aunque no me pareció bien que desaparecieras sin dar ningún tipo de

señal, puedo llegar a entenderlo. —Seguía sin levantar la vista de la mesa, el dolor que transmitía su voz me estaba matando—. Cuando viste a Lucca con otra y huiste de aquí, él fue en tu busca —su confesión hizo que levantara la cabeza casi al instante y lo mirase asombrada.

—No tenía ni idea —le interrumpí.

—La misma madrugada en la que tú te fuiste a saber dónde, Lucca sufrió un accidente con su moto. Un conductor se saltó un stop y colisionó con él, haciendo que saliera disparado y se diera un fuerte golpe en la cabeza.

—Lo sabía —susurré. *«Lo supe porque desde ese maldito día no puedo respirar»*, pensé. *«¿Y ahora qué? Nunca volvería a estar con él, mi hija no conocerá a su padre, y yo deberé aprender a vivir sin aire»*.

Gabriela se levantó de la silla y me abrazó por la espalda, me susurró palabras de ánimos y me dijo que todo iba a salir bien, pero las dos sabíamos que no era verdad. No podría pedirle perdón y no volvería a escuchar su voz, nada iba a salir bien. Noté que ella también estaba llorando porque me dejó un reguero de lágrimas en mi cuello.

—Estuvo cerca de seis meses en coma, hasta que el diez de diciembre consiguió despertar y lo primero que hizo fue decir tu nombre, Sandra. Pensamos que se acordaba de lo que había vivido, que recordaba el accidente que sufrió por tu culpa, pero no fue así. No se acordaba ni siquiera de nosotros. Los médicos dijeron que se debía al golpe, que tenía amnesia temporal y que poco a poco se iría recuperando.

—No se acuerda de mí —atiné a decir.

—Logró recordar toda su vida, salvo la parte que vivió con su madre y contigo. —Su velada confesión me dolió más que si me lo hubiera dicho directamente.

—Ha olvidado lo malo —le dije recuperando mis fuerzas.

—Eso parece —confirmó su padre—. Nosotros tampoco hemos querido hacerle recordar.

Moví la cabeza en gesto afirmativo, supe lo que me quería decir, lo que no entendía eran los falsos abrazos de antes. Seguramente lo hayan hecho para calmarme antes de que fueran completamente sinceros y

dijeran que era un mal para Lucca.

—No entiendo —dijo Gabriela leyéndome la mente—. ¿Para qué lloráis, dais abrazos y la intentáis localizar, si lo que le vais a decir es que se olvide de Lucca? —preguntó enfadada.

—Gabriela, déjalo.

—No, esto no es justo —dijo sin dejar de mirar a Piero—. Siento que Lucca haya sufrido un accidente, siento que haya sido a causa de una discusión de pareja, pero no creo que Sandra haya sido algo malo. No, cuando vosotros fuisteis testigos de lo mismo que yo. Solo ellos se entendían, se hablaban con la mirada, se tocaban sin necesidad de haber contacto, se amaban, y solo juntos lograron ser felices. Que se haya olvidado de su madre porque lo pasó de puta pena, perfecto, pero con Sandra no fue igual y no es justo que le hagáis creer que sí —les espetó.

—Entonces, ¿por qué no se acuerda de ella? —preguntó Elisa.

—De la misma manera que no se acordaba de vosotros. ¿Y fuisteis algo malo para él? Bueno, si así fue, no tuvisteis miedo en obligarle a recordar y en hacerle ver que sois una fantástica familia. El problema es que Sandra no estaba aquí para hacerle ver quién era ella, y vosotros no os molestasteis en hacerlo. Además, ¿me podéis decir qué hay de malo en esta preciosa niña? —dijo sacando a Julieta del carro—. Porque ella existe gracias al inmenso amor que se profesaban sus padres, y si veis algo de malo en ello es que tenéis un grave problema.

Me habría gustado hablar, dar un golpe en la mesa y decirles que se podían ir a la mierda, pero algo me mantenía atada a la silla. Di gracias de tener una amiga como Gabriela, sin ella yo ya hubiera huido.

—Ella es... —empezó a decir Julietta acercándose a la niña.

—Para vosotros solo es algo malo. Gracias a vuestra estupenda actitud no vais a poder disfrutar de ella —dijo Gabriela saliendo del comedor.

Sin soportar más las duras miradas de Piero y Elisa, seguí a Gabriela después de coger el carro de Julieta, sin creer en lo que había ocurrido en esa cocina y sin dejar de pensar en él. Me maldije a mí misma por no haber estado en su peor momento, pero ya no podía hacer nada.

La escena que me encontré al salir de ese maldito hotel aumentó más mi dolor. En el camino de la entrada al hotel estaba Lucca con su hija en brazos y Gabriela se mantenía a sus espaldas. Al percatarse de mi presencia me miró con ojos llorosos y levantó los hombros, dándome a entender que no sabía cómo había pasado eso. Intenté mantener la compostura, ser fuerte, no quería darle pie a que me hablase, o le confesaría quién era la niña que tenía en brazos.

—Sandra, yo... —Piero se quedó parado a mi lado por culpa de la preciosa escena.

Una hermosa niña rubia, de ojos verdes y piel blanquecina, no dejaba de reír y aplaudía como loca en brazos de un hombre rubio, de ojos verdes, sonrisa perfecta y piel bronceada.

—Es igual que él —susurró Piero a mi lado.

—Lo sé —conseguí decir—. Tranquilo —dije apartando la mirada de la dolorosa escena—. No sabrá nada de mí, ni de ella.

—Yo... —No le dejé hablar, ya me había hecho mucho daño. Me acerqué a Lucca para poder coger Julieta e hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban.

—Perdona —le dije. Su mirada me atravesó el cuerpo y me quedé petrificada ante él. Esto iba a ser más difícil de lo que creía.

—Hola —dijo, pude contemplar el asombro en sus ojos y no dejó de mirarme de arriba abajo. Se hizo un poco hacia atrás, parecía confuso y supe que tenía que irme antes de hablar más de la cuenta—. ¿Nos conocemos? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, creo que no —dije—. Tengo que irme, ¿me la devuelves? —Nuestros brazos se rozaron y una fuerte corriente de electricidad me golpeó y puso mis pelos de punta.

«Cuánto lo he echado de menos».

—¿Seguro que no nos conocemos? —Me miró extrañado, como si él hubiera sentido lo mismo.

—Ajá —le dije.

Me subí al coche sin mirar atrás, si lo hacía iría en su busca y lo besaría hasta hacerle recordar lo que una vez fuimos, hasta hacerle ver lo

que algún día podríamos ser y le gritaría que lo amaba. Apenas pude verle la cara, pero me fijé en que tenía una cicatriz desde la ceja derecha hasta su pómulo que debió ser fruto del accidente.

—¿Cómo estás? —preguntó Gabriela de camino a Roma.

—La familia cree que se ha olvidado de mí porque he sido tóxica para Lucca, ¿cómo crees que estoy? —pregunté irónica.

—Has tenido momentos mejores —respondió.

—¿Le viste con Julieta? Hubiera sido un padre perfecto —le dije con añoranza. Siempre había sabido eso, pero el verlo tan sonriente con ella mientras le hacía carantoñas me lo dejó más claro aún—. ¿Por qué dejaste que la cogiera? —le recriminé.

—Porque Julieta lo vio y empezó a llorar, se quería lanzar a sus brazos. Entonces él se acercó, me dijo si la podía coger y tu educada hija no me dejó contestar, se enganchó a su cuello y no lo quería soltar más.

—Debería haberme quedado en Irlanda —dije con un suspiro.

Gabriela no contestó, siguió conduciendo hasta que llegamos al hotel y pedimos a recepción que nos subiera el almuerzo a la habitación. Después de comer nos quedamos dormidas y me despertó un ruido en la puerta, abrí entre soñolienta y enfadada, después del día de hoy quería seguir durmiendo.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté a las causantes de mi dolor.

—Tenemos que hablar —dijo Julietta.

—Me dejasteis muy claro lo que pensáis, no hay nada que hablar —les recriminé.

—Nosotras no, solo Piero dio su opinión, y nos gustaría poder decirte la nuestra —contestó Giovanna.

—¿Podemos pasar? —preguntó Julietta.

—Sí, claro —contestó Gabriela a mis espaldas. La miré con cara de pocos amigos y me aparté de la puerta para que pasaran esas dos arpías encantadoras. Julietta fue directa a la cuna de su bisnieta y la cogió en brazos.

—Lucca te necesita —comenzó a decir Giovanna mientras se sentaba en una de las sillas de la habitación—. Piero quiere creer que no por lo

que le ocurrió, intenta protegerlo de cualquier mal que le pueda pasar, pero hay cosas que no se mantienen a nuestro alcance y no podemos controlarlo, por mucho que lo intentemos.

—Lo que mi hijo no sabe es que Lucca no es feliz. Aunque él no es consciente de por qué, sabe que le falta algo en su vida. —Ahora era Julietta la que hablaba.

—Se ha pasado todo el almuerzo buscando información de esa huésped tan guapa que se fue esta mañana sin decir adiós —dijo Giovanna con una tierna sonrisa.

—Yo... La situación me supera —dije entre tartamudeos.

—Sabemos que no es fácil, vas a jugártela a una carta, o te reconoce o no podrás estar con él nunca —dijo una Julietta muy seria—. Sin embargo, la recompensa puede ser maravillosa, por eso estás aquí, ¿me equivoco?

—No te equivocas. —Ahora hablaba mi traidora amiga la que hablaba—. Se ha pasado estos dos años moqueando por él, no puede olvidarlo, y hemos venido aquí para que le recupere.

—¿A qué esperas? —dijo Giovanna aplaudiendo como una niña chica.

—A que me reconozca, para empezar —respondí irónica.

—Oh, vamos Sandra, lo conquistaste una vez por ser tú misma, vuélvelo a hacer.

—Eso es verdad —dijo Gabriela ganándose otra mirada de desprecio.

—Piero no me lo va a poner fácil —dije sin saber qué excusa poner. Tengo miedo por lo que me dijo Julietta, si no gano esta partida, lo perderé para siempre.

—Si le vio la cara a Lucca después de hoy, se mantendrá al margen —insistió Julietta.

—Me lo pensaré —dije para que me dieran tregua y no insistieran más.

—¿Qué os parece si damos una vuelta con esta preciosidad de niña y os invito a cenar? —nos preguntó Julietta—. Así tenemos más tiempo de

ponernos al día.

—¡Sí! —exclamaron Gabriela y Giovanna al unísono.

—Si no hay más remedio —dije como si me costara salir con ella, cuando en realidad estaba encantada de volver a verlas.

Ese pequeño detalle...

¿Quién demonios era esa chica? Y lo más importante, ¿por qué no podía dejar de pensar en ella, en su cara de ángel y en la corriente que atizó mi cuerpo cuando nos tocamos? En ese momento, el vello de mi cuerpo se erizó y una extraña añoranza me invadió.

Cuando la miré a los ojos, sentí una oleada de placer por todo mi cuerpo. Quería abrazarla, decirle que no estuviera triste, que pasara lo que pasase yo iba a estar a su lado. Quería conseguir que esos preciosos ojos azules se iluminaran de felicidad y borrar esa tristeza que los invadía y apagaban.

¿Por qué iba a querer hacer eso con alguien que no conocía de nada? Pero, sí que la conocía, desde que desperté del coma no había dejado de soñar con ella y todavía no sabía por qué razón.

Habían sido unos años muy difíciles, al principio no recordaba nada hasta que, poco a poco, algunas imágenes y sentimientos acudían a mi encuentro. Junto con esos sentimientos, se encontraba el del amor, me creía enamorado locamente de alguien a quien no conocía, pero ahí estaba el sentimiento.

Cuando hablaba de esto con mi abuela, porque con mi padre era imposible, me decía que dejara fluir los recuerdos, que no los bloqueara, y algún día llegaría a saber de quién se trataba.

Al verla pude sentir cómo algo dentro de mí despertaba y me gritaba que la amaba. Que estaba enamorada de esa hermosa chica que por algún motivo salía en mis sueños. Cuando la vi marchar le quería gritar que no, que se quedara a mi lado, que juntos descubriríamos qué había pasado, que sería más fácil estando a su lado. La dejé marchar.

Me pasé toda la mañana intentando averiguar quién narices era y

cómo podría volver a coincidir con ella. No encontré nada y, tanto mi abuela como Giovanna, decían no conocer a esa chica tan misteriosa.

A las ocho de la noche y, tras salir de Siena, fui al trabajo que más cariño tenía. La cafetería-biblioteca que abrí cuando desperté de mi letargo. Algo me dijo que ese era el mejor sitio para abrirlo, al fin y al cabo, era mío, y trasladé la residencia a un edificio más cercano del campus universitario

Al entrar, mi corazón latió de forma descontrolada, como si quisiera salir de mi pecho. Tenía la sensación de estar hiperventilando y mis manos no dejaban de sudar. ¿Qué pasaba conmigo? Desde que había recordado mi vida, estaba mucho mejor, más calmado, retomé aquello que dejé a medias e intentaba ser feliz, me creía feliz.

Miré a mi alrededor y me quedé quieto, observando a la culpable de mi reacción. Esa chica estaba sentada al lado de una gran cristalera, cerca de una chimenea y enfrente de una enorme estantería de libros. Era increíblemente guapa y me atraía de la misma manera que a Vaiana le atraía el océano, de una manera irracional y a la que no podía negarme. Esa chica me dejaba hipnotizado con la belleza que irradiaba. Para mi sorpresa, sentada frente a ella estaban Giovanna y Julietta, mi excusa perfecta para acercarme.

Mi nonna me miró y la vi demasiado feliz, algo que me confundió porque hacía tiempo que no estaba así y la causante de ello era claramente ese Volver a respirar ángel. Era evidente que me había mentido esta mañana, la conocía, y se alegraba de estar con ella.

—Hola —conseguí decir, al llegar a la mesa. Deslicé mi mirada por su bello rostro y su hermoso cuello. Se había quitado el abrigo que llevaba puesto esta mañana y me arriesgué a bajar un poco más la mirada. El hermoso collar que reposaba en su pecho me dejó sin respiración. Era un atrapasueños, en concreto el mismo que tenía tatuado en mi cadera—. ¿Principessa? —pregunté sin saber el qué en concreto.

Me miró pálida, con los ojos abiertos como platos, se llevó una mano al pecho, y ese gesto me hizo sentir algo familiar. Pude descifrar sus ojos y su cara, lo que consiguió ponerme más nervioso aún. ¿Cómo podía

saber qué mierda pensaba o sentía sin conocerla?

La cafetería parecía hacerse pequeña, las paredes se iban estrechando cada vez más, y sentía los libros caer encima de mi cuerpo. Necesitaba salir de ahí, me estaba asfixiando, necesitaba coger aire.

—¿Estás bien, Lucca? —preguntó mi abuela poniéndose en pie. Le hice un gesto con la mano para que me dejara espacio y salí lo más rápido posible.

Me senté en la acera e intenté respirar, cogía grandes bocanadas de aire, pero parecía como si no llegara a mis pulmones. Miles de recuerdos brotaban en mi mente, los intenté bloquear, pero pensé en lo que me dijo Julietta y me tranquilicé para asimilarlos.

Tenía dieciséis años, llegaba a un nuevo instituto y estaba muy nervioso, sin embargo, cuando vi a una preciosa niña rubia, con piel blanca y ojos azules me tranquilicé. Lo siguiente que hice y, sin saber por qué, fue alejarme de ella y eso me causó dolor.

Me veía subir por la escalinata de una casa y ella estaba leyendo en un banco, bajo el umbral de la ventana. Levantó la mirada y su sonrisa hizo que mi corazón latiera demasiado rápido. La quería, era algo que tuve claro desde que la vi en el hotel de Siena.

Me levanté de la acera y empecé a moverme de un lado para otro, me dolían las piernas, la cabeza, el pecho. Seguí caminando con rumbo a ninguna parte. Había compartido mucho con ella y había sido feliz, ¿por qué no había estado a mi lado estos años?

Otra imagen me vino a la cabeza, yo con ella en su habitación, los dos éramos jóvenes, discutimos, me tenía que ir y ella lo sabía. Aun así, se entregó a mí e hicimos el amor. Me levanté de madrugada y la dejé con una mísera carta.

¿Por eso no estaba ahora conmigo? Quería saber qué había pasado, pero no podía más, bloqueé los recuerdos, porque continuar con ello era demasiado doloroso.

Llegué a mi casa, abrí la puerta con manos temblorosas, las llaves no dejaron de tintinear dentro de mis manos, y fui directo a la ducha. Ahora mismo necesitaba un chorro de agua fría encima de mi cabeza, quizás así

se me quitara este dichoso dolor. Estuve varios minutos con el agua dándome en la nuca y con mis manos pegadas en los azulejos, a ambos lados del grifo. Intenté relajarme, pero era imposible, ahora que había abierto la puerta, no paraban de llegar un recuerdo tras otro.

Nosotros dos en esta casa, en mi cama, en la ducha, en la residencia, mi pecho se hinchaba de felicidad, eso era lo que sentía con ella. Eso era lo que había estado buscando desde que me desperté.

Salí de la ducha y envolví mis caderas con la toalla, recorrí el pasillo y fui al salón. Me senté en el sofá, apoyé los codos en mis muslos y pasé mis manos por el pelo mojado.

Estaba en la puerta de mi casa con una chica que se le parecía, pero que no llegaba a la altura de Sandra ni me hacía sentir lo mismo que ella, me besó y yo intenté apartarme. De repente, Travis empezó a gritar desde el otro lado de la calle y al alcanzarme me dijo que Sandra lo había visto, ese recuerdo hizo que mi barriga y mi corazón se retorcieran de dolor. Fui a la residencia en su busca, no me abrió la habitación, desperté de madrugada y volví a buscarla, pero ya no estaba en la residencia. Cogí la moto para continuar la búsqueda, pero no la veía por ningún sitio. Estaba parado en un semáforo y rezaba para que se pusiera verde y, cuando lo hizo, arranqué para alcanzarla. Un coche colisionó con mi moto y salí disparado.

Las lágrimas inundaban mis ojos y dejaron mis mejillas húmedas a su paso. Así fue cómo tuve el accidente. Por eso ella no había estado, siempre creyó que la engañé, pero no entendía por qué había tardado tanto en volver.

—Sandra —suspiré—. Siempre ha sido ella.

Escuché cómo metían la llave en la cerradura de la puerta de mi casa, solo podían ser dos personas, mi padre o Julietta, y tenía claro que se trataba de mi nonna.

—¿Lucca? —preguntó mi abuela.

—En el salón —dije sin moverme. Sonaron varios pasos, así que deduje que venía con mi segunda nonna, Giovanna.

—¿Estás bien? —preguntó esta última.

—¿Por qué no me hablasteis de ella? —pregunté con mi cabeza apoyada en mis manos y con la vista fija en el suelo.

—Tu padre no nos dejaba —respondió Julietta.

—¿Por qué? —insistí.

—Él dice que por culpa de ella tuviste el accidente, pero a mí no me engaña. Después de ver a Sandra y decirle una hartada de estupideces, se sintió el ser más miserable de la tierra. Él sabe que lo que te ocurrió no es por su culpa, pero temía que si la recordabas a ella...

—Recordaría lo que viví con mi madre —terminé la frase.

—Ajá —dijo Giovanna sentándose en mi lado derecho. Julietta estaba a mi izquierda y me acariciaba la espalda.

—¿Has logrado recordar? —Asentí con la cabeza, sin poder hablar—. ¿Piensas hacer algo? —Negué con la cabeza.

—Me dejó solo —conseguí decir—. Es verdad que creyó que estaba con otra, pero no vino a saber qué pasaba, no estuvo a mi lado en los peores momentos, ¿por qué iba a querer hacer algo? — le pregunté a mi abuela.

—Porque eso, te guste o no, es el amor. Cometemos errores, hacemos millones de estupideces, y haríamos lo posible por volver a pasar un segundo más al lado de la persona amada. —Era Giovanna la que habló.

—Tiene razón, Lucca. Sabemos que no es fácil, tenéis mucho de lo que hablar, pero ahora que sabes lo que sientes por ella, lo que has vivido a su lado, ¿estás dispuesto a conformarte con menos?

—No, pero tan poco estoy seguro de querer estar con ella.

—¿Quieres que nos quedemos hoy contigo? Bueno, da igual que no quieras, es muy tarde para volver al hotel. —Agradecí que no me hicieran responder, no quería pasar la noche solo, pero tampoco quería decirlo.

—¿Un té? —preguntó Giovanna poniéndose en pie.

—Uno rojo —respondió Julietta.

—Yo solo quiero un vaso de agua —le respondí.

—¿Qué hago? —le pregunté a mi abuela al quedarnos a solas.

—Lo que te salga del corazón, todo lo que hagas de corazón estará

bien hecho, aunque te equivoques. Más vale equivocarte por hacer algo que sientes de verdad, que no arrepentirte por no haber hecho nada.

—Necesito hablar con ella, aclarar qué ha pasado, por qué no ha venido antes, y que me explique qué ha sido de ella estos años.

—¿A qué esperas?

—Ahora no puedo, tengo que asimilarlo, respirar, parece que hace siglos que no lo hago, y cuando esté más calmado hablaré con ella.

Nos quedamos gran parte de la noche de cháchara, aunque eran señoras octogenarias, tenían más energía que yo y, cuando dije que me iba a la cama, empezaron a meterse conmigo llamándome aguafiestas.

Fue una de las peores noches que había pasado en mi vida, cada vez que cerraba los ojos nuevas imágenes y recuerdos con Sandra me venían a la mente. Los sentimientos siempre los había tenido en mí, y ahora sabía por quién lo sentía. Era doloroso saber que lo que tuve y que ya no tenía nada de eso. Dolía aún más saber que, a pesar de no recordarla, no había dejado de buscarla y ella había esperado dos putos años para estar a mi lado. Dolía. Simplemente dolía.

El amanecer asomó por mi ventana y eso significaba que tenía un nuevo día por delante, no sabía si podría manejar esta situación, porque me superaba. Quería hablar con mi padre, preguntarle por qué no me contó nada de ella y por qué dejó que durante dos años sintiera esa impotencia tremenda. Impotencia por sentir que había perdido algo importante y no saber qué.

Quería buscar a Sandra, gritarle, zarandearle, y que me explicara por qué había tardado tanto en volver. Quería decirle que la odiaba por hacerme sufrir y que la amaba por hacerme feliz.

Con la imagen del sol poniéndose, averigüé por qué con la simple imagen de su atrapasueños los recuerdos me angustiaban, y supe por qué me lo tatué. Se lo regalé por su cumpleaños, cuando me rendí a lo que sentía por ella, cuando decidí darnos una oportunidad para después acabar huyendo.

—¿Cómo estás? —preguntó mi abuela que apareció en el umbral de mi puerta y se acercó a la cama—. ¿Puedo acostarme contigo? —Iba

vestida con un camisón celeste largo, que la hacía más adorable.

—Claro —le dije apartando las sábanas para que se tumbase.

—No me has respondido.

—Como una mierda —dije abatido.

—¿Quieres volver a Siena mientras te aclaras las ideas?

—Ahora no quiero ver ni estar con nadie —Mi abuela me conocía lo suficiente para saber que no quería ver a mi padre y así me lo hizo saber.

—Lo hizo por tu bien, sufriste mucho con tu madre, todos sufrimos, y creyó que tampoco querías recordarlo. Sandra fue un gran daño colateral.

—Hubiera ido a buscarla.

—Otra de las cosas por la que no quería que recordaras.

—No puede protegerme siempre.

—Tú harías lo mismo por tu hija. —Hasta que no escuché esa afirmación en boca de mi abuela, no había caído en la cuenta. La niña que no paraba de sonreír y que me alegró la mañana era mi hija.

—Soy padre —dije más para mí que para mi abuela.

—De una niña preciosa que se parece mucho a ti.

—Eso lo cambia todo —dije enfadado—. Ha tenido una hija conmigo y no solo no me comentó que estaba embarazada, sino que después de tener a nuestra hija no vino a decírmelo. Aunque no estuviéramos juntos, tenía derecho a saber que era padre.

—Ponte en su situación —empezó a decir mi abuela.

—No la defiendas.

—Y tú no me interrumpas. —Mi abuela elevó un poco la voz y me hizo callar al momento—. Cuando te iba a decir que estaba embarazada te vio con otra, después huyó y no la buscaste, tuvo una niña sola mientras pensaba que tú habías rehecho tu vida con esa dichosa rubia. ¿Es eso acaso mejor? Seamos justos, Lucca, al menos tú no te acordabas de nada y ella se acordaba de ti día tras día, tuvo que luchar sola.

—No soy justo.

—Ya veo, chico —dijo Giovanna desde el umbral de la puerta, vestido con un camisón similar al de mi abuela, pero el de ella, rosa

claro—. Si no la quieres perdonar es tu problema, pero no llores cuando la pierdas para siempre.

—He estado dos años viviendo sin ella. ¿Qué puede cambiar?

—Te has pasado dos malditos años buscándola sin saber quién era, ni que existía. No dejabas de buscar chicas rubias con ojos claros y piel blanquecina. Nos confesaste que la veías en tus sueños, ¿de verdad crees que no ha cambiado nada? Ahora la reconoces, recuerdas lo que habéis vivido juntos, sabes que tenéis una hermosa hija y sabes quién es ella. Todo ha cambiado, Lucca —me explicó Giovanna con los brazos en jarra. Miré a mi abuela y vi que asentía con la cabeza.

—Vuelvo con vosotras a Siena, necesito tiempo y respirar aire fresco.

Sin dejar que hablasen de nuevo, me levanté rápido de la cama y fui corriendo al cuarto de baño, me encerré y me quedé viendo mi rostro en el espejo. Cualquiera que me viera en estos momentos podría adivinar que no lo estaba pasando bien. Tenía los ojos rojos de no dormir, mi cara estaba descompuesta como si hubiera visto un fantasma, y las ojeras estaban más marcadas de lo habitual.

Giovanna tenía razón, sin saber que existía la había echado de menos, ¿cómo iba a poder vivir ahora que sabía toda nuestra historia? Una parte de mí quería retomar lo que dejamos tiempo atrás, ver crecer a nuestra hija, no perdernos nada más el uno del otro. Otra parte estaba muy dolida y no tenía capacidad para perdonar.

Bellos y duros recuerdos

Llegamos a Siena casi a lo hora de comer y nos dirigimos a la cocinacomedor. Nada más entrar, me topé con mi padre que estaba sentado cerca de la ventana que daba para el huerto de Julietta, leyendo el periódico, como siempre. Solo con verme supo que algo iba mal y que parte de mi dolor había sido causado por él.

—Mi intención no fue hacerte daño, sino evitarlo. —Elisa estaba horneando uno de sus ricos bizcochos, inhalé por la nariz el delicioso olor y capté el aroma a limón, mi bizcocho favorito. Al ver mi cara y la incomodidad de mi padre salió de la habitación, en momentos así, lo mejor era dejarnos solos hasta que solucionemos nuestras diferencias. Normalmente se arreglaban después de unas largas horas de gritos y recriminaciones, pero hoy no tenía ganas ni de eso.

—Lo hiciste —dije más tranquilo que de costumbre y me senté como si no hubiera habido ningún gran cambio en mi vida—. Lo que no consigo entender es cómo llegaste a pensar que alejarme de ella para siempre iba a ser una buena solución. Me conoces mejor que nadie, sabías que estaba triste por algo y que buscaba el porqué. ¿Por qué no me ayudaste? —Miré a mi padre que agachó la mirada al instante. Supuse que mi cara reflejaba tanto dolor que era incapaz de mirarme por mucho tiempo.

—La conoces desde que eras un crío, si la recordabas a ella acabarías por recordar lo que te hizo pasar tu madre. Cuando te alejó de mí, lo pasé realmente mal y sé que tú también, sin embargo, no pude hacer nada para evitarte tanto dolor y sufrimiento. La vida me daba la oportunidad de arreglarlo, te costó acordarte de nosotros, pero lo hiciste y de ella no. ¿Por qué hacerte vivir aquello si la vida quiso que lo olvidaras?

—preguntó mi padre nervioso.

—Hace tiempo que superé lo de esa mujer, que supe que no iba a ser como ella, que yo podía amar y darlo todo por alguien que no fuera yo mismo.

—Siempre lo has hecho —interrumpió mi padre con una mirada triste—. Lo has hecho por nosotros.

—Si no hubiera conocido a Sandra, jamás lo hubiera sabido. Vosotros me intentabais ayudar, pero no estabais conmigo, en la soledad de mi habitación me fustigaba a mí mismo y pensaba que podría ser como ella. La compañía de Sandra me hizo ver cuán equivocado estaba. La abandoné para alejarme de lo malo que había en mi vida y poder comenzar de cero y entregarme a ella al cien por cien. ¿Sabes lo que es eso?

—Amor —dijo.

—Eso no se borra con un fuerte golpe en la cabeza, ni con siete meses en coma, por mucho que quieras y aunque la vida te ponga piedras en el camino, esa clase de sentimientos no se borran. Únicamente lo sientes, está dentro de ti, en tus entrañas, en lo más profundo de ti sabes que la necesitas para seguir respirando. Y tú —le dije a mi padre, señalándole con el dedo— no puedes evitar que sienta eso. Aunque te duela que esté relacionado con una parte mala de mi vida, hay cosas que no puedes controlar, aunque lo intentes, y esto es una de ellas.

—Perdóname. —Mi padre se acercó y me dio un fuerte abrazo—. No quería que pasara esto, que sufrieras y que volvieras a revivirlo como cuando eras un niño, Lucca —dijo abrazado a mí—. Verte dormido durante esos meses, en esa habitación de hospital como si fueras un vegetal, ha sido lo más duro que he vivido nunca. Ese día me juré que no volverías a sufrir y eso intenté hacer.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón —le dije devolviéndole el abrazo con fuerza—. Decirle que ha sido lo peor que me ha pasado, cuando soy el padre de su hija, no fue muy inteligente por tu parte. —Él asintió con la cabeza.

—Tráela de vuelta y le pediré perdón durante el tiempo que haga

falta. —Escuchar sus palabras hizo que mi estómago diera un vuelco.

¿Ahora qué se supone que debía hacer? ¿Perdonarle? ¿Vivir sin ella?
¿El qué?

Salí a los enormes terrenos del hotel y di un fuerte silbido para llamar a Dohko, mi amigo peludo, que apareció enseguida. Lo hice pasar por la puerta trasera para que no lo viera Julietta y subimos corriendo a mi refugio. En mi habitación del hotel, me tumbé en el sofá con las cortinas cerradas, la claridad me molestaba, y puse una de las mejores películas de la historia: *Leyendas de pasión*.

Dohko se acostó en su cuna, a los pies del sofá, mientras le daba una buena sesión de caricias. Llevaba la mitad de la película, dos hamburguesas y un paquete de roscas, cuando sonó la puerta de mi habitación. Dohko empezó a ladrar como un loco, busqué el mando para poner pausa, no quería perderme nada, y la puerta volvió a sonar.

—Ya va —grité para que dejase de tocar y no alterar más al perro—. Dohko a tu sitio —le grité.

—¿Un café y un bizcocho de limón? —preguntó Julietta.

—Ahora no, más tarde quizás.

—No dejes de comer, como no bajas vuelvo a buscarte —me riñó mi abuela—. Y deja de meter al perro en el hotel.

—Aquí tengo comida abuela, no te preocupes —dije.

—Está bien, pero sal un poco, no es bueno que te encierres. Ni aquí, ni en ti mismo.

—Tranquila —le dije. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Solo necesito tiempo y descansar un poco.

—Sonará a cliché, pero solo tienes que hacer caso a tu corazón —insistió Julietta antes de darse la vuelta y marcharse.

Volví al sofá y me lancé en él. Di vueltas a la última frase que dijo mi abuela y me tapé la cara con el cojín para que no se me escuchase gritar. La única solución era hablar con ella, que me explicara su situación y dejar de perder más tiempo.

Justo en el momento que salieron los créditos de la película volvió a sonar la puerta, esta vez Dohko no reaccionó, así que deduje que se

trataba de mi abuela de nuevo. Cuando la abrí me quedé paralizado y apreté fuertemente el pomo.

—Hola —dijo Sandra con nerviosismo. Miraba la punta de sus playeras y su cuerpo se balanceaba una y otra vez—. ¿Podemos hablar?

—¿De qué? —pregunté molesto por mi absurda reacción. Solo con verla, la boca se me reseca, las manos me sudaban y temblaban de las ganas que tenía de abrazarla. Un enorme nudo se había instalado en mi garganta, y apenas conseguía hablar—. No nos conocemos de nada, ¿o sí? —Es injusto que le recriminase eso, pero no me salía otra cosa.

—Luc, solo escúchame, si después tu decisión es no saber nada de mí, perfecto, solo dame la oportunidad de explicarme. —Escucharla decir ese mote cariñoso aceleró mi corazón, al igual que verla a ella. La recorrí con mi mirada, llevaba puesto un suéter con el símbolo de Batman, unos jeans y unas playeras blancas. Tan peculiar y maravillosa como el primer día que la conocí.

Dohko estaba tumbado a sus pies y no paraba de ladrar solicitando atención. Ella no parecía darse cuenta, solo me miraba a mí, hasta que el animal cansado de esperar puso sus enormes patas en sus hombros y empezó a lamerle la cara.

—Hola, guapo —dijo Sandra sin parar de reír—. A mí también me alegra volver a verte.

—Pasa —dije sin oponer más resistencia—. Mejor que hablemos dentro, al final de las escaleras hay dos señoras chismosas que escuchan lo que decimos.

—Eso no es verdad —gritó Julietta.

Sandra me miró con una sonrisa de felicidad y me lo contagió a mí también, era muy pronto para admitirlo en alto, pero echaba de menos esto.

—¿Quieres algo? —ofrecí para intentar disminuir la tensión que se respiraba en el ambiente.

—No, gracias —respondió con su sonrisa—. Si me dejas me explico y me voy, o me quedo, o... —Estaba incómoda, paseó su mirada por la estancia y me miraba de soslayo. Me parecía de lo más adorable, verla a

mi lado conseguía que tuviera unas ganas terribles de abrazarla, de protegerla en mis brazos y asegurarle que lo nuestro iba a salir bien. Tal y como hacía en mis sueños.

—Sandra —dije con un suspiro cansado, y me senté a su lado—. Lo que no logro entender, y es lo que más me duele, es por qué no viniste a por mí. Tuviste a nuestra hija sin decirme que iba a ser padre, sin dejarme formar parte de su vida, no sé ni cómo se llama. Te comportaste igual que la mujer que me dio la vida. —En su cara pude ver el dolor que le provocaron mis palabras, se llevó una mano al pecho y sus ojos brillaban por las lágrimas.

—No quise comportarme como tal y es por eso por lo que vine. Después de tanto tiempo, en el que no sabía lo que había pasado y te odiaba en silencio por no haberme ido a buscar, creía que me habías dejado sola con nuestra hija. Pensé que habías formado una familia con otra, que te habías olvidado de mí y mil historias más, y vine. Lo hice por ti y Julieta.

—¿Mi abuela? —pregunté extrañado.

—Es como decidí llamar a nuestra hija, como tu abuela. Sé lo que significa para ti, es más que una abuela, en algunos momentos fue tu madre, y sé lo mucho que te gusta ese nombre. Así que, en honor a su padre, decidí ponerle como él hubiera querido. —Su confesión atravesó una parte de mi corazón helado y colocó una pequeña llama que dio calor a mi pecho.

—Gra... —las palabras se atragantaron en mi garganta y me costaba hablar —. Gracias —dije al final.

—Luc, actué egoístamente, creí que ibas a ir a por mí al igual que yo lo hice contigo. No lo puse fácil, hui a Irlanda, pero si alguien podía encontrarme eras tú. Lucca, tú pudiste esperar siete años, yo no pude soportar más de dos. No quiero excusarme con eso, simplemente quería lo mismo que tú, que fueras a por mí.

—¿Sabes lo que hice nada más abrir los ojos? Gritar tu nombre. Te busqué por la habitación del hospital a la espera de que me aclararas lo que sucedió, y no fue así. Creí que fue un sueño y decidí olvidar, el

problema era que ese sueño volvía una y otra vez. Todas las noches y todos los días, cada vez que cerraba los ojos estabas tú. Te buscaba sin saber que existías, suplicaba que volvieras a mí para ser feliz. ¿Sabes qué significa tener unos sentimientos tan grandes sin saber por quién? Creí volverme loco, estaba enamorado de la mujer de mis sueños. Pude borrar los recuerdos, pero lo que sentía persistía en mí. No me recrimines que no te busqué porque sí que lo hice, aun sin recordarte te buscaba, el día del accidente era justo lo que hacía. Buscarte. Nunca he dejado de hacerlo.

—No puedes culparme de lo que ocurrió, Lucca. No sabía que estabas en coma, no sabía nada. Lo último que supe de ti es que estabas besándote con otra, ¿cómo estar segura de lo nuestro? Yo estaba demasiado feliz porque íbamos a ser padres y esa imagen me quitó toda la ilusión. ¿Qué debía hacer? Cuando me fui y no me buscaste supuse que estarías con ella, no en coma. A pesar de creer que habías rehecho tu vida, vine. Siendo sincera conmigo misma una parte de mí quería volver a estar en tus brazos, pero en mayor parte lo hice por Julieta, tiene derecho a disfrutar de su padre. Por eso, y es lo que he venido a decirte hoy, voy a vivir aquí, en Italia. Hablé con la Galería en la que hice las prácticas y estarían encantados de que volviera a trabajar con ellos, y podrás estar con tu hija cada vez que quieras. Si a mí no quieres verme lo entenderé. No tiene que ser fácil tu situación y por eso me niego a presionarte. —No sabía qué decir. Esperaba que me suplicara perdón y mentiría si no dijera que una parte de mí se encontraba decepcionado—. Antes de irme solo quiero decirte una cosa. —La seguí mirando sin poder hablar, ansioso por saber qué más iba a decir. Me sorprendió levantándose del sillón y desnudando su torso. La boca volvía a estar seca de nuevo al ver cómo se subía el lateral de su sujetador, el bulto que tenía ente mis piernas dejó claro lo mucho que me gustaba.

—Sandra, esta no es la mejor manera...

—No pienses mal —me interrumpió con una mirada de enfado—. No soy de esa clase, no, desde que volví a tu lado. ¿Recuerdas esto? —dijo señalando su tatuaje. Una imagen de ella tumbada con los pelos en

la cara mientras yo acariciaba su cuerpo hasta llegar al tatuaje que estaba debajo de su pecho y parte de su costado vino a mi mente. Asentí con la cabeza al recordarlo.

—Lo recuerdo. —La garganta me dolía al hablar.

—Soy una soñadora compulsiva y no me canso hasta que lo cumplo, y eso es lo que pienso hacer, Luc. Cumplir mi mayor y más anhelado deseo, estar contigo. Podrás rehacer tu vida con otra, que te estaré esperando, podrás marcharte a otro país que aquí me tendrás, y podrás buscar miles de excusas para no perdonarme, que yo seguiré aquí.

—Quizás tengas que esperar mucho —dije sin apartar la vista. Se acercó a mí y se puso de cuclillas entres mis piernas.

—Toda una vida, Luc. —Colocó sus manos a ambos lados de mi cara y me dio un dulce y excitante beso—. No lo olvides, por ti estoy dispuesta a esperar eso y más —dijo cuando se separó de mí.

Se levantó, le dio unas cuantas carantoñas a Dohko y se marchó de la habitación, no sin antes dejar otras palabras más resonando en mi cabeza.

—Te amo, Lucca.

No supe cuántas horas me quedé ahí, en la misma postura en la que me dejó después de darme un beso. Beso que me había dejado más aturdido de lo normal. Me levanté y abrí las cortinas, había anochecido y estaba lloviendo. Apenas podía escuchar el repiqueteo de las gotas en las ventanas, no podía escuchar nada. Solo a ella, sus palabras, sus encantadoras y dulces palabras.

“Toda una vida Luc. No te olvides, por ti estoy dispuesta a esperar eso y más. Te amo, Lucca”.

Una carta y una caja de donuts

Había tardado casi dos semanas en instalarme en Italia. Gracias a la ayuda de Gabriela, que me mandó por correos la ropa y las cosas de Julieta, y de Giovanna que me había dejado su antigua casa, fue mucho más fácil hacerlo.

En ese tiempo no había visto a Lucca, parecía como si se escondiera de mí, pero no iba a tirar la toalla, ahora que sabía lo que había ocurrido, lo que vivió él solo, pensaba compensárselo lo que me quedaba de vida.

Tras unas cuantas charlas con Giovanna y Julietta, había descubierto que la hermosa cafetería-biblioteca pertenecía a Lucca, conservaba la residencia, pero quiso hacer algunos cambios y ese era uno de ellos. Como no podía ser de otra manera, la casa de Giovanna estaba a pocas calles de tan hermoso lugar, y tenía que pasar por ahí a diario, aunque también lo hacía con la esperanza de verlo.

Pasaba muchas veces con intención de entrar, de tomar asiento en uno de sus rincones calentados por chimeneas, leer un libro y esperarle, pero siempre me quedaba con la mano en la puerta, sin llegar a abrirla.

Hacía lo mismo una y otra vez, se había vuelto casi una rutina para mí. Salía de casa, iba a una hermosa pastelería que había al final de mi calle, compraba un donut con un batido de chocolate e iba a la cafetería dispuesta a dárselo. Nunca lo hacía y acababa en mi casa, acostada en el sofá, o en el suelo, o donde me pillara, y me comía el donut.

Julietta venía por las tardes para pasear a su bisnieta, eso me decía a mí, pero sabía que Lucca también estaba con ella. Cuando Julietta volvía a casa con la niña, era su aroma el que estaba en la ropa de la pequeña. Otro de mis rituales era cogerla, achucharla y no dejar de olerla, era una tortura porque hacía que extrañase estar en los brazos del hombre que

abrazó a su hija.

A primera hora de la mañana, Julietta me llamó para decirme que en dos horas venía a por la niña, hoy empezaba a trabajar y todavía no había encontrado guardería. Me gustaría hablar con Lucca para elegirla juntos, él sabría cuál estaba mejor, pero no hablaba conmigo y sabía que si me cruzaba con él iba hablarle de nosotros y no de guarderías.

Con la niña y conmigo aquí, tanto Giovanna como Julietta habían aprovechado para pasar más tiempo en Roma que en ningún otro sitio, y yo me alegraba de tenerlas de vuelta en mi vida, solo quedaba el padre de Lucca, pero él era otro cantar. Supe, gracias a mis dos cotorras favoritas, que había conocido a su nieta y que la adoraba, y también que estaba muy avergonzado por cómo reaccionó al verme y por eso no había dado la cara. Me gustaría hablar con él, pero tenía tantas cosas que arreglar que a él lo había relegado a un segundo plano.

El primer día de trabajo había ido sobre ruedas, recordaba cada rincón de la Galería, no me había olvidado de nada, y el supervisor estaba encantado con que volviese a trabajar con ellos. Hoy actué también como guía turística y tuve que explicar a los visitantes la historia de las esculturas. Y, a pesar de que Lucca no se iba de mi cabeza, me gustó más de lo que creía. Normalmente trabajaba en un despacho, catalogando las obras, estudiando la veracidad de las mismas y la leyenda que había tras su creación, pero transmitir a los demás mi conocimiento me gustó igual o más.

Salí reventada, con los pies doloridos de tanto estar de pie, pero contenta por un gran día de trabajo. Me encantaba lo que hacía y más que me gustaría si, al llegar a casa, me esperase un guapo y atractivo hombre italiano y nuestra hija.

Me subí al tren que me llevaría de vuelta a casa, tomé asiento y saqué un libro de mi bolso para evadirme del mundo unos cuantos minutos. El que estaba leyendo ahora mismo era *El Santo* de Mónica Mccarthy y me tenía superenganchada. Era una friki de la lectura romántica y si tenía que ver con la historia de Escocia, más me gustaba, por eso me encantaban los libros de esta autora, y este me apasionaba.

Por la megafonía del tren informaron que la siguiente parada sería la mía, con mala gana guardé el libro en mi bolso y me levanté para regresar a casa.

En la estación de tren me llegó un olor familiar y seguí su rastro como si estuviera embrujada, hasta que llegué a un puesto de donuts artesanos. Era ese olor, ese maldito y delicioso aroma que me hacía regresar al pasado, a un bonito pasado, y me devolvió a mi presente, a un caótico presente. Compré una caja con donuts y elegí un par de azúcar y otros cuantos de chocolate. Ya había esperado bastante, si no estaba preparado para hablar, le obligaría a que lo estuviera.

Con paso decidido paseé por las frías calles de Roma, a pesar de llevar plumón, unos calentadores para los pies junto a unos leggins y unas botas azules hunter, el frío se colaba hasta congelar mis huesos.

Llegué a la cafetería y me paré para contemplar la fachada. La había visto mil veces y podía jurar que algo había cambiado en ella, aunque no lograba dar con qué. La fachada estaba pintada de color verde oscuro, con las columnas en dorado, la puerta era antigua de color marrón, dándole un toque vintage que me encantaba. Las cristaleras eran enormes, los que se encontraban dentro podían contemplar lo que sucedía fuera y a los de fuera morirse de envidia y querer estar dentro. La cafetería era de cuatro pisos, todas ellas rodeadas de enormes estanterías repletas de libros. Debía reconocer que Lucca había hecho un trabajo magnífico. En apenas un año y medio se había convertido en un lugar de visita obligada si estabas en Roma y al que no dejarías de ir si vivías aquí. Siempre estaba de bote en bote y mi pecho se hinchó de orgullo.

Seguía de pie sin dejar de contemplar la cafetería y en mi mano derecha llevaba la típica caja rosa que guardaba los donuts. ¿Qué había cambiado? Al volver a elevar la vista observé que el cartel que daba nombre a la cafetería ya no estaba. Antes colgaba un gran cartel en el que se leía "*Un caffè di Roma*", ahora podía leerse entre la puerta que daba acceso a la cafetería y los ventanales de la segunda planta, pintado en dorado, "*I racontti di Julieta*".

Entré en ella dispuesta a dejar los miedos fuera, fui a la barra y pregunté por Lucca. Convencí a la camarera de que éramos grandes amigos y me confesó que estaba cuidando de su hija, lo que provocó que mi corazón latiera de alegría. Decidí dejarle la caja de donuts a la chica y le repetí por activa y por pasiva que era muy importante que Lucca la recibiera. La chica me prometió que ella misma se la daría a su jefe y me marché un poco más tranquila del local.

Dentro de la caja de donuts y al saber que no iba a verlo, dejé una nota, tal y como él había hecho conmigo tanto para despedirse como para recuperarme, y esperaba que me fuera igual de bien que a él.

Me costó mucho escribirla, porque la mirada de la camarera no se apartaba de mí. Tras unos momentos en el que mi mano tembló y mi mente titubeó, conseguí plasmar lo que sentía, o eso esperaba.

“Querido Lucca:

No ha existido ni un solo día en los años pasados y en las últimas semanas vividas, en las que no te haya echado de menos. Tardé en venir, pero lo hice, como también lo hice años atrás. Hace tiempo te reconocí que vine aquí por ti, elegí la residencia por ti, lo hice por estar a tu lado, aunque tú eso ya lo sabías, y ahora vuelvo a hacer lo mismo, incapaz de estar alejada de ti.

Entiendo que quieras culparme por no haber venido antes, de haber vivido con la impotencia de que te faltaba algo sin saber el qué, pero ¿cómo predecir que tuviste un accidente? Si lo hubiera sabido no me hubiera ido. Una parte de mí pensó que ocurría algo para que no fueras a buscarme, pero también podía ser causa del dolor que suponía separarme de ti. Mi situación no era tan fácil como crees.

No quiero empezar de cero, decirlo sería mentir, quiero continuar lo que dejamos hace tiempo. Después de todo es difícil olvidar lo que hemos vivido juntos y me niego a hacerlo. Nuestra historia no es solo una más, es la mejor de las historias. Muchos morirían por haber vivido solo un pedacito de lo que hemos compartido tú y yo, y nosotros tenemos la posibilidad de vivirla más. ¿Por qué desperdiciarlo?

Ansío regresar a casa y saber que vas a estar esperándome, o yo a ti, y que podremos vivir juntos lo relacionado con el cuidado de nuestra hija.

Me alegro de que estos días hayas estado con ella, la hayas querido como solo un padre sabe hacer, y una parte de mí siente envidia porque extraño cómo me cuidabas a mí también.

No voy a irme de aquí, no pienso tirar la toalla, puedes estar uno, dos o incluso veinte años sin hablarme, que seguiré haciendo lo que esté en mi mano por recuperarte.

Lo único que te pido es que no me culpes por lo que sucedió, si lo haces jamás podremos estar juntos porque siempre habrá rencor en ti.

No perdamos más el tiempo y regresa a casa Lucca, conmigo y Julieta.

No lo olvides, siempre te estaré esperando, una vida si fuera necesario.

Te amo.

Sandra”.

«¿Habría sido suficiente? ¿Habría plasmado bien lo que sentía o me había faltado algo más? ¿Cuánto tardará en perdonarme?». Deseaba volver a estar en sus brazos y que me susurrara que ya pasó lo peor, que no nos volveríamos a separar, que la vida que nos quedaba la íbamos a vivir juntos.

Al tomar la esquina de la calle que llevaba a mi casa, vi que Julietta ya estaba en el portal, esperándome con la niña. Me sonrió con cariño, ese que tanto necesitaba, y me lancé a sus brazos. Echaba de menos el calor de casa, los abrazos de mis padres, las reuniones con la familia y amigos, y a Lucca.

—¿Sigue sin bajarse del burro? —Asentí con la cabeza e intenté no derramar más lágrimas—. Este nieto mío no aprende nunca, ese orgullo que tiene va a acabar con él.

—No es culpa de él y cualquiera de nosotros actuaría de manera similar en su lugar, no ha tenido que ser fácil para Lucca. Actué mal, si hubiera seguido conservando el número de teléfono vosotros habríais contactado conmigo y no hubiera pasado por ese mal trago solo. Yo también fui orgullosa, Julietta, no le puedo recriminar nada ahora mismo.

—Nunca sabremos lo que hubiera pasado, los médicos dijeron que, a causa del golpe y los meses en coma, tenía amnesia y podría

recuperarla o no. Tuvimos la suerte de que se recuperó bien, pero es difícil saber si hubiera sido distinto contigo allí. —Encogí mis hombros y volví a darle un abrazo—. Vamos, Sandra, hace frío, entra a casa si no quieres que tanto tú como tu hija os pongáis enfermas.

—Te quiero —le dije en un ataque de sinceridad.

—Y yo a ti.

Bonito final

*Where's the love we had?
when did it go bad?
or am I just insecure?
I give all I can
baby I'm your man
tell me what you're in this for
remind me*

La canción de Lenny Kravitz se coló por las ventanas de mi habitación. Tras pasar el día con mi hija, regresé a la cafetería donde Sandra, la maldita y adorable Sandra, dejó para mí una caja de donuts con una carta que no había podido parar de leer.

Ahora, con la canción de fondo, me pregunté si estaría haciendo lo correcto. Jamás dejaré de amarla, jamás la olvidaré, ¿por qué seguir sin estar juntos? Ella tenía razón, no podía culparla por el accidente que sufrí y por no estar cuando desperté. Puede que, por mucho que estuviera a los pies de la cama, no la hubiera reconocido. Después de eso, habían sucedido una serie de acontecimientos, muchos de ellos infortunios que nos habían mantenido separados, pero, al igual que sucedía en las películas románticas, ella siempre volvía a por mí.

No paré de dar vueltas en la cama, incómodo, releía la nota y la dejaba en mi pecho. Estaba agotado. La lluvia, que no daba tregua en este frío invierno, envolvió la melodía que venía desde la calle y que llenaba mi vacía y fría habitación, junto con el sonido de las gotas de al chocar contra mi ventana.

El sonido de la canción aumentó, y me pareció escuchar que una

hermosa chica estaba cantándola. Ese no era su fuerte, cantaba de pena, pero con solo escucharla mi corazón saltó de alegría.

«¿Qué narices hace cantando bajo esta horrorosa lluvia?», pensé, me levanté rápido para mirar a través de la ventana y confirmar que no estaba loco.

Abrí a toda prisa y la vi, justo debajo de mi habitación, con unos altavoces al máximo volumen mientras cantaba a voz en grito y la lluvia le mojaba.

Tenía los pelos pegados a la cara, llevaba un plumón negro, unos vaqueros y unas botas de agua. Por un lado, pensé en que no era suficiente para cubrirla, estaba empapada y seguro que mañana tendría un gripazo de narices. Y lo segundo que me vino a la cabeza, fue que era la imagen más bonita que había visto nunca.

*I can't go on
I know not what to do
My heart is worn
I feel as If I'm through
Please believe in me
'Cause what I need is for you
To believe in me*

Estaba pidiéndome que creyese en ella, me dedicaba la canción y, en ese preciso momento, supe que no necesitaba empezar a creerla. Siempre había creído en ella, en lo nuestro, siempre había confiado en que íbamos a terminar juntos, lo supe cuando me separé de ella y lo había sabido incluso cuando no la recordaba. ¿Por qué seguir con este estúpido juego?

No me tomé las molestias de cerrar las ventanas, me importaba una mierda si se mojaba el parque o si se inundaba la casa, me daba igual. Solo quería bajar y besarla, comérmela a besos, eso era en lo único que pensaba.

Antes de salir me puse una blusa, hasta ahora estaba con un pantalón de chándal y nada más. Corrí escaleras abajo, vivía en un segundo, así que no me llevó mucho tiempo, y cuando llegué al rellano me quedé parado, nervioso. La pude ver a través de las puertas del

portal, sin dejar de cantar, y nuestras miradas se cruzaron.

A pesar del frío, verla dedicarme esa canción sin dejar de mirarme, hizo que sudara como si estuviera en pleno agosto. Le grité a mis piernas que se movieran, pero no lo hacían, ella me miró abatida, creía que la rechazaba por no ir a su lado y eso fue lo que necesité para correr a su encuentro. Mis manos tiraron demasiado fuertes de las puertas que nos separaban y estuve a punto de romperlas.

Conseguí alcanzarla y la besé con las mismas ganas que tuve cuando nos dimos nuestro primer beso, con los mismos nervios que sentí al besarla en el jardín de la Galería en la que trabajaba y con el amor que descubrí al verla *“por primera vez”* en el hotel de Siena.

—Perdóname —suplicó al separarnos. Su cara estaba empapada y no sabía si era porque lloraba o por la lluvia.

—Tú eres quien me tiene que perdonar, al final hice lo mismo que mi padre, traté de culparte por algo en lo que no has tenido nada que ver —respondí besándola de nuevo.

Cuando nuestros labios se volvieron a juntar, mi corazón amenazó con salir de su sitio, cosa que ocurría siempre que la tenía en mis brazos. Nuestros labios se abrieron y dieron paso a nuestras lenguas, que comenzaron una excitante batalla.

La elevé del suelo y le coloqué sus piernas a ambos lados de mi cadera, entré con ella en el rellano y apreté el botón del ascensor, desesperado por estar en mi casa, en mi cama, en cualquier lugar que nos diera privacidad. Dentro del ascensor luché contra mis instintos más primarios por no hacer nada en ese cubículo, aunque no nos separamos ni un solo segundo y nos besábamos frenéticamente, ansiosos, desesperados por no volver a separarnos más.

Introduje la llave en la cerradura y, después de varios y fallidos intentos, entré en mi casa y la tumbé en la cama. Le quité el empapado plumón, las botas, los vaqueros, y la dejé solo con una diminuta y sexy ropa interior de encajes negra.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —le pregunté serio.

—¿El qué?

—Verte así hace difícil que aguante mucho las ganas de perderme dentro de ti. —Ella me sonrió sexy y atrevida. Se colocó de rodillas en la cama y me cogió la cara con sus dulces y delicadas manos. Nuestros labios se unieron de nuevo y dejé que llevara la iniciativa, que tomara lo que quisiera de mí.

Estiré los brazos y enredé mis dedos en su pelo, sin dejar de besarla, no podía parar. Me quitó la blusa y sus manos recorrieron mi torso. Entonces, me obligó a tumbarme en la cama y se colocó a horcajadas. Mis caderas se movieron instintivamente, en busca de ella. Recorrió mi cuerpo con sus besos, bajó mis pantalones de chándal y elevó la mirada. Al verla, tuve serios problemas hasta para respirar, no solo por lo hermosa que era y que al final estaba a mi lado, sino porque supe cuáles eran sus intenciones. Cuando se metió la punta en la boca y succionó suavemente, un ruido torturado salió desde la profundidad de mi garganta. Mi respiración era cada vez más pesada y no paraba de gemir.

—Sandra —dije entre dientes— si sigues será imposible contenerme más.

La coloqué de espaldas a la cama, con mis manos en ambos lados de su cabeza y la volví a besar en lo que se convirtió un beso salvaje. Estaba demasiado excitado como para calmarme y tomarme mi tiempo. Si lo nuestro salía bien tendríamos mi vida entera para hacerlo de mil y unas maneras diferentes.

Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, y clavó sus uñas en mi espalda, me dejó claro que estaba igual de excitada que yo. Mis músculos se tensaron bajo su toque, su roce. Recorrí su cuerpo con mi lengua, en dirección hacia la parte que más ansiaba saborear. Mis manos temblaron al deslizar sus bragas por sus hermosas piernas.

Un intenso rugido de placer surgió desde lo más profundo de mi garganta. Recorrí su cuerpo con mi mirada, hasta que se juntó con la de ella. En ellos vi la lujuria, la pasión y me encantaba tenerla así.

—Te quiero —confesé sin apartar la vista.

—Y yo, Lucca —dijo apoyando su peso en sus codos—. Con locura.

Quería que esa noche durase para siempre, quería aguantar el

máximo tiempo posible, pero era muy complicado. Coloqué sus piernas alrededor de mis caderas y me abrazó con ellas. No había nada más que intenso placer.

—Joder —solté entre dientes.

—Esto es increíble, Lucca —susurró en mi oído.

—Oh, sí...

Con las piernas apretadas alrededor de mi cintura, se movió conmigo, lentamente al principio, luego más y más rápido mientras la tensión aumentaba. Con cada envite de mis caderas, me encontraba cada vez más cerca del orgasmo, al igual que ella. El placer era demasiado intenso. Varios temblores la sacudieron y la dejaron sin respiración. Los espasmos de ella apenas habían disminuido cuando comenzaron los míos. Un gemido profundo retumbó en mi pecho mientras me zambullía en ella y murmuré su nombre al terminar.

Estábamos en la cama abrazados, le acariciaba el pelo y sus manos me recorrían el torso. Solo cuando pude estar dentro de ella fui plenamente feliz, supe que la necesitaba en mi vida, tanto a ella como a nuestra hija Julieta. Dentro de ella tuve claro que no dejaría que se alejara de mí y yo no iba a separarme de ella. Sentí que volvía a respirar, a vivir, y a disfrutar. Sin ella me faltaba una gran parte de mí.

Con esos pensamientos y sentimientos tan a flor de piel, recordé algo. Me separé rápido de ella y me levanté de la cama a toda prisa. Ella no me quitó la vista de encima, con los ojos bien abiertos, asustada por lo que pudiera pasar. Su mirada delataba que tenía miedo de que la dejase después de lo ocurrido. Nada más lejos de la realidad.

Abrí el armario de mi habitación y busqué una caja grande, en ella guardaba lo que sentía que era importante, que tenía un gran valor y de lo que, desgraciadamente, no recordaba nada.

Busqué en su interior una pequeña caja de terciopelo negra, donde guardaba el precioso anillo de mi abuela. Siempre había sabido que pertenecía a mi abuela, pero nunca supe por qué era tan importante para mí, ahora lo sabía. Antes del accidente tenía planeado pedirle matrimonio, lo mismo que pensaba hacer ahora.

Me acerqué a la cama, la coloqué en el borde de la misma, me arrodillé frente a ella y le cogí una de sus manos. Más tranquila que antes, consciente de lo que tenía pensado hacer, empezó a emocionarse y a decir sí una y mil veces. Se quería levantar de la cama y abrazarme, pero no la dejé.

—Sandra, siempre he sabido que quería pasar mi vida a tu lado. Desde que tenía dieciséis años lo supe, me dio miedo y me alejé de ti, creí que eso era lo mejor, pero fallé porque no aguanté mucho, no soportaba estar sin ti y nos enamoramos perdidamente para separarnos unas cuantas veces más. —Le sonreí tiernamente y ella me la devolvió—. Ahora que hemos vuelto a encontrarnos de nuevo, no tengo ninguna intención de perderte, ni dejar que tú lo intentes. —Hizo ademán de hablar, pero levanté la mano, y le pedí con ello que me dejase terminar—. Si tú no estás a mi lado, me cuesta respirar, simplemente te necesito y por eso me gustaría casarme contigo, si tú quieres —dije con una sonrisa nerviosa.

—¡Sí! —exclamó tras lanzarse a mis brazos.

Saqué el anillo de la caja para ponérselo, pero ella lo cogió entre sus manos con sumo cuidado, como si tuviera miedo a romperlo, y lo estudió fascinada. Pasó sus delicadas manos por los pequeños diamantes y cuando leyó la leyenda que había en su interior, juntó sus cejas y en su cara se instaló una sonrisa ladeada.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—*Insieme per sempre* —dijo en un susurro. Si no llegaba a tenerla tan cerca, no habría podido escucharlo.

—Juntos para siempre —le expliqué—. Era lo que siempre le decía mi abuelo a Julietta, y lo mismo que te decía en mis sueños, cuando no sabía que existías.

—Te quiero, Luc.

—Y yo a ti.

Agradecimientos

Este libro no sería posible sin el apoyo incondicional de Samuel, quien se mantuvo a mi lado luchando por mis sueños, quien, cuando yo tiraba la toalla, él la recogía y volvía a ponerla en mi mano, y quien se ha convertido en mi mayor fan y mi perfecto muso. Por todo eso y más te doy las gracias, porque sin ti no habría llegado a cumplir mi mayor sueño e ilusión.

Por supuesto, en esta dedicación no podían faltar mis padres. Gracias por estar siempre a mi lado, en todos momentos tanto buenos como malos, gracias por darme todo lo que podían darme y mas, y simplemente gracias. Les quiero.

También quiero dedicarle este libro al mejor hermano que pueda existir, gracias por estar siempre a mi lado, apoyándome, alegrándote de mis triunfos y reconfortándome en las derrotas. Porque jamás se me olvidará la cara que pusiste cuando te dije que me iban a publicar un libro, y porque Te quiero.

Tú tampoco podías faltar Paula, te diría millones de cosas bonitas y ñoñas, pero lo guardo para nosotras. Gracias por ser mi amiga, por ayudarme cada vez que te lo pedía y por no dejar de estar a mi lado durante todos estos años, que no son pocos y espero que sean muchos más.

A ti, porque al haber comprado mi libro y leerlo, también has hecho posible y has formado parte de mi sueño. Espero haber cumplido con tus expectativas, no haberte decepcionado, y haberte dejado con ganas de leer más cosas escritas por mí.

Y como no, todo mi agradecimiento a la editorial Romantic Ediciones por haber confiado en mí y haber hecho posible que una obra mía viera la luz.

Gracias.